



ROBERT HARRIS

El hijo de Stalin

Traducción de **Silvia Komet**

A la memoria de Dennis Harris 1923-1996

y para Matilda

Robert Harris nació en Nottingham, Reino Unido, en 1957 y se licenció en la Universidad de Cambridge. Ha trabajado como reportero de la BBC, ha sido responsable de la sección de política del *Observer* y columnista de *The Sunday Times*. En 2003 fue nombrado Columnista del Año en los British Press Awards. Es autor de las novelas *Patria*, *Enigma*, *El hijo de Stalin* y *Pompeya*, así como de cinco obras de ensayo. En la actualidad vive en Berkshire.

PRÓLOGO

LA HISTORIA DE RAPAVA

La muerte resuelve todos los problemas:
acabado el hombre, acabado el problema.

STALIN, 1918

Una noche muy tarde, hace mucho tiempo —incluso antes de que hubieras nacido, muchacho—, había un guardaespaldas en la galería del fondo de una gran casa de Moscú. Era una noche fría, sin estrellas ni luna, y el hombre fumaba un cigarrillo más que nada para darse calor, con sus manos de joven campesino ahuecadas alrededor de un *papirosa* georgiano.

Ese guardaespaldas se llamaba Papú Rapava, tenía veinticinco años y era de Mingrelia, de la costa nororiental del mar Negro. En cuanto a la casa... bueno, en realidad se trataba más bien de una fortaleza. Era una mansión zarista, de media manzana de largo, en la zona diplomática de la ciudad, cerca del río. En alguna parte de la gélida oscuridad, al fondo del jardín amurallado, había un huerto de cerezos, después una calle ancha, la Sadovaya-Kudrinskaya, y más allá los terrenos del zoológico de Moscú.

No había tráfico. A lo lejos, cuando todo estaba en silencio como ahora y el viento soplaba en la dirección apropiada, se oía débilmente el aullido de los lobos enjaulados.

Por suerte la chica ya había dejado de gritar, porque esos gritos eran un suplicio para los nervios de Rapava. Seguro que no tenía más de quince años, no era mucho mayor que la hija de su hermana. Cuando él la había recogido para llevarla, lo había mirado... lo había mirado... bueno, para ser franco, muchacho, preferiría no hablar de eso... ni siquiera ahora, cincuenta años más tarde.

Sea como fuere, la chica por fin se había callado y él se estaba fumando el cigarrillo a gusto cuando sonó el teléfono. Debían de ser la dos de la madrugada. Nunca se olvidaría de eso. Dos de la madrugada del 2 de marzo de 1953. En la fría quietud de la noche la campanilla sonó como una alarma de incendios.

Actualmente —es importante que comprendas esto— suele haber cuatro hombres en un turno de guardia: dos en la casa y dos en la calle; pero cuando lo de la chica, el jefe prefería que hubiera el mínimo personal de seguridad, al menos dentro, así que esa noche Rapava estaba solo. Tiró el cigarrillo, salió de la sala de guardia, cruzó la cocina y entró en el vestíbulo. El teléfono era un viejo aparato de pared de antes de la guerra. ¡Dios mío, qué fuerte sonaba! Levantó el auricular en mitad de un timbrazo.

—¿Lavrenti? —dijo un hombre.

—No está aquí, camarada.

—Búsquelo. Soy Malenkov. —La voz habitual-mente tranquila estaba ronca de terror.

—Camarada...

—Búsquelo. Dígale que ha sucedido algo, algo en Blizhny.

—¿Sabes lo que significa Blizhny, muchacho? —preguntó el anciano.

Estaban los dos en una minúscula habitación del piso 23 del hotel Ucrania, apoltronados en un par de sillones baratos, tan cerca que casi se tocaban las rodillas. La lámpara de la mesilla de noche proyectaba sus sombras sobre la cortina de la ventana: una, un perfil huesudo y calvo por la edad; la otra, a uno carnoso, de mediana edad.

—Sí —respondió el más joven, al que todos llamaban Chiripa Kelso—. Sí, sé lo que significa Blizhny.

«Claro que lo sé —tenía ganas de decir—. ¡Di clases de historia soviética durante diez jodidos años en Oxford!»

Blizhny quiere decir «cerca» en ruso. «Cerca», en el lenguaje del Kremlin de los cuarenta y cincuenta, era la abreviatura de «cerca de la dacha». Y «cerca de la dacha» quedaba Kuntsevo, en las afueras de Moscú... Una valla doble de todo el perímetro, trescientos hombres de las tropas especiales del NKVD¹ y ocho cañones antiaéreos de 30 mm camuflados, todo oculto en el bosque de abedules para proteger al solitario y anciano residente de la dacha.

Kelso esperó a que el viejo siguiera, pero Rapava, de pronto, parecía preocupado. Trataba de encender un cigarrillo pero no podía. Los dedos no conseguían desprender las endebles cerillas de cartón. No tenía uñas.

—¿Qué hizo entonces? —Kelso se inclinó y le encendió el cigarrillo, tratando de que el gesto enmascarara la pregunta y no se le notara el entusiasmo en la voz. En la pequeña mesa que había entre ellos, oculta entre botellas vacías, vasos sucios y un cenicero con paquetes de Marlboro estrujados, había una grabadora en miniatura que Kelso había puesto cuando Rapava no miraba. El viejo dio una calada ansiosa, contempló la brasa del cigarrillo con gratitud y arrojó las cerillas al suelo.

—Si sabes lo que es *Blizhny* —dijo al fin apoyándose contra el respaldo—, entonces sabes lo que hice.

Treinta segundos después de contestar el teléfono, el joven Papú Rapava llamaba a la puerta de Beria. El miembro del Politburó Lavrenti Paviovich Beria, envuelto en un quimono abierto de seda roja a través del cual se le desparramaba la tripa como un gran saco de arena, le gritó a Rapava «capullo» en mingreliano y le dio un empujón en el pecho que lo hizo retroceder por el corredor a trompicones. Como iba descalzo avanzó sin hacer ruido por el pasillo hacia la escalera; los pies blancos y sudados dejaban un huella húmeda sobre el parquet.

Rapava vio el interior del cuarto por la puerta abierta: la gran cama de madera, el pie de una pesada lámpara de metal con forma de dragón, las sábanas carmesí, las extremidades blancas de la chica, despatarrada como para un sacrificio. Tenía los ojos muy abiertos, la mirada perdida y vacía. No hizo esfuerzo alguno por cubrirse. En la mesilla de noche había una jarra de agua y unos frascos de medicamentos. Sobre la alfombra Aubusson amarilla clara había un montón de pastillas esparcidas blancas y grandes.

No recordaba nada más, ni cuánto tiempo había estado exactamente allí hasta que Beria volvió a subir la escalera jadeando, agitado por la conversación con Malenkov, y le lanzó la ropa a la chica mientras le gritaba «¡Fuera! ¡Largo de aquí!», y a él le ordenaba que trajera el coche.

1. Comisariado del Pueblo para Asuntos Interiores, policía secreta soviética. (*N. de la T.*)

Rapava le preguntó si necesitaba a alguien más. (Tenía en mente a Nadaría, el guardaespaldas principal que solía ir con el jefe a todas partes. Y quizá a Sarsikov, que en aquel momento dormía la mona de vodka y roncaba en la caseta de guardia, al lado del edificio.) Beria, que había empezado a quitarse la bata de espaldas a Rapava, se quedó pensando durante un instante y le echó una mirada por encima del hombro con sus ojos pequeños y brillantes detrás de unas gafas sin montura.

—No —dijo al fin—. Sólo tú.

Se trataba de un coche americano, un Packard de doce cilindros, de carrocería verde oscuro, con un estribo de medio metro de ancho... una belleza. Rapava lo sacó del garaje en marcha atrás y bajó por la calle Vspolni directamente hasta la puerta de entrada. Dejó el motor en marcha para que circulara la calefacción, saltó del vehículo y se plantó junto al asiento trasero con la típica postura del NKVD: mano izquierda sobre la cadera, abrigo y chaqueta con el cuello ligeramente levantado, sobaquera a la vista y mano derecha en la culata de la pistola Makarov, mientras vigilaba la calle en ambas direcciones. Beso Dumbadze, otro de los muchachos de Migrelia, apareció corriendo por la esquina en el momento en que el jefe salía de la casa.

—¿Qué llevaba puesto?

—¡Y yo qué sé, muchacho! —replicó el viejo, irritado—. ¡Qué demonios importa cómo iba vestido!

En realidad, ahora que lo pensaba, el jefe iba de gris —abrigo gris, traje gris, jersey gris, sin corbata—, lo que junto con las gafas sin montura, los hombros caídos y esa cabeza grande y redonda le daban aspecto de búho, sí, de un búho gris, viejo y malévolo. Rapava le abrió la puerta y Beria se sentó detrás. Dumbadze, que estaba a unos diez metros, hizo un gesto con las manos como si dijera «¿Y ahora qué cono hago?», a lo que Rapava respondió encogiéndose de hombros con una especie de «¡Y yo qué cono sé!» Rodeó el coche, se sentó al volante, puso primera y arrancaron.

Había hecho ese viaje de poco más de veinte kilómetros hasta Kuntsevo un montón de veces, siempre de noche y siempre como parte de la comitiva de escolta del secretario general... Y te juro muchacho que esa caravana era una cosa

sería. Quince coches con las ventanillas traseras tapadas con cortinas, la mitad del Politburó: Beria, Malenkov, Molotov, Bulganin, Jruschov, más los guardaespaldas... todos saliendo del Kremlin por la rampa de la puerta de Borovitsky a ciento veinte por hora. La Milicia paraba el tráfico en cada cruce y doscientos hombres de paisano del NKVD cubrían el desplazamiento del gobierno durante todo el camino. Y uno nunca sabía en qué coche iba el secretario general hasta que, en el último minuto, uno de los grandes ZiLs salía de la fila, aceleraba y se ponía delante del cortejo, y el resto disminuía la velocidad para dejar pasar al auténtico heredero de Lenin.

Pero esa noche no hubo nada de aquello. La ancha carretera estaba vacía y, en cuanto cruzaron el río, Rapava pisó el acelerador del gran coche yanki y el velocímetro subió casi a ciento cincuenta por hora, con Beria detrás, inmóvil como una roca. Doce minutos más tarde habían salido de la ciudad. Y quince minutos después, al final de la carretera de Poklonnaya Gora, aminoraron la velocidad para girar por el camino oculto. Las altas hileras de abedules plateados hacían que los faros del coche parecieran luces estroboscópicas.

Qué tranquilo ese bosque, qué oscuro e infinito, como un mar suave y susurrante. Rapava tuvo la sensación de que llegaba hasta Ucrania. A unos ochocientos metros estaba la primera cerca, a la que se accedía por una barrera roja y blanca. Dos guardias especiales del NKVD con capas, gorras y metralletas salieron de la garita. Al ver la cara pétrea de Beria, saludaron de inmediato y levantaron la barrera. El camino giraba de nuevo a unos cien metros, detrás de las densas sombras de unos arbustos, y los poderosos faros del Packard alumbraron la segunda valla, un muro de un metro y medio de alto con rendijas para las armas. Unas manos invisibles abrieron desde dentro un portón de hierro.

Y allí estaba la dacha.

Rapava esperaba algo inusual; no sabía muy bien qué, coches, hombres, uniformes, el ajeteo de una crisis. Pero la casa de dos plantas, salvo por la lámpara amarilla de la entrada, estaba a oscuras. Debajo se veía una figura que esperaba, la inconfundible silueta regordeta de cabello oscuro del vicepresidente del Consejo de Ministros, Georgi Maksimilianovich Malenkov. Y había algo raro, muchacho, se había sacado los lustrosos zapatos nuevos y los llevaba debajo de ese brazo rechoncho.

Beria bajó del coche casi antes de que se detuviera y en un instante cogió a Malenkov del codo y empezó a escucharlo, mientras asentía y susurraba algo en voz muy baja sin parar de mirar a uno y otro lado. Rapava lo oyó decir: «¿Movido? ¿Lo has movido?» Acto seguido Beria chasqueó los dedos en dirección a Rapava y éste se dio cuenta de que le indicaba que entrara con él en la casa.

Hasta entonces, cada vez que iba a la dacha, siempre esperaba en el coche a que el jefe saliera o se iba a la garita de los guardias a tomar una copa y fumar un cigarrillo con los otros chóferes. «Dentro» era territorio prohibido, eso es muy importante recalcarlo. Nadie, salvo el equipo del secretario general y sus invitados, entraba jamás a la casa. Y en aquel momento, mientras Rapava se desplazaba por el vestíbulo, de pronto sintió un pánico casi sofocante... como si alguien le apretara la tráquea para asfixiarlo.

Malenkov, en calcetines, caminaba delante, y hasta el jefe iba de puntillas, por lo que Rapava decidió imitarlos como un mono y caminar silenciosamente. No había nadie más. La casa parecía vacía. Los tres avanzaron sigilosamente por un pasillo, pasaron al lado de un piano vertical y entraron en un comedor con ocho sillas. La luz estaba encendida, las cortinas corridas. Había unos periódicos sobre la mesa y un juego de pipas Dunhill, y, en un rincón, un gramófono a manivela. Sobre la chimenea se veía una foto ampliada en blanco y negro con un marco de madera barato: el secretario general de joven sentado en un jardín con el camarada Lenin. En el extremo de la habitación había una puerta. Malenkov se volvió hacia ellos, se acercó el índice rechoncho a los labios y la abrió muy despacio.

El viejo cerró los ojos y levantó el vaso vacío para que volviera a llenárselo. Suspiró.

—Sabes, muchacho, la gente critica a Stalin, pero hay que decir algo a su favor: vivía como un trabajador. No como Beria, que pensaba que era un príncipe. La habitación del camarada Stalin, en cambio, era de lo más sencilla. Hay que reconocer que siempre fue uno de los nuestros.

La corriente que entraba por la puerta abierta hizo oscilar la llama de la vela roja que había en un rincón, debajo de un pequeño icono de Lenin. La otra luz procedía de una lámpara con pantalla, sobre un escritorio. En el centro de la habitación había un sofá grande convertido en cama. Sobre una alfombra de piel de tigre se veía una gruesa manta marrón del ejército, y allí, de espaldas, respirando ruidosamente, al parecer dormido, se veía el cuerpo de un hombre gordo, mayor, de cara rojiza, con una sucia camiseta blanca, y calzoncillos largos de lana. Se había hecho sus necesidades encima. En la habitación hacía calor, apestaba a excrementos.

Malenkov se llevó la mano rechoncha a la boca y se quedó cerca de la puerta. Beria se inclinó sobre la alfombra, se desabotonó el abrigo y se arrodilló.

Apoyó las manos sobre la frente de Stalin y le abrió los párpados con los pulgares, revelando unos globos oculares inyectados en sangre.

—Josiv Vissarionovich —dijo en voz baja—, soy Lavrenti. Querido camarada, si me oye mueva los ojos. ¿Camarada? —Se dirigió entonces a Malenkov pero sin dejar de mirar a Stalin—. ¿Has dicho que quizá está así desde hace veinticuatro horas ?

Malenkov, sin quitar la mano, hizo un ruido amortiguado. Tenía lágrimas en las mejillas.

—Camarada, mueva los ojos... Los ojos, querido camarada... ¿Camarada? Ah, joder. —Beria apartó las manos y mientras se las limpiaba en el abrigo se puso de pie—. Ha tenido una embolia. ¿Dónde están Starostin y los chicos? ¿Y Butusova?

En aquel momento Malenkov lloriqueaba y Beria tuvo que ponerse entre él y el cuerpo, bloquearle literalmente la vista para que le prestara atención. Lo cogió por los hombros y empezó a hablarle quedamente, muy deprisa, como si fuera un niño. Le dijo que se olvidara de Stalin, que Stalin ya era historia, que era un trozo de carne, que lo importante era lo que debían hacer, que debían mantenerse unidos. ¿Pero dónde estaban los chicos? ¿Seguían en la habitación de guardia?

Malenkov asintió y se limpió la nariz con la manga.

—De acuerdo —dijo Beria—. Escucha lo que vas a hacer.

Malenkov iba a ponerse los zapatos para ir a decirle a los guardias que el camarada Stalin estaba durmiendo, que estaba borracho, que por qué cono los habían sacado de la cama, a él y al camarada Beria, para nada. Que no tocaran el teléfono ni llamaran a ningún médico. («¿Has oído, Georgi?») Sobre todo ningún médico, porque el secretario general pensaba que todos los médicos eran unos envenenadores judíos... ¿ Te acuerdas ? Bueno, ¿ qué hora era ? ¿ Las tres ? Muy bien. A las ocho... no, mejor a las siete y media. Malenkov tenía que empezar a llamar a los dirigentes para decirles que Beria y él querían que todo el Politburó se reuniera allí, en Blizhny, a las nueve. Él explicaría que estaban preocupados por la salud de Josiv Vissarionovich y que había que tomar una decisión colectiva respecto al tratamiento.

Beria se frotó las manos.

—Ahí empezarán a cagarse de miedo. Ahora pongámoslo en el sofá. Tú — se dirigió a Rapava—, cógelo por las piernas.

El viejo, a medida que hablaba, estaba cada vez más hundido en el sillón, despatarrado, con los ojos cerrados y voz monótona. De repente exhaló

sonoramente y volvió a incorporarse. Miró asustado la habitación del hotel a su alrededor.

—Tengo que mear, muchacho. ¿Dónde está el lavabo?

—Ahí lo tiene.

Se levantó con cautelosa dignidad de borracho. Kelso oyó a través de la delgada pared el ruido de la orina en el inodoro. La verdad es que tenía bastante que descargar, pensó. Había estado lubricando la memoria de Rapava durante casi cuatro horas: primero cerveza Báltica en el bar del vestíbulo del Ucrania, después, Zubrovka en el bar de enfrente, y por último, whisky de malta en la intimidad de la habitación. Era como tratar de pescar un pez en un río de alcohol. En aquel momento vio la caja de cerillas que Rapava había tirado al suelo y la recogió. Llevaba impreso el nombre de un bar o night club, ROBOTNIK, y una dirección, cerca del estadio del Dínamo. Se oyó el ruido de la cadena y Kelso se metió las cerillas en el bolsillo. Rapava reapareció por el quicio de la puerta abrochándose la bragueta.

—¿Qué hora es, muchacho?

—Casi la una.

—Tengo que irme. Joder, pensarán que soy tu novio. —Rapava hizo un gesto obsceno con la mano.

Kelso simuló reírse. Sí, claro, enseguida llamaría un taxi. Pero por qué no se acababan la botella. Cogió el whisky y comprobó subrepticamente si la grabadora seguía en marcha. Acabemos la botella, camarada, y termine de contarme la historia, pensó.

El viejo frunció el entrecejo y miró al suelo. La historia ya se había acabado. No había más que añadir. Subieron a Stalin al sofá y... ¿qué? Malenkov salió a hablar con los guardias. Rapava llevó a Beria a casa. Todo el mundo sabe el resto. Stalin murió al cabo de uno o dos días. Poco después murió Beria. Malenkov... bueno, estuvo dando vueltas durante años después de caer en desgracia (en los años setenta Rapava lo había visto una vez arrastrándose por la Arbat), pero ahora también estaba muerto. Nadaraya, Sarsikov, Dumbadze, Starostin, Butusova... todos muertos. El Partido estaba muerto. Y todo el maldito país, para el caso, también lo estaba.

—Pero seguro que su historia no acaba ahí —dijo Kelso—. Siéntese, Papú Gerasimovich, venga, acabemos la botella.

Le hablaba con educación y cautela, porque percibía que la anestesia del alcohol y la vanidad podían esfumarse en cualquier momento, y Rapava podía volver en sí y darse cuenta de que estaba hablando demasiado. Tuvo otro arrebató de ira. ¡Diablos, qué difíciles que eran esos viejos del NKVD... difíciles e incluso todavía peligrosos! Kelso era un historiador cuarentón, treinta años más joven que

Papú Rapava, pero no estaba en muy buena forma física... para ser sinceros, nunca lo había estado y prefería no tener que vérselas con el viejo si perdía los estribos. Rapava, después de todo, era un superviviente de los campos del Ártico. Seguramente no se había olvidado de cómo atacar a alguien, y, supuso Kelso, hacerle daño en serio.

Llenó los dos vasos, el de Rapava y el suyo, y se obligó a seguir hablando.

—Bueno, a ver, ahí está usted, con veinticuatro años, en el dormitorio del secretario general, o sea, en el sanctasanctorum del poder, porque más cerca no se podía estar. ¿Qué pretendía Beria, para qué lo llevó allí dentro?

—¿Estás sordo, muchacho? Te he dicho que me necesitaba para mover el cuerpo.

—¿Pero por qué usted? ¿Por qué no usó a los guardias habituales de Stalin? Al fin y al cabo lo habían encontrado ellos, ¿no? Y ellos habían llamado a Malenkov. ¿Por qué Beria no se llevó a uno de sus ayudantes personales a Blizhny? ¿Por qué precisamente a usted?

En aquel momento Rapava se tambaleaba mientras miraba el vaso de whisky y Kelso se dio cuenta de que toda la noche dependía de eso: necesitaba otra copa y la necesitaba en ese preciso instante, y necesitaba esas dos cosas mucho más que irse. Volvió, se dejó caer pesadamente y le tendió el vaso para que volviera a llenárselo.

—Papu Rapava —continuó Kelso mientras le servía otros tres dedos de whisky—, el sobrino de Avksentry Rapava, el amigacho más antiguo de Beria del NKVD georgiano. El más joven de todo el equipo. Un chico nuevo en la ciudad. ¿Quizá un poco más ingenuo que el resto? ¿Tengo razón? Precisamente el tipo de joven ambicioso a quien el jefe debió de mirar y pensar: Sí, puedo usarlo, puedo usar al chico Rapava porque es capaz de guardar un secreto.

Un denso silencio se prolongó hasta hacerse casi tangible, como si alguien hubiera entrado en la habitación para quedarse con ellos. Rapava empezó a mecerse de un lado a otro, se inclinó hacia adelante y empezó a masajearse el cuello descarnado mirando fijamente la alfombra gastada. Llevaba el pelo gris casi rapado. Tenía una vieja cicatriz en la coronilla que llegaba hasta la sien y que parecía cosida por un ciego con un cordel. Y sus dedos con las yemas amarillentas y sin uñas.

—Apaga la máquina, muchacho —dijo en voz baja haciendo un gesto hacia la mesa—. Apágala y quita la cinta... Eso es, y déjala donde pueda verla.

El camarada Stalin era un hombre bajo, un metro sesenta y tres, pero robusto. ¡Dios mío, cómo pesaba! Como si no fuera de carne y hueso, sino de algún material más pesado. Lo arrastraron por el suelo de madera —la cabeza colgaba y golpeteaba sobre el parquet lustroso— y después tuvieron que levantarlo haciendo palanca, las piernas primero. Rapava vio —no pudo evitarlo porque tenía los pies del secretario general casi en la cara— que tenía el segundo y el tercer dedo unidos —la marca del Diablo—, y cuando nadie lo miraba se persignó.

—Pues bien, joven camarada —le dijo Beria cuando salió Malenkov—, ¿prefieres estar bajo tierra o quieres seguir arriba?

Al principio Rapava creyó haber oído mal. Pero al punto comprendió que su vida ya no volvería a ser la misma y que tenía suerte si sobrevivía.

—Prefiero seguir así, jefe.

—Buen chico. Tenemos que buscar una llave, de este tamaño. —Beria indicó una medida con el pulgar y el índice—. Se parece a la llave para dar cuerda a un reloj. La tiene en un aro de metal con un trozo de cuerda atado. Mira en su ropa.

La guerrera gris de siempre colgaba del respaldo de una silla, y encima estaban los pantalones cuidadosamente doblados. Al lado había un par de botas altas de montar con los tacones unos centímetros más altos de lo normal. Los brazos de Rapava se movían entrecortadamente. ¿Qué pesadilla era ésa? ¿El padre y maestro del pueblo soviético, el ejemplo, el organizador de la victoria del comunismo, el dirigente de toda la humanidad progresista con la mitad de su férreo cerebro destruido, tumbado sobre un sofá, mientras ellos dos revolvían la habitación como un par de ladrones? A pesar de todo, hizo lo que le ordenaban y empezó con la guerrera. Mientras tanto Beria atacaba el escritorio con destreza de viejo miembro de la Cheka, sacaba los cajones de las guías, los ponía en posición vertical, registraba el contenido, apartaba lo inútil, y volvía a colocarlos en las guías.

En la guerrera y los pantalones no había más que un pañuelo sucio y acartonado con moco reseco. Para entonces, la vista de Rapava ya se había acostumbrado a la semipenumbra y vio más claramente dónde estaba. En una de las paredes había una reproducción de una pintura china representando un tigre. En otra, esto era lo más extraño, Stalin había enganchado fotos de niños. Sobre todo de críos pequeños, menores de dos años. No eran exactamente fotos, sino páginas arrancadas de revistas y periódicos. Debía de haber más de veinte.

—¿Hay algo?

—No, jefe.

—Mira en el sofá.

Habían puesto a Stalin de espaldas, con las manos cruzadas sobre la barriga. Cualquiera diría que el tipo estaba durmiendo. Respiraba con fuerza, casi roncando. De cerca no se parecía demasiado a las fotos. Tenía mofletes, manchas rojas y marcas en la cara; el bigote y las cejas muy canosos. Entre la cabellera rala se entreveía la calvicie. Rapava se inclinó sobre él... ¡puaf, qué olor!, como si ya hubiera empezado a pudrirse, y deslizó la mano entre los cojines y el respaldo del sofá. Metió los dedos hasta el fondo y deslizó la mano hacia la izquierda, hacia los pies del secretario general, y después a la derecha, hacia la cabeza, hasta que al fin la yema del índice se topó con algo duro. Tuvo que agacharse para poder sacarlo y apoyarse suavemente sobre el pecho de Stalin.

Y entonces sucedió algo espantoso, una cosa de lo más horrible. Mientras sacaba la llave y llamaba en voz baja al jefe, el secretario general lanzó un gruñido y abrió los ojos de golpe, los ojos amarillos de un animal rabioso y asustado. Hasta Beria se tambaleó cuando los vio, y dejó escapar una especie de gruñido. Beria se acercó titubeante, lo miró y pasó la mano por delante de los ojos de Stalin; al parecer eso le dio una idea. Cogió la llave de manos de Rapava y la balanceó por la cuerda, a pocos centímetros de la cara de Stalin. Los ojos amarillos empezaron a seguir el recorrido pendular sin fallar ni una vez. Beria, que sonreía, empezó a moverla lentamente en círculos durante medio minuto hasta que bruscamente le dio un manotazo y se la guardó en la palma. Apretó los dedos y le enseñó el puño a Stalin.

¡Qué gemido, muchacho! ¡Más animal que humano! Desde esa noche, desde el momento en que salió de la habitación al pasillo, durante todos esos años, no había dejado de perseguirlo ni un solo día.

La botella de whisky se había acabado y Kelso estaba arrodillado delante del minibar como un sacerdote delante del altar. Se preguntó cómo reaccionarían sus anfitriones del simposio de historia cuando recibieran la cuenta del bar, pero ahora eso importaba menos que mantener lleno de combustible al viejo para que siguiera hablando. Sacó un puñado de botellitas —vodka, whisky, ginebra, coñac, aguardiente de cerezas— y las llevó a la mesa. Al sentarse y dejarlas allí, un par de botellitas se le escaparon de las manos y rodaron por el suelo, pero Rapava ni las miró. Ya no era un viejo en el hotel Ucrania, sino un joven de veinticuatro años, otra vez en el cincuenta y tres, al volante de un Packard verde oscuro, con la carretera a Moscú brillando delante, iluminada por los faros, y Lavrenti Beria, duro como una roca, en el asiento trasero.

El gran coche avanzaba veloz por la avenida Kutuzovsky, a través de las silenciosas barriadas del oeste. A las tres y media cruzaron el Moscova por el puente de Borondinsky y enfilaron rápidamente hacia el Kremlin. Entraron por la puerta suroeste, frente a la plaza Roja.

En cuanto los guardias les franquearon el paso, Beria empezó a darle indicaciones: detrás de la Armería a la izquierda; después, a la derecha, por una entrada estrecha hasta un patio. No había ventanas, sino sólo una docena de puertas pequeñas. En la oscuridad, los adoquines helados eran de un tono carmesí brillante, como de sangre húmeda. Rapava levantó la vista y vio que estaban debajo de una gigantesca estrella roja de neón.

Beria entró deprisa por una puerta y Rapava tropezó al seguirlo. Un pequeño pasillo de baldosas los condujo a un ascensor con forma de jaula, más viejo que la Revolución. El traqueteo metálico y el ruido de un motor los acompañó mientras subían despacio dos pisos silenciosos y sin luz. Se detuvieron y Beria abrió bruscamente la puerta. Salió y echó a andar a paso rápido por el pasillo, mientras balanceaba la llave por la cuerda.

Muchacho, no me preguntes adonde fuimos porque no lo sé. Había un pasillo largo y alfombrado, con bustos a ambos lados sobre pedestales de mármol, des-_v pues bajamos por una escalera de caracol de hierro y salimos a un salón de baile, enorme, inmenso como uní transatlántico, con unos espejos gigantes de diez metros de alto y unas elegantes sillas doradas alrededor. Por último, poco después del salón de baile, había un pasillo ancho, de paredes verde brillante y un suelo de parquet que olía a cera, y una puerta grande y pesada que Beria abrió con una de las llaves de su llavero.

Rapava entró detrás. La puerta, con una vieja bisagra neumática imperial, se cerró despacio a sus espaldas.

No era una oficina muy impresionante; tenía unos siete metros por cinco y podía haber sido el despacho de cualquier director de una fábrica perdida en Vologda o Magnitogorsk. Un escritorio con un par de teléfonos, una gruesa alfombra, una mesa y varias sillas, una ventana con pesadas cortinas. En una pared había uno de esos mapas grandes y rosados de la URSS, en la época en que todavía existía la URSS, y al lado del mapa, otra puerta más pequeña, hacia la que Beria se dirigió. También tenía la llave. La puerta daba a una especie de vestidor en el que había un samovar ennegrecido, una botella de coñac armenio y unas hierbas para preparar infusiones. También había una caja fuerte, con una robusta puerta de metal con la etiqueta del fabricante, no en caracteres cirílicos, sino en

algún idioma occidental. La caja fuerte no era muy grande. De unos treinta centímetros de lado, cuadrada, bien hecha, con un asa recta, también de metal.

Beria notó que Rapava la miraba y le dijo bruscamente que saliera.

Pasó casi una hora.

Rapava, de pie en el pasillo, se puso a practicar para mantenerse alerta. Sacaba la pistola e imaginaba que cualquier crujido del enorme edificio era un paso y los aullidos del viento, voces. Se imaginó al secretario general avanzando a zancadas por el pasillo lustroso con sus botas de montar y después trató de conciliar esa imagen con la de la figura vista en Blizhny: derrumbada y atrapada en su propio cuerpo rancio.

¿Y sabes una cosa, muchacho? Me puse a llorar. No puedo negar que es posible que también llorara un poco por mí. Estaba asustado, cagado de miedo... pero en realidad lloraba por el camarada Stalin. Lloré más por Stalin que por mi padre. Y eso les pasó a muchos muchachos.

Unas campanadas lejanas dieron las cuatro.

A eso de las cuatro y media, al fin salió Beria. Llevaba una pequeña cartera de piel con algo dentro: papeles, pero también otras cosas. Rapava no sabía qué. Cosas que presumiblemente venían de la caja fuerte, como la misma cartera. O a lo mejor de la oficina. Tal vez... Rapava no estaba seguro, pero quizá ya la llevaba al bajar del coche. En todo caso, tenía lo que buscaba porque sonreía.

¿Sonreía?

Así es, muchacho, sonreía. No era una sonrisa de placer, verás, sino una sonrisa como...

¿Triste?

Sí, eso es, una sonrisa triste. Una sonrisa como de «¡quién iba a decirlo!». Como si acabara de perder una partida de cartas.

Volvieron por donde habían venido, sólo que en el pasillo flanqueado de bustos se cruzaron con un guardia que prácticamente se arrodilló cuando vio al jefe. Pero Beria lo ignoró y siguió caminando... el ladrón más frío que se haya visto nunca.

—A la calle Vspolni —dijo al llegar al coche.

Ya eran casi las cinco, todavía era de noche, pero ya habían empezado a funcionar los tranvías y había gente por la calle, sobre todo *babushkas* que habían limpiado las oficinas del gobierno con el zar y con Lenin y que, el día de mañana, las limpiarían con cualquier otro. En la puerta de la biblioteca Lenin había un cartel enorme con la imagen de Stalin en rojo, blanco y negro mirando a unos obreros que hacían cola en la puerta del metro. Beria tenía la cartera abierta sobre

el regazo y la cabeza gacha. La luz del coche estaba encendida. Leía algo mientras tamborileaba los dedos con ansiedad.

—¿Hay una pala en el maletero? —preguntó de pronto.

Rapava contestó que sí. Había una para quitar la nieve.

—¿Y una caja de herramientas?

—Sí, jefe.

Una grande con gato, llave inglesa, llave en cruz, pinzas para batería...

Beria carraspeó y volvió a la lectura.

En el jardín de la casa, la tierra estaba dura como un diamante, cubierta de placas de hielo demasiado resistentes para la pala, y Rapava tuvo que ir a buscar un pico al cobertizo del fondo del jardín. Se quitó el abrigo y empuñó la herramienta como cuando trabajaba la tierra en el huerto de su padre, en Georgia: la levantaba por encima de la cabeza y dejaba que cayera con fuerza, de modo que el peso del pico hiciera el trabajo y la hoja se clavara en la tierra helada casi hasta el asa. Movía el pico adelante y atrás, lo desenterraba, calibraba otra vez la postura y volvía a dejarlo caer.

Trabajaba en el pequeño cerezal, a la luz de un farol que pendía de una rama cercana, a un ritmo frenético, consciente de que detrás de él, en la oscuridad, lejos de la luz, Beria lo vigilaba sentado en un banco de piedra. Al cabo de un rato, a pesar del frío de marzo, sudaba tanto que tuvo que parar, quitarse la chaqueta y subirse las mangas. Tenía la camisa pegada a la espalda e involuntariamente recordó a otros hombres que hacían lo mismo mientras él cargaba su rifle y vigilaba... otros hombres que en un día mucho más cálido cavaban en un bosque y después se tumbaban obedientes boca abajo, sobre la tierra recién removida. Recordó el olor a tierra húmeda, el silencio soñoliento del bosque, y se preguntó cuan fría estaría la tierra si Beria le decía que se tumbara.

—No lo hagas muy ancho —le llegó una voz de la oscuridad—. No es una tumba. Estás trabajando más de lo necesario.

Al cabo de un rato, empezó a alternar entre el pico y la pala y a meterse en el agujero para quitar los terrones. El foso se fue haciendo cada vez más profundo; al principio le llegaba a las rodillas, después a la cintura y cuando le llegó al pecho, apareció sobre él la cara de torta de Beria y le dijo que ya estaba, que había hecho un buen trabajo. El jefe sonreía y le tendió la mano para ayudarlo a salir. Y Rapava, en ese momento, mientras apretaba aquella mano blanda, sintió un amor tan grande, una gratitud y devoción tan inmensas como nunca volvería a sentir.

En la memoria de Rapava fue como si dos buenos amigos levantaran, uno por cada extremo, la larga caja de herramientas y la bajaran al foso. Después lo cubrieron de tierra y la pisotearon. Rapava terminó de aplanarla con el revés de la

pala y esparció hojas secas sobre el lugar. Cuando cruzaron el jardín para volver a la casa, unos tenues rayos grises empezaban a filtrarse por el cielo del este.

Kelso y Rapava se habían acabado los botellines y pasado a una especie de vodka casera con pimienta que el hombre había servido de una petaca de metal abollada. Sólo Dios sabía de qué estaba hecho. Podía ser champú. Rapava lo olió, estornudó y le guiñó un ojo a Kelso mientras le llenaba hasta el borde un vaso grasiento. Al ver el color de pechuga de ave de la bebida de Kelso se le encogió el estómago.

—Y Stalin se murió —dijo para evitar tomar un trago. Se le trababan las palabras. Tenía la mandíbula entumecida.

—Y Stalin se murió. —Rapava sacudió la cabeza apenado. De pronto se inclinó hacia adelante y brindó—. ¡Por el camarada Stalin!

—¡Por el camarada Stalin!

Y bebieron.

Y Stalin se murió. Y todo el mundo lo lloró. Todos excepto el camarada Beria, que leyó el panegírico como si fuera un anuncio del ferrocarril ante miles de histéricos gimientes y después rió con los muchachos.

Eso fue lo que se decía.

Pero Beria era un hombre inteligente, mucho más listo que tú, muchacho... a ti te hubiera merendado enseguida. Pero los listos siempre cometen errores porque piensan que todos los demás son estúpidos. Y no todos lo son. Algunos necesitan un poco más de tiempo, eso es todo.

El jefe pensaba que estaría veinte años en el poder y duró tres meses.

Un día de junio, a última hora de la mañana, cuando Rapava estaba de guardia con el equipo de siempre —Nadaraia, Sarsikov, Dumbadze—, avisaron que había una reunión especial del Presidium en la oficina de Malenkov en el Kremlin. Como era en el despacho de Malenkov, el jefe no sospechó nada. Malenkov era un oso tonto y el jefe lo tenía pillado.

Así que subió al coche para ir a la reunión. Ni siquiera llevaba corbata. Iba con la camisa abierta y un traje viejo y gastado. ¿Para qué iba a ponerse corbata? Hacía calor, Stalin estaba muerto, Moscú estaba llena de chicas y él estaría veinte años en el poder.

El cerezal del fondo del jardín había florecido hacía poco.

Llegaron al ala de Malenkov y el jefe subió a verlo, mientras ellos se quedaban en la antesala, junto a la entrada. Uno por uno fueron llegando todos los

peces gordos, todos los camaradas de los que Beria se reía por detrás: el viejo «Culo de Piedra» Molotov y aquel paletto gordo de Jruschov, el tontainas Voroshilov, y por último el engreído pavo real del mariscal Zhukov con todas sus medallas y cintas. Subieron todos y Nadaraia se frotó las manos y le dijo a Rapava:

—Bueno, Papú Gerasimovich, ¿por qué no vas a la cantina a traernos café?

Pasaban las horas y Nadaraia de vez en cuando subía para ver qué sucedía, y siempre volvía con el mismo mensaje: la reunión continuaba. ¿Qué tenía de raro? No era extraño que el Presidium se reuniera durante horas. Pero a las ocho de la tarde el jefe de guardaespaldas parecía preocupado, y a las diez, cuando caía la noche de verano, les dijo que subieran.

Pasaron estrepitosamente al lado de las secretarias de Malenkov y entraron en el salón a pesar de las protestas de éstas. Estaba vacío. Sarsikov probó los teléfonos pero estaban cortados. Había un silla caída y, al lado, en el suelo, unos trozos de papel plegados en los que, escrita en tinta roja con letra de Beria, se leía una sola palabra: «¡Peligro!»

Podían haber ofrecido resistencia, pero ¿para qué? Era una emboscada, toda una operación del Ejército Rojo. Zhukov hasta había sacado los tanques, estacionado veinte T34 en el fondo de la casa del jefe (Rapava se enteró más tarde). Había vehículos blindados dentro del Kremlin. Era inútil. No hubieran durado ni cinco minutos.

A los muchachos los separaron ahí mismo. A Rapava lo llevaron a una cárcel militar en los suburbios del norte donde lo molieron a palos y lo acusaron de suministrarle chiquillas, le enseñaron declaraciones de testigos, fotos de las víctimas y por último una lista de treinta nombres que Sarsikov (Sarsikov, el chulo grandullón, menudo tipo duro resultó) les había dado al segundo día.

Rapava no dijo nada. Todo ese montaje le daba asco.

Y entonces, una noche, unos diez días después del golpe, porque Rapava siempre lo había considerado un golpe, lo arreglaron, le dieron un uniforme limpio, le pusieron las esposas y lo llevaron al despacho del director de la cárcel para presentarle un pez gordo del Ministerio de Seguridad del Estado. Era un cabrón con pinta de tío duro de entre cuarenta y cincuenta años. Dijo ser un subsecretario y quería hablar de los papeles privados del camarada Stalin.

Rapava se sentó en una silla con las esposas puestas. El subsecretario se sentó al otro lado del escritorio del director. Detrás de ellos, en la pared, había una foto de Stalin.

Parece, dijo el subsecretario después de observar a Rapava durante un rato, que el camarada Stalin en los últimos años se había acostumbrado a tomar notas que lo ayudaban en su titánica tarea. Las escribía en hojas corrientes de papel o en

un cuaderno de tapas de hule negro. Sólo unos pocos miembros del Presidium estaban al tanto de la existencia de esas notas, además del camarada Poskrebishov, el antiguo secretario del camarada Stalin, a quien el traidor Beria había encarcelado hacía poco, acusado de falsos cargos. Todos los testigos coincidían en que el camarada Stalin guardaba esos papeles en una caja fuerte personal en su oficina privada, de la que sólo él tenía la llave.

El subsecretario se inclinó hacia adelante. Sus ojos oscuros escrutaron el rostro de Rapava.

Tras la trágica muerte del camarada Stalin se hicieron intentos de localizar la llave, pero no se encontró. Por lo tanto, el Presidium decidió que se forzara la caja fuerte en presencia de todos sus miembros para ver si el camarada Stalin había dejado material de valor histórico o que pudiera resultar útil al Comité Central en su enorme responsabilidad de designar al sucesor del camarada Stalin.

La caja fuerte se abrió como correspondía, bajo la supervisión del Presidium, y salvo algunos objetos de poco interés, como el carnet del partido del camarada Stalin, no había nada.

El subsecretario se sentó en el borde del escritorio, directamente delante de Rapava. Vaya, era un tremendo cabrón, muchacho, un auténtico cachas.

—Sabemos, gracias al camarada Malenkov —dijo—, que en la madrugada del 2 de marzo, usted fue a la dacha de Kuntsevo en compañía del traidor Beria, y que los dejó solos con el camarada Stalin durante unos minutos. ¿Sacaron algo de la habitación?

—No, camarada.

—¿Nada de nada?

—No, camarada.

—¿Y adonde fueron al salir de Kuntsevo?

—Llevé al camarada Beria de regreso a su casa, camarada.

—¿Directamente a su casa?

—Sí, camarada.

—Está mintiendo.

—No, camarada.

—Miente. Tenemos un testigo que los vio, a ustedes dos, en el Kremlin poco antes del amanecer. Un centinela con el que se cruzaron en un pasillo.

—Sí, camarada. Ahora me acuerdo. El camarada Beria dijo que tenía que ir a recoger algo a su oficina...

—¿Algo a la oficina del camarada Stalin!

—No, camarada.

—¡Mientes, traidor! ¡Tú y Beria, el espía inglés, entrasteis en la oficina de Stalin y robasteis los papeles! ¿Dónde están esos papeles?

—No, camarada...

—¡Traidor! ¡Ladrón! ¡Espía!

Cada palabra iba acompañada de un puñetazo en la cara. Una y otra vez.

Te diré una cosa, muchacho. Hasta el día de hoy nadie sabe exactamente qué le pasó al jefe. Ni siquiera ahora que Gorbachov y Yeltsin han vendido a precio de saldo todos nuestros jodidos derechos a los capitalistas y permitido que la CÍA se haga un picnic con nuestros archivos. Los papeles sobre el jefe siguen siendo material reservado. Lo sacaron a escondidas del Kremlin envuelto en una alfombra y tumbado en el suelo de un coche, y algunos dicen que Zhukov le pegó un tiro esa misma noche. Otros dicen que lo mataron al cabo de una semana. Aunque la mayoría sostiene que lo mantuvieron vivo durante cinco meses, ¡cinco meses!, sudando la gota gorda en un bunker subterráneo del Distrito Militar de Moscú hasta que lo fusilaron tras un juicio secreto.

Sea como sea, lo mataron. En Navidad ya estaba muerto.

Y esto es lo que me hicieron a mí.

Rapava levantó los dedos mutilados y los movió. Después se desabrochó la camisa con torpeza, se sacó los faldones de dentro de los pantalones y giró el torso escuálido para enseñarle la espalda. Tenía toda la columna vertebral llena de espantosas cicatrices, ásperas y rugosas, resultado de haber estado en carne viva. El estómago y el pecho eran espirales de tatuajes negroazulados.

Kelso no dijo nada. Rapava volvió a apoyarse en el respaldo con la camisa abierta. Las cicatrices y los tatuajes eran las condecoraciones de su vida. Estaba orgulloso de llevarlas.

Durante todo ese tiempo no sabía si el jefe aún estaba vivo, ni si había hablado. Pero no importaba. Papú Gerasimovich Rapava, por lo menos, guardaría silencio.

¿Por qué? ¿Por lealtad? Un poco, quizá... por el recuerdo de esa mano que lo había indultado. Pero no era un chico tan tonto como para ignorar que el silencio era su única esperanza. ¿Cuánto tiempo lo habrían dejado con vida si los hubiera llevado a ese lugar? Debajo de ese árbol yacía su propia sentencia de muerte. Así que lo suyo era no decir ni una palabra.

Lo dejaron temblando en el suelo de una celda sin calefacción mientras llegaba el invierno y soñaba con cerezos, hojas que se marchitaban y caían, ramas oscuras contra el cielo, el aullido de los lobos.

Y entonces, por Navidad, de repente perdieron interés en todo el asunto como niños aburridos. Continuaron las palizas durante un tiempo —hay que reco-

nocer que ya era una cuestión de honor por ambos lados—, pero cesaron los interrogatorios y, tras una sesión prolongada e imaginativa, también se acabaron los golpes. El subsecretario no volvió a aparecer y Rapava supuso que Beria había muerto. También supuso que alguien había decidido que si los papeles de Stalin existían, era mejor dejarlos sin leer dondequiera que estuvieran.

Rapava esperaba que le metieran sus siete gramos de plomo en el cuerpo en cualquier momento. Ni por un instante pensó que si habían liquidado a Beria a él lo dejarían. Por lo tanto, no recordaba nada de su viaje en medio de una tormenta de nieve al edificio del Ejército Rojo en la calle del Komisariat ni del improvisado juzgado de grandes ventanales enrejados con su tribunal. La mente se le quedó en blanco con la nieve. La veía caer por la ventana sobre el Moscova, a lo largo del terraplén, y atenuar las luces de la orilla de enfrente, columnas altas y blancas que llegaban del este como una marcha fúnebre. Las voces se acallaron a su alrededor. Más tarde, cuando ya era de noche y lo sacaron fuera, supuso que iban a fusilarlo y preguntó si podía coger un puñado de nieve. Un guardia le preguntó para qué.

—Para tocar la nieve por última vez, camarada —le contestó Rapava.

Todos rieron, y cuando se dieron cuenta de que hablaba en serio, rieron aún más.

—No te preocupes, georgiano, si hay algo que no echarás de menos es la nieve —le dijeron mientras lo subían a una furgoneta.

Así se enteró de que lo habían condenado a quince años de trabajos forzados en Kolyma.

Jruschov amnistió a un montón de presos del Gulag en el cincuenta y seis, pero nadie amnistió a Papú Rapava. Se olvidaron de él. Se pudrió y congeló durante la siguiente década y media en los bosques de Siberia: se pudría durante el corto verano, cuando cada hombre trabajaba en su propia nube de mosquitos de malaria, y se congelaba en los inviernos, cuando el frío helaba los pantanos.

Se decía que toda la gente que sobrevivía a los campos tenía el mismo aspecto, el de un esqueleto ya que al haber estado expuesto a ese clima los huesos siempre sobresalían, por mucho que después se recubriera de carne o por muy bien que se vistiera. Kelso había entrevistado a suficientes sobrevivientes del Gulag para reconocer la delgadez de campo de prisioneros en la cara de Rapava mientras hablaba: en la cuenca de los ojos y la estructura de la mandíbula. También se le notaba en las articulaciones de las muñecas y los tobillos, en el esternón plano y afilado.

No lo amnistiaron, decía Rapava, porque había matado a un hombre, un checheno, que había tratado de sodomizarlo. Lo rajó con un pincho que había hecho con un trozo de sierra.

—¿Qué le pasó en la cabeza? —le preguntó Kelso.

Rapava se tocó la cicatriz. No se acordaba. A veces, cuando hacía mucho frío, la cicatriz le dolía y lo hacía soñar.

¿Soñar conque?

Rapava entreabrió la boca. No pensaba decirlo.

Quince años..., pensó.

Lo devolvieron a Moscú en el verano del sesenta y nueve, el día que los yankis pusieron un hombre en la luna. Rapava salió de la residencia de ex prisioneros y dio una vuelta por las calles calurosas y llenas de gente. No entendía nada. ¿Dónde estaba Stalin? Era lo que más le asombraba. ¿Dónde estaban las estatuas y los retratos? ¿Dónde estaba el respeto? Los chicos parecían chicas y las chicas parecían putas. Era evidente que el país se iba a la mierda. Pero, al menos hay que reconocerlo, todavía había trabajo para todos, incluso para los viejos *zeks* como él. Lo mandaron a la sala de máquinas de la estación de Leningrado a trabajar de peón. Tenía sólo cuarenta y un años y era fuerte como un toro. Lo único que tenía en el mundo era una maleta de cartón.

¿Se casó alguna vez?

Rapava se encogió de hombros. Sí, claro. Era la única forma de conseguir un apartamento. Se casó y le dieron uno.

¿Y qué pasó? ¿Dónde estaba su mujer?

Había muerto. Era un edificio decente, muchacho, antes de la droga y los delincuentes...

¿Dónde estaba?

Malditos chorizos...

¿Hijos?

Un hijo. También murió, en Afganistán. Y una hija.

¿También había muerto?

No; era puta.

¿Y los papeles de Stalin?

Kelso, borracho como estaba, no podía hacer que esa pregunta sonara inocente y el viejo le lanzó una mirada astuta, de campesino.

—Vamos, muchacho —dijo Rapava en voz baja—, sigue. ¿Y los papeles de Stalin? ¿Qué pasó con los papeles de Stalin?

Kelso dudó.

—Si todavía existen... si hay alguna posibilidad, una remota posibilidad...

— ¿Te gustaría verlos?

— Claro.

Rapava rió.

— ¿Y por qué iba a ayudarte, muchacho? Quince años en Kolyma... ¿para qué? ¿Para ayudarte a decir más mentiras? ¿Por amor?

— No, por amor no. Por la historia.

— ¿Por la historia? ¡No me hagas reír!

— De acuerdo... Por dinero, entonces.

— ¿Qué?

— Por dinero. Una parte de los beneficios. Mucho dinero.

El campesino Rapava se rascó la nariz.

— ¿Cuánto dinero ?

— Mucho. Si es verdad y si podemos encontrarlos. Créame, un montón de dinero.

Un ruido de voces en el corredor rompió el momentáneo silencio, voces que hablaban en inglés. Kelso adivinó quiénes eran: sus compañeros historiadores — Adelman, Duberstein y los demás— que volvían de cenar tarde preguntándose dónde se había metido. De pronto le pareció sumamente importante que nadie, y aún menos sus colegas, supiera nada de Papú Rapava.

Alguien llamó con suavidad a la puerta. Kelso levantó la mano, le hizo señas al viejo y apagó silenciosamente la lámpara de la mesilla de noche.

Se quedaron sentados oyendo los murmullos amplificadas por la oscuridad, pero aún así amortiguados y confusos. Hubo otro golpe en la puerta seguido de una carcajada de alguien al que los demás hicieron callar. Quizá habían visto que apagaba la luz y, con la reputación que tenía, pensaban que estaba con una mujer.

Al cabo de un instante las voces se desvanecieron y el pasillo volvió a quedar en silencio. Kelso encendió la luz, sonrió y se dio una palmada en el corazón. La cara del viejo parecía una máscara, pero también sonrió y se puso a cantar. Tenía una voz trémula, inesperadamente melodiosa.

*Kolyma, Kolyma...
¡Qué bonito lugar!
Doce meses de invierno
y verano los demás...*

Cuando lo soltaron se convirtió simplemente en Papú Rapava, trabajador ferroviario que había pasado una temporada en los campos. Si alguien quería

saber más... ¿Ah sí? ¡Prueba! Siempre tenía preparados los puños o un pincho de metal.

Dos hombres lo vigilaron desde el principio. Anti-pin, un capataz de la sala de máquinas Lenin 1, y un tullido del apartamento de abajo llamado Senka. Un par de auténticos soplones. Prácticamente empezaban a chivarse al KGB antes de que uno saliera de la habitación. Los otros iban y venían: hombres a pie, en coches aparcados, hombres que hacían «preguntas de rutina, camarada»; pero Antipin y Senka eran los leales vigilantes, aunque ninguno de los dos descubrió nada. Rapava había enterrado su pasado en un agujero mucho más hondo que el que había hecho para Beria.

Senka había muerto hacía cinco años. De Antipin nunca supo qué había sido. El Lenin 1 ahora era propiedad de un colectivo privado que importaba vino francés.

¿Los papeles de Stalin, muchacho? ¿A quién cono le importan? Él ya no le tenía miedo a nada.

¿Mucho dinero has dicho? Bueno, bueno...

Rapava se inclinó, escupió en el cenicero y después pareció quedarse dormido. ¿Te dije que mi hijo había muerto?, preguntó al cabo de un rato.

Sí.

Murió en una emboscada nocturna camino de Ma-zar-i-Sharif. Fue uno de los últimos que mandaron. Lo mataron unos demonios de la edad de piedra con la cara tiznada y misiles yankis. ¡Stalin jamás habría permitido que semejantes salvajes humillaran el país! ¡Los habría despedazado y esparcido las cenizas en Siberia! Después de la muerte del muchacho, Rapava se acostumbró a caminar. Largas caminatas que podían durar un día y una noche. Recorría la ciudad, de Perovo a los lagos, del parque Bittsevski a la torre de televisión. Y en uno de esos paseos, hacía seis o siete años, en la época del golpe, se sorprendió en uno de sus propios sueños. Al principio no se dio cuenta. Después vio que estaba en la calle Vspolni. Se largó enseguida. Su hijo era operador de radio en una unidad de tanques. Le gustaba jugar con la radio, no le gustaba combatir.

¿Y la casa?, preguntó Kelso. ¿Aún estaba en pie?

Tenía diecinueve años.

¿Y la casa? ¿Qué pasó con la casa?

Rapava dejó caer la cabeza.

La casa, camarada...

Había una luna turca y una estrella roja. Y el lugar estaba protegido por esos demonios de cara tiznada...

A partir de entonces, Kelso no logró entender nada más. Los párpados del viejo aletearon y se cerraron. Se le aflojó la boca y un hilo de saliva amarilla se deslizó por la barbilla.

Kelso se quedó mirándolo durante un par de minutos mientras sentía crecer las náuseas en el estómago. Se levantó de un brinco y fue lo más rápido que pudo al lavabo, donde vomitó copiosamente. Apoyó la frente ardiente sobre la taza esmaltada fresca y se lamió los labios. Sentía la lengua enorme, y amarga, como un fruto negro e hinchado. Se le había atragantado algo en la garganta. Trató de aclarársela tosiendo, pero no sirvió de nada, así que tragó y lo único que consiguió fue un nuevo acceso de arcadas. Cuando echó la cabeza atrás vio que los artefactos del baño se separaban y empezaban a girar, como en una lenta danza tribal. Un moco plateado colgaba de su nariz trazando un arco hasta el asiento del inodoro.

Aguanta, se dijo. Esto también pasará.

Volvió a cogerse a la taza blanca como si fuera un hombre a punto de ahogarse, mientras el horizonte se inclinaba, la habitación se oscurecía, se deslizaba...

En la oscuridad de sus sueños un crujido. Un par de ojos color miel.

«¿Tú quién eres para robarme mis papeles personales?», decía Stalin y saltaba del sofá como un lobo.

Kelso despertó sobresaltado y se golpeó la cabeza con el borde de la bañera. Gimió y giró hasta quedarse de espaldas mientras se toqueteaba la cabeza para ver si sangraba. Estaba seguro de que sentía un líquido pegajoso, pero cuando se acercó la mano a los ojos vio que tenía los dedos limpios.

Como siempre, incluso tirado en el suelo de un baño en Moscú, una parte de él seguía implacablemente sobria, como un capitán herido en el puente de un barco torpedeado, que evalúa tranquilamente los daños en medio del fragor de la batalla. Era esa parte de él que llegaba a la conclusión de que, por muy mal que se sintiera, otras veces —curiosamente— se había sentido peor. Y esa parte de él oyó entre los confusos latidos de la cabeza, el crujido de una pisada y el clic de una puerta que se cerraba en silencio.

Kelso cerró la boca y atravesó todas las fases de la evolución humana, por pura fuerza de voluntad, hasta ponerse de pie —desde el cieno del suelo a una especie de cuclillas simiescas, pasando por las cuatro patas— y lanzarse hacia la habitación vacía. Una luz tenue se filtraba por las cortinas anaranjadas e iluminaba los restos de la noche. El hedor ácido de alcohol derramado y humo rancio le dio náuseas. A pesar de todo —y en ese esfuerzo había tanto heroísmo como desesperación— se dirigió a la puerta.

—¡Papú Gerasimovich! ¡Espere!

El pasillo estaba oscuro y desierto. En la otra punta, a la vuelta del recodo, se oyó la campanilla de un ascensor que llegaba. Kelso se estremeció y echó a correr. Llegó justo a tiempo de ver cómo se cerraban las puertas. Trató de meter los dedos para hacer palanca mientras, por la rendija, le decía a Rapava que volviera. Apretó el botón de llamada varias veces con la palma de la mano pero como no respondía empezó a bajar por la escalera. En el piso 21 se dio cuenta de que había perdido, se detuvo en el descansillo y llamó al ascensor rápido. Se quedó allí, esperándolo, apoyado contra la pared, jadeante, con náuseas y un dolor que le partía la cabeza. El ascensor tardó y cuando al fin llegó, volvió a subir los tres pisos que acababa de bajar corriendo. Las puertas se abrieron burlonas a un pasillo vacío.

Cuando Kelso llegó a la planta baja, le latían los oídos por la velocidad del descenso y Rapava ya no estaba. En la bóveda de mármol de la recepción del Ucrania sólo había una *babushka* que pasaba la aspiradora sobre la alfombra roja y una fulana rubio platino, con una estola de marta cibelina sintética sobre los hombros, que discutía con un vigilante. Cuando llegó a la entrada, se dio cuenta de que los tres lo miraban. Se pasó la mano por la frente y notó que sudaba.

En la calle hacía frío y apenas había luz. Era una gélida mañana de octubre y del río se levantaba una humedad helada pero, no obstante, el tráfico empezaba a ser denso por la avenida Kutuzovski y el puente Kalininski. Kelso siguió andando durante un rato y luego se quedó parado, temblando en mangas de camisa. No había ni rastro de Rapava. A su derecha, un viejo perro gris, grande y famélico, avanzaba por la acera, cabizbajo delante de los mastodónticos edificios, en dirección a la ciudad que empezaba a despertar.

PRIMERA PARTE

MOSCÚ

Elegir la víctima, preparar minuciosamente los planes, consumir una venganza implacable y después irse a dormir... no hay nada más dulce en el mundo.

STALIN

conversación con Kamenev y Dzerzhinsky

1

Olga Komarova, de los Archivos Estatales Rusos, Rosarjiv, blandiendo un paraguas rosa plegable, condujo al distinguido personal que tenía a su cargo por el vestíbulo del Ucrania en dirección a la puerta giratoria. Era una puerta antigua, de madera robusta y vidrio, demasiado estrecha para que entrara más de un cuerpo a la vez, de modo que los investigadores se pusieron en fila bajo la luz tenue, como paracaidistas sobre el objetivo, y, a medida que pasaban delante de Olga, ésta los tocaba suavemente con el paraguas para contarlos antes de arrojarlos al aire gélido de Moscú.

El primero en pasar fue Franklin Adelman, de Yale, tal como correspondía a su edad y estatus; después Moldenhauer, del Bundesarchiv de Coblenza, con su absurdo doble doctorado: el maldito doctor, doctor Karl Moldenhauer; después los neomarxistas Enrico Banfi, de Milán, y Eric Chambers, de la Escuela de Economía de Londres; el gran guerrero frío de la Universidad de Nueva York, Phil Diberstein; Igor Ivo Godelier, de la Escuela Normal Superior de Francia, seguido de Dave Richards, de Saint Antony, Oxford —otro *sovietólogo* cuyo mundo se desmoronaba—; Velma Byrd, del Archivo Nacional de EE. UU.; Alastair Findlay, del Departamento de Estudios Bélicos de Edimburgo, que aún pensaba que el sol salía por el culo de Stalin; Arthur Saunders, de Stanford; y, por último, el hombre cuyo retraso los había hecho esperar a todos cinco minutos más en el vestíbulo, el doctor C. R. A. Kelso, al que todos llamaban Chiripa.

La puerta se cerró con fuerza tras su paso. El tiempo había empeorado y nevaba ligeramente. Unos copos diminutos, duros como granos de arena que cruzaban con fuerza la amplia explanada gris y azotaban el rostro y el cabello. Al pie de la escalinata, temblando en su propia nube de humo blanco, los aguardaba un autobús destartado para llevarlos al simposio. Kelso se detuvo para encender un cigarrillo.

—Por Dios, Chiripa, qué mal aspecto tienes —le gritó Adelman alegremente.

Kelso levantó una mano frágil, como para admitir que tenía razón. Vio un grupo de taxistas con chaquetas acolchadas que pateaban el suelo a causa del frío. Unos trabajadores se esforzaban por sacar un rollo de latón de un camión. Un hombre de negocios coreano con sombrero de piel fotografiaba a otros veinte, vestidos igual. Pero de Papú Rapava no había ni rastro.

—Doctor Kelso, por favor, estamos esperando.

El paraguas lo señaló con reprobación. Se puso el cigarrillo en la comisura de la boca, se colgó la bolsa al hombro y se dirigió al autobús.

«Un Byron maltrecho» fue la descripción que apareció en el dominical de un periódico cuando renunció a su puesto de profesor en Oxford para trasladarse a Nueva York. Y no estaba mal. Una mata de pelo negro, demasiado largo y rizado para dar aspecto de pulcritud, una boca húmeda y expresiva, mejillas pálidas y el aura de una reputación... si Byron no hubiese muerto en Missolonghi y se hubiera pasado los siguientes diez años de su vida bebiendo whisky, fumando, todo el día encerrado sin disfrutar del aire libre y evitando cualquier tipo de ejercicio, habría llegado a tener la misma pinta de Chiripa Kelso.

Iba con lo mismo de siempre: camisa gruesa y desteñida de algodón azul marino, con el botón de arriba desabrochado, corbata oscura, un poco manchada y con el nudo flojo, traje de pana negro, cinturón de piel por encima del cual asomaba una tripa discreta, pañuelo rojo en el bolsillo de la pechera, botas gastadas de ante marrón y una gabardina vieja. Era su invariable uniforme de los últimos veinte años.

Rapava lo había estado llamando «muchacho», una palabra absurda para un hombre de mediana edad, aunque por otro lado extrañamente apropiada. *Muchacho*.

La calefacción estaba al máximo. Nadie hablaba mucho. Kelso se sentó solo casi al fondo del autobús y desempañó el cristal mientras el vehículo se ponía en marcha bruscamente por la calzada resbaladiza y se unía al tráfico del puente. Saunders, al otro lado del pasillo, hacía gestos ostentosos de ahuyentar el humo de Kelso. Debajo, en las sucias aguas del Moscova, un dragador con una grúa montada en la cubierta de popa subía lentamente río arriba.

Había estado a punto de no ir a Rusia. Eso era lo más gracioso. Sabía muy bien lo que iba a pasar: mala comida, cotilleos trasnochados, el maldito aburrimiento de la vida académica... hablar cada vez más de cada vez menos. Era una de las razones por las que había dejado plantado Oxford y se había ido a vivir a Nueva York. Pero por alguna razón los libros que tenía pensado escribir no se

habían materializado. Además, nunca había podido resistir el atractivo de Moscú. Incluso en ese momento, un miércoles a hora punta, sentado en el vetusto autobús, percibía el peso de la historia detrás del sucio cristal: en esas calles oscuras rebautizadas, en los enormes bloques de apartamentos, en las estatuas derribadas. Era más fuerte que en cualquier otro lado; más fuerte incluso que en Berlín. Eso era lo que siempre le había atraído de Moscú, la forma en que la historia flotaba en el aire, entre los edificios ennegrecidos, como azufre demoníaco después de un relámpago.

«¿Te crees que sabes mucho sobre el camarada Stalin, muchacho? ¡Pues déjame decirte que no sabes un carajo!»

Kelso ya había presentado el día anterior su ponencia sobre Stalin y los archivos. Lo había hecho con su estilo característico: sin notas, con una mano en el bolsillo, de manera improvisada y provocativa. Los anfitriones rusos miraban con expresión gratificadamente furtiva. Algunas personas incluso se habían largado. En síntesis, todo un triunfo.

Después de la ponencia se dio cuenta de que estaba solo, como era de prever, y decidió volver al Ucrania a pie. Era una larga caminata y se estaba haciendo de noche, pero necesitaba tomar el aire. En un momento dado, no recordaba dónde, quizá en una de las calles detrás del Instituto, o tal vez más tarde, en la Novi Arbat, se dio cuenta de que lo seguían. No era nada tangible, apenas la impresión fugaz de ver algo con demasiada frecuencia: la sombra de un abrigo, la forma de una cabeza... pero Kelso había estado suficientes veces en el Moscú de los viejos tiempos para saber que raramente uno se equivocaba con esas cosas. Uno siempre notaba los gazapos de una película, de la misma manera que siempre sabía cuándo alguien le pisaba los talones.

Acababa de entrar en la habitación del hotel y empezaba a hacer un primer repaso al minibar cuando lo llamaron de recepción para decirle que en el vestíbulo había un hombre que quería verlo. ¿Quién? Prefería no dar el nombre, pero insistía y no quería irse. Así que Kelso bajó de mala gana y se encontró con Papú Rapava sentado en uno de los sofás de piel sintética del Ucrania, mirando al frente, con un gastado traje azul y muñecas y tobillos delgados como palos de escoba.

«¿Te crees que sabes mucho sobre el camarada Stalin, muchacho?», habían sido sus primeras palabras.

En aquel momento Kelso se dio cuenta de que había visto al viejo en el simposio, en la primera fila del público, escuchando la traducción simultánea por los auriculares, mientras murmuraba su desacuerdo con cualquier mención hostil a Stalin.

¿Quién eres?, pensó Kelso mientras miraba por la ventanilla sucia. ¿Un fabulador? ¿Un estafador? ¿La respuesta a una plegaria?

El simposio tenía que durar sólo un día más... para alivio y agradecimiento de Kelso. Se celebraba en el Instituto de Marxismo-Leninismo, un templo ortodoxo de hormigón gris, consagrado en la época de Brézhnev, con unos gigantescos bajorrelieves de Marx, Engels y Lenin sobre la entrada llena de columnas. La planta baja había sido alquilada a un banco privado, que había quebrado, lo que contribuía al aspecto de abandono.

Al otro lado de la calle, vigilados por un par de milicianos, había una pequeña manifestación, de unas cien personas, la mayoría de ellas mayores, pero con unos pocos jóvenes con boinas negras y chaquetas de cuero. Era la mezcla habitual de fanáticos y rencorosos: marxistas, nacionalistas, antisemitas. Banderas rojas con la hoz y el martillo ondeaban al lado de banderas negras con el águila zarista bordada. Una anciana llevaba una foto de Stalin; otra vendía casetes con canciones militares de las SS. Un hombre mayor debajo de un paraguas despotricaba a través de un megáfono que le distorsionaba la voz. Unos activistas repartían un periódico gratuito llamado *Aurora*.

—No hagan caso —aconsejó Olga Komarova, de pie junto al conductor. Apoyó el índice en la sien—. Están locos. Son fascistas rojos.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Duberstein, considerado una autoridad mundial en comunismo soviético, a pesar de que nunca había llegado a aprender bastante ruso.

—Dice que la Institución Hoover trató de comprar el archivo del Partido por cinco millones de dólares —respondió Adelman—, que estamos tratando de robarles su historia.

Duberstein lanzó una risita irónica.

—¿Quién va a querer comprarles su maldita historia? —De pronto golpeó la ventanilla con el anillo—. Oye, ¿eso no es un equipo de la televisión?

La visión de una cámara causó una previsible y nostálgica agitación entre los académicos.

—Creo que sí...

—Qué halagador...

f

—¿Cómo se llama el tipo que dirige *Aurora*? —preguntó Adelman—. ¿Sigue siendo el mismo? —Se volvió en su asiento—. ¡Chiripa! —llamó por el pasillo—. Seguro que tú te acuerdas. ¿Cómo se llama el viejo del KGB?

—Mamantov —respondió Kelso. El chófer frenó de golpe y él tuvo que tragar para contener una arcada—. Vladimir Mamantov.

—Locos —repitió Olga mientras se preparaba para bajar—. Pido disculpas en nombre del Rosarjiv. Esta gente no es representativa. Síganme, por favor, y no les hagan caso.

Salieron en fila del autobús mientras una cámara de televisión filmaba cómo cruzaban el patio de asfalto y pasaban por delante de unos abetos blancos en medio de los abucheos.

Chiripa Kelso avanzaba despacio al final de la fila, con una resaca que lo obligaba a mover la cabeza con cuidado, como si fuera una jarra de agua. Un joven lleno de granos, con gafas de metal, le tiró un ejemplar de *Aurora* y Kelso alcanzó a ver la primera plana (una caricatura de los conspiradores sionistas y un extraño símbolo cabalístico, mezcla de esvástica y cruz roja), antes de lanzar otra vez el periódico contra el pecho del chico. Los manifestantes seguían abucheándolos.

El termómetro de la pared de la entrada indicaba un grado bajo cero. La vieja placa había sido reemplazada por otra que no encajaba muy bien, por lo que se notaba que le habían cambiado el nombre al edificio. Ahora se proclamaba «Centro Ruso de Conservación y Estudio de la Documentación de la Historia Moderna».

Una vez más, cuando los otros ya habían entrado, Kelso se quedó rezagado mirando las caras de odio de la acera de enfrente. Había grupos de hombres de la edad de Rapava, con caras amargas y mejillas descarnadas, pero él no estaba. Se dio la vuelta y entró en el vestíbulo en sombras, donde le entregó el abrigo y la bolsa a la encargada del guardarropa, para dirigirse por debajo de la conocida estatua de Lenin a la sala de conferencias.

Empezaba otro día.

En el simposio había 91 delegados y casi todos parecían estar en la pequeña antesala donde les servían café. Kelso cogió una taza y encendió un cigarrillo.

—¿Quién empieza? —preguntó una voz detrás de él. Era Adelman.

—Askenov, creo. Sobre el proyecto del microfilm.

Adelman gruñó. Era un bostoniano de más de setenta años, al final de una carrera en la que se había pasado la vida en aviones y hoteles —simposios, conferencias, doctorados *honoris causa*—; según Duberstein, había dejado la historia a cambio de las millas aéreas que regalaban las compañías. Pero a Kelso no le molestaban los honores recibidos. Era bueno y valiente. Treinta años atrás, cuando todos los demás idiotas útiles del mundo académico pedían a gritos la distensión, hacía falta mucho coraje para escribir libros de ese tipo sobre el hambre y el terror.

—Oye, Frank —dijo—. Lamento no haber ido a la cena.

—No te preocupes. ¿Te salió algo mejor?

—Sí, más o menos.

La cafetería estaba al fondo del Instituto y daba a un patio interior, en el centro del cual, tiradas en el suelo entre las malas hierbas, había un par de estatuas de Marx y Engels, como si fueran un par de caballeros Victorianos que se tomaban una pausa en el largo curso de la historia para echarse una cabezadita matinal.

—No les importa derribar a estos dos —dijo Adelman—. Es fácil; son extranjeros y uno es judío. Pero cuando derriban a Lenin, entonces uno sabe que hay cambios de verdad.

Kelso tomó otro sorbo de café.

—Anoche vino a verme un hombre.

—¿Un hombre? Vaya, qué desilusión.

—¿Puedo pedirte un consejo, Frank?

Adelman se encogió de hombros.

—Adelante.

—¿En privado?

Adelman se rascó la barbilla.

—¿Sabes el nombre del tipo?

—Sí, claro.

—¿Pero su nombre auténtico?

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—¿Y su dirección? ¿Tienes su dirección?

—No, Frank, no la tengo, pero se dejó esto.

Adelman se quitó las gafas y miró de cerca la caja de cerillas.

—Es un montaje —dijo mientras se la devolvía—. Yo no me metería. Además, ¿cómo puede ser que un obrero conozca un local llamado Robotnik? Seguro que es un fraude.

—Pero si es un montaje, ¿entonces por qué huyó? —preguntó Kelso jugueteando con la caja de cerillas.

—Evidentemente porque no quiere que parezca un montaje. Quiere que trabajes, que lo encuentres, que lo convenzas de que te ayude. Es la psicología de un fraude inteligente: las víctimas acaban por buscar al timador con empeño, empiezan a querer creer que es verdad. Acuérdate de los diarios de Hitler. O es un timador, o es un loco.

—Parecía muy convincente.

—Los locos suelen serlo. O es una broma práctica. Alguien que quiere dejarte en ridículo. ¿Has pensado en eso? No eres exactamente el niño más querido de la clase.

Kelso echó una mirada por el pasillo a la sala de conferencias. No era una mala teoría. Allí había un montón de gente a la que no le caía bien. Había aparecido en demasiados programas de televisión y en demasiadas columnas de periódico, la crítica se había ocupado demasiado de sus libros inútiles. Saunders merodeaba por un rincón, fingiendo hablar con Moldenhauer, pero era evidente que los dos intentaban oír lo que le decía a Adelman. (Después de la ponencia de Kelso se había quejado mucho de su «subjetividad». «Lo que me gustaría saber es para qué lo han invitado. Tenía entendido que era un simposio para investigadores serios...»)

—No tienen el ingenio —dijo mientras los saludaba con la mano, complacido de ver cómo se perdían de vista— ni la imaginación.

—Sin duda tienes mucho talento para granjearte enemigos.

—Bah, ya sabes lo que dicen: cuantos más enemigos, más honores.

Adelman sonrió y abrió la boca como para decir algo, pero pareció pensárselo mejor.

i

—¿Puedo preguntar qué tal está Margaret? !

—¿Quién? Ah, ¿te refieres a la pobre Margaret? Está bien, gracias. Bien y con ganas de guerra, según los abogados.

—¿Y los niños?

—Entrando en plena primavera adolescente.

—¿Y el libro? Hace tiempo... ¿Has avanzado con el libro nuevo?

—Estoy en ello.

—¿Cuánto has escrito? ¿Doscientas páginas? ¿Cien?

—¿Qué es esto, Frank?

—¿Cuántas páginas?

—No sé. —Kelso se pasó la lengua por los labios reseca. Era casi increíble, pero se dio cuenta de que podía aguantar sin tomarse una copa—. Unas cien, quizá. —Tuvo la visión de una pantalla vacía y un cursor parpadeando débilmente, como el pulso de una máquina corazón-pulmón a punto de ser desconectada. No había escrito ni una palabra—. Escucha, Frank, es posible que haya algo, ¿no crees? No olvides que Stalin no tiraba nada. ¿Acaso Jruschov, tras la muerte del viejo, no encontró una carta en un compartimiento secreto del escritorio? —Se frotó la cabeza dolorida—. ¿Esa carta en la que Lenin se quejaba de cómo trataba Stalin a su mujer? Y esa lista del Politburó con cruces en los nombres de todos los

que pensaba purgar. Y su biblioteca... ¿te acuerdas de su biblioteca? Había cosas apuntadas en casi todos los libros.

—¿Y? ¿Qué intentas decir?

—Sólo digo que es posible, eso es todo. Stalin no era Hitler, tomaba nota de todo.

—*Quod volumus credimus libenter* —recitó Adelman—. Lo que significa...

—Sé lo que significa...

—... lo que significa, mi querido Chiripa, que siempre creemos lo que queremos creer. —Adelman le palmeó el brazo—. No quieres que te lo diga, ¿no? Lo siento. Puedo mentirte si prefieres. Te diré que ese tipo es el único en un millón con semejante material y que además no es un engaño; que va a llevarte a las memorias inéditas de Stalin, que reescribirás la historia, ganarás millones de dólares, las mujeres se rendirán a tus pies, Duberstein y Saunders formarán un coro para cantar tus alabanzas en medio del patio de Harvard...

—De acuerdo, Frank. —Kelso apoyó la cabeza contra la pared—. Ya me has dado tu opinión. No sé. Sólo que... Tendrías que haber estado con él... —insistió, reacio a darse por vencido—. Pero hay algo que me suena. ¿A ti no?

—Sí, claro que me suena, más bien me suena como una alarma. —Adelman sacó un viejo reloj de bolsillo—. ¿Volvemos? Ya es hora. Olga estará frenética. —Cogió a Kelso del hombro y lo llevó por el pasillo—. De todas formas, no puedes hacer nada. Mañana volvemos a Nueva York. Hablaremos a nuestro regreso. A ver si hay algo para ti en la facultad. Eras un gran profesor.

—Un profesor lamentable.

—No; eras muy bueno hasta que te atrajeron los cantos de las sirenas baratas del periodismo y la publicidad y te apartaron del camino del estudio y la rectitud. Hola, Olga.

—¡Vaya, estaban aquí! La sesión va a empezar. Ay, doctor Kelso, vaya, eso no está bien, prohibido fumar, gracias. —Se inclinó y le quitó el cigarrillo de los labios. Tenía una cara lustrosa de cejas depiladas. Tiró la colilla en el poso del café y le quitó la taza.

—Olga, Olga... ¿por qué tanta luz? —se quejó Kelso mientras se llevaba la mano a la frente a modo de visera. La sala de conferencias exudaba una luz de tungsteno.

—La televisión —dijo Olga con orgullo—. Hacen un programa sobre nosotros.

—¿La televisión local? —Adelman se arregló la pajarita—. ¿Nacional?

—Satélite, profesor. ¡Internacional!

—Vaya, ¿cuáles son nuestros asientos? —murmuró Adelman protegiéndose los ojos de las luces.

—¿Doctor Kelso? ¿Puedo hablar un minuto con usted? —Le preguntó alguien con acento estadounidense.

Kelso se volvió y vio a un hombre que le sonaba vagamente.

—¿Sí?

—R. J. O'Brian —dijo el hombre mientras le tendía la mano—. Corresponsal en Moscú de la Cadena de Informativos Vía Satélite. Estamos haciendo un reportaje especial sobre la polémica...

—No puedo, pero estoy seguro de que el profesor Adelman, aquí conmigo, tendrá mucho gusto en...

Adelman, ante la perspectiva de una entrevista por televisión, pareció aumentar de tamaño como un muñeco inflable.

—Bueno, siempre y cuando no sea a título oficial...

O'Brian no le hizo caso.

—¿Está seguro de que no puedo tentarlo? —le dijo a Kelso—. ¿No hay nada que quiera decir al mundo? Leí su libro sobre la caída del comunismo. ¿Cuándo salió? ¿Hace tres años?

—Cuatro —respondió Kelso.

—En realidad creo que fue hace cinco —corrigió Adelman.

En realidad, pensó Kelso, fue hace casi seis. Dios mío, ¿qué he hecho en todo este tiempo?

—No, pero se lo agradezco de todas formas. Últimamente prefiero no salir por televisión. —Miró a Adelman—. Parece que es una sirena barata.

—Más tarde, por favor —resopló Olga—. Las entrevistas son más tarde. El director está hablando. Por favor. —Kelso sintió el paraguas en el hombro mientras la mujer lo obligaba a entrar en la sala—. Por favor, por favor...

Cuando se sumaron los delegados rusos, más algunos observadores diplomáticos, la prensa y unas cincuenta personas del público, la sala se llenó de una manera espantosa. Kelso se dejó caer pesadamente en su asiento de la segunda fila. En el estrado, el profesor Valentin Askenov de los Archivos Estatales Rusos se había lanzado a una prolongada explicación sobre la microfilmación de los archivos del Partido. El camarógrafo de O'Brian retrocedía por el pasillo central mientras tomaba un plano general del público. La amplificación de la sonora voz de Askenov perforaba el oído de Kelso, ya de por sí dolorido. Una especie de sopor

de neón había caído sobre la sala. Kelso se cubrió la cara con las manos; el día al que se enfrentaba le parecía interminable.

—Veinticinco millones de hojas de papel... —recitaba Askenov—. Veinticinco mil carretes de microfilm... siete millones de dólares...

Kelso deslizó las manos por las mejillas y se tapó la boca. ¡Tramposos! ¡Mentirosos!, quería gritar. Sabían tan bien como él que el noventa por ciento de los materiales seguía siendo reservado, y que para tener acceso a buena parte del resto había que pagar sobornos. Había oído que la tarifa para un archivo nazi incautado estaba en mil dólares y una botella de whisky.

—Me largo —le susurró a Adelman.

—No puedes.

—¿Por qué?

—Es descortés. Por el amor de Dios, siéntate y finge que te interesa, como hacen los demás —dijo Adelman, sin apartar la vista del estrado.

Kelso se quedó sentado.

—Diles que estoy enfermo —añadió al cabo de un minuto.

—No pienso hacerlo.

—Déjame, Frank. Voy a vomitar...

—Dios mío...

Adelman movió las piernas hacia un lado y se echó hacia atrás. Kelso, en un vano intento de llamar menos la atención, se encogió, pero tropezó con los pies de sus colegas y pateó el elegante pantalón negro de la señora Velma Byrd a la altura de la espinilla.

—Ay, joder, Kelso —protestó Velma.

El profesor Askenov levantó la vista de sus notas y se detuvo a media perorata. Kelso notó un silencio zumbón y amplificado, como si un animal enorme se hubiera vuelto para ver cómo avanzaba. Pareció durar una eternidad, el tiempo que le llevó llegar hasta el fondo de la sala. El discurso no recomenzó hasta que él pasó debajo de la mirada marmórea de Lenin y entró en el pasillo vacío.

Se sentó detrás de la puerta cerrada del cubículo del lavabo de la planta baja del antiguo Instituto de Marxismo-Leninismo y abrió su bolso de lona, donde llevaba las herramientas de su oficio: un bloc de notas amarillo, lápices, una goma de borrar, una navaja pequeña del ejército suizo, una placa de bienvenida de los organizadores del simposio, un diccionario, un mapa de Moscú, una grabadora y una agenda, que era una especie de reliquia de vidas anteriores: viejos números, contactos perdidos, antiguas novias.

Había algo en la historia que le había contado el viejo que le sonaba, pero no podía recordar qué era. Sacó la grabadora y apretó el botón REBOBINAR, dejó que el casete retrocediera un poco, y apretó PLAY. Se acercó el aparato al oído y oyó, muy bajo, la voz fantasmal de Rapava.

«... Pero la habitación del camarada Stalin, en cambio, era de lo más sencilla. Hay que reconocer que siempre fue uno de los nuestros...»
REBOBINAR. PLAY.

«... Y había algo raro, muchacho, se había sacado los lustrosos zapatos nuevos y los llevaba debajo de ese brazo rechoncho...»
REBOBINAR. PLAY.

«¿... Sabes lo que significa Blizhny, muchacho...?»

«... Blizhny, muchacho...?»

«... Blizhny...»

2

El aire de Moscú sabía a Asia: polvo, hollín, especias orientales, gasolina barata, tabaco negro, sudor. Kelso salió del Instituto y se levantó el cuello de la gabardina. Cruzó la irregular explanada, sorteando charcos helados, mientras resistía la tentación de saludar con la mano a la hosca multitud... lo que sin duda habrían tomado como una «provocación occidental».

La calle bajaba hacia el sur, hacia el centro de la ciudad. Uno de cada dos edificios estaba cubierto de andamios. Unos escombros descendieron por una rampa de metal y cayeron ruidosamente en una nube de polvo. Pasó por un casino

sospechoso y anónimo, al que sólo identificaba un cartel con unos dados saltarines; una peletería; una tienda que sólo vendía zapatos italianos... Unos mocasines hechos a mano equivalían al sueldo de un mes de cualquiera de los manifestantes, y Kelso sintió una punzada de lástima. De repente le vino a la cabeza una frase de Evelyn Waugh: «El nacimiento de un imperio muchas veces es motivo de pena; la caída, siempre.»

Al pie de la pendiente, giró a la derecha. Había parado de nevar, pero el frío y las ráfagas de viento eran inclementes. Al otro lado de la calle, debajo del muro de piedra roja del Kremlin, vio unas figuras diminutas que se inclinaban contra el viento, debajo de las cúpulas doradas de las iglesias que se asomaban por encima del parapeto, como globos de alguna gigantesca maquinaria meteorológica.

Su objetivo estaba allí delante. La Biblioteca Lenin, igual que el Instituto de Marxismo-Leninismo, había sido rebautizada. Ahora era la Biblioteca Central de la Federación Rusa, pero todo el mundo la seguía llamando Lenin. Cruzó las familiares puertas triples, le dio la bolsa y el abrigo a la *babushka* del guardarropía y le mostró su vieja tarjeta de lector a un guardia armado que estaba en una garita de cristal.

Éste apuntó su nombre y la hora en la hoja de entrada. Eran las diez y once minutos.

Aún tenían que terminar de informatizar el fondo bibliográfico, lo que significaba cuarenta millones de títulos en fichas de cartulina. Al final de un tramo de escalera, debajo de un techo abovedado, había un mar de archivadores de madera, entre los cuales Kelso se movía con la familiaridad de años atrás: abría un cajón detrás de otro y pasaba las fichas de tantas obras conocidas. Necesitaría a Radzinski y el segundo tomo de Volkovonov, también Jruschov y Alliluyeva. Las fichas de estos dos últimos estaban marcadas con el símbolo cirílico de «0» que significaba que habían estado en el fichero secreto hasta 1991. ¿Cuántos libros le permitían pedir? ¿Cinco? Al final se decidió por la serie de entrevistas de Chuyev al anciano Molotov. Después llevó el impreso de pedido al mostrador y observó cómo lo metían en un bote metálico y lo enviaban por el tubo neumático a las hondas profundidades de la Lenin.

— ¿Qué demora hay hoy?

La empleada se encogió de hombros.

— ¡Quién sabe!

— ¿Una hora?

La mujer volvió a encogerse de hombros.

No ha cambiado nada, pensó Kelso.

Cruzó el descansillo, entró en la sala de lectura número 3 y se dirigió a su viejo asiento por el pasillo con la gastada moqueta verde que amortiguaba sus pasos. Allí tampoco había cambiado nada: ni el salón de suntuosos revestimientos de madera lustrosa, ni el olor seco, ni los pedidos de silencio. En una punta había una estatua de Lenin leyendo un libro y en la otra un reloj astrológico. Unas doscientas personas se inclinaban sobre sus mesas. Por la ventana de la izquierda, se veía la cúpula y el capitel de San Nicolás. Era como si nunca se hubiera marchado, como si los últimos dieciocho años hubieran sido un sueño.

Se sentó, dejó sus cosas y, en aquel momento, volvió a ser un estudiante de veintiséis años que vivía en una habitación de Corpus V, en la Universidad de Moscú, pagaba 260 rublos al mes por un escritorio, una cama, una silla, un armario, comía en la cantina del sótano plagada de cucarachas, y se pasaba los días en la Lenin y las noches con alguna novia: Nadia o Katia o Margarita o Irina. Irina... qué mujer. Pasó la mano por la superficie rayada de la mesa y se preguntó qué habría sido de Irina. Quizá tendría que haberse quedado con ella, con la bella Irina, con sus revistas *samizdat* y sus encuentros en el sótano, haciendo el amor al compás de una multicopista Gestetner y, después, promesas de que ellos serían distintos, que cambiarían el mundo.

Irina. Se preguntó qué pensaría de la nueva Rusia. Lo último que había sabido de ella era que trabajaba de ayudante de un dentista en el sur de Gales.

Miró la sala de lectura a su alrededor y cerró los ojos mientras intentaba que ese historiador de mediana edad, con resaca, unos kilos de más y traje de pana negro, siguiera aferrado al pasado unos minutos.

Los libros llegaron poco después de las once. En lugar del segundo tomo le trajeron el primero, que tuvo que devolver. A pesar de todo, era suficiente. Se los llevó a su asiento y poco a poco se entregó a su tarea: leer, tomar notas y cotejar las versiones de la muerte de Stalin de diferentes testigos. El mero trabajo de investigación detectivesca le produjo, como siempre, un placer estético. Desechó las fuentes de segunda mano y las especulaciones. Sólo le interesaba la gente que efectivamente estaba en la misma habitación que el secretario general y había dejado un testimonio que podía cotejar con el de Rapava.

Según sus cálculos había ocho, los miembros del Politburó Jruschov y Molotov, Svetlana Alliluyeva —la hija de Stalin—, Rybin y Lozgachev —dos guardaespaldas de Stalin—, dos miembros de su equipo médico —los doctores Vinogradov y Myasnikov— y una reanimadora llamada Chesnokova. Los otros testigos se habían matado (como el guardaespaldas Khrustalev, que después de presenciar la autopsia había bebido hasta matarse), habían muerto poco después o habían desaparecido.

Todos los testimonios diferían en detalles pero en lo esencial eran iguales. Stalin había sufrido una embolia grave en el hemisferio cerebral izquierdo, solo en su habitación, en algún momento entre las cuatro de la madrugada y las diez de la noche del domingo 1 de marzo de 1953. Vinogradov, que le examinó el cerebro tras su muerte, encontró un endurecimiento importante de las arterias cerebrales que indicaba que Stalin ya debía de estar medio loco bastante antes de su muerte, quizá incluso desde hacía años. Nadie sabía a qué hora había sufrido la apoplejía. La puerta había estado cerrada durante todo el día y el personal tenía miedo de entrar en la habitación. El guardaespaldas Lozgachev le contó al escritor Radzinski que había sido el primero en armarse de valor:

Abrí la puerta... y me encontré al jefe tumbado en el suelo, con la mano derecha levantada. Me quedé petrificado. No me obedecían ni las manos ni las piernas. Probablemente todavía estaba consciente, pero no podía hablar. Como oía bien, seguramente me oyó entrar y levantó la mano para pedirme ayuda. Me acerqué deprisa y le dije: «Camarada Stalin, ¿qué le pasa?» Se había... bueno, se había hecho sus necesidades encima mientras estaba allí tumbado y con la mano izquierda trataba de estirar algo. «¿Llamo al médico?», le dije. Respondió con un balbuceo incoherente, una especie de «Zz... Zz...» Era lo único que podía decir.

Inmediatamente después los guardias llamaron a Malenkov. Malenkov llamó a Beria y la orden de éste, equivalente a asesinato por negligencia, fue que Stalin estaba borracho y lo dejaran dormir.

Kelso transcribió cuidadosamente el pasaje. De momento no había ninguna contradicción con Rapava. Por supuesto que eso no demostraba que dijera la verdad, puesto que él también podía haber leído el testimonio de Lozgachev para que su historia coincidiera. Pero tampoco indicaba que mintiera, y sin duda los detalles cuadraban: el tiempo, las órdenes de no llamar al médico, que Stalin se hubiera hecho sus necesidades encima, la forma en que había recuperado el conocimiento pero sin poder hablar. Algo que sucedió al menos dos veces durante los tres días que tardó en morir. Una vez, según Jruschov, cuando los médicos a los que al fin había llamado el Politburó lo alimentaban con cucharadas de sopa y té liviano, Stalin levantó la mano y señaló una de las fotos de niños de la pared. La segunda vez que recobró el conocimiento fue poco antes del final, y todo el mundo se dio cuenta, especialmente su hija Svetlana:

En lo que parecía la agonía final, de repente abrió los ojos y echó una mirada a todos los que estaban a su alrededor. Fue una mirada terrible, demente, o quizá enfadada y llena de miedo a la muerte y a las caras desconocidas de los médicos que se inclinaban sobre él. Recorrió a cada uno con la mirada durante un segundo. Luego sucedió algo terrible e incomprensible que hasta el día de hoy no he logrado olvidar ni entender. De repente levantó la mano izquierda como si quisiera señalar algo en lo alto y lanzar una maldición sobre todos nosotros. Un gesto incomprensible y amenazador que nadie supo a qué ni a quién se dirigía. Acto seguido, en un esfuerzo final, el espíritu se liberó del cuerpo.

Era un texto escrito en 1967. Cuando se detuvo el corazón de Stalin, los médicos ordenaron a la reanimadora Chesnokova, una mujer joven y fuerte, que golpeará el pecho del secretario general y le hiciera respiración boca a boca, hasta que Jruschov oyó crujir las costillas del viejo y le dijo que parara. «... nadie supo a qué ni a quién se dirigía». Kelso subrayó la frase con un lápiz. Si Rapava decía la verdad, era bastante obvio a quién maldecía Stalin: a Lavrenti Beria, el hombre que le había robado la llave de su caja fuerte privada. Lo que no estaba tan claro era por qué había señalado la foto del niño.

Kelso golpeteó el lápiz contra los dientes. Era todo muy circunstancial. Se imaginaba cómo reaccionaría Adelman si trataba de considerarla como algún tipo de prueba acreditada. Pensar en Adelman lo hizo mirar el reloj. Si se marchaba en aquel momento podía llegar al simposio tranquilamente para la hora del almuerzo y cabía la posibilidad de que nadie hubiera notado su ausencia. Recogió los libros y los llevó al mostrador, donde acababa de llegar el segundo tomo de Volkogonov.

—Bueno —le dijo la bibliotecaria con impaciencia—, ¿lo quiere o no?

Kelso dudó; estaba a punto de decir que no, pero decidió acabar lo que había empezado. Devolvió los otros libros y se llevó el Volkogonov a la sala de lectura.

Lo dejó sobre la mesa; parecía un ladrillo marrón oscuro. *Triunf i Tragedia: politicheskii portret I. V. Stalina*, Editorial Novosti, Moscú 1989. Lo había leído cuando salió y desde entonces no había tenido necesidad de volver a hojearlo; pero en aquel momento lo miró con entusiasmo y lo abrió. Volkogonov era un general del Ejército Rojo, con poderosos contactos en el Kremlin, que había conseguido permisos especiales bajo los mandatos de Gorbachov y Yeltsin para acceder a los archivos y que había utilizado para escribir tres biografías lapidarias —de Stalin, Trotski y Lenin—, cada una más revisionista que la anterior. Kelso levantó el ejemplar y hojeó el índice para buscar todo lo relacionado con la muerte de Stalin. Al cabo de un rato ya lo tenía; ahí estaba el recuerdo que había insistido

en aflorar desde el preciso instante en que Papú Rapava había desaparecido en el amanecer de Moscú.

A. A. Yepishev, que había sido subsecretario de seguridad del Estado, me dijo que Stalin tenía un cuaderno de hule negro en el que de vez en cuando tomaba notas y que durante algún tiempo había guardado las cartas de Zinoviev, Kamenev, Bujarin y hasta de Trotski. Todos los esfuerzos por encontrar el cuaderno y las cartas resultaron infructuosos, y Yepishev no reveló sus fuentes.

Yepishev no reveló sus fuentes, pero, según Volkogonov, tenía una teoría. Creía que Lavrenti Beria se había llevado los papeles privados de Stalin de su caja fuerte del Kremlin, mientras el secretario general estaba paralizado por el ataque de apoplejía.

Beria se dirigió precipitadamente al Kremlin donde es razonable suponer que limpió la caja fuerte y se llevó los papeles personales del jefe, y, con ellos, el cuaderno negro... Al destruir el diario, si es que estaba allí, Beria se despejaba el camino para su propio ascenso. Quizá nunca se sepa la verdad, pero Yepishev estaba convencido de que Beria quitó todo lo que había en la caja fuerte antes de que los demás tuvieran acceso a ella.

Bueno, cálmate y no te entusiasmes porque esto no demuestra nada, ¿comprendes? Absolutamente nada.

Pero lo hace mil veces más probable.

Abrió de un tirón el cajón alargado de madera y pasó las fichas hasta dar con la de Yepishev, A. A. (1908-1985). El hombre había escrito un montón de libros de uniforme monotonía y mediocridad: *Enseñanzas de historia: lecciones sobre el vigésimo aniversario de la victoria de la Gran Guerra Patria* (1965), *Guerra psicológica y problemas militares* (1974), *Lealtad a las ideas del Partido* (1981)...

A Kelso se le había pasado la resaca, que había sido reemplazada por la conocida fase de euforia pos-alcohólica... como siempre, el momento del día más productivo, una sensación que, por sí sola, hacía que valiera la pena emborracharse. Bajó la escalera corriendo y se dirigió por el lúgubre pasillo a la sección militar de la Lenin. Era un ala pequeña e independiente, iluminada por luces fluorescentes y un aire de sótano. Un joven de jersey gris, apoyado contra el mostrador, leía una historietita de los años setenta.

—¿Tiene algo sobre un militar llamado Yepishev? —preguntó—. A. A. Yepishev.

—¿Para quién?

Kelso le dio su tarjeta de lector y el joven la examinó.

—¿No es usted el que escribió hace unos años un libro sobre el fin del Partido?

Kelso dudó —el joven podía ser de cualquiera de los dos bandos— pero al final admitió que era él.

—Andrei Efanov —dijo el joven mientras dejaba la historieta y le tendía la mano—. Un gran libro. Los ha jodido bien a esos cabrones. Veré lo que tenemos.

Había dos libros de referencia con entradas sobre Yepishev: la *Enciclopedia militar de la URSS* y el *Diccionario de héroes de la Unión Soviética*, los dos contaban más o menos la misma historia, si uno sabía más o menos leer entre líneas: que Alexéi Alexéievich Yepishev había sido un estalinista intocable de altos vuelos de la vieja guardia; instructor del Komsomol y el Partido en los años veinte y treinta; Academia Militar del Ejército Rojo, 1938; comisario de la Fábrica Militar de Jarkov, 1942; Consejo de la División 38 del Primer Frente de Ucrania, 1943; comisario popular adjunto de la Construcción del Aparato de Medios, también 1943...

—¿Qué es el «aparato de medios»? —preguntó a Efanov, que miraba los libros de Kelso por encima del hombro.

Resultó que Efanov había hecho el servicio militar en Lituania —dos años de infierno— y le habían negado el ingreso en la Universidad de Moscú en la época comunista porque era judío. Ahora disfrutaba en grande removiendo el polvo y las cenizas de la carrera de Yepishev.

—El nombre en clave del programa atómico soviético —respondió a Kelso—, el proyecto favorito de Beria.

«Beria.» Tomó nota.

«... secretario del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania, 1946...»

—Ésa fue la época de las purgas en Ucrania de los colaboracionistas, después de la guerra —dijo Efanov—. Un momento espantoso.

«... primer secretario del Comité del Partido Regional de Odessa, 1950; subsecretario de Seguridad del Estado, 1951...»

«Subsecretario...»

Las dos entradas estaban encabezadas por la misma foto oficial de Yepishev. Kelso volvió a mirar la mandíbula cuadrada, las cejas pobladas, el rostro adusto con un cuello de boxeador.

«Vaya, era un tremendo cabrón, muchacho, un auténtico cachas...»

—Lo tengo —murmuró Kelso entre dientes.

Tras la muerte de Stalin, la carrera de Yepishev aparentemente había sufrido un retroceso. Primero lo, mandaron de vuelta a Odessa, después lo despacharon al extranjero. Embajador en Rumania, 1955-1961; embajador en Yugoslavia, 1961-1962. Y luego, por fin, la tan esperada llamada para que volviera a Moscú con carácter de jefe del Departamento Político Central de las Fuerzas Armadas Soviéticas —comisario ideológico del ejército—. Puesto en el que estuvo durante los siguientes veintitrés años. ¿Y ayudante de quién era? Nada menos que de Dmitri Volkogonov, general en jefe y futuro biógrafo de Stalin. Para extraer esas tres perlas de información había que bucear por una palabrería llena de clichés y alabanzas a Yepishev por su «importante papel en la formación de las actitudes políticas necesarias y el respeto a la ortodoxia marxista-leninista en las Fuerzas Armadas, así como en el fortalecimiento de la disciplina militar y el fomento de la buena disposición ideológica...» Había muerto en el setenta y siete. Volkogonov, por lo que sabía Kelso, había muerto diez años después.

La lista de honores y condecoraciones de Yepishev ocupaba el resto del artículo: Héroe de la Unión Soviética, un premio Lenin, cuatro Órdenes de Lenin, una de la Revolución de Octubre, cuatro de la Bandera Roja, dos de la Gran Guerra Patria (primera clase), tres Estrellas Rojas y la medalla de Servicios a la Patria...

—¿Cómo podía ponerse de pie con tantas condecoraciones!

—Y apuesto a que jamás disparó un tiro —comentó despectivo Efanov—, como no fuese contra alguien de su propio bando. Si me permite la pregunta, ¿qué le interesa tanto de Yepishev?

—¿Y esto? —exclamó de pronto Kelso señalando una línea al pie de la columna—. V. P. Mamantov.

—Es el autor del artículo.

—¿Está escrito por Mamantov? ¿Vladimir Mamantov? ¿El del KGB?

—Sí, el mismo. ¿Qué pasa? Los artículos suelen escribirlos los amigos, ¿no? ¿Por qué? ¿Lo conoce?

—No lo conozco, pero me lo presentaron. —Arrugó la frente—. Esta mañana sus acólitos estaban haciendo una manifestación...

—Ah, ¿ellos? Sí, siempre se están manifestando. ¿Cuándo le presentaron a Mamantov?

Kelso cogió el bloc de notas y empezó a hojearlo.

—Hace unos cinco años, creo. Cuando estaba investigando para mi libro sobre el Partido.

Vladimir Mamantov. Vaya, hacía como cinco años que no pensaba en él, y, de repente, se cruzaba en su camino dos veces en una mañana. Los años se le

escabullían entre los dedos... noventa y cinco, noventa y cuatro... Y ahora empezaban a acudir a su mente algunos detalles del encuentro: una mañana de finales de primavera, un perro muerto que aparecía sobre la nieve derretida en la puerta de un bloque de apartamentos de los suburbios, una esposa arpía. Mamantov acababa de cumplir dieciocho meses de condena en Lefortovo, por su intervención en el intento de golpe contra Gorbachov, y Kelso había sido el primero en entrevistarle al salir de la cárcel. Había tardado siglos en conseguir la entrevista pero, como sucedía tan a menudo en estos casos, el esfuerzo no había valido la pena. Mamantov se negó rotundamente a hablar de él o del golpe, y se limitó a soltar lemas del Partido, sacados directamente de las páginas de *Pravda*.

Encontró el número de teléfono de Mamantov de 1993 al lado de la dirección de la oficina de un funcionario subalterno del Partido, Gennady Ziuganov.

—¿Va a tratar de verlo? —preguntó Efanov ansioso—. ¿Sabe que odia a todos los occidentales? Los odia casi tanto como a los judíos.

—Tiene razón —dijo Kelso mientras miraba el número de siete cifras.

Mamantov era un hombre imponente incluso en sus horas de derrota. Llevaba el típico traje soviético que le colgaba de los hombros, mirada asesina y en las mejillas tenía una grisácea palidez carcelaria. El libro de Kelso no había sido exactamente halagador con él, para decirlo con suavidad. Y como lo habían traducido al ruso, Mamantov seguramente lo había visto.

—Tiene razón —repitió—, sería una estupidez.

Chiripa Kelso salió de la Biblioteca Lenin poco después de las dos de esa tarde y se detuvo un momento en un puesto del vestíbulo para comprar un par de bocadillos y una botella de agua mineral.

Recordaba haber pasado delante de una fila de teléfonos públicos enfrente del Kremlin, cerca de la oficina de Intourist, y almorzó mientras caminaba. En primer lugar bajó a una estación de metro oscura a comprar fichas para el teléfono y después regresó por la calle Mojaviaia, en dirección al gran muro rojo y las cúpulas doradas.

Tuvo la sensación de no estar solo. Un Kelso más joven deambulaba con él: despeinado, fumando sin parar, siempre con prisas, siempre optimista, un escritor en alza. («El doctor Kelso aporta al estudio de la historia contemporánea soviética el talento de un investigador de primera línea y la energía de un buen cronista», *The New York Times*.) Ese Kelso más joven no habría dudado en llamar a Vladimir

Mamantov. Faltaría más, de haber sido necesario habría echado abajo la maldita puerta.

Piensa en lo siguiente: si Yepishev le había hablado a Volkogonov sobre el cuaderno de Stalin, ¿no se lo habría dicho también a Mamantov? ¿No habría dejado papeles escritos? ¿No tendría familia?

Valía la pena probarlo.

Se limpió la boca y los dedos con la pequeña servilleta de papel y, mientras cogía el auricular e insertaba las fichas, sintió el familiar endurecimiento de los músculos del estómago, cierta blandura en el corazón. ¿Era sensato? No. Pero a quién le importaba. Adelman, él sí era sensato. Y Saunders, muy sensato.

¡Adelante!

Marcó el número.

La primera llamada fue una frustración. Los Mamantov se habían mudado y el hombre que vivía en la casa no se mostraba muy dispuesto a darle el nuevo número. Tras consultarlo entre murmullos con alguien que tenía al lado, accedió a dárselo. Kelso colgó y volvió a marcar. Esta vez el teléfono sonó un buen rato hasta que contestaron. Las fichas cayeron mientras una mujer mayor preguntaba con voz temblorosa:

— ¿Diga? ¿Quién llama?

Le dio su nombre.

— ¿Puedo hablar con el camarada Mamantov? — Tuvo cuidado en decir «camarada»; «señor» no habría servido.

— ¿Sí? ¿Quiénes?

Kelso tuvo paciencia.

— Ya le he dicho, me llamo Kelso. Estoy en un teléfono público y es urgente.

— Sí, ¿pero quién llama?

Estaba a punto de repetir su nombre por tercera vez cuando oyó ruidos al otro lado de la línea y una voz áspera de hombre que intervenía.

— Soy Mamantov. ¿Quién es usted?

— Kelso. — Hubo un silencio —. El doctor Kelso. ¿Se acuerda de mí?

— Sí, me acuerdo. ¿Qué quiere?

— Verlo.

— ¿Y por qué voy a querer verlo yo después de toda esa mierda que escribió?

— Quiero hacerle unas preguntas.

— ¿Sobre?

— Un cuaderno negro de hule que perteneció a Josiv Stalin.

— Cállese — dijo Mamantov.

— ¿Qué? — Kelso frunció el ceño.
 — Le dije que se callara. Estoy pensando. ¿Dónde está?
 — Cerca del edificio de Intourist, en la calle Mojavaya.
 Hubo otro silencio.
 — Está cerca — dijo al fin Mamantov, y añadió —: Será mejor que venga.
 Le dio la dirección y colgó.

La comunicación se cortó y el mayor Feliks Suvorin del servicio de inteligencia ruso, el SVP, sentado en su oficina de Yasenevo, un suburbio sudoriental de Moscú, se quitó los auriculares y se limpió las orejas con un pulcro pañuelo blanco. En un bloc que tenía delante apuntó: «Un cuaderno negro de hule que perteneció a Josiv Stalin...»

3

SIMPOSIO INTERNACIONAL SOBRE LOS ARCHIVOS DE LA FEDERACIÓN RUSA

Enfrentarse al pasado

Lunes 26 de octubre, última sesión de la tarde

DR. KELSO: *Damas y caballeros, cada vez que pienso en Josiv Stalin, me sorprende pensando en una imagen en particular. Veo a Josiv Stalin, anciano, de pie junto a su gramófono.*

Solía terminar de trabajar tarde, a eso de las nueve o las diez, y después iba al cine del Kremlin a ver alguna película. En general, alguna de Tarzán... Por alguna razón, a Stalin le gustaba la idea de un joven que se criaba y vivía entre los animales salvajes. Después, él y sus compinches del Politburó se iban a la dacha de Kuntsevo a cenar, y, al acabar la cena, Stalin se acercaba al gramófono y ponía un disco. Según Milovan Djilas, su

canción favorita era una en la que el aullido de los perros reemplazaba a las voces humanas. Después hacía que el Politburó bailara.

Algunos eran muy buenos bailarines. Mikoyan, por ejemplo, bailaba muy bien. Y Bulganin no era malo, sabía seguir el ritmo. Jruschov, sin embargo, era terrible —como una vaca en el hielo—, igual que Malenkov y Kaganovich. Una noche —probablemente atraída por el ruido peculiar de unos hombres adultos que bailaban al compás de unos perros que aullaban—, Svetlana, la hija de Stalin, asomó la cabeza por la puerta y su padre también la hizo bailar. Pues bien, resulta que al cabo de un rato empezó a cansarse y a moverse menos. «¡Baila!», le gritó Stalin. «Pero ya he bailado, papá. Estoy cansada.» En ese momento, Stalin —y aquí cito el relato de Jruschov— «la cogió por el pelo, un buen mechón de la frente, y empezó a sacudirla muy fuerte... a tironearle y sacudirla la cabeza».

Ahora, demorémonos en esta imagen por un momento y pensemos en el destino de la familia de Stalin. Su primera esposa murió. Su hijo mayor, Yakov, trató de matarse a los veintiún años pero sólo consiguió herirse gravemente. (Cuando Stalin lo vio, según Svetlana, rió y le dijo: «¡Ja! ¡Has fallado! ¡Ni siquiera sabes pegarte un tiro!») Yakov fue capturado por los alemanes durante la guerra y, después de que Stalin se negara a un intercambio de prisioneros, hizo un nuevo intento de suicidio, esta vez con éxito, lanzándose sobre la alambrada electrificada de un campo de prisioneros.

Stalin tenía otro hijo, Vasily, un alcohólico que murió a los cuarenta y un años.

La segunda mujer, Nadezhda, no quiso darle más hijos a su marido. Según Svetlana, abortó varias veces y una noche, tarde, a los treinta y un años, se disparó al corazón. (O quizá sería más correcto decir que alguien le pegó un tiro. Nunca se encontró ninguna nota de suicidio.)

Nadezhda tenía tres hermanos. El mayor, Pavel, fue asesinado por Stalin durante las purgas; el certificado de defunción menciona un ataque cardíaco. El menor, Fiodor, se volvió loco cuando un amigo de Stalin, un ladrón de bancos armenio, llamado Kamo, le mandó un corazón humano arrancado. Su hermana, Anna, fue detenida por orden de Stalin y sentenciada a diez años de confinamiento en solitario. Cuando salió, ni reconocía a sus propios hijos. Esto en cuanto a una parte de los parientes de Stalin.

¿Qué pasó con el resto? Bueno, tenemos a Alexandr Svanidze, el hermano de su primera mujer, detenido en el treinta y siete y fusilado en el cuarenta y uno; y a María, la mujer de Svanidze, también detenida y fusilada en el cuarenta y dos. El hijo de ambos, Iván, sobrino de Stalin, fue enviado a un fantasmagórico orfanato para hijos de «enemigos del estado» y, cuando salió, casi veinte años más tarde, estaba muy trastornado psicológicamente. Por último, también tenemos a la cuñada de Stalin, Maria, también la detuvieron en el treinta y siete y murió en la cárcel misteriosamente.

Ahora volvamos a esa imagen de Svetlana. Su madre ha muerto. Su medio hermano también. Su otro hermano es un alcohólico. Dos tíos están muertos y el otro está loco. Dos

tías están muertas y la otra en la cárcel. Su padre le tira de los pelos delante de los hombres más poderosos de Rusia, a los que obliga a bailar al compás del aullido de unos perros.

Colegas, cada vez que me siento en un archivo, o, lo que es más infrecuente, cada vez que asisto a un simposio, como estos días, siempre trato de recordar esta escena, porque me recuerda que debo ser cauteloso cuando se trata de imponer una estructura racional al pasado. En estos archivos no hay nada que nos muestre que cuando el vicepresidente del Consejo de Ministros, o el comisario de asuntos extranjeros, tomaron sus decisiones, estaban agotados de cansancio y, probablemente, aterrorizados, porque habían tenido que estar levantados hasta las tres de la madrugada bailando para salvar su propia vida, y sabían que era muy probable que esa noche tuvieran que bailar otra vez.

No estoy diciendo que Stalin estuviera loco. Al contrario. Se podría decir que el hombre que manejaba el gramófono era la persona más cuerda del mundo. Cuando su hija Svetlana le preguntó por que la tía Anna estaba encerrada en solitario, el padre le respondió: «Porque habla demasiado.» Las acciones de Stalin solían responder a la lógica. No le hacía falta ningún filósofo inglés del siglo XVI que le dijera que «el saber es poder». Este concepto es la esencia absoluta del estalinismo. Explica, entre otras cosas, por qué Stalin mató a tantos familiares y colegas cercanos: quería destruir a todos los que lo conocían directamente.

Y esta política, debemos reconocerlo, tuvo mucho éxito. Aquí estamos, reunidos en Moscú, cuarenta y cinco años después de la muerte de Stalin, para hablar de los archivos recientemente desclasificados de la era soviética. Aquí arriba, en unas salas a prueba de incendios que se mantienen a una temperatura constante de dieciocho grados y una humedad del sesenta por ciento, hay un millón y medio de documentos, el archivo completo del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética.

¿Pero cuánto nos dicen esos archivos realmente sobre Stalin? ¿Qué podemos ver hoy en día que no pudiéramos ver cuando los comunistas estaban en el poder? Las cartas de Stalin a Molotov no carecen de interés. Pero es evidente que han sido cuidadosamente censuradas. Y no sólo eso; acaban en el treinta y seis, precisamente cuando empezaron realmente los asesinatos.

También podemos ver las listas de fusilamientos firmadas por Stalin, y su agenda. De modo que sabemos que el 8 de diciembre de 1938, Stalin firmó treinta listas con cinco mil nombres, muchos de ellos de supuestos amigos suyos. Y también sabemos gracias a su agenda que esa misma noche fue al cine del Kremlin a ver, esta vez no era de Tarzán, sino una comedia llamada Chicos felices.

Pero entre las dos cosas, entre los asesinatos y las risas... ¿qué pasó, con quién estuvo? No lo sabemos. ¿Y por qué? Porque Stalin convirtió en prioridad matar a casi todos los que habrían estado en posición de contarnos cómo era él...

4

La nueva casa de Mamantov estaba justo al otro lado del río, en el gran complejo de apartamentos de la calle Serafimovich, llamado la Casa del Terraplén. Era el edificio al que el camarada Stalin, con su típica generosidad, había insistido que se trasladaran los miembros importantes del Partido con sus familias. Tenía diez pisos y veinticinco entradas en la planta baja, en cada una de las cuales el secretario general había apostado un guardia del NKVD, «por vuestra seguridad, camaradas».

Cuando acabaron las purgas, habían liquidado a seiscientos inquilinos del inmueble. Ahora los apartamentos eran propiedad privada, y los buenos, con vistas al Moscova y al Kremlin, se vendían por más de dos millones de rublos. Kelso se preguntó cómo podía permitírselo Mamantov.

Bajó la escalinata del puente y cruzó la calle. Delante de la entrada del ala de Mamantov, había aparcado un Lada blanco y cuadrado, con las ventanas abiertas, y dos hombres en el asiento delantero mascando chicle. Uno tenía una cicatriz rojiza desde el rabillo del ojo hasta la boca. Mientras Kelso pasaba junto a ellos y se dirigía a la entrada, lo miraron con manifiesto interés.

Dentro del bloque de apartamentos, al lado del ascensor, habían escrito «que te jodan» en perfecto inglés. Un tributo al sistema de educación ruso, pensó Kelso. Silbaba nervioso una melodía inventada. El ascensor subió despacio y, al bajar en el noveno piso, oyó amortiguado el compás de un rock occidental.

El apartamento de Mamantov tenía una puerta de acero blindada en la que habían pintado con aerosol una esvástica roja. La pintura estaba vieja y desteñida, pero nadie había intentado limpiarla. Empotrada en la pared, sobre la puerta, había una pequeña cámara de televisión.

Había demasiados elementos de un montaje que a Kelso no le gustaban —el férreo control de seguridad, los tipos del coche de abajo— y durante un momento le pareció sentir el terror de hacía sesenta años, como si el sudor se hubiera filtrado en la mampostería: el retumbar de los tacones por el pasillo, los fuertes golpes a la

puerta, las despedidas apresuradas, los sollozos, el silencio. Su mano se detuvo sobre el timbre. ¡Menudo lugar para ir a vivir!

Apretó el timbre.

Tras una prolongada espera, una mujer mayor abrió la puerta. Madame Mamantov era tal como la recordaba: alta y ancha, no gorda, sino robusta. Iba envuelta en una bata floreada y parecía que acabara de llorar. Los ojos enrojecidos se demoraron breve y distraídamente en él, y, antes de que Kelso llegara a abrir la boca, la mujer había desaparecido y Vladimir Mamantov emergió de pronto de un pasillo oscuro, vestido como si aún tuviera que ir a la oficina: camisa blanca, corbata azul, traje negro con una pequeña estrella roja en la solapa.

No dijo nada pero le tendió la mano. El ruso tenía un apretón de manos triturador, perfeccionado, decían, a fuerza de apretar bolas de goma vulcanizada durante las reuniones del KGB. (Se decían muchas cosas sobre Mamantov y Kelso las había puesto en su libro; por ejemplo, que en la famosa reunión de la Lubianka la noche del 20 de agosto de 1991, cuando los golpistas se dieron cuenta de que se había acabado el juego, Mamantov se ofreció a ir en avión a la dacha de Gorbachov en Foros, en el mar Negro, y matar personalmente al presidente soviético. Mamantov había desdeñado la historia catalogándola de «provocación».)

Un joven en mangas de camisa blanca con una sobaquera apareció en la oscuridad detrás de Mamantov.

—Está bien, Viktor —le dijo éste sin volverse—. Yo me ocupo de la situación.

Mamantov tenía cara de burócrata: pelo entrecano, gafas de metal y mejillas flácidas, como un sabueso desconfiado. Uno podía cruzárselo cien veces por la calle sin fijarse en él. Pero tenía una mirada brillante, los ojos de un fanático, pensó Kelso. Se imaginaba que Eichmann o algún otro asesino nazi de despacho debía de tener los mismos ojos. La anciana había empezado a emitir un ruido extraño, una especie de aullido, en la otra punta del apartamento, y Mamantov le dijo a Viktor que se ocupara de ella.

—Así que usted forma parte de la reunión de ladrones —le comentó a Kelso.

—¿Cómo?

—El simposio. *Pravda* publicó la lista de historiadores extranjeros invitados a hablar y figura su nombre.

—Los historiadores no suelen ser ladrones, cama-rada Mamantov. Ni siquiera los historiadores extranjeros.

—¿No? La historia es lo más importante para una nación. Es la base sobre la que se apoya cualquier sociedad. Y a nosotros nos han robado la nuestra. Los libros de nuestros enemigos nos la han arrebatado y la han mancillado hasta extraviar al pueblo.

Kelso sonrió. Mamantov no había cambiado en absoluto.

—No me va a decir que se lo cree en serio.

—Usted no es ruso. Imagínese si su país vendiera el archivo nacional a una potencia extranjera por unos miserables millones de dólares.

—Ustedes no están vendiendo el archivo. La idea es microfilmear los documentos y ponerlos a disposición de los investigadores.

—De los investigadores, pero en California —dijo Mamantov como si el comentario pusiera fin a la discusión—. En fin, es algo de lo más fastidioso. Tengo una cita urgente. —Consultó su reloj—. Puedo dedicarle sólo cinco minutos. ¿Qué es eso del cuaderno de Stalin?

—Ha surgido en una investigación que estoy haciendo.

—¿Investigación? ¿Investigación de qué?

Kelso dudó.

—De los acontecimientos que rodearon la muerte de Stalin.

—Continúe.

—Si me permite hacerle algunas preguntas, quizá podría explicarle la importancia de...

—No —interrumpió Mamantov—, hagámoslo al revés. Usted me habla del cuaderno y yo quizá conteste sus preguntas.

—«¿Quizá?»

Mamantov volvió a consultar el reloj.

—Cuatro minutos.

—De acuerdo —dijo Kelso rápidamente—. ¿Recuerda la biografía oficial de Stalin de Dmitri Volkogonov?

—¿El traidor de Volkogonov? Me está haciendo perder el tiempo. Ese libro es una mierda.

—¿Lo ha leído?

—Claro que no. Ya hay demasiada porquería en el mundo y no me hace falta zambullirme en ella.

—Volkogonov afirmaba que Stalin conservaba ciertos papeles (papeles privados, incluido un cuaderno de hule negro) en su caja fuerte del Kremlin, y que Beria se los robó. El origen de esta historia era un hombre que usted conoce, creo, Alexéi Alexéievich Yepishev.

Hubo un ligero movimiento, un parpadeo imperceptible, en los duros ojos grises de Mamantov. Ha oído hablar del cuaderno, pensó Kelso.

—Me preguntaba si oyó algo de esa historia mientras escribía el artículo biográfico sobre Yepishev. Era amigo suyo, ¿no?

—¿Y qué tiene que ver con usted? —Mamantov echó una mirada al bolso de Kelso—. ¿Ha encontrado el cuaderno?

—No.

—Pero conoce alguien que quizá sepa dónde está.

—Alguien vino a verme... —empezó Kelso.

El apartamento estaba muy silencioso. La mujer había parado de sollozar, pero el guardaespaldas no había reaparecido. Sobre la mesa de la entrada había un ejemplar *de Aurora*. Se dio cuenta de que nadie en Moscú sabía dónde estaba. No se lo había dicho a nadie.

—Le estoy haciendo perder el tiempo —comentó—. Será mejor que vuelva cuando tenga...

—No hace falta —dijo Mamantov suavizando el tono.

Sus ojos agudos examinaban a Kelso de arriba abajo y parpadeaban mientras le recorrían la cara, las manos, y sopesaban la fuerza en potencia de los brazos y pecho antes de subir de nuevo a la cara. La técnica de conversación era puro leninismo, pensó Kelso: «Embiste con la bayoneta. Si se topa con grasa, empuja más. Si se topa con hierro, retírala y déjalo para otro día.»

—¿Sabe qué haremos, doctor Kelso? —dijo Mamantov—. Le enseñaré algo que le interesará. Después le diré una cosa, y luego me dirá una cosa usted. —Se señaló a sí mismo y después señaló a Kelso—. Haremos un intercambio. ¿Está de acuerdo?

Después, Kelso trató de hacer una lista de todo, pero había demasiadas cosas para acordarse: la enorme pintura al óleo de Gerasimov, en la que se veía a Stalin ante la muralla del Kremlin, y la vitrina iluminada con fluorescentes con las miniaturas de Stalin —platos de Stalin, cajas de Stalin, sellos de Stalin, medallas de Stalin—, y la caja de libros de Stalin, y los libros sobre Stalin, y las fotos de Stalin —firmadas y sin firmar—, y el manuscrito de Stalin —lápiz azul, papel rayado, tamaño cuartilla, enmarcado— colgado sobre el busto de Stalin de Vuchetich («... no escatiméis individuos, independientemente del puesto que ocupen, lo importante es la causa, el interés de la causa...»).

Kelso se movió entre la colección bajo la atenta mirada de Mamantov.

El papel manuscrito, comentó Kelso, era una nota para un discurso, ¿no? Correcto. Octubre de 1920, dirigido a la Inspección de Trabajadores Campesinos. ¿Y el Gerasimov? ¿No era similar al estudio del artista de 1938 de Stalin y Voroshilov sobre el muro del Kremlin? Mamantov asintió de nuevo, aparentemente complacido de compartir esos momentos con un conocedor. Sí, el secretario general le había ordenado a Gerasimov que pintara una segunda versión pero sin Voroshilov; era la forma de Stalin de recordarle a este último que la vida... ¿cómo decirlo?, la vida siempre se podía «reorganizar» para que imitara al arte. Un coleccionista de Maryland y otro de Dusseldorf le habían ofrecido cien mil dólares por la pintura, pero él nunca permitiría que abandonara suelo ruso. Nunca. Esperaba exhibirla algún día en Moscú, junto con el resto de su colección, «cuando la situación política sea más favorable».

—¿Y cree que algún día la situación será favorable?

—Sí, claro. Objetivamente, la historia dejará constancia de que Stalin tenía razón. Lo que pasa con Stalin es que desde el punto de vista subjetivo quizá parezca cruel, perverso incluso. Pero su gloria hay que buscarla en la perspectiva objetiva. Allí es donde nos encontramos con una figura imponente. Creo firmemente que cuando se restaure la perspectiva debida, volverán a levantarse estatuas a Stalin.

—Goering dijo lo mismo de Hitler durante los juicios de Nuremberg. Y no veo ninguna estatua...

—Hitler perdió.

—¿Y Stalin no? ¿Al final? ¿Desde la «perspectiva objetiva»?

—Stalin heredó una nación con arados de madera y nos legó un imperio con armas atómicas. ¿Cómo puede decir que perdió? Los hombres que lo sucedieron sí perdieron. Stalin no. Stalin previó lo que pasaría, no cabe duda. Jruschov, Molotov, Beria, Malenkov, se creían duros pero él los conocía muy bien. «Cuando yo me haya ido, los capitalistas os ahogarán como gatitos ciegos.» Su análisis, como siempre, fue correcto.

—Así que cree que si Stalin hubiera vivido...

—¿Aún seríamos una superpotencia? Absolutamente. Pero las naciones tienen la suerte de tener hombres de la genialidad de Stalin quizá una vez cada cien años. Y ni siquiera él pudo concebir una estrategia para vencer a la muerte. Dígame, ¿ha visto la encuesta de opinión con motivo del cuadragésimo quinto aniversario de su muerte?

—Sí.

—¿Y qué le parecieron los resultados?

—Me parecieron... —Kelso trató de encontrar una palabra neutra— notables.

(¿Notables? Vaya, eran espantosos. Un tercio de los rusos pensaba que Stalin había sido un gran líder. Uno de cada seis creía que había sido el gobernante más grande que había tenido el país. Stalin era siete veces más popular que Boris Yeltsin, mientras que el pobre Gorbachov ni siquiera había reunido los votos para entrar en la selección. La encuesta había tenido lugar en marzo y Kelso se había quedado tan impresionado que había intentado vender un artículo al *New York Times*, pero no les interesó.)

—Notable —coincidió Mamantov—. Yo, teniendo en cuenta cómo lo han vilipendiado los pretendidos «historiadores», hasta diría que es increíble. Hubo un incómodo silencio.

—Debe haber costado años reunir semejante colección —comentó Kelso. «Y una fortuna», estuvo a punto de añadir.

—Tengo algunos negocios —dijo Mamantov sin darle importancia— y, desde que me he retirado, mucho tiempo libre. —Alargó la mano para tocar el busto, pero dudó y la retiró—. La dificultad, naturalmente, para cualquier coleccionista, es que Stalin haya dejado tan pocas posesiones personales. No le interesaba la propiedad privada, no como a esos cerdos corruptos que tenemos hoy en el Kremlin. Lo único que tenía eran unos pocos trastos propiedad del Estado. Eso y la ropa que se ponía. Y su cuaderno, claro. —Le dirigió una mirada astuta—. Eso sí sería algo... ¿cómo dicen los americanos...?, ¿algo por lo que valdría la pena morir?

—¿Así que ha oído hablar del cuaderno?

Mamantov sonrió —algo insólito—; una sonrisa breve, y rápida, como una raja súbita en un trozo de hielo.

—¿Está interesado en Yepishev?

—En todo lo que pueda usted decirme.

Mamantov cruzó la habitación hasta la estantería y sacó un álbum grande encuadernado en piel. En el estante superior, Kelso vio los dos tomos de Volkogonov... por supuesto que Mamantov los había leído.

—Conocí a Alexéi Alexéievich en el cincuenta y siete, cuando era embajador en Bucarest. Yo volvía de Hungría, después de que hubiéramos arreglado las cosas por allí. Nueve meses de trabajo sin pausa. Necesitaba un descanso y fuimos a cazar juntos a la región de Azuga.

Retiró una hoja de papel de seda y le pasó el pesado álbum a Kelso, abierto por la página en que había una foto pequeña hecha con una cámara de aficionado. Kelso tuvo que mirar con atención para saber de qué se trataba. Al fondo, un

bosque, y en primer plano dos hombres sonrientes, con sombreros de piel, chaquetas forradas de borreguillo, escopeta al hombro y una pila de aves muertas a sus pies. Yepishev estaba a la izquierda, Mamantov a su lado, ya tenía ese rostro duro pero más delgado, una caricatura de un hombre del KGB de la guerra fría.

—Y en alguna parte hay otra. —Mamantov se inclinó sobre el hombro de Kelso y pasó un par de páginas. De cerca olía a viejo, a naftalina y ácido fénico. Y se había afeitado mal, como los ancianos. Tenía una sombra de barba cerca de la nariz y en la hendidura del mentón—. Aquí está.

Era una foto mucho más grande y profesional, en la que se veían unos doscientos hombres dispuestos en cuatro filas, como en una ceremonia de graduación. Algunos llevaban uniforme militar y otros iban de paisano. Al pie se leía: «Sverdlovsk, 1980.»

—Era un *collegium* ideológico organizado por la Secretaría del Comité Central. El último día, el mismísimo camarada Suslov se dirigió personalmente a nosotros. Éste soy yo. —Señaló un rostro sombrío en la tercera fila, y desplazó el dedo hacia la primera, en la que había una tranquila figura de uniforme sentada en el suelo con las piernas cruzadas—. Y éste... parece mentira, es Volkogonov. Y aquí está otra vez Alexéi Alexéievich.

Era como mirar una foto de los oficiales imperiales de la época zarista, pensó Kelso... ¡qué confianza, qué orden, qué arrogancia masculina! Sin embargo, diez años más tarde, ese mundo estaba pulverizado: Yepishev muerto, Volkogonov había renunciado al Partido, Mamantov en la cárcel.

Yepishev había muerto en 1985, explicó Mamantov, justo cuando Gorbachov acababa de llegar al poder. Buen momento para un comunista decente. Según Mamantov, Alexéi Alexéievich se había salvado. Era un hombre que había dedicado la vida entera al marxismo-leninismo, que había ayudado a planear la ayuda fraternal a Checoslovaquia y Afganistán. Tuvo suerte de no haber vivido para ver cómo se lanzaba todo por la borda. Escribir el artículo de Yepishev para el *Libro de los héroes* había sido un privilegio, y si últimamente nadie lo leía... bueno, a eso se refería al decir que al país le habían arrebatado su historia.

—¿Y Yepishev le contó lo mismo que a Volkogonov sobre los papeles de Stalin?

—Sí, al final de su vida hablaba más libremente. Estaba enfermo muy a menudo. Lo fui a visitar a la clínica de los dirigentes. A Brézhnev y a él los trataba el mismo curandero, Davitashvili.

—Supongo que no habrá dejado papeles.

—¿Papeles? Los hombres como Yepishev no tenían papeles.

—¿Familiares?

—Ninguno que yo sepa. Nunca hablábamos de asuntos *de familia*. — Mamantov pronunció la palabra como si fuera absurda—. ¿Sabía que una de las cosas que había tenido que hacer fue interrogar a Beria? Noche tras noche. ¿Se imagina lo que habrá sido? Pero Beria nunca se vino abajo, ni una sola vez en casi medio año, hasta el final, después del juicio, cuando lo estaban atando al poste para fusilarlo. Creía que no se atreverían a matarlo.

—¿Qué quiere decir? ¿Que se vino abajo?

—Empezó a chillar como un cerdo... eso es lo que Yepishev dijo. A gritar algo sobre Stalin y sobre un arcángel. ¿Se imagina? ¡Nada menos que Beria religioso! Pero le pusieron un pañuelo en la boca y lo mataron. No sé nada más. — Mamantov cerró el álbum con suavidad y lo devolvió al estante—. Bueno —dijo volviéndose hacia Kelso con cara de amenazadora inocencia—, así que alguien fue a verlo. ¿Cuándo?

Kelso se puso en guardia.

—Preferiría no decirlo.

—¿Y le habló de los papeles de Stalin? Supongo que era un hombre, ¿no? ¿Un testigo de aquella época?

Kelso dudó.

—¿Nombre?

Kelso sonrió y meneó la cabeza. Mamantov parecía creer que estaba de nuevo en la Lubianka.

—¿Profesión?

—Tampoco se lo puedo decir.

—¿Sabe ese hombre donde están los papeles?

—Quizá.

—¿Y se ofreció a enseñárselos?

—No.

—Pero usted le pidió verlos, ¿no?

—No.

—Doctor Kelso, me desilusiona como historiador, pensaba que era famoso por su diligencia...

—Si quiere saber la verdad, desapareció antes de que tuviera oportunidad de pedírselo.

Se arrepintió de lo que había dicho en cuanto las palabras salieron de su boca.

—¿Qué quiere decir con «desapareció»?

—Estábamos bebiendo' —murmuró Kelso—. Lo dejé solo un minuto y cuando volví se había escapado.

Sonaba absurdo.

—¿Escapado? —Los ojos de Mamantov eran grises como el invierno—. No le creo.

—Vladimir Pavlovich —dijo Kelso sosteniéndole la mirada—. Le aseguro que es verdad.

—Está mintiendo. ¿Pero por qué? ¿Por qué? —Mamantov se frotó la barbilla—. Supongo que porque tiene usted el cuaderno.

—Si lo tuviera, ¿cree que estaría aquí? ¿O en el primer vuelo a Nueva York? ¿No es lo que suelen hacer los ladrones?

Mamantov siguió mirándolo a los ojos unos segundos antes de apartar la vista.

—Es evidente que tenemos que encontrar a ese hombre.

—¿Tenemos?

—Me parece que él no quiere que lo encuentre nadie.

—Volverá a ponerse en contacto con usted.

—Lo dudo. —Kelso se moría por largarse de allí. Se sentía en una situación comprometida, cómplice en cierto modo—. Además, mañana vuelvo a Estados Unidos. Así que, pensándolo bien, creo que debería...

Avanzó nervioso hacia la puerta, pero Mamantov le cerró el paso.

—¿Está nervioso, doctor Kelso? ¿Siente la fuerza del camarada Stalin, incluso desde la tumba?

Kelso rió incómodo.

—Creo que no comparto del todo su... obsesión.

—¡Que le den por culo! He leído su libro. ¿Le sorprende? No haré ningún comentario sobre la calidad del trabajo, pero le diré algo: usted está tan obsesionado como yo.

—Quizá, pero de un modo diferente.

—Poder —dijo Mamantov saboreando la palabra como un buen vino—, el dominio absoluto y la comprensión del poder. No ha habido ningún hombre que lo igualara en eso. Ahora te dejo vivir, ahora te mato, y tú lo único que dices es «Gracias, camarada Stalin, por su bondad». Eso es la obsesión.

—Sí, pero la diferencia, si me permite, es que usted quiere que vuelva.

—Y usted quiere estudiarlo, ¿no? ¿A mí me gusta follar y a usted la pornografía? —Mamantov sacudió el pulgar señalando la habitación—. Tendría que haberse visto. «¿No es una nota para un discurso?», «¿No es una copia de una pintura anterior?» Los ojos abiertos, la lengua fuera... el liberal occidental emocionado pero a salvo. Stalin también conocía ese aspecto, por supuesto. ¿Y

ahora me dice que no va a intentar encontrar su cuaderno personal y va a volver corriendo a América?

—¿Puedo marcharme?

Kelso dio un paso a la izquierda pero Mamantov se movió rápidamente y lo interceptó.

—Puede ser uno de los grandes descubrimientos de este siglo, ¿y usted quiere escapar? Hay que encontrarlo. Debemos encontrarlo juntos. Usted lo presentará al mundo. Yo no quiero ningún reconocimiento, se lo prometo. Prefiero permanecer en el anonimato. El mérito será sólo suyo.

—¿Pero qué es todo esto, camarada Mamantov? preguntó Kelso con fingido buen humor—. ¿Soy su prisionero?

Entre él y el mundo exterior había, calculó, un antiguo agente del KGB, sano y evidentemente loco, un guardaespaldas armado, dos puertas, una de ellas blindada. Pensó que Mamantov, efectivamente, quizá tenía intenciones de retenerlo. Como poseía todo lo imaginable sobre Stalin, ¿por qué no un historiador especializado en Stalin, metido en formol dentro de una vitrina, como Lenin? Pero en ese momento madame Mamantov gritó desde el pasillo:

—¿Qué pasa ahí dentro? —Y se rompió el hechizo.

—Nada —respondió Mamantov—. ¡Vuelve a tu habitación! ¡Viktor!

—¿Pero quién es toda esta gente? —sollozó la mujer—. Eso es lo que quiero saber. ¿Y por qué está siempre tan oscuro? —Y se echó a llorar.

Kelso la oyó alejarse arrastrando los pies y cerrarse una puerta.

—Lo siento —dijo.

—Guárdese su piedad —replicó Mamantov mientras se apartaba—. Adelante, siga, lárguese de aquí. Fuera. —Pero cuando Kelso estaba en mitad del pasillo, le gritó—: ¡Volveremos a hablar de esto! ¡De una manera u otra!

En el coche de abajo había tres hombres, aunque Kelso estaba demasiado preocupado para prestarles atención. Se detuvo en el portal oscuro de la Casa del Terraplén para calzarse mejor la bolsa de lona al hombro y enfiló en dirección al puente Bolshoi Kamenni.

—Es él, comandante —dijo el hombre de la cicatriz, y Feliks Suvorin se inclinó sobre el asiento para mirarlo mejor.

Suvorin era joven —apenas unos treinta y tantos— para ser comandante del SVR. Se trataba de un hombre de figura pulcra, rubio de ojos azul lavanda. Llevaba una loción para después de afeitarse occidental. Era el otro detalle evidente: el pequeño vehículo olía a Eau Sauvage.

—J Ya tenía esa bolsa al entrar?

—Sí, comandante.

Suvorin echó una mirada al apartamento del noveno piso de Mamantov. Ahí lo que hacía falta era una mejor cobertura. El SVR se las había arreglado para poner un micrófono en la casa al comienzo de la operación, pero había durado tres horas sin que lo encontrara la gente de Mamantov.

Kelso empezó a subir la escalinata que llevaba al puente.

—Adelante, Bunin —ordenó Suvorin al hombre que tenía delante con una suave palmada en el hombro—. Que no se note demasiado, de acuerdo. Sólo intente no perderlo de vista. No queremos ninguna protesta diplomática.

Bunin salió del coche mascullando entre dientes.

Kelso caminaba deprisa y casi había llegado a la calle del otro lado, de modo que el ruso tuvo que bajar la escalera trotando para acortar la distancia.

Vaya vaya, pensó Suvorin, evidentemente tiene prisa por llegar a alguna parte. ¿O sólo quiere largarse de aquí?

Observó, por encima del parapeto de piedra, los rostros borrosos y sonrosados de los dos hombres que cruzaban el río y se perdían de vista en la tarde gris.

5

Kelso pagó los dos rublos en la estación de metro de Borovitskaya, recogió la ficha de plástico y descendió agradecido a las entrañas de Moscú. A la entrada de la plataforma de los trenes hacia el norte, se volvió en la escalera mecánica para ver si Mamantov lo seguía, pero no vio ni rastro de éste entre las caras exhaustas.

Era una idea estúpida —intentó reírse de su paranoia— y se volvió hacia las penumbras que lo acogían y las tibias bocanadas de grasa y electricidad. Casi en el acto, unos faros amarillentos aparecieron sobre las vías tras una curva provocando ráfagas de aire. Kelso se dejó llevar hasta el vagón por los empujones del gentío. Había cierta extraña comodidad en esa multitud monótona y silenciosa. Se cogió a la barra de metal y se balanceó con el resto de los pasajeros mientras se internaban en el túnel.

No habían avanzado mucho cuando de repente el tren disminuyó la velocidad y se detuvo. Se trataba de una amenaza de bomba en la siguiente estación; la Milicia tenía que registrarla, de modo que los pasajeros se sentaron en la semipenumbra. Nadie hablaba, sólo se oían las toses ocasionales mientras la tensión subía imperceptiblemente.

Kelso miró su imagen en el cristal oscuro. Tenía que reconocer que estaba nervioso. No podía evitar sentir que acababa de ponerse en alguna clase de peligro, que hablar con Mamantov del cuaderno había sido un error irresponsable. ¿Qué había dicho el ruso? ¿Que era algo por lo que valía la pena «morir»?

Al cabo de un rato, cuando las luces parpadearon y el tren se puso otra vez en marcha, fue un alivio retomar el ritmo tranquilizador de la normalidad.

Cuando emergió a la superficie ya eran las cuatro. En el cielo occidental, rozando apenas la copa de los árboles que bordeaban el zoológico, el sol asomaba por un grieta amarilla entre las nubes. Faltaba poco más de una hora para el crepúsculo invernal. Kelso debía darse prisa. Plegó el mapa y lo hizo girar para que la estación de metro quedara a su derecha. Al otro lado de la calle estaba la entrada al zoológico —rocas rojas, una cascada, una torre de cuento de hadas— y, un poco más lejos, la terraza de un bar, cerrada por la época, con las mesas de plástico apiladas y las sombrillas plegadas. Se oía el ruido del tráfico que circulaba por la avenida de Circunvalación a unos doscientos metros. Tenía que cruzarla, girar a la izquierda, después a la derecha y ahí debía estar. Se guardó el mapa en el bolsillo, cogió el bolso y subió por la cuesta de adoquines que llevaba al amplio cruce.

Diez carriles de coches formaban un río de luz y acero que avanzaba despacio. Los cruzó en una curva pronunciada y de pronto se encontró con el Moscú diplomático: calles anchas, casas lujosas, abedules viejos que desprendían hojas secas sobre coches negros y brillantes. No había mucha vida. Pasó un hombre de cabello plateado paseando un caniche y una mujer con botas verdes de goma que asomaban absurdas por debajo de su túnica musulmana. Detrás de las cortinas de gasa de las ventanas, de vez en cuando veía el resplandor amarillo de una araña. Se detuvo en la esquina de la calle Vspolni y echó un vistazo. Un coche de la Milicia avanzaba muy despacio hacia él y se alejó hacia la derecha. La calle estaba desierta.

Localizó la casa enseguida, pero quería orientarse y ver si había alguien por los alrededores, de modo que pasó por delante y siguió andando hasta el final de la calle para volver por la otra acera. «Había una luna turca y una estrella roja. Y el lugar estaba protegido por esos demonios de cara ennegrecida...» De pronto comprendió a qué se refería el anciano. Una luna turca y una estrella roja: tenía que ser

una bandera, una bandera musulmana. ¿Y las caras pintadas de negro? El lugar tenía que ser una embajada... era demasiado grande para ser otra cosa, una embajada de un país musulmán quizá del norte de África. Seguramente tenía razón. Era un edificio grande, de eso no había dudas, imponente y feo, de piedra clara que le daba un aire de bunker. Tenía unos treinta y cinco metros de fachada. Kelso contó trece pares de ventanas. Sobre la enorme entrada había un balcón de hierro con puertas dobles. No había ninguna placa ni bandera. Había sido una embajada, y ahora estaba abandonada, sin vida.

Cruzó la calle, se acercó al caserón y pasó las manos por las ásperas piedras de la fachada. Se puso de puntillas y trató de mirar por las ventanas. Pero estaban demasiado altas, y, además, la ubicua tela metálica impedía ver nada. Kelso se dio por vencido y giró en la esquina siguiendo la fachada. La casa continuaba también por esa calle. Otras trece ventanas y ninguna puerta, otros treinta metros de mampostería... enorme, inexpugnable. Donde acababa la fachada, empezaba un muro de la misma piedra, de unos tres metros de altura, con unas puertas de madera tachonadas de hierro en medio, cerradas. El muro continuaba —primero calle abajo, después por la avenida de Circunvalación y por último por un callejón estrecho que formaba el cuarto lado del terreno de la propiedad—. Kelso, mientras daba la vuelta, comprendió por qué la había elegido Beria y por qué sus enemigos habían decidido que el único lugar para capturarlo era el Kremlin. De haberse refugiado en esa fortaleza, habría podido resistir un asedio.

En las casas vecinas, a medida que la tarde se sumía en el crepúsculo, empezaban a encender las luces. Pero la casa de Beria seguía siendo un cuadrado oscuro, el sitio donde se reunieran las sombras. Oyó que cerraban la puerta de un coche y volvió a la esquina de la calle Vspolni. Mientras estaba en la parte trasera de la casa, una furgoneta pequeña había aparcado delante de la fachada.

Kelso se acercó al vehículo.

Era una furgoneta rusa, blanca, sin identificación, vacía. Acababan de parar el motor, que rechinaba mientras se enfriaba. Al llegar a la altura de la puerta de la casa, vio que estaba entreabierta. Volvió a dudar y miró a ambos lados de la silenciosa calle. Se acercó, asomó la cabeza por la rendija y saludó.

El saludo retumbó en el vestíbulo vacío. Había una luz tenue y azulada, pero desde allí vio que el suelo era de baldosas blancas y negras. A su izquierda había una escalera ancha. La casa olía a polvo rancio y alfombras viejas y había un silencio denso, como si hiciera meses que estaba cerrada. Empujó la puerta, que acabó de abrirse, y entró.

Volvió a saludar.

Tenía dos alternativas: o se quedaba en la puerta o entraba. Eligió esta última. De inmediato, como un ratón de laboratorio en un laberinto, vio que las opciones se multiplicaban. Podía quedarse donde estaba, cruzar una puerta a la izquierda, subir por la escalera, entrar en un pasillo que se perdía en la oscuridad, al otro lado de la escalera, o elegir alguna de las tres puertas que había a la derecha. Por un instante, el peso de la elección lo paralizó. Como la escalera estaba justo delante, parecía el camino más evidente... y quizá inconscientemente también prefería la ventaja de la altura, estar por encima de quienquiera que estuviese en la planta baja o, al menos, estar igualados si ya habían subido.

La escalera era de piedra. Kelso llevaba unas botas de ante que se había comprado en Oxford hacía unos años, y, por muy silenciosamente que intentase caminar, sus pasos sonaban como tiros. Mejor. Él no era ningún ladrón y para hacer hincapié volvió a gritar:

—*Pree-viet! Kto tam?* ¡Hola! ¿Hay alguien?

La escalera giraba a la derecha, desde donde tenía una vista panorámica de todo el hueco azul oscuro del vestíbulo, que perforaba un rayo azul más claro que entraba por la puerta abierta. Llegó al descansillo de arriba, que daba a un corredor ancho que se extendía a la derecha y a la izquierda hasta perderse en una penumbra de Rembrandt. Había una puerta justo delante. Trató de orientarse. Tenía que ser la de la habitación que había sobre la entrada, la del balcón de hierro. ¿Qué era? ¿Un salón de baile? ¿El dormitorio principal? El suelo del corredor era de parquet y le recordó la descripción de Rapava de las huellas de los pies de Beria sobre la madera lustrosa mientras se apresuraba a atender la llamada de Malenkov.

Kelso abrió la pesada puerta y el aire encerrado lo golpeó en la cara. Tuvo que llevarse la mano a la boca y la nariz para no sentir náuseas. El hedor que invadía toda la casa parecía tener ahí su origen. Era una habitación grande y desnuda, iluminada por tres ventanas altas y alargadas, cubiertas con cortinas grises y transparentes. Se acercó a ellas. El suelo parecía lleno de diminutas cascarillas negras. Su idea era correr la cortina para ver qué pisaba. Pero en cuanto sus manos tocaron el áspero nailon, la tela se desgarró y una lluvia de gránulos negros le cayó sobre la mano y la nuca. Volvió a mover la cortina y la lluvia se convirtió en una cascada, una catarata de insectos muertos. Miles de insectos habrían nacido y muerto ahí dentro durante el verano, atrapados en esa habitación sin ventilar. Tenían un olor rancio y ácido. Se le habían metido entre el cabello y al caminar los sintió crujir. Retrocedió agitando la cabeza y sacudiéndose enloquecido el pelo.

—*Kto idyot?* ¿Hay alguien allí arriba? —gritó un hombre en el vestíbulo.

Kelso sabía que debía contestar. ¿Qué mejor prueba de sus irreprochables intenciones, de su inocencia, que salir inmediatamente al descansillo, identificarse y disculparse? Lo sentía mucho. La puerta estaba abierta. Era una casa antigua muy interesante. Él era historiador. La curiosidad era una característica suya. Y, además, era evidente que no había nada que robar. De verdad lo lamentaba...

Podía haberlo hecho. Tenía esa alternativa. Pero no dijo nada. Se limitó a no hacer nada, que era una forma de elegir. Se quedó allí, en la vieja habitación de Lavrenti Beria, helado e inmóvil; y escuchó. A cada segundo que pasaba, su oportunidad de hablar para salir de la casa disminuía. El hombre empezó a subir por la escalera. Recorrió siete escalones —Kelso los contó—, se detuvo y se quedó quieto, quizá durante un minuto.

Después volvió a bajar, cruzó el vestíbulo y cerró la puerta de entrada.

En ese momento Kelso se acercó a la ventana. Vio que podía mirar hacia la calle sin tocar la cortina, apoyando la mejilla contra la pared y espiando por el borde del nailon sucio. Desde ese ángulo oblicuo vio a un hombre de uniforme negro en la acera, de pie junto a la furgoneta con una linterna en la mano, que levantaba la mirada y escudriñaba la casa. Era cuadrado y simiesco, con brazos demasiado largos. De repente, Kelso vio una cara estúpida y brutal que lo miraba directamente y retrocedió. Cuando se atrevió a volver a mirar abajo, el hombre estaba agachado abriendo la puerta del conductor. Arrojó la linterna dentro y subió. Puso en marcha el motor y la furgoneta se alejó.

Kelso le dio treinta segundos y corrió escaleras abajo. Estaba encerrado. No podía creerlo. Lo absurdo del aprieto casi le daba risa... ¡estaba encerrado en la casa de Beria! La puerta de entrada era enorme, con una gran bola de hierro por pomo y una cerradura del tamaño de una guía telefónica. La probó sin esperanzas y miró alrededor. ¿Y si había una alarma? En la oscuridad no se veía nada en las paredes, pero lo más probable era que se tratara de algún sistema antiguo que, más que por haces de luz, funcionara a presión. La mera idea lo paralizó.

Lo que volvió a ponerlo en marcha fue darse cuenta de que cada vez estaba más oscuro y que, si no encontraba una forma de escapar en ese momento, se quedaría encerrado toda la noche en medio de la negrura. Había un interruptor al lado de la puerta pero no se atrevió a tocarlo: era evidente que el guardia había oído algo y a lo mejor volvía a pasar para echar otro vistazo. De todas formas, algo en el silencio del lugar, en la absoluta falta de vida, lo convenció de que estaban interrumpidos todos los suministros, de que la casa estaba abandonada. Trató de recordar la descripción que Rapava le había hecho del lugar cuando tuvo que entrar a atender la llamada de Malenkov: algo que parecía estar en una galería, cruzó la sala de guardia, pasó por una cocina y entró en el vestíbulo.

Kelso se internó en la oscuridad del pasillo que había detrás de la escalera, palpando la pared con la mano izquierda. El frío yeso era liso. La primera puerta que encontró estaba cerrada. La segunda no; sintió una bocanada de aire fresco y percibió un desnivel, una bajada, seguramente a una bodega, y cerró de prisa. La tercera se abrió a un pálido resplandor azul de superficies metálicas y un débil olor a comida rancia. La cuarta estaba al final, justo delante, y daba a una habitación que supuso había servido de sala para la guardia de Beria.

A diferencia del resto de la casa, que estaba completamente desnuda, allí había muebles: una mesa de madera, una silla, un viejo aparador y algunos rastros de vida. Un ejemplar de *Pravda* —apenas se veía la típica cabecera—, un cuchillo de cocina, un cenicero. Tocó la mesa y palpó migas de pan. Una luz tenue se filtraba por un par de pequeñas ventanas entre las cuales había una puerta, también cerrada. Volvió a mirar las ventanas, demasiado estrechas para pasar. Respiró hondo. Algunas costumbres son internacionales, ¿no? Pasó la mano por el alféizar, a la derecha de la puerta, y allí encontró la llave. Giró sin problemas en la cerradura.

Al abrir la puerta, quitó la llave, y, todo un detalle por su parte, pensó, volvió a dejarla en el alféizar.

Salió a una galería estrecha, de dos metros de ancho, con un suelo de madera gastado y una barandilla rota. Se oía ruido de tráfico al fondo del jardín y el laborioso gemido de la turbina de un avión que se dirigía a aterrizar en el aeropuerto Sheremetevo. El aire era fresco y olía a leña ardiendo. En el cielo quedaban los últimos rastros de luz del día.

Kelso supuso que el jardín estaría tan abandonado como la casa. Hacía meses que nadie lo cuidaba. A la izquierda había un invernadero ornamentado con una chimenea de hierro, parcialmente cubierto por enredaderas. A la derecha, un matorral desparejo de arbustos verde oscuro. Más adelante estaban los árboles. Kelso bajó de la galería y avanzó por un colchón de hojas que cubría la hierba. La brisa las agitaba y levantaba algunas que formaban remolinos hacia la casa. Kelso pateó los montículos en dirección a un huerto de cerezos, según vio a medida que se acercaba. Árboles grandes y antiguos, de unos seis metros de altura, al menos unos cien. Parecía una escena de Chéjov. De pronto se detuvo. La tierra bajo los árboles estaba plana y pareja, salvo en un lugar. En la base de un árbol, cerca de un banco de piedra, había un trozo negro, más oscuro que las sombras de alrededor. Frunció el entrecejo. ¿No se lo estaba imaginando todo?

Se arrodilló y lentamente hundió las manos entre las hojas. Las de arriba estaban secas, pero las otras estaban húmedas y quebradizas. Las apartó y percibió un olor intenso a tierra mojada... la tierra negra y fragante de la Madre Rusia.

«No lo hagas muy ancho. No es una tumba. Estás trabajando más de lo necesario...»

Quitó las hojas de una superficie de un metro cuadrado y, aunque no se veía mucho, vio y palpó lo suficiente. Habían quitado la hierba y cavado un agujero. Después habían vuelto a taparlo e intentado colocar los terrones de hierba en su posición original. Aunque algunos no acababan de encajar y quedaban como piezas superpuestas sobre el borde del agujero, lo que daba como resultado una especie de rompecabezas confuso y embarrado. Lo habían hecho con prisas, pensó Kelso, y hacía poco, incluso ese mismo día. Se enderezó y se sacudió las hojas húmedas del abrigo.

«¿Siente toda la fuerza del camarada Stalin incluso desde la tumba...?»

Al otro lado del muro se oía el ruido del tráfico de la amplia carretera. La normalidad parecía al alcance de la mano. Barrió unas hojas con el pie para cubrir la cicatriz de la tierra, cogió el bolso y avanzó a trompicones por el cerezal hacia el fondo del jardín, hacia los sonidos que indicaban vida. Tenía que salir de allí. No le importaba reconocerlo: estaba nervioso. Los cerezos llegaban casi hasta la tapia que se elevaba lisa delante, como la cerca de una cárcel victoriana. No había manera de escalarla.

Un estrecho sendero negro discurría junto a la pared, hacia la izquierda. Kelso lo siguió hasta el extremo, donde giraba y volvía a llevarlo hacia la casa. A medio camino vio una sombra alargada, la puerta del jardín que había visto desde la calle, pero hasta ella estaba cubierta de maleza y tuvo que retirar los tallos trepadores de una enredadera para poder llegar. Estaba cerrada y, probablemente, la cerradura oxidada. El picaporte de hierro seguramente ni se movía. Chasqueó el encendedor y lo acercó para ver mejor. La puerta era sólida, pero el marco parecía endeble. Retrocedió y lanzó una patada, en vano. Volvió a probar... imposible.

Volvió atrás por el sendero. Estaba a unos treinta metros de la casa, desde donde se veía claramente la silueta del tejado con una antena y una chimenea alta con una parabólica sujeta a ella. Era demasiado grande para ser de un televisor doméstico.

Mientras miraba distraído la parabólica, atisbo una luz en una ventana de arriba. Desapareció tan deprisa que pensó que seguramente lo había imaginado, así que se dijo que no debía perder la calma, que mejor buscara alguna herramienta para salir de allí. Pero en ese momento volvió a brillar, como el rayo de un faro: tenue, brillante, tenue otra vez... como si alguien sostuviera una linterna potente y la hiciera girar en sentido contrario a las agujas del reloj, primero hacia la ventana y luego otra vez hacia la negrura de la habitación.

El desconfiado vigilante había vuelto.

—¡Dios! —Kelso apretó los labios con tanta fuerza que casi no pudo pronunciar la palabra—. ¡Dios mío, Dios mío!

Corrió por el sendero hacia el invernadero. La puerta desvencijada se abrió lo justo para que pudiera pasar. Dentro, por culpa de las enredaderas, estaba más oscuro aún. Mesas de caballete, una vieja cesta, semilleros vacíos, macetas de terracota... nada, nada de nada. Avanzó a tumbos por un pasillo estrecho, unas hojas le rozaron la cara y después chocó con un objeto de metal. Una vieja y aparatosa cocina económica de hierro forjado, junto a la cual estaban los utensilios tirados: pala, cubo para el carbón, atizador... ¡Un atizador!

Regresó por el sendero y metió el atizador en la grieta que había entre la puerta del jardín y el marco, justo sobre la cerradura. Hizo palanca y oyó un crujido. El atizador se aflojó. Volvió a meterlo y a hacer fuerza otra vez. Otro crujido. Siguió hacia abajo; el marco empezaba a astillarse.

Retrocedió unos pasos, corrió contra la puerta y la embistió con el hombro... y una fuerza que parecía más allá de lo físico, una especie de fusión entre la voluntad, el miedo y la imaginación le permitió traspasar la puerta y salir del jardín a la silenciosa calle vacía.

Esa noche a las seis, el comandante Feliks Suvorin, acompañado de su ayudante, el teniente Vissari Netto, presentó un informe de los acontecimientos del día a su mando inmediato superior, el jefe de la Dirección RT, coronel Yuri Arseniev.

La atmósfera, como siempre, era informal. Arseniev estaba despatarrado y medio dormido detrás de su escritorio, sobre el que había un mapa de Moscú y un radiocasete. Suvorin, reclinado en el sofá junto a la ventana, fumaba en pipa. Netto se ocupaba del aparato.

—La primera voz que oiré, coronel —decía Netto a Arseniev—, es la de madame Mamantov.

Pulsó el PLAY.

«—¿Quién llama?

»—Christopher Kelso. ¿Puedo hablar con el camarada Mamantov?

»—¿Quién llama?

»—Ya se lo he dicho, me llamo Kelso. Estoy en un teléfono público y es urgente.

»—Sí, ¿pero quién llama?»

Netto pulsó PAUSA.

—Pobre Ludmilla Fedorova —dijo Arseniev con tristeza—. ¿La conoces, Feliks? Yo la conocí en la Lubianka. ¡Oh, qué mujer! Un cuerpo como una pagoda, una mente de lo más aguda y una lengua pareja, muy afilada.

—Ya no, al menos la mente —dijo Suvorin.

—La siguiente voz le resultará más familiar, coronel —explicó Netto.

PLAY.

«—Soy Mamantov. ¿Quién es usted?

»—Kelso. El doctor Kelso. ¿Se acuerda de mí?

»—Sí, me acuerdo. ¿Qué quiere?

»—Verlo.

»—¿Y por qué voy a querer verlo yo después de toda esa mierda que escribió?

»—Quiero hacerle unas preguntas.

»—¿Sobre?

»—Un cuaderno negro de hule que perteneció a Josiv Stalin.

»—Cállese.

»—¿Qué?

»—Le dije que se callara. Estoy pensando. ¿Dónde está?

»—Cerca del edificio del Intourist, en la calle Mojavaya.

»—Está cerca. Será mejor que venga.»

STOP.

—Ponlo otra vez —ordenó Arseniev—. La parte de Ludmilla no, la última.

Suvorin, por el cristal blindado de detrás de Arseniev, vio las luces de las oficinas que se reflejaban ondulantes en el lago ornamental de Yasenevo, y el enorme busto de Lenin iluminado. Detrás, casi invisible a esa hora, la línea oscura del bosque, con el perfil recortado contra el cielo crepuscular. Un par de faros titilaron entre los árboles y desaparecieron. Una patrulla de vigilancia, pensó Suvorin, reprimiendo un bostezo. Le alegraba que Netto se ocupara de la conversación. Había que darle una oportunidad al muchacho...

«Un cuaderno negro de hule que perteneció a Josiv Stalin...»

—Me cago en la puta —dijo Arseniev en voz baja; la cara fofa se le había puesto tensa.

—La llamada la efectuó ese individuo esta tarde a las catorce y catorce —continuó Netto, sosteniendo dos delgadas carpetas de color crema—. Christopher Richard Andrew Kelso, alias Chiripa.

—Vaya, esto sí está bien —dijo Suvorin, que no había visto la foto. Todavía estaba húmeda del cuarto oscuro y apestaba a trisulfato de sodio—. ¿Dónde se la han hecho?

—Tercer piso, patio interior, frente a la entrada de la escalera de Mamantov.

—¿Qué? ¿Ahora podemos permitirnos un apartamento en la Casa del Terraplén? —gruñó Arseniev.

—Está vacío. No nos cuesta ni un rublo.

—¿Cuánto tiempo estuvo?

—Llegó a las catorce treinta y dos, coronel, y se marchó a las quince y diez. Se encomendó a uno de nuestros agentes, el teniente Bunin, seguirlo. Kelso cogió el metro en Borovitskaia, aquí, cambió una vez y salió en Krasnopresnenskaia y se dirigió hasta esta casa —Netto volvió a señalar el mapa—, en la calle Vspolni. Una propiedad abandonada. Entró ilegalmente y estuvo cuarenta y cinco minutos dentro. Lo último que sabemos es que se marchó a pie por la avenida de Circunvalación en dirección sur. Hace diez minutos.

—¿Qué quiere decir exactamente Chiripa?

—Golpe de suerte, coronel —respondió Netto—. Un golpe de suerte inesperado.

—¿Sergo? ¿Dónde está ese maldito café? —Arseniev, enormemente gordo, tenía la costumbre de dormirse si no tomaba cafeína cada hora.

—Ahora mismo, Yuri Semonovich —respondió —na voz por el intercomunicador.

—Los padres de Kelso tenían más de cuarenta años, señor, cuando él nació.

Arseniev miró a Vissari Netto con unos ojos pequeños y asombrados.

—¡Y qué me importan sus padres!

—Bueno... —El joven se encogió y se quedó callado cuando intervino Suvorin.

—Kelso nació de chiripa —dijo Suvorin—. Es una broma.

—¿Y dónde está la gracia? —Los salvó la entrada del asistente de Arseniev con el café. La taza azul tenía la leyenda i LOVE NEW YORK y Arseniev la levantó como si brindara por ellos—. Bueno, hábleme de mister Chiripa —dijo desde el borde de la taza, mirándolos a través del humo.

—Nació en Wimbledon, Inglaterra, en 1954 —leyó Netto de una carpeta.

Buen trabajo, pensó Suvorin, reunir toda esta información en el transcurso de una tarde. El chico era aplicado; no se podía decir que le faltara ambición.

—El padre, un típico pequeño burgués, empleado de un bufete de abogados; tres hermanas, todas mayores; educación corriente; en el setenta y tres, beca para estudiar historia en Cambridge, matrícula de honor en el setenta y seis...

Suvorin ya había echado un vistazo a todo eso, el expediente desenterrado del Registro, un par de recortes de periódico, el artículo del *Who's Who?*, y ahora trataba de hacer cuadrar la biografía con la foto de una figura en gabardina que salía de un apartamento. El grano de la ampliación le daba un agradable aspecto años cincuenta: un hombre mirando al otro lado de la calle con un cigarrillo en la boca, con pinta de un actor francés ligeramente cutre que interpretara a un policía dudoso. *Chiripa*. ¿Un apodo tenía éxito porque le sentaba al personaje, o era el personaje que, inconscientemente, se desarrollaba de acuerdo al nombre? Chiripa, el adolescente malcriado y holgazán adorado por todas las mujeres de la familia que asombraba a sus profesores consiguiendo una beca para Cambridge. Chiripa, ese estudiante juerguista que al cabo de tres años y sin aparente esfuerzo saca las mejores notas del año. Chiripa, que acababa de aparecer en el umbral de la casa de uno de los hombres más peligrosos de Moscú... aunque, claro, como extranjero seguro que se sentía invulnerable. Sí, había que tener cuidado con ese Chiripa...

—... beca en Harvard, 1978; ingresa en la Universidad de Moscú en el plan Estudiantes por la Paz, 1980; contactos con disidentes... véase anexo A... que obligan a catalogarlo de «conservador y reaccionario» en lugar de «liberal burgués»; lee la tesis doctoral en 1984: *El poder en el campo: el campesinado de la Región del Volga, 1917-1922*; profesor de historia moderna, Oxford, hasta 1994; actualmente vive en Nueva York; autor de *La historia de Oxford en Europa Oriental, 1945-1987*; *Vortex: el colapso del Imperio Soviético*, publicado en 1993; numerosos artículos...

—Ya está bien, Netto —dijo Arseniev levantando la mano—. Se hace tarde. ¿Nos acercamos alguna vez a él? —Esta última pregunta iba dirigida a Suvorin.

—Dos veces —respondió éste—. Una vez en la universidad, en 1980, y otra en Moscú, en 1991, cuando tratamos de convencerlo de la democracia y la nueva Rusia.

—¿Y...?

—Por lo que dicen los informes, creo que se nos rió en la cara.

—¿Es un gran defensor de Occidente?

—No creo. Escribió un artículo para el *New Yorker*, está en el expediente, en el que describía cómo la CÍA y el SIS trataron de ficharlo. En realidad es un tipo bastante raro.

Arseniev frunció el entrecejo. Estaba en contra de la publicidad, fuera del bando que fuese.

—¿Mujer? ¿Hijos?

Netto intervino otra vez.

—Se casó tres veces. —Echó una mirada a Suvorin y éste le indicó que prosiguiera. Prefería pasar a segundo plano—. Primero, en su época de estudiante, con Katherine Jane Owen; el matrimonio se disolvió en 1979. Se casó por segunda vez con Irina Mijailovna Pugacheva en el ochenta y uno...

—¿Se casó con una rusa?

—Ucraniana. Sin duda un matrimonio de conveniencia. La habían expulsado de la universidad por actividades antisoviéticas. Es el comienzo de los contactos de Kelso con los disidentes. A ella le dieron un visado en 1984.

—¿Nosotros nos ocupamos de impedirle la entrada en Inglaterra durante tres años?

—No, coronel, fueron los británicos. Cuando la dejaron entrar, Kelso ya vivía con una de sus alumnas, una becaria norteamericana. El matrimonio con Pugacheva se disolvió en 1985. Ahora está casada con un ortodoncista de Glamorgan. Hay un expediente sobre ella pero no lo he...

—Mejor —interrumpió Arseniev—, si no nos ahogaremos en papel. ¿Y el tercer matrimonio? —Le guiñó un ojo a Suvorin—. ¡Un auténtico Romeo!

—Margaret Madeline Lodge, una estudiante norteamericana...

—¿La becaria?

—No, ésta es otra becaria. Se casó con ella en 1986 y se separaron el año pasado.

—¿Hijos?

—Dos varones. Viven con la madre en Nueva York.

—Uno no puede menos que admirar a este tipo —comentó Arseniev, que, a pesar de su gordura, tenía una amante en Apoyo Técnico. Observó la foto con cara de admiración—. ¿Qué está haciendo en Moscú?

—El Rosarjiv ha organizado un congreso para investigadores extranjeros —dijo Netto.

—¿Feliks?

El comandante Suvorin tenía las piernas cruzadas y balanceaba la izquierda, con los codos apoyados contra el respaldo del sofá. Llevaba la guerrera desabrochada, con un estilo tranquilo, confiado, americanizado. Dio una calada a la pipa antes de hablar.

—Es evidente que las palabras utilizadas en la conversación telefónica son ambiguas. Se podría deducir que Mamantov tiene el cuaderno y que el historiador desea verlo; o que lo tiene el historiador o ha oído hablar de él y quiere comprobar algunos detalles con Mamantov. Sea como sea, Mamantov está al corriente de nuestra vigilancia, por eso corta en seco la conversación. Vissari, ¿sabemos cuándo tiene que irse Kelso de la Federación?

—Mañana al mediodía —respondió Netto—. Vuelo de Delta a las trece y treinta, del aeropuerto Shere-metevo-2 al John Fitzgerald Kennedy. Tiene el asiento reservado y confirmado.

—Sugiero que demos órdenes de que Kelso sea registrado antes de salir —dijo Suvorin—. Que lo desnuden si hace falta... aunque se demore la salida del avión, bajo la sospecha de exportar material histórico o de interés cultural. Si se ha llevado algo de la casa de la calle Vspolni, podemos quitárselo. Mientras tanto, mantengamos la vigilancia de Mamantov.

Sonó el intercomunicador en el escritorio de Arseniev.

—Hay una llamada para Vissari Petrovich —anunció la voz de Sergo.

—Muy bien. Netto, atiéndela fuera, en la otra oficina. —Arseniev, cuando el joven cerró la puerta, le comentó a Suvorin—: Es eficiente el cabroncete, ¿no?

—Bastante inofensivo, Yuri. Sólo es un chico aplicado.

Arseniev gruñó y respiró dos bocanadas del inhalador. Se aflojó un poco el cinturón y dejó que la tripa se combara hacia el escritorio. La gordura del coronel era una especie de camuflaje, una malla fofa y llena de hoyuelos sobre una mente aguda, de modo que los peligros que hombres más esbeltos no habían logrado atravesar, Arseniev los había sorteado sano y salvo con un pato gordo: la guerra fría (jefe del KGB, residente en Canberra y Ottawa), la *glasnost*, el fallido golpe y la desintegración del servicio entre otras cosas, debajo de esa capa protectora de grasa, hasta que ahora, al fin, estaba en la recta final: a un año de la jubilación, con

dacha, amante, pensión, por lo que el resto del mundo podía irse a hacer puñetas colectivamente. A Suvorin le caía bastante bien.

—Bueno, Feliks, ¿qué piensas?

—El objetivo de la operación Mamantov —respondió Suvorin con cautela— es descubrir cómo desaparecieron de los fondos del KGB quinientos millones de rublos, dónde los escondió Mamantov, y cómo se emplea ese dinero para financiar a la oposición antidemocrática. Ya sabemos que mantiene esa basura rojo-fascista...

—*Aurora...*

—*Aurora...* Si ahora resulta que también lo gasta en armas, me interesa. Si está comprando objetos de Stalin, o vendiendo... bueno, es repugnante, pero...

—No se trata de cualquier objeto, Feliks. Es sabido que había un expediente sobre ese diario... era una de «las leyendas de la Lubianka».

La primera reacción de Suvorin fue reírse. El viejo no hablaba en serio, ¿no? ¿Un diario de Stalin? Pero al ver la expresión en el rostro de Arseniev disimuló la risa con una tos.

—Lo siento, Yuri Semonovich... perdóneme... Si usted se lo toma en serio, entonces yo también lo haré.

—¿Tendrías la amabilidad de poner otra vez esa cinta, Feliks? Nunca entenderé estas malditas máquinas.

Suvorin se levantó del sofá y volvieron a escucharla juntos, mientras Arseniev respiraba pesadamente y se pellizcaba el cuello, como solía hacer siempre que olfateaba problemas.

«Un cuaderno negro de hule que perteneció a Josiv Stalin...»

Seguían inclinados sobre el casete cuando Netto volvió a entrar sigilosamente, más pálido de lo habitual, y anunció que tenía malas noticias.

Feliks Stepanovich Suvorin, con Netto detrás, regresó con el entrecejo fruncido a su oficina. Había una buena caminata desde las oficinas de los directores, en la parte oeste del edificio, hasta el bloque operativo del este, y, en el trayecto, al menos diez personas debieron de saludarlo con la cabeza y sonreírle, porque en los corredores de Yasenevo, de diseño escandinavo, madera y baldosas blancas, el comandante era el chico de oro, el hombre de futuro. Hablaba inglés con acento americano, estaba suscrito a las revistas americanas importantes y tenía una colección de jazz moderno, que escuchaba en compañía de su mujer, la hija de uno de los asesores económicos más liberales del presidente. Hasta su ropa era americana —la camisa de cuello con botones, la corbata rayada, la chaqueta marrón de sport—, un legado de los años pasados en Washington como agente del KGB.

Se notaba que pensaban «¡Mira a Feliks Stepanovich...!» embutidos en sus abrigos de invierno, mientras pasaban presurosos a su lado para coger el autobús a casa. Mira, lo han puesto de número dos de ese viejo veterano gordo, Arseniev, listo para hacerse cargo de un puesto de director a los treinta y ocho años. Y no de cualquier dirección, no, sino de una RT, ¡una de las más secretas de todas!, autorizada para llevar a cabo operaciones de inteligencia extranjera en territorio ruso. Míralo, el hombre del futuro, cómo regresa corriendo a su despacho para trabajar, mientras todos nos vamos a casa a pasar la noche...

— ¡Buenas tardes, Feliks Stepanovich!

— ¡Adiós, Feliks! ¡Ánimo!

— ¡Ya veo que trabajando otra vez hasta tarde, camarada comandante!

Suvorin sonreía a medias y saludaba con un gesto distraído con la pipa, preocupado.

Los detalles, como se los había transmitido Netto, eran escasos pero elocuentes. Chiripa Kelso se había marchado del apartamento de Mamantov a las quince siete. Suvorin también había abandonado el lugar pocos minutos después. A la quince veintidós, Ludmilla Fedorova Mamantova salió del apartamento acompañada del guardaespaldas Viktor Bubka para dar el paseo habitual de la tarde hasta el parque Bolotnaya (dado su estado de confusión, siempre tenía que estar acompañada). Como sólo había un hombre de guardia, no los siguió.

No volvieron.

Poco después de las diecisiete horas, un vecino del apartamento debajo del de los Mamantov informó que no paraba de oír gritos histéricos. Llamaron al portero, que logró abrir con dificultad la puerta del apartamento y se encontró a madame Mamantova sola, en ropa interior, encerrada dentro de un armario. No obstante, se las había arreglado para hacer un agujero a patadas, descalza. La habían trasladado a la Policlínica Diplomática en un estado de profunda alteración. Tenía los dos tobillos rotos.

— Seguro que era el plan de escape de emergencia — dijo Suvorin al llegar a su despacho—. Es evidente que lo tenía pensado desde hacía mucho, hasta el punto de establecer una rutina para su esposa. La pregunta es cuál era la emergencia.

Apretó el interruptor, unos tubos de neón parpadearon y se encendieron. Las oficinas de los directores tenían vistas al lago y a los árboles, mientras que la de Suvorin daba al norte, a la avenida de Circunvalación de Moscú y a esos bloques de viviendas oficiales cuadrados y enormes. Suvorin se dejó caer en el sillón, cogió la tabaquera y puso los pies sobre el alféizar de la ventana. Vio la imagen de Netto en el cristal, que entraba y cerraba la puerta. Arseniev le había

dado una reprimenda, que en realidad no era justa. Si alguien tenía la culpa era Suvorin, por mandar a Bunin tras Kelso.

—¿Cuántos hombres tenemos en este momento en el apartamento de Mamantov?

—Dos, comandante.

—Divídalos; que uno vaya a la policlínica para vigilar a la esposa y el otro se quede allí. Que Bunin no se separe de Kelso. ¿En qué hotel está?

—En el Ucrania.

—De acuerdo. Si Kelso va por la avenida de Circunvalación hacia el sur, seguramente estará volviendo. Llama a Gromov a la Decimosexta y dile que queremos que intervenga todas las llamadas de Kelso. Te dirá que no tiene recursos. Mándalo a Arseniev. Ten listos los papeles de autorización en mi escritorio dentro de quince minutos.

—Sí, comandante.

—Déjame la Décima a mí.

—¿La Décima, comandante? —La Décima era la sección de archivos.

—Según el coronel, tendría que haber un expediente sobre el diario de Stalin. —¿La mismísima leyenda de la Lubianka!— Tendré que inventarme alguna excusa para verlo. Entérate de qué es exactamente esa casa de la calle Vspolni. ¡Vaya, necesitamos más hombres! —Suvorin dio un golpe de frustración sobre el escritorio—. ¿Dónde está Kolosov?

—Se marchó ayer a Suiza.

—¿No hay nadie más por aquí? ¿Barsukov?

—Está en Ivanovo con sus alemanes.

Suvorin lanzó un gruñido. Esta operación vivía del aire, ése era el problema. No tenía nombre ni presupuesto. Técnicamente, ni siquiera era legal.

Netto escribía deprisa.

—¿Qué quiere hacer con Kelso?

—Sólo seguir vigilándolo.

—¿No quiere que lo cojamos?

—¿Para qué exactamente? ¿Y adonde lo llevaríamos? No tenemos celdas. No tenemos bases legales para practicar detenciones. ¿Cuánto hace que ha desaparecido Mamantov?

—Tres horas, comandante. Lo siento, pero yo... —Netto parecía a punto de llorar.

—Olvidalo, Vissi. No es culpa tuya. —Sonrió a la imagen del muchacho—. Mamantov ya conocía esos trucos cuando todavía no habíamos nacido. Tarde o

temprano lo encontraremos —añadió con una seguridad que no sentía—. Ahora vete. Tengo que llamar a mi esposa.

Cuando salió Netto, Suvorin sacó la foto de Kelso de la carpeta y la pinchó en el tablero que tenía al lado del escritorio. Ahí estaba él, con montones de cosas que hacer sobre cuestiones realmente importantes —labores de inteligencia económica, biotecnología, fibra óptica—, reducido a preocuparse de si Vladimir Mamantov iba tras el cuaderno de Stalin y por qué. Era absurdo; más que absurdo, vergonzoso. ¿Qué clase de país era ese? Llenó despacio la cazoleta de la pipa y la encendió. Y se quedó sentado durante un minuto, con las manos detrás de la nuca, la pipa entre los dientes y mirando al historiador con expresión de odio.

7

Chiripa Kelso, tumbado de espaldas en su habitación del piso 23 del hotel Ucrania, fumaba un cigarrillo mientras miraba al techo y los dedos de su mano izquierda se curvaban sobre la forma grata y tranquilizadora de una petaca de whisky.

No se había molestado ni en quitarse el abrigo ni en encender la lámpara de la mesilla. Tampoco le hacía falta. Los deslumbrantes tubos fluorescentes que iluminaban el rascacielos gótico estalinista brillaban en la habitación y producían una luz espantosa. A través de la ventana cerrada se oía el ruido del tráfico de primeras horas de la noche sobre la carretera húmeda de debajo.

Una hora melancólica, pensaba, para un extraño en una ciudad extranjera: la noche que caía, una luz quebradiza, la temperatura que bajaba, los empleados que volvían a casa, los hombres de negocios que trataban de alegrarse en los bares de los hoteles.

Tomó otro sorbo de whisky, alargó la mano hacia el cenicero, se lo apoyó sobre el pecho y descargó la ceniza del cigarrillo. No lo habían limpiado muy bien. Pegado al fondo, como un pequeño huevo verde, había un resto de flema de Papú Rapava.

Le había llevado apenas unos minutos, el tiempo de una escapada breve al centro de negocios del hotel Ucrania y de hojear unas guías viejas de Moscú, averiguar que la casa de la calle Vspolni efectivamente había sido la embajada de un país africano. Figuraba debajo de República de Túnez.

Reunió el resto de la información que necesitaba casi enseguida, sentado sobre el borde de la cama dura y estrecha, gracias a una conversación telefónica con el agregado de prensa de la nueva embajada de Túnez con el que fingió un gran interés en el auge del mercado inmobiliario moscovita y en el dibujo exacto de la bandera tunecina.

Según el agregado de prensa, el gobierno soviético le había ofrecido a Túnez la mansión de la calle Vspolni en 1956, con un contrato de arrendamiento renovable cada siete años. En enero, el embajador había recibido la notificación de que no se renovarían el contrato, y en agosto se trasladó la embajada. Y, para serle sincero, señor, no habían lamentado mucho tener que abandonar el edificio, no, especialmente después del lamentable suceso de 1993, en que una cuadrilla de operarios había encontrado doce esqueletos humanos enterrados debajo de la acera, víctimas de la represión estalinista. No habían recibido ninguna explicación por el desalojo, pero, como todo el mundo sabía, se estaba privatizando una buena porción de suelo estatal del centro de Moscú que se vendía a inversores extranjeros; algunos estaban haciendo auténticas fortunas.

¿Y la bandera? La bandera de la República de Túnez, caballero, era una luna roja en cuarto creciente y una estrella roja sobre una esfera blanca, todo con un fondo rojo.

«... había una luna turca y una estrella roja...»

La voluta del humo del cigarrillo ascendía en círculos y se deshacía contra el techo polvoriento.

Vaya, todo encajaba perfectamente: la historia de Rapava y Yepishev, la mansión de Beria deshabitada oportunamente, la tierra recién removida y el bar llamado Robotnik.

Se acabó el whisky, apagó la colilla e hizo girar una y otra vez la caja de cerillas en sentido contrario a las agujas del reloj.

Sin saber muy bien qué hacer, Kelso bajó a la recepción y cambió el resto de sus cheques de viajero por rublos. Fuera como fuese iba a necesitar dinero en efectivo. Últimamente su tarjeta de crédito no era muy fiable, no había más que recordar el lamentable incidente en la tienda del hotel cuando intentó pagar con ella el whisky.

Crejó ver a alguien que conocía, presumiblemente del simposio, levantó la mano pero ya se había marchado.

En el mostrador de recepción había un cartel: «Todos los huéspedes que deseen efectuar llamadas telefónicas internacionales deben dejar un depósito en efectivo.» Verlo le produjo una nueva punzada de añoranza. Habían sucedido tantas cosas y no tenía a nadie a quien contárselas. Impulsivamente puso un billete de cincuenta dólares y regresó a los ascensores por el vestíbulo repleto.

Tres matrimonios, pensó mientras el ascensor salía disparado hacia arriba. Y tres divorcios en orden ascendente de amargura.

Kate... bueno, Kate apenas contaba, eran estudiantes; la relación estaba condenada al fracaso desde el principio. Hasta su traslado a Nueva York, ella siempre le enviaba tarjetas de Navidad... E Irina... al menos había conseguido el pasaporte, que era, según Kelso siempre había sospechado, lo que de verdad le interesaba. Pero Margaret... pobre Margaret, estaba embarazada cuando se casaron, por eso se había casado él, y poco después del nacimiento del primer niño un segundo ya estaba en camino. De pronto se sorprendió empantanado en una casa de cuatro habitaciones abarrotada, cerca de la carretera de Woodstock: el profesor de historia y la alumna de historia, y, entre ellos, nada de historia. Había durado doce años... tanto como el Tercer Reich, le había dicho Chiripa borracho a un columnista chismoso el día en que se había publicado la petición de divorcio de Margaret. Ella nunca se lo perdonó.

No obstante, era la madre de sus hijos. Maggie. Margaret. Llamaría a la pobre Margaret.

La línea hizo un ruido extraño en cuanto la operadora empezó a marcar el número internacional. ¡Teléfonos rusos!, fue su primera reacción y empezó a sonar el aparato en Nueva York.

—Diga. —La conocida voz sonaba desconocidamente alegre.

—Soy yo.

—Ah. —Desilusión fría. Ni siquiera hostil.

—Lamento estropearle el día. —Quería hacer una broma, pero le salió mal; sonó amargado y lleno de lástima de sí mismo. Volvió a intentarlo—. Llamo de Moscú.

—¿Por qué?

—¿Por qué llamo o por qué llamo desde Moscú?

—¿Has estado bebiendo?

Echó un vistazo a la botella vacía. Había olvidado su capacidad de oler el aliento incluso a seis mil kilómetros de distancia.

—¿Cómo están los niños? ¿Puedo hablar con ellos?

—Son las once de la mañana de un martes. ¿Dónde crees que están?

—¿En el colegio?

—Bravo, papi. —Se rió a pesar de sí misma.

—Oye, lo siento —se disculpó.

—¿Qué, concretamente?

—Lo del dinero del mes pasado.

—De los últimos tres meses.

—Fue un lío del banco.

—Búscate un trabajo, Chiripa.

—¿Como tú, quieres decir?

—Vete a la mierda.

—De acuerdo, me rindo. —Volvió a intentarlo—. Esta mañana he hablado con Adelman. A lo mejor tiene algo para mí.

—Porque sabes que las cosas no pueden seguir así, ¿no?

—Ya sé. Escucha, creo que aquí tengo algo entre manos...

—¿De qué se trata la oferta de Adelman?

—¿Adelman? Ah, dar clases. Pero no me refiero a eso. Puede que tenga algo interesante aquí, en Moscú. Quizá no es nada. Pero a lo mejor es algo enorme.

—¿De qué se trata?

Sin duda había un ruido extraño en la línea. Kelso oía su propia voz con demasiado retraso para ser eco. «Pero a lo mejor es algo enorme», se oyó decir.

—No quiero hablar de eso por teléfono.

—¿Que no quieres hablar de eso por teléfono...? No, claro. ¿Y sabes por qué? Porque es el mismo rollo de mierda de siempre...

—Espera, Maggie. ¿Oyes mi voz con eco?

—... y Adelman te ofrece un trabajo como es debido, pero claro, no lo quieres porque significa enfrentarte a...

—¿Oyes mi voz con eco?

—... a tus responsabilidades...

Kelso, silenciosamente, colgó. Se quedó mirando el auricular mordisqueándose el labio, se echó hacia atrás y encendió otro cigarrillo.

Stalin, como saben, era despreciativo con las mujeres.

Creía que la idea de una mujer inteligente era una contradicción. Las llamaba «arenques con ideas». De la esposa de Lenin, Nadezhda Krupskaya, le dijo una vez a Molotov: «Quizá usa el mismo lavabo que Lenin, pero eso no significa que sepa nada de leninismo.» Tras la muerte de Lenin, Krupskaya pensaba que su condición de viuda del

gran hombre la protegería de las purgas de Stalin, pero éste la desengañó. «Si no cierras la boca —le dijo—, haremos que el Partido consiga una nueva viuda de Lenin.»

Sin embargo, ésta no es toda la historia, y aquí nos topamos con una de esas extrañas contradicciones de lo que habitualmente se sabe y que hace que nuestra profesión sea a veces tan gratificante. Durante mucho tiempo se consideró que Stalin era bastante indiferente al sexo, el clásico político que canaliza todos sus apetitos carnales a través del poder... pero la verdad parece muy distinta: Stalin era un mujeriego.

El reconocimiento de esta faceta de su carácter es reciente. Fue Molotov quien, en 1988, le dijo fríamente a Chuiev que a Stalin siempre le habían gustado las mujeres. Jruschov, en 1990, con la publicación postuma de su última serie de entrevistas, levantó un poco más los velos. Y ahora los archivos añaden aún más detalles valiosos.

¿Quiénes fueron las mujeres de cuyos favores disfrutó Stalin antes y después del suicidio de su segunda esposa? Algunas las conocemos. Una fue la esposa de A. I. Yegorov, comisario de defensa popular, famosa en los círculos del Partido por sus numerosas aventuras. Otra, también esposa de un militar, Gusev, era la mujer que supuestamente estaba en la cama con Stalin la noche en que Nadezhda se pegó un tiro. También tenemos a Rosa Kaganovich, con la que Stalin, ya viudo, pensó en casarse durante un tiempo. Y la más interesante, quizá, fue Zhenia Alliluyeva, la mujer de Pavel, el cuñado de Stalin. Una relación descrita en un diario que escribía Maria, la cuñada de Stalin, le fue incautado tras su detención y ha sido recientemente desclasificado (F45 O1 D1).

Éstas, por supuesto, son las mujeres de las que sabemos algo. Pero hay otras que son meras sombras en la historia, como Valechka Istomina, la joven criada que entró a formar parte del servicio personal de Stalin en 1931) («Si es o no la mujer de Stalin sólo le incumbe a él», le dijo Molotov a Chuiev), o la «bella morena» que vio una vez Jruschov en la dacha de Stalin. «Después me dijeron que era una institutriz de los hijos de Stalin, pero no duró mucho. Más adelante desapareció. Estaba allí por recomendación de Beria. Beria sabía escoger muy bien a las institutrices...»

«Más adelante desapareció...»

Otra vez se demuestra el mismo patrón de conducta: no era nada recomendable saber demasiado sobre la vida privada del camarada Stalin. Uno de los hombres a los que le puso cuernos, Yegorov, fue asesinado; otro, Pavel Alliluyev, envenenado. Y Zhenia, la querida y cuñada, «la rosa de los campos de Novgorod», detenida por orden de Stalin, pasó tanto tiempo encerrada en solitario que al cabo de los años, cuando salió en libertad, tras la muerte de éste, ya no podía hablar; se le habían atrofiado las cuerdas vocales...

Debió de quedarse dormido porque lo despertó el teléfono que sonaba.

La habitación estaba aún en la semipenumbra. Encendió la luz y miró el reloj. Casi las ocho.

Bajó las piernas de la cama, cruzó la habitación a paso rígido hacia la pequeña mesa junto a la ventana.

Miró el aparato vacilante y atendió.

Era Adelman que sólo quería saber si iba a bajar a la cena.

—¿Cena?

—Mi querido amigo, es la gran cena de despedida del simposio, no hay que perdérsela. Olga va a salir de un pastel.

—Dios mío. ¿Tengo alternativa?

—Ni hablar. A propósito, el cotilleo es que esta mañana tenías una resaca tan impresionante que has tenido que volver al hotel a dormir.

—Qué bien, Frank, te lo agradezco. Adelman se calló.

—Bueno, ¿qué? ¿Has encontrado al tipo? —Claro que no. —¿Era mentira?

—Absolutamente. No encontré nada de nada.

—Pero has estado todo el día fuera...

—Fui a ver a un viejo amigo.

—Ah, comprendo —dijo Adelman con énfasis—. El mismo Chiripa de siempre. Dime, ¿qué opinas de estas vistas?

Un titilante paisaje nocturno se extendía a sus pies: carteles luminosos desplegados por toda la ciudad como estandartes de un ejército invasor. Phillip, Marlboro, Sony, Mercedes-Benz... Moscú, que en una época después del atardecer era oscura como una capital africana, ya no era así.

No había ni una sola palabra en ruso a la vista.

—Nunca pensé que llegaría con vida a ver esto —se oyó la voz de Adelman por la línea ruidosa—. Esto que vemos, amigo, es una victoria. ¿Te das cuenta? Una victoria total.

—¿De veras, Frank? A mí sólo me parece un montón de luces.

—No; es mucho más que eso, créeme. A partir de aquí ya no hay vuelta atrás.

—Ahora me dirás que esto es el fin de la historia.

—Quizá lo sea. Pero, gracias a Dios, no es el fin de los historiadores —bromeó Adelman—. Bueno, nos vemos en el vestíbulo dentro de, digamos, veinte minutos. ¿De acuerdo? —Y colgó.

El reflector de la otra orilla del Moscova, al lado de la Casa Blanca, arrojó un potente haz de luz en la habitación. Kelso alargó la mano para abrir la hoja interior de la ventana y después la exterior y dejar entrar una bruma amarillenta junto con

el lejano ruido del tráfico. Unos copos de nieve chocaron contra el alféizar y se derritieron.

El fin de la historia... y una mierda, pensó. Ésa era una ciudad cargada de historia. Ese era un maldito pueblo cargado de historia.

Sacó la cabeza al frío y se asomó todo lo que pudo para ver la ciudad al otro lado del río,, antes de que se perdiera en las nieblas del horizonte.

Si uno de cada seis rusos pensaba que Stalin había sido el gobernante más grande que habían tenido, significaba que había unos veinte millones de seguidores. (El santo Lenin por supuesto tenía muchos más.) E incluso si esa cifra se dividía por dos, para dejar a los más fanáticos, seguía habiendo diez millones. ¿Diez millones de estalinistas en la Federación Rusa, tras cuarenta años de denigración?

Mamantov tenía razón: era una figura increíble. Dios mío, si uno de cada seis alemanes hubieran dicho que Hitler había sido el líder más grande de su historia, el *New York Times* no habría querido un artículo de opinión, ¡lo habría sacado en primera plana!

Kelso cerró la ventana y empezó a juntar lo que iba a necesitar para la noche: los últimos dos paquetes de cigarrillos del *duty free*, el pasaporte y el visado (en caso de que lo cogieran), el mechero, la cartera bien llen^a la caja de cerillas con la dirección del Robotnik.

Era inútil fingir que le gustaba todo aquello, especialmente después de la movida de la embajada, y, de no haber sido por Mamantov, habría pensado en dejar todo como estaba —jugar sobre seguro, como recomendaba Adelman— y volver al cabo de una o dos semanas a buscar a Rapava, quizá después de agenciarse un adelanto en Nueva York de algún editor comprensivo (suponiendo que todavía existiera semejante criatura).

Pero su conclusión era que si Mamantov estaba sobre la pista, él no podía darse el lujo de esperar. Mamantov tenía recursos a su disposición que Kelso no podía superar. El otro era un coleccionista, un fanático.

Y la idea de lo que Mamantov podría hacer con el cuaderno, si lo encontraba primero, empezaba a fastidiarlo. Porque cuantas más vueltas le daba al asunto, más evidente resultaba que lo que había escrito Stalin era importante, fuera lo que fuese. No podía ser un mero compendio de apuntes seniles, sobre todo si Beria había tenido tanto interés en robarlo, y después se había arriesgado a esconderlo en lugar de destruirlo.

«Empezó a chillar como un cerdo... A gritar algo sobre Stalin y sobre un arcángel... Pero le pusieron un pañuelo en la boca y lo mataron...»

Kelso echó una última mirada por la habitación y apagó la luz.

Al bajar al restaurante reparó en el hambre que tenía. Hacía un día y medio que no comía de verdad. Tomó sopa de col, pescado en escabeche, cordero en salsa de crema de queso, con vino tinto georgiano Mukuzani, y agua mineral sulfurosa Narzan. El vino era oscuro y pesado y, tras un par de copas encima del whisky, se empezó a sentir peligrosamente calmado. Había más de cien comensales en cuatro mesas largas y el rumor de la conversación, con el entrechocar de copas y cubiertos era soporífero. Por los altavoces sonaba música folklórica de Ucrania y Kelso empezó a diluir el vino.

Alguien —un historiador japonés cuyo nombre ignoraba— se inclinó sobre la mesa y le preguntó si ésa era la bebida favorita de Stalin. Kelso respondió que no, que Stalin prefería los vinos georgianos Kindzmarauli y Hvanchkara, que eran más dulces. En general le gustaban los vinos y licores dulces y espesos, las infusiones de hierbas muy azucaradas y el tabaco negro-

—Y las películas de Tarzán —añadió alguien.

—Y los perros que aullaban.

Kelso también se echó a reír. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Brindó con el japonés, hizo una reverencia y se reclinó en su silla mientras echaba un trago a su vino con agua.

—¿Quién paga todo esto? —preguntó alguien.

—Supongo que el patrocinador que ha pagado el simposio.

—¿Y quién es?

—¿Norteamericano?

—Suizo, creo...

La gente retomó la conversación a su alrededor. Al cabo de una hora, cuando pensaba que nadie lo veía, plegó la servilleta y apartó la silla de la mesa.

Adelman levantó la mirada.

—¿Otra vez? No puedes dejar plantado otra vez a todo el mundo.

—Una llamada de la naturaleza —dijo Kelso, y Mientras pasaba detrás de Adelman se agachó y le susurro al oído—: ¿Cuál es el horario de mañana?

—El autobús sale para el aeropuerto después del desayuno —dijo Adelman—. El embarque en Sherenietevo es a las once y cuarto. Le cogió el brazo—. Pensaba que habías dicho que era todo mentira.

—Sí, lo dije. Pero quiero averiguar qué tipo de mentira es.

Adelman meneó la cabeza.

—Chiripa, la historia no es esto...

Kelso señaló el salón.

—¿Y esto sí?

De pronto alguien empezó a golpear un cuchillo contra una copa y Askenov se puso de pie con dificultad. Las manos de los comensales golpearon la mesa en señal de aprobación.

—Colegas —empezó Askenov.

—Prefiero arriesgarme, Frank. Hasta luego.

Se soltó con suavidad de la mano de Adelman y enfiló hacia la salida.

El guardarropía estaba junto a los lavabos, en una puerta al lado del comedor. Entregó la ficha, dejó una propina y recogió el abrigo. En el momento en que se lo ponía lo vio. Al final del pasillo que daba al vestíbulo del hotel había un hombre que iba de un lado a otro hablando por un teléfono móvil. No lo miraba a él. Y, si Kelso lo hubiera visto de frente, seguramente no lo habría reconocido y todo habría sido distinto. Pero de perfil, esa cicatriz que tenía en la cara era inconfundible. Era uno de los hombres que estaba en el vehículo en la puerta del edificio de Mamantov.

A sus espaldas, al otro lado de la puerta cerrada, Kelso oyó risas y aplausos. Retrocedió hasta palpar el pomo de la puerta —sin apartar la mirada del hombre—, y volvió a entrar rápidamente en el comedor.

Askenov seguía de pie, hablando. Se interrumpió al ver a Kelso.

—El doctor Kelso —dijo— parece tener una profunda aversión por el tono de mi voz.

—Tiene aversión por el tono de todas las voces, salvo por el de la suya —chilló Saunders.

Se oyeron más risas y Kelso siguió avanzando.

Cruzó las puertas de vaivén y entró en el caos de la cocina. Lo golpeó el calor, el vapor y un olor a col y pescado hervido. Los camareros formaban fila con bandejas de tazas y cafeteras, mientras un hombre de cara colorada y esmoquin manchado les gritaba. Nadie prestó atención a Kelso. Cruzó la enorme sala hasta la otra punta, donde una mujer con delantal verde vaciaba un carrito de vajilla sucia.

—¿La salida? —le preguntó.

—*Tam* —respondió ella señalando con la barbilla—. *Tam*. —Hacia allá.

La puerta estaba abierta para que entrara un poco de aire fresco. Kelso bajó unos peldaños de cemento y salió al aire libre, a un patio cubierto de nieve medio derretida, lleno de cubos de basura y bolsas de plástico rotas. Una rata escarbaba en la penumbra. Kelso tardó un minuto en encontrar la salida, por el patio del fondo del hotel. Tres paredes tachonadas de ventanas se elevaban por tres lados; las nubes bajas tenían un color gris amarillento por efecto del haz de luz del reflector.

Salió por una calle lateral hasta la avenida Kutuzovski, y avanzó con dificultad sobre la nieve resbaladiza tratando de encontrar un taxi. El conductor de un Volga sucio y sin distintivos trató de convencerlo de que subiera, pero Kelso le hizo señas de que se fuera y siguió caminando hasta llegar a la fila de taxis que hacían cola delante de la puerta principal del hotel. No podía perder tiempo regateando. Se subió al asiento trasero del primer taxi amarillo de la fila y le dijo al chófer que arrancara de prisa.

8

En el estadio del Dínamo se celebraba un partido de fútbol importante, internacional. Rusia jugaba contra algún equipo: empate a dos, últimos minutos del encuentro. El taxista escuchaba los comentarios por radio y, mientras se acercaban, el rugido de ochenta mil gargantas moscovitas ahogó los vítores de los altavoces de plástico. Los copos de nieve se hinchaban y levantaban como velas al viento iluminadas por los focos del estadio.

Tenían que subir por la avenida Leningradski, hacer un cambio de sentido y regresar por el otro lado hasta llegar al estadio de los Jóvenes Pioneros. El taxi, un viejo Zhiguli que apestaba a sudor, salió por la derecha, cruzó una puerta de hierro y empezó a traquetear por el surco de un camino que llevaba al campo de deportes. Había unos pocos coches estacionados sobre la nieve y una cola de gente, sobre todo chicas, al otro lado de una puerta de hierro con mirilla. El cartel en lo alto de la entrada indicaba: «Robotnik.»

Kelso pagó cien rublos al taxista, una cantidad absurda —el precio de no regatear antes de empezar el viaje—, y miró con cierta consternación cómo las luces rojas retrocedían sobre el camino accidentado, giraban y desaparecían. Un ruido impresionante, como si rompiera una ola, descendió del cielo fosforescente sobre los árboles y recorrió la blanca extensión del campo de juego.

—Tres dos —dijo un hombre con acento australiano—. Se ha acabado. —Se sacó un diminuto audífono negro del oído y se lo guardó en el bolsillo.

—¿A qué hora abren? —preguntó Kelso a la persona más cercana, una chica, que se volvió y lo miró.

Era asombrosamente guapa: ojos grandes y oscuros, pómulos altos. Debía de tener unos veinte años. La nieve le caía sobre el pelo negro.

—A las diez —respondió, le deslizó la mano en la suya y le apretó el pecho contra el codo—. ¿Me das un cigarrillo?

Le dio uno, cogió otro para él y, cuando los dos agacharon la cabeza para compartir la llama, se rozaron. Kelso inhaló su perfume junto con el humo. Se enderezaron.

—Falta poco —le dijo él con una sonrisa mientras se alejaba.

La chica le devolvió la sonrisa y lo saludó con la mano. Kelso caminó por el borde del campo, fumando y mirando a las chicas. ¿Qué? ¿Eran todas putas? No parecían. La mayoría de los hombres eran extranjeros. Los rusos parecían ricos. Además de un Bentley y un Rolls, estaba lleno de grandes coches alemanes ocupados por hombres. En el Bentley, una brasa del tamaño de un trozo de carbón brillaba cada vez que alguien chupaba un enorme puro.

A las diez y cinco se abrió la puerta: una luz amarillenta, las siluetas de las chicas, el resplandor vaporoso de su aliento perfumado... Un espectáculo festivo, pensó Kelso desde la nieve. Y, de los coches, bajaba la pasta gansa. Se notaba no sólo por el peso de los abrigos y las joyas, sino por la forma en que los tipos se movían, iban directamente al principio de la cola, y por la cantidad de protección que dejaban en la puerta. Era evidente que las únicas armas permitidas en las instalaciones eran las del local; cosa que a Kelso le pareció tranquilizadora. Pasó por un detector de metales y después un matón con una vara le registró los bolsillos en busca de explosivos. La entrada costaba trescientos rublos —cincuenta dólares, el salario medio semanal, pagadero en cualquiera de las dos monedas— y a cambio le pusieron un sello ultravioleta en la muñeca y le dieron un vale por una bebida.

Una escalera de caracol conducía a la oscuridad, el humo y los rayos láser, y a un muro de música tecno que hacía que el estómago se sacudiera. Algunas chicas bailaban con apatía; los hombres, de pie, bebían y observaban. La idea de Papú Rapava con su cara ceñuda en aquel lugar parecía una broma; Kelso se habría largado en ese mismo instante, pero necesitaba una copa y... cincuenta dólares eran cincuenta dólares. Le dio el vale al camarero y pidió una cerveza. Entonces se le ocurrió y le hizo una seña al camarero.

—Rapava —le dijo. El camarero arrugó la frente interrogativamente, se puso la mano en la oreja y se inclinó hacia Kelso—. ¡Rapava! —gritó éste.

El chico asintió despacio.

—Conozco —respondió en inglés.

—¿Lo conoces?

Volvió a asentir. Era un chico joven de barba rala y rubia y un pendiente de oro. Empezó a alejarse para servir a otro cliente, por lo que Kelso sacó la cartera y puso un billete de cien rublos sobre la barra. El camarero enseguida le prestó atención.

—¡Quiero ver a Rapava! —gritó.

El camarero dobló el billete y se lo guardó en un bolsillo.

—Más tarde —dijo el chico—. ¿Vale? Yo te digo.

—¿Cuándo?

Pero el joven le sonrió y se alejó por detrás de la barra.

—Sobornando camareros, ¿eh? —dijo una voz con acento americano al lado de Kelso—. ¡Qué buena idea! Nunca se me había ocurrido. ¿Qué? ¿Le sirven primero? ¿Es para impresionar a las damas? Hola, doctor Kelso. ¿Se acuerda de mí?

En la semipenumbra, Kelso tardó un instante en reconocer esa cara bonita iluminada de colores.

—Señor O'Brian.

El reportero de la televisión. Perfecto, lo que me faltaba, pensó.

Se dieron la mano. El joven tenía una palma húmeda y carnosa. Llevaba el uniforme de fuera de servicio: vaqueros apretados, camiseta blanca y chaqueta de piel. Kelso observó unos hombros anchos, músculos pectorales, una mata de pelo peinada con un gel aromático.

O'Brian le señaló la pista de baile con la botella.

—¡La nueva Rusia! —gritó—. Se puede comprar de todo. Está todo en venta. ¿Dónde se aloja?

—En el Ucrania.

O'Brian hizo una mueca.

—Le aconsejo que guarde el soborno para más tarde. En el viejo Ucrania son muy estrictos. Y esas camas... Vaya... —O'Brian sacudió la cabeza y se acabó la botella.

Kelso sonrió y lo imitó.

—¿Algún otro consejo?

—Muchos, ya que lo pregunta. —O'Brian le hizo señas con la mano de que se acercara—. Las buenas le pedirán seiscientos. Ofrézcales dos para subir a tres. Y hablamos de tarifas para la noche completa, recuerde, así que guárdese algo de pasta, como incentivo digamos. Y cuidado con las tías más impresionantes, porque a lo mejor están reservadas. Si el otro es un ruso, lo mejor es que se la deje. Es más seguro y hay muchas más... aquí no se viene a buscar novia para toda la vida. Ah, y en general no hacen *dúplex*, son chicas respetables.

—No me cabe duda.

O'Brian lo miró.

—No lo comprendes, ¿eh, profesor? Esto no es un prostíbulo. Te presento a Anna... —Le pasó el brazo por la cintura a una rubia que tenía al lado y empezó a usar la botella a modo de micrófono—. Anna, dile al profesor de qué trabajas.

—Alquiler de propiedades a empresas escandinavas —dijo Anna solemnemente a la botella.

O'Brian le acarició la mejilla, le pasó la lengua por la oreja y la soltó.

—Galina, la de allí... ¿la ves?... Esa delgada del vestido azul, trabaja en la Bolsa de Moscú. ¿Quién más? Cono, se parecen todas. Natalia, esa con la que hablaste fuera... Ah, sí, te estaba mirando, profesor, eres un viejo zorro... Anna, cariño, ¿a qué se dedica Natalia?

—Trabaja para Comstar, R. J. —respondió Anna—. ¿Note acuerdas?

—Sí, claro. ¿Y cómo se llamaba esa chica tan guapa de la Universidad de Moscú? La psicóloga, ya sabes, esa que...

—Alissa.

—Alissa, sí. Alissa. ¿Está aquí esta noche?

—La mataron, R. J.

—¡Caramba! ¿De veras?

—¿Por qué me observabas fuera? —preguntó Kelso.

—Supongo que se llama comercio —respondió O'Brian—. Cuando alguien quiere ganar dinero, debe correr riesgos. Trescientos una noche. Digamos tres noches por semana. Novecientos dólares. Saca trescientos para protección; quedan seiscientos limpios. Veinte mil dólares por año... sin tanto esfuerzo. ¿A qué equivale...? ¿Siete veces el salario medio anual? ¿Libre de impuestos? Tiene un precio. Hay que correr riesgos. Como trabajar en una plataforma petrolera. Te invito a una cerveza, profesor. ¿Por qué no iba a observarte? Soy periodista, cono. Todo el mundo viene aquí a mirar a los demás. Esta noche aquí hay clientes por valor de medio billón de dólares. Y sólo me refiero a los rusos.

—¿Mafia?

—No, sólo negocios. Igual que en cualquier parte.

La pista de baile estaba repleta, el ruido era más fuerte, el humo más denso. Habían puesto en marcha un nuevo juego de luces... la típica luz negra que daba un aspecto fantasmagórico a todas las cosas blancas: dientes, ojos, uñas y billetes que brillaban en la oscuridad como navajas. Kelso estaba desorientado y un poco borracho. Pero no tan borracho como fingía estar O'Brian, pensó. Había algo en el reportero que le molestaba. ¿Qué edad tenía? ¿Treinta? Un chico con mucha prisa.

—¿A qué hora cierran? —le preguntó a Anna. ' ,

La chica le enseñó los cinco dedos de la mano.

—¿Quiere bailar, señor profesor?

—Más tarde, quizá —respondió Kelso.

—Es la República de Weimar —dijo O'Brian, que volvía con dos botellas de cerveza y una lata de coca cola *diet* para Anna—. ¿No es lo que has escrito tú? Mira. Dios mío, lo único que falta es Marlene Dietrich en esmoquin y podríamos estar en Berlín. A propósito, profesor, me gustó tu libro. ¿Ya te lo había dicho?

—Sí, gracias. Salud.

—Salud. —O'Brian levantó la botella y dio un trago, después se inclinó y le gritó a Kelso al oído—: La República de Weimar, yo lo veo igual que tú. Hay seis cosas idénticas. A ver... una, un país grande, orgulloso, que pierde su imperio, en realidad pierde la guerra pero no sabe cómo... que supone que lo apuñalaron por la espalda, por lo tanto está lleno de resentimiento. Dos, democracia en un país sin tradición democrática... sinceramente en Rusia no tienen ni puta idea de lo que es la democracia; a la gente no le gusta, está harta de tanta discusión, quieren una línea dura, la que sea. Tres, problemas fronterizos y étnicos; montones de compatriotas que de pronto reciben palos en otros países y todos se meten con ellos. Cuatro, antisemitismo; se pueden comprar marchas militares de las SS en cualquier esquina... Por el amor de Dios. Quedan dos.

—De acuerdo.

Era desconcertante ver a alguien repetir las propias teorías como un loro, como un alumno de Oxford...

—La bancarrota económica. Es lo siguiente, ¿no crees?

—¿Y...?

—¿No es evidente? ¡Hitler! Aún no han encontrado su propio Hitler, pero cuando lo hagan, creo que el mundo deberá tener cuidado.

O'Brian se puso el índice izquierdo debajo de la nariz y extendió el brazo derecho en un saludo nazi. En la otra punta de la barra, un grupo de hombres de negocios rusos vitorearon y aplaudieron.

Después, la noche se aceleró. Kelso bailó con Anna y O'Brian con Natalia, tomaron más copas —el estadounidense se quedó con la cerveza mientras Kelso probaba diferentes cócteles: B-52, kamikazes—, cambiaron de chicas y siguieron bailando hasta después de medianoche. Natalia iba con un vestido rojo estrecho y satinado, como de plástico, pero su cuerpo, a pesar del calor, estaba fresco y firme. Se había tomado algo. Tenía los ojos muy abiertos y desenfocados. Le preguntó si quería ir a alguna parte —le susurró al oído que le gustaba mucho y que lo haría por

quinientos—, pero Kelso le dio cincuenta sólo por el placer del baile y regresó a la barra.

El abatimiento se apoderó de él; no sabía muy bien por qué. Percibía desesperación por todas partes: desesperación para comprar, desesperación para vender. Desesperación para fingir que uno se lo estaba pasando en grande. Una rubia de pelo largo y rasgos duros se llevaba de la corbata a un joven con traje que apenas podía andar de tan borracho. Kelso se fumaría un cigarrillo en la barra y después se largaría... No, pensó volviendo a meter el cigarrillo en el paquete, olvídate del cigarrillo. Se iría directamente.

—¡Rapava! —le gritó el camarero.

—¿Qué? —Kelso acercó la mano al oído para escuchar mejor.

—Ahí está la chica.

—¿Qué?

Kelso miró a donde señalaba el camarero y la vio. Sí, «ella». La recorrió con la mirada. Era mayor que las demás: pelo muy corto y negro, sombra negra de ojos, como morados, lápiz de labios negro, una cara blanca como de muerta, ancha y delgada a la vez, con pómulos afilados, cadavéricos. Aspecto asiático, de Mingrelia.

Papú Rapava: salió de los campos en 1969; se casó, digamos en 1970 o 1971. Un hijo lo suficientemente mayor para combatir en Afganistán. ¿Y una hija? «Mi hija es puta...»

—... 'nas noches, profesor...

O'Brian pasó a su lado y le guiñó por encima del hombro. Llevaba a Natalia con un brazo y a Anna con el otro. El resto de lo que dijo se perdió en medio del ruido. Natalia se volvió, rió y le sopló un beso. Kelso lanzó un amago de sonrisa, la saludó con la mano, dejó la copa y avanzó paralelo a la barra.

Un vestido negro de cóctel: tela brillante, largo hasta la rodilla, sin mangas. Cuello y brazos muy blancos (ni siquiera llevaba reloj de pulsera), medias negras, zapatos negros. Y algo que no terminaba de encajar, algo raro, como si incluso en medio del gentío de la barra estuviera sola, en su propio mundo. Nadie hablaba con ella. Bebía agua mineral de la botella y no miraba nada; sus ojos oscuros estaban en blanco. Cuando Kelso la saludó, se volvió y lo miró sin interés. Le preguntó si quería tomar una copa.

No.

¿Bailar, entonces?

Lo miró de arriba abajo, lo pensó y se encogió de hombros.

De acuerdo.

Se acabó la botella, la dejó en la barra y se encaminó hacia la pista de baile. Se volvió y lo esperó. Kelso la siguió. Le gustaba que la chica no hiciera mucho teatro. El baile era apenas un educado prelude a la transacción, como un agente de bolsa y un cliente que pasaban diez segundos preguntando por la salud del otro. Se movió perezosamente durante un minuto y dijo:

— ¿Cuatrocientos ?

Ni rastros de perfume, apenas un vestigio de olor a jabón.

— Doscientos — replicó Kelso.

— De acuerdo.

La chica salió de la pista sin siquiera volverse y Kelso, sorprendido por la falta de regateo, casi se queda solo. Subió detrás de ella por la escalera de caracol. Tenía unas caderas llenas debajo del vestido negro y apretado, una cintura gruesa... Se le ocurrió que no podía llegar muy lejos con ese juego, que era una equivocación que invitaba enseguida a compararla con mujeres de ocho, diez e incluso doce años más jóvenes que ella.

Recogieron los abrigos en silencio. El de ella era barato, delgado, demasiado corto para la estación.

Salieron al frío y él la cogió del brazo. Ahí fue cuando la besó. Estaba un poco borracho y la situación era tan surrealista que por un momento pensó que podía combinar placer y trabajo. Y, tenía que reconocerlo, sentía curiosidad. Ella respondió con más pasión de la que él esperaba. La mujer separó los labios y la lengua de Kelso le recorrió los dientes. Tenía un inesperado sabor dulce, y pensó que a lo mejor llevaba un pintalabios con gusto a regaliz. ¿Era posible?

Ella se apartó.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó Kelso.

— ¿Qué nombre te gusta?

No pudo menos que sonreír. Qué suerte: había encontrado la primera puta posmoderna de Moscú. La mujer frunció el entrecejo cuando lo vio sonreír.

— ¿Cómo se llama tu mujer?

— No tengo mujer.

— ¿Novia?

— Tampoco.

Tembló y se metió las manos en los bolsillos. Había dejado de nevar y ahora que la puerta metálica se había cerrado detrás de ellos, la noche se sumió en el silencio.

— ¿En qué hotel estás?

— En el Ucrania.

La mujer miró al cielo.

—Escucha —empezó Kelso, pero no tenía ningún nombre para suavizar la conversación—. Escucha, no quiero acostarme contigo. O mejor dicho —se corrigió—, quiero, pero no es eso lo que tengo en mente.

¿Se entendía?

—Ah —respondió ella con mirada conocedora; en realidad por primera vez parecía una puta—. Quieras lo que quieras siguen siendo doscientos.

—¿Tienes coche?

—Sí. ¿Por qué?

—La verdad es que... —hizo una mueca por la mentira— soy amigo de tu padre. Quiero que me lleves a verlo...

La mujer se quedó perpleja, retrocedió tambaleándose y rió asustada.

—Tú no conoces a mi padre.

—Rapava. Se llama Papú Rapava.

Se lo quedó mirando con la boca entreabierta y le dio un fuerte bofetón en la cara. Dio media vuelta y se alejó a paso rápido, tropezando ligeramente. No debía de ser muy fácil andar con tacones sobre el hielo. Kelso la dejó marchar mientras se limpiaba la boca con la mano. Se miró los dedos y vio que estaban manchados no de sangre, sino de carmín. Pero le había dado un buen golpe y le dolía. Se abrió la puerta a sus espaldas. Vio que la gente lo miraba y oyó un murmullo de desaprobación. Se imaginaba lo que pensaban: un occidental rico saca a una honrada chica rusa fuera, trata de renegociar los términos o le pide algo tan asqueroso que ella no puede menos que largarse. ¡Cabrón! Kelso empezó a seguirla.

La mujer había echado a andar por la nieve virgen del campo de juego y se había detenido a mirar el cielo oscuro. Kelso seguía las huellas de los tacones, se acercó por detrás y esperó a unos metros de distancia.

—No sé quién eres —le dijo al cabo—. Y no quiero saber quién eres. Y no le diré a tu padre cómo te he encontrado. No se lo diré a nadie. Te doy mi palabra. Sólo quiero que me lleves a su casa y te daré los doscientos dólares.

La mujer no se volvió. Kelso no podía verle la cara. —Cuatrocientos —replicó ella.

9

Feliks Suvorin, con el abrigo azul oscuro comprado en el Saks de la Quinta Avenida, llegaba a la Lubianka poco después de las ocho de la noche. Iba sentado en el asiento trasero de un Volga oficial que subía la pendiente cubierta de sucia nieve.

Le había allanado el camino una llamada de Yuri Arseniev a su viejo colega Nicolai Oborin, amigacho de caza, compañero de vodka y en la actualidad jefe de la Décima Dirección, o Archivo Federal de Recursos Especiales, o comoquiera que los sabuesos hubieran decidido llamarse a sí mismos esa semana en especial.

—Oye, Niki, tengo aquí en mi oficina a un muchacho llamado Suvorin, y nos hemos encontrado con un plan... bueno, él ha dado con ello. Escucha, Niki, sólo puedo decirte que hay un diplomático extranjero, occidental, muy bien situado, que tiene un tinglado de contrabando entre manos... No, no, esta vez no son iconos, espera... Documentos, y pensábamos tenderle una trampa... Eso es, sí, siempre me sacas ventaja, camarada... Algo grande, irresistible... Sí, más o menos, por ahí anda. ¿Pero qué te parece ese cuaderno detrás del que andaba la vieja guardia del NKVD? ¿Que qué era? El testamento de Stalin... Bueno, por eso te llamo ahora... Tenemos un problema. Mañana es el día señalado... ¿Esta noche? Sí,

claro que puede esta noche, Niki, estoy seguro. Ahora mismo lo tengo aquí delante y me lo afirma con un movimiento de cabeza. Esta noche, de acuerdo...

Suvorin ni siquiera había tenido que repetir el cuento, y menos inventarse uno. Al llegar al vestíbulo de mármol del Lubianka, y después de que le revisaran los papeles, siguió las instrucciones y llamó a un tal Blok, que lo esperaba. Se quedó en ese vestíbulo vacío, observado por unos guardias silenciosos e indiferentes, mientras contemplaba el gran busto blanco de Andropov. De pronto oyó unos pasos. Blok, un individuo sin edad, encorvado y polvoriento, con un manajo de llaves en el cinturón, lo llevó a las entrañas del edificio, lo hizo cruzar un patio oscuro y húmedo, y entraron en una especie de pequeña fortaleza. Subieron al segundo piso, a una habitación pequeña con un escritorio, una silla, suelo de madera y ventanas con barrotes...

—¿Qué quiere ver?

—Todo.

—Bueno, usted mismo —dijo Blok, y se marchó. Suvorin siempre había preferido adelantarse a los tiempos a vivir en el pasado; algo más por lo que admiraba a los estadounidenses. ¿Cuál era la alternativa para una Rusia moderna? ¡Parálisis! El fin de la historia le parecía una idea excelente. Feliks Suvorin no veía la hora de que la historia llegara a su fin.

Pero en aquel lugar, ni él podía escapar de los fantasmas. Al cabo de un minuto se puso de pie y empezó a andar de un lado a otro. Estiró el cuello para mirar por la alta ventana y se dio cuenta de que hacia arriba sólo se veía una franja estrecha de cielo nocturno y hacia abajo los ventanucos de las viejas celdas de la Lubianka. Pensó en Isaak Babel, allí debajo en alguna parte, torturado hasta traicionar a sus amigos para retractarse después frenéticamente; y en Bujarin, y su última carta a Stalin («Siento por usted, por el Partido y por la causa en general, sólo un amor inmenso e ilimitado. Lo abrazo en mis pensamientos, adiós para siempre...»), y en Zinoviev, que no acababa de creerse que los guardias lo sacaran a rastras para fusilarlo («Por favor, camarada, llame a Josiv Vissarionovich...»)

Sacó su teléfono móvil, marcó el número de siempre y llamó a su mujer.

—Hola, ¿a que no sabes dónde estoy? ¡Quién iba a decirlo...! —Al oír la voz de su esposa se sintió mejor—. Lamento lo de esta noche, querida. Dale un beso a los niños de mi parte, ¿sí? Y otro para ti, Serafima Suvorina...

La policía secreta estaba fuera del tiempo y la historia. Era algo proteico. Ese era su secreto. La Cheka se había convertido en GPU, y después en OGPU, y luego en NKVD, y después en NKGB, y después en MGB, y después en MVD y por último en KGB, el estadio evolutivo más alto. Y entonces, ¡quién lo iba a decir!, el poderoso KGB había sido obligado por el fallido golpe a transformarse en dos

abreviaturas completamente nuevas: el SVR —los espías—, instalado en Yasenevo, y el FSB —seguridad interna—, que seguían allí, en la Lubianka, entre los muertos.

Y la opinión de las altas esferas del Kremlin era que el FSB, al menos, no era más que la última sigla de una larga tradición de cambio de letras y que, según las inmortales palabras que Boris Nikolaevich le había dicho a Arseniev en el transcurso de un baño turco en la dacha presidencial, «los hijos de puta de la Lubianka siguen siendo los mismos hijos de puta de siempre». Por ^{eso} cuando el presidente decretó que había que investigar a Vladimir Mamantov, la tarea no podía encomendarse al FSB, sino al SVR, aunque no tuviera ningún recurso.

Suvorin tenía cuatro hombres para cubrir la ciudad. Llamó a Netto para enterarse de las novedades. La situación no había cambiado: el objetivo principal (n.º 1) aún no había vuelto al apartamento; el objetivo esposa (n.º 2) seguía sedado; el historiador (n.º 3) seguía en el hotel y en ese momento cenaba.

—Bueno, algunos tienen suerte —murmuró Suvorin. Oyó ruidos en el pasillo—. Manténgame informado —añadió y pulsó el botón de fin. Le pareció la frase más apropiada.

Esperaba uno o dos expedientes, pero Blok abrió la puerta con un carrito lleno de carpetas; veinte o treinta, algunas tan viejas que cuando al hombre se le escapó el artilugio y chocó contra la pared, se elevaron nubes de polvo.

—Bueno, usted mismo —repitió.

—¿Esto es todo?

—No; hay unas sesenta. ¿Quiere el resto?

—Por supuesto.

No podía leer todo ese material; le habría llevado un mes. Se limitó a desatar la cinta de cada expediente, a hojear las páginas desgarradas y quebradizas para ver si había algo interesante y a volver a atarlas. Era un trabajo sucio; al cabo de un rato tenía las manos negras, las mucosas de la nariz llenas de esporas y dolor de cabeza.

MUY CONFIDENCIAL

28 de junio de 1953

Al Comité Central, camarada Malenkov

Adjunto a la presente la transcripción del interrogatorio del prisionero A. N. Poskrebishev, antiguo asistente de J. V. Stalin, en relación a su trabajo de espía antisoviético.

La investigación continúa.

Subdirector de Seguridad del Estado de la URSS

A. A. YEPISHEV.

Ese era el principio, luego un par de páginas en medio del interrogatorio de Poskrebishev, subrayadas con tinta roja por una mano nerviosa hacía casi medio siglo:

Interrogador: Describa el comportamiento del secretario general durante esos cuatro años, 1949-1953.

Poskrebishev: El secretario general se volvió una persona cada vez más secreta y ausente. En 1951 ya no volvió a salir de Moscú. Diría que a partir de los setenta años su salud empezó a deteriorarse seriamente. En varias ocasiones fui testigo de problemas cerebrales que le provocaban desmayos de los que se recuperaba enseguida. «Necesita un doctor, camarada Stalin —le dije—. Déjeme llamar a los médicos.» El secretario general se negó y afirmó que la Cuarta Administración Central del Ministerio de Sanidad estaba bajo control de Beria, y, aunque confiaba en éste para matar a un hombre, jamás se fiaría de que pudiera curar a alguno. Así que le preparé unas tisanas de hierbas.

/.: Describa cómo afectaban esos problemas de salud al secretario general en el desempeño de sus funciones.

P.: Antes de que comenzaran los desmayos, el secretario general solía trabajar en unos doscientos documentos por día. Después, el número disminuyó bruscamente y dejó de ver a muchos de sus colegas. Escribía muchos documentos personales a los cuales no se me permitía acceder.

I.: Describa cómo eran esos documentos privados.

P.: Escribía en diferentes papeles, pero el último año, por ejemplo, lo hacía en un cuaderno.

I.: Describa el cuaderno.

P.: Era un cuaderno corriente, de esos que se venden en cualquier papelería, con tapas de hule negras.

/.: ¿Quién más conocía la existencia de ese cuaderno?

P.: El jefe de los guardaespaldas, el general Vlasik. Beria también lo conocía y en varias ocasiones me pidió que le consiguiera una copia. Pero era imposible, incluso para mí, porque el secretario general lo guardaba en una caja fuerte de su oficina de la que él solo tenía la llave.

I.: ¿Qué cree que contenía ese cuaderno?

P.: No lo sé, me resulta imposible conjeturar.

MUY CONFIDENCIAL

30 de junio de 1953

Al Subdirector de Seguridad del Estado de la URSS, A. A. Yepishev
Se ordena que investigue el paradero de los documentos personales de J. V. Stalin a los que hace referencia A. N. Poskrebishev, con suma urgencia y haciendo uso de todos los medios apropiados.

Comité Central,

MALENKOV.

INTERROGATORIO DEL TENIENTE GENERAL N. S. VLASIK

1 de julio de 1953 [Resumen]

Interrogador: Describa el cuaderno negro de J. V. Stalin.

Vlasik: No recuerdo ningún cuaderno negro.

I.: Describa el cuaderno negro de J. V. Stalin.

V.: Ahora lo recuerdo. Lo vi por primera vez en diciembre de 1952 sobre el escritorio del camarada Stalin. Le pregunté a Poskrevishev qué contenía, pero él no lo sabía. El camarada Stalin me vio mirándolo y me preguntó qué hacía. Le contesté que nada, que miraba ese cuaderno de casualidad pero que no lo había tocado. El camarada Stalin me dijo: «¿Tú también, Vlasik, después de treinta años?» A la mañana siguiente me detuvieron y me llevaron a la Lubianka.

I.: Describa las circunstancias de su detención.

V.: Fui detenido por Beria, que me sometió a infinidad de crueldades. Me interrogó repetidamente sobre el cuaderno del camarada Stalin, pero no le pude dar ningún detalle. No sé nada más sobre este tema.

DECLARACIÓN DEL TENIENTE A. P. TITOV, GUARDIA DEL KREMLIN

6 de julio de 1953 [Resumen]

Estuve de guardia en el área de dirección del Kremlin desde el 1 de marzo de 1953 de las 22 horas hasta las 6 horas del día siguiente. Aproximadamente a las 4.40 me crucé en el Pasaje de los Héroeos con el camarada L. P. Beria y otro camarada cuya identidad ignoro. El camarada Beria llevaba una caja o una cartera pequeña.

INTERROGATORIO DEL TENIENTE P. G. RAPAVA, NKVD

7 de julio de 1953 [Resumen]

Interrogador: Describa qué pasó cuando salieron de la dacha de J. V. Stalin con el traidor Beria.

Rapava: Llevé al camarada Beria a su casa.

I.: Describa qué pasó cuando salieron de la dacha de J. V. Stalin con el traidor Beria.

R.: Ahora lo recuerdo. Llevé al camarada Beria al Kremlin para que recogiera unos documentos de su oficina.

I.: Describa qué pasó cuando salieron de la dacha de J. V. Stalin con el traidor Beria.

R.: No tengo nada que añadir a mi declaración anterior.

I.: Describa qué pasó cuando salieron de la dacha de J. V. Stalin con el traidor Beria.

R.: No tengo nada que añadir a mi declaración anterior.

INTERROGATORIO DE L. P. BERIA

8 de julio de 1953 [Resumen]

Interrogador: ¿Cuándo se enteró de la existencia del cuaderno personal de J. V. Stalin?

Beria: Me niego a contestar cualquier pregunta hasta que se me permita expresarme ante una reunión plenaria del Comité Central.

I.: Tanto Vlasik como Poskrevishhev han confirmado su interés en ese cuaderno.

B.: El Comité Central es el órgano apropiado para tratar todas estas cuestiones.

I.: No niega su interés en el cuaderno.

B.: El Comité Central es el órgano apropiado.

MUY CONFIDENCIAL

30 de noviembre de 1953

Al subdirector de Seguridad del Estado de la URSS, A. A. Yepishev
Se le ordena concluir rápidamente la investigación del delincuente y traidor anticomunista Beria y llevarlo a juicio.

Comité Central,

MALENKOV.

JRUSCHOV.

INTERROGATORIO DE L. P. BERIA

2 de diciembre de 1953 [Resumen]

Interrogador: Sabemos que se apoderó del cuaderno de J. V. Stalin, sin embargo continúa negándolo. ¿Por qué le interesaba tanto ese cuaderno?

Beria: Acabe ya.

I: ¿Por qué le interesaba tanto ese cuaderno?

B.: [El acusado indica con un gesto que se niega a cooperar]

MUY CONFIDENCIAL

23 de diciembre de 1953

Al Comité Central, camaradas Malenkov y Jruschov

Solicito que informen que la sentencia de muerte por fusilamiento impuesta a L. P. Beria ha sido llevada a cabo hoy a la 1.50 horas.

T. R. FALIN.

Fiscal General

27 de diciembre de 1953

Sentencia del Tribunal Popular Especial del caso del teniente P. G. Rapava: 15 años de condena.

Suvorin no podía soportar ni un minuto más la suciedad de las manos. Dio una vuelta por el corredor vacío hasta que encontró un lavabo donde lavárselas. Mientras trataba de quitarse la mugre de debajo de las uñas, sonó su móvil. Le hizo dar un respingo en medio del silencio de la Lubianka.

—Diga.

—Soy Netto. Hemos perdido al número tres.

—¿A quién? ¿De qué está hablando?

—El número tres, el historiador. Se fue a comer con los otros. No salió en ningún momento. Parece haberse largado por la cocina.

Suvorin lanzó un gruñido y se apoyó contra una pared. Todo el asunto empezaba a descontrolarse.

—¿Cuánto hace?

—Más o menos una hora. En defensa de Bunin puedo decir que ha estado de guardia dieciocho horas. —Una pausa—. ¿Comandante?

Suvorin sostenía el teléfono con el hombro y la mejilla mientras se secaba las manos y pensaba. En realidad no culpaba a Bunin. Para montar una vigilancia pasable hacían falta al menos cuatro hombres, seis para estar seguros.

—Sí, estoy aquí. Dígale que se vaya.

—¿Quiere que avise al jefe?

—Creo que no. Dos veces en un mismo día es demasiado. Podría pensar que somos unos incompetentes. —Se pasó la lengua por los labios y sintió el sabor a polvo—. ¿Por qué no te vas a casa, Vissari? Nos veremos mañana a las ocho en mi despacho.

—¿Ha averiguado algo?

—Sólo que cuando la gente habla de «los buenos viejos tiempos» no son más que gilipollices.

Se enjuagó la boca, escupió y volvió al trabajo.

Fusilaron a Beria, soltaron a Poskrebishev, condenaron a Vlasik a diez años, mandaron a Rapava a Kolima, a Yepishev le quitaron el caso, y la investigación continuó por otros rumbos.

Registraron la casa de Beria de la buhardilla a la bodega, pero no encontraron ninguna prueba, salvo unos restos humanos (femeninos) parcialmente disueltos en ácido y emparedados. Tenía sus propias celdas en el sótano. La propiedad quedó clausurada hasta que, en 1956, el Ministerio de Asuntos Exteriores preguntó al KGB si no había ninguna residencia apta para la embajada de la nueva República de Túnez. Se les ofreció la mansión de la calle Vspolni.

Vlasik fue interrogado dos veces más sobre el cuaderno, pero no añadió nada nuevo. Poskrebishev fue vigilado, su teléfono fue intervenido y, por último, lo animaron a que escribiera sus memorias. Cuando las terminó, incautaron el manuscrito «con carácter definitivo». En el expediente había una página del libro enganchada:

No sé qué pasaba por la mente de ese genio incomparable durante ese último año en el que se enfrentaba a la evidencia de su propia mortalidad. Es posible que Josiv Vissarionovich confiara sus pensamientos más íntimos a un cuaderno del que raramente se separaba de él durante esos últimos meses de duro y generoso esfuerzo por la causa de su pueblo y de toda la humanidad progresista. Ojalá ese notable documento, que muy bien puede ser la síntesis de su sabiduría como teórico marxista-leninista de primer orden, se descubra algún día y se publique en beneficio...

Suvorin bostezó, cerró la carpeta, la puso a un lado y cogió otra. Eran los informes semanales de un soplón del Gulag llamado Abidov, al que le habían encomendado la tarea de vigilar al prisionero Rapava en su época de trabajos forzados en las minas de uranio de Butugichag. No había nada de interés en los papeles manchados que terminaban abruptamente con una lacónica nota de un oficial del KGB del campo de prisioneros: Abidov había muerto de una puñalada y Rapava había sido trasladado a un campo de trabajo forestal.

Más expedientes, más soplones, pero nada de nada. Papeles que autorizaban la puesta en libertad de Rapa-va al final de la condena, revisada por una comisión especial de la Segunda Dirección General (aprobada, sellada, autorizada). Un trabajo en la sala de máquinas de la estación de Leningrado, especialmente elegido para el prisionero que regresaba; un informador del KGB en el lugar: Antipin, capataz. Un apartamento para el prisionero que regresaba en el «Victoria de la Revolución», un complejo recién construido. Revisión del caso en 1975, clasificado como «derroche de recursos» El expediente vacío hasta 1983, en que se reexaminó brevemente a Rapava a petición del subjefe de la Quinta Dirección (Ideología y disidentes).

Vaya, vaya...

Suvorin sacó la pipa y la chupó, se rascó la frente con la boquilla y siguió revisando las carpetas. ¿Qué edad tenía ese tipo? Rapava, Rapava, Rapava... aquí estaba, Papú Gerasimovich, nacido el 9 de septiembre de 1927.

Viejo... más de setenta años... ¡pero no tan viejo! Ni siquiera en un país en que la esperanza de vida de los varones era de cincuenta y ocho —peor que en la época de Stalin— y cada vez descendía más, era tan viejo como para estar necesariamente muerto.

Hojeó el informe de 1983 y lo examinó rápidamente. Vaya, era un tipo duro ese Rapava: ni una palabra en treinta años. Sólo cuando llegó al final y vio la recomendación de cerrar el caso y el nombre del oficial que aceptaba la recomendación dio un respingo.

Maldijo, cogió de un manotazo el teléfono móvil, marcó el número del oficial de guardia del SVR y le pidió que llamara inmediatamente a casa de Vissari Netto.

10

Se pusieron de acuerdo en trescientos dólares, y por ese precio Kelso insistió en dos cosas: primero, que ella misma lo llevara en coche y, segundo, que lo esperara una hora. Sería inútil que a esas horas intentara buscar una dirección solo, y si el barrio de Rapava era tan peligroso como él mismo había dado a entender («era un edificio decente, muchacho, antes de la droga y los delincuentes»), ningún extranjero en su sano juicio iría a dar una vuelta solo por el lugar.

El Lada viejo y destartado de color arena de la mujer estaba aparcado en una calle oscura que desembocaba en el estadio. Caminaron en silencio hasta el vehículo. Ella abrió la puerta primero y después se estiró para abrir la de él. En el asiento del pasajero había una pila de libros —notó que eran textos legales— que se apresuró a poner detrás.

—¿Eres abogada? ¿Estudias derecho? —le preguntó.

—Trescientos dólares —respondió ella abriendo la mano—. Americanos.

—Luego.

—No, ahora.

—La mitad ahora —replicó él con suspicacia—, y la mitad después.

—Yo todavía puedo conseguir otro polvo, mister. ¿Puedes tú encontrar a alguien que te lleve?

Era la frase más larga de la noche.

—De acuerdo, de acuerdo. —Sacó la cartera—. Serás una buena abogada.

Dios mío, trescientos a la chica y más de cien en la discoteca, iba a terminar desplumado. En un momento había pensado darle algo de dinero al viejo como adelanto por el cuaderno, pero ya no iba a ser posible.

La mujer volvió a contar los billetes, los plegó y se los guardó en el bolsillo del abrigo. El coche arrancó por la avenida Leningradski. Giraron a la derecha en medio del escaso tráfico, hicieron un cambio de sentido, volvieron a pasar junto al estadio vacío del Dínamo y enfilaron hacia las afueras de la ciudad, en dirección al aeropuerto.

Conducía deprisa. Kelso supuso que quería librarse de él. ¿Quién era esa mujer? El interior del Lada no le daba ninguna pista. Estaba fastidiosamente limpio, casi vacío. Ella tenía un perfil furtivo, la cabeza ligeramente inclinada y miraba la carretera con el ceño fruncido. Los labios negros, las mejillas blancas, las

orejas puntiagudas, pequeñas y delicadas debajo de unos mechones cortos... Un aspecto de vampiro, perturbador, volvió a pensar. De perturbada. Todavía tenía el gusto de ella en la boca y no pudo evitar pensar cómo sería en la cama... Ahora estaba fuera de su alcance; sin embargo, quince minutos antes le habría hecho todo lo que hubiera querido.

Ella miró el retrovisor y lo pescó observándola.

—Ya está bien, ¿vale?

Kelso, a pesar de todo, siguió mirándola, ahora más abiertamente, como si subrayara que había pagado por el viaje. Pero enseguida se sintió mezquino y bajó la vista.

Las calles empezaban a ser más oscuras. No sabía dónde estaban. Habían pasado delante del Parque de la Amistad —lo había reconocido—, de una central eléctrica y cruzado las vías del tren. Unas enormes cañerías comunales de agua caliente discurrían junto a la carretera, cruzaban al otro lado y seguían por enfrente; por las juntas escapaban chorros de vapor. De vez en cuando, en medio de la negrura de la noche, se veía el resplandor de unas fogatas y gente alrededor. Al cabo de otros diez minutos giraron a la izquierda y entraron en una calle ancha y accidentada como un terreno baldío, con abedules descuidados a ambos lados. Cogieron un bache y el chasis crujió y rozó una piedra. La mujer giró el volante y cogieron otro. Unas luces naranja detrás de los árboles iluminaban débilmente las entradas y escaleras de un gigantesco complejo de bloques.

El coche avanzaba lentamente y se detuvo al lado de una parada de autobús destartada.

—Es allí. Bloque número nueve —dijo ella.

Estaba a unos cien metros, al otro lado de un descampado.

—¿Me esperas aquí?

—Entrada D, quinto piso, apartamento doce.

—¿Pero me esperas?

—Si quieres.

—Habíamos quedado en eso, ¿no?

Kelso miró el reloj. Era la una y veinticinco. Después volvió a mirar el edificio mientras intentaba pensar en qué diría Rapava y se preguntaba cómo lo recibiría.

—¿Así que te criaste aquí?

La chica no contestó. Paró el motor, se subió el cuello del abrigo y metió las manos en los bolsillos con la vista al frente. Kelso suspiró y bajó del coche. Tembló y echó a andar por el descampado. La nieve en polvo crujía al apelmazarse bajo sus pisadas.

Estaba a medio camino cuando oyó el ruido de un motor que arrancaba. Se volvió y vio el Lada que se ponía en marcha despacio con las luces apagadas. Ni siquiera se había molestado en esperar que él se alejara. Cabrona, pensó. Empezó a correr hacia el coche, la llamó, no muy alto, sin enfado; era más un lamento por su propia estupidez. El pequeño vehículo traqueteaba, tironeaba, y por un momento Kelso pensó que lo alcanzaría, pero entonces dio una sacudida y se alejó deprisa. Se quedó mirando impotente cómo desaparecía en el laberinto de hormigón.

Estaba solo y no había ni un alma a la vista.

Se dio la vuelta y echó a andar en dirección al edificio sobre la nieve crujiente. Se sentía vulnerable en ese descampado y el pánico aguzó sus sentidos. Le llegó por la izquierda el ladrido de un perro, el llanto de un bebé. Una música débil salía directamente del bloque nueve; era apenas un murmullo que se hacía más fuerte a cada paso. Poco a poco empezaba a divisar algunos detalles: el hormigón estriado, los vestíbulos en sombras, las hileras de balcones llenos de trastos: camas viejas, cuadros de bicicletas, neumáticos gastados, plantas marchitas; había tres ventanas iluminadas, el resto estaba a oscuras.

En la entrada D, aplastó algo con el pie. Se agachó a recogerlo y lo tiró con un respingo: una jeringa hipo-dérmica.

La escalera era un sumidero de meados y vómitos, periódicos sucios, condones usados y hojas marchitas. Se tapó la nariz con el dorso de la mano. Había un ascensor que a lo mejor funcionaba —un milagro posible en Moscú—, pero prefería no hacer la prueba. Subió por la escalera y cuando llegó al tercer piso la música se oyó mucho más claramente. Alguien escuchaba el viejo himno nacional soviético, el que se solía cantar antes de que Jruschov lo censurara. «¡Partido de Lenin! —exclamaba el coro—. ¡Partido de Stalin!» Kelso subió los dos últimos tramos de escalera más rápido, con un súbito arranque de esperanza. La chica no lo había engañado del todo, ¿quién si no Papú Rapava escucharía los grandes éxitos de Josiv Stalin a la una y media de la madrugada?

Llegó al quinto piso y siguió el sonido de la música por el deprimente pasillo hasta la puerta 12. El bloque estaba de lo más abandonado. La mayoría de las puertas, menos la de Rapava, tenían tablas clavadas. No, muchacho, la puerta de Rapava no estaba llena de tablas, sino abierta, y el umbral, por razones que Kelso ni se imaginaba, lleno de plumas.

La música se detuvo.

«Entra, muchacho, ¿qué esperas? ¿Qué pasa? No me digas que no tienes cojones para...»

Kelso se quedó unos segundos en el umbral, escuchando.

De pronto se oyó un redoble de tambor y el himno empezó de nuevo.

Empujó la puerta con cuidado. Estaba parcialmente abierta pero no se abría más, algo detrás se lo impedía.

Se escurrió como pudo por la abertura. Las luces estaban encendidas.

Dios mío...

«¡Sabía que te impresionaría, muchacho, estaba seguro! Si van a joderte es mejor que te jodan unos profesionales, ¿no?»

A los pies de Kelso había más plumas que salían de un cojín destripado. No se podía decir que las plumas estuvieran en el suelo, porque no había suelo. Las tablas del parquet estaban todas levantadas y apiladas al borde de la habitación. Los restos de las escasas posesiones de Rapava estaban desparramados por el esqueleto de vigas: libros con los lomos arrancados, cuadros rotos, sillas destrozadas, un televisor reventado, una mesa sin patas, trozos de vajilla, cristales, telas desgarradas. Las paredes interiores y exteriores exponían sus cavidades, abiertas aparentemente con una maza. Parte del cielo raso estaba caído y el polvo de yeso invadía toda la habitación.

Haciendo equilibrios en medio del caos, entre un montón de discos rotos, un voluminoso tocadiscos Telefunken de los setenta hacía sonar el disco una y otra vez.

¡Partido de Lenin!

¡Partido de Stalin!

Kelso, caminando de viga en viga, se acercó al aparato y levantó la aguja.

En medio del súbito silencio se oyó el goteo de un grifo roto.

Nunca en su vida había visto algo tan impresionante; el nivel de destrucción era tan abrumador que, cuando comprobó que el apartamento estaba vacío, no se le ocurrió pensar en lo asustado que estaba. Al menos al principio. Miró alrededor desconcertado.

«¿Que dónde estoy, muchacho? Ésta es la pregunta. ¿Qué han hecho con el pobre Papu? Venga, ven a buscarme. Adelante, camarada. ¡No tenemos toda la noche!»

Kelso, temblando, caminó haciendo equilibrios por una viga y entró en la despensa: paquetes rajados, una nevera tumbada, armarios arrancados...

Retrocedió hasta un pequeño pasillo tanteando la pared rota para no caerse.

«Aquí tienes dos puertas, muchacho, una a la derecha y otra a la izquierda. Elige.»

Se tambaleó indeciso y alargó la mano.

La primera... un dormitorio.

«Tibio, tibio, muchacho. A propósito, ¿querías follarte a mi hija?»

Un colchón rajado. Una almohada rajada. La cama volcada. Cajones vacíos. Una pequeña alfombra gastada de nailon enrollada y apilada. Trozos de yeso por todas partes. El suelo levantado. El cielo raso caído.

Kelso, otra vez en el pasillo, avanzó jadeando por la viga, tratando de no perder el equilibrio ni la calma.

Segunda puerta...

«¡Ahora más caliente, muchacho...!»

... segunda puerta: el baño. La cisterna arrancada y arrojada contra el inodoro. El lavabo también arrancado de la pared. Una bañera de plástico blanco llena hasta el borde de un agua rosada que le hizo pensar en vino georgiano diluido. Metió los dedos y los sacó bruscamente, tan fría estaba. Se le quedaron manchados de rojo.

En la superficie flotaba un mechón de pelo enganchado a un trozo de cuero cabelludo.

«Larguémonos, muchacho.»

De viga en viga, con yeso en el pelo, en las manos, por todo el abrigo, en los zapatos...

Kelso tropezó aterrorizado, perdió el equilibrio sobre la viga y metió el pie izquierdo en un agujero del suelo. Se desprendió un trozo de yeso y él lo oyó caer en el apartamento de abajo. Tardó medio minuto en sacar el pie y salir de allí.

Se apretujó para salir por la puerta entreabierta otra vez al pasillo y se dirigió a la escalera por delante de los apartamentos abandonados. Oyó un golpe.

Se detuvo.

¡Bum!

«Caliente, muchacho, muy muy caliente...»

Era el ascensor. Había alguien en el ascensor.

¡Bum!

La Lubianka, la quietud de la noche, el coche negro y largo con el motor en marcha, dos agentes con abrigos corriendo escaleras abajo... ¿No había ninguna forma de escapar del pasado?, pensó Suvorin amargamente mientras se daba prisa. Le sorprendió que no hubiera ningún turista cerca para registrar esa escena tradicional de la vida de la Madre Rusia. «Cariño, ¿por qué no la ponemos en el álbum entre la catedral de San Basilio y una troica en la nieve?»

Cogieron un bache profundo al pie de la colina, cerca del hotel Metropol, y se golpeó la cabeza contra el techo del vehículo. En el asiento delantero. Al lado del conductor, Netto desplegaba un mapa a gran escala de las calles de Moscú con un grado de minuciosidad imposible de encontrar para ningún turista, porque aún

era secreto. Suvorin encendió la luz del techo y se inclinó para ver mejor. El complejo de bloques de apartamentos Victoria de la Revolución se extendía desordenadamente por la línea de metro TangaskoKrano, un lejano suburbio del noroeste.

—¿Cuánto calculas? ¿Veinte minutos?

—Quince —dijo el conductor.

Aceleró, giró a la derecha y Suvorin salió despedido hacia la izquierda, contra la puerta. Le pareció que la Biblioteca Lenin pasaba veloz a su lado.

—Tranquilo, por favor, no vaya a ser que nos pongan una multa —dijo.

Aceleraron y, al alejarse del centro, Netto abrió la guantera y le pasó a Suvorin una Makarov bien aceitada con el cargador lleno. Suvorin la cogió de mala gana, sintió el desacostumbrado peso en la mano, comprobó el mecanismo y suspiró mientras un abedul pasaba a su lado. No se había metido en el servicio porque le gustaran este tipo de cosas, sino porque su padre era un diplomático y le había enseñado que lo mejor, si uno vivía en la Unión Soviética, era conseguir un puesto en el extranjero. ¿Armas? Hacía un año que no le veían el pelo en el campo de tiro de Yasenevo. Le devolvió la pistola a Netto, que se encogió de hombros y la guardó en el bolsillo.

Una luz azul se acercaba por detrás en la carretera. El coche patrulla de la Milicia Metropolitana de Moscú los adelantó ruidosamente como una mosca enfadada y se perdió en la distancia.

—Cabrones —dijo el conductor.

Al cabo de unos minutos salieron de la carretera y se internaron en esa espesura de hormigón que era el complejo Victoria de la Revolución. Quince años en Kolyma para venir aquí, pensó Suvorin. Lo gracioso era que debió de parecerle el paraíso.

—Según el mapa, el bloque nueve tiene que estar justo a la vuelta de la esquina —dijo Netto.

—Aminora —ordenó de pronto Suvorin poniendo la mano sobre el hombro del conductor—. ¿Oyes algo?

Bajó la ventanilla. Otra sirena, cerca, a izquierda. Durante un instante quedó amortiguada por un edificio y volvió a oírse muy fuerte al tiempo que se veía un juego de luces, azul y amarillo, bastante bonito, que avanzaba deprisa. Por un instante el coche patrulla pareció dirigirse directamente a ellos, pero se apartó de la carretera, dio tumbos sobre el terreno irregular, se pusieron a la par y vieron la entrada del edificio con una iluminación espectacular: tres coches, una ambulancia, gente yendo de aquí para allá, huellas oscuras en la nieve.

Dieron un par de vueltas al edificio, como un trío de morbosos, sin que nadie se fijara en ellos, mientras unos hombres sacaban en camilla el cuerpo y, a continuación, a Kelso.

11

Simonov cuenta la siguiente historia:

En las reuniones del Consejo de Comisarios del Pueblo, el camarada Stalin tenía la costumbre de levantarse de su sitio de la cabecera de la larga mesa y caminar detrás de los participantes. Nadie se atrevía a volverse a mirarlo; sólo sabían dónde estaba por el débil crujido de sus botas o por el fugaz aroma de tabaco Dunhill de pipa. En esa ocasión en particular, la conversación giraba en torno al gran número de recientes accidentes aéreos. El jefe de la fuerza aérea, Richagov, estaba borracho. «Seguirá habiendo muchos accidentes —farfulló— si nos sigue obligando a subirnos en ataúdes volantes.» Hubo un largo silencio, tras el cual Stalin murmuró: «No debió decir algo así.» Pocos días después fusilaron a Richagov.

Se podrían citar montones de historias similares. Su técnica favorita, según Jruschov, era mirar de pronto a alguien a los ojos y decirle: « ¿Por qué tiene hoy un aspecto tan sospechoso? ¿Por qué no puede mirar al camarada Stalin directamente a los ojos?» En ese momento la vida de esa persona pendía de un hilo.

El uso que Stalin hacía del terror era en parte instintivo (tenía una tendencia natural a la violencia física; a veces golpeaba a los subordinados en la cara) y en parte calculado. «El pueblo —le dijo a Maria Svanidze— necesita un zar.» Y el modelo de zar que seguía era el de Iván el Terrible. Tenemos una confirmación escrita de ello en este archivo, en la biblioteca personal de Stalin, que contiene un ejemplar de 1942 de la obra de

A. M. Tolstoi, Iván Grozny (F558 03 D350). *Stalin no sólo corrigió los discursos de Iván para que sonaran más sincopados y lacónicos, sino para que se parecieran más a los suyos, pero también garabateó en la portada varias veces la palabra «Maestro».*

Sin embargo, tenía una crítica a su modelo: que era demasiado débil. Como le dijo al director Sergei Einsenstein: «Iván el Terrible ejecutaba a alguien y después pasaba mucho tiempo arrepentido y rezando. De algún modo Dios se interponía en su camino. ¡Tendría que haber sido más decidido!» (Moskovskie Novosti, n.º 32,1988).

Stalin sí era decidido.

El profesor I. A. Kuganov calcula que entre 1917 y 1953, en la URSS murieron 66 millones de personas —fusiladas, torturadas, la mayoría de hambre, congeladas o por trabajos forzados—. Otros dicen que el número exacto es apenas de 44 millones. ¿Quién sabe?

A propósito, en ninguna de las dos cifras se incluyen los 30 millones que murieron en la Segunda Guerra Mundial.

Para poner esta pérdida en su contexto: la Federación Rusa actual tiene una población aproximada de 150 millones. Suponiendo que no hubieran existido los estragos causados por el comunismo, según las tendencias demográficas normales, la población actual sería de unos 300 millones.

A pesar de todo, y esto es sin duda uno de los fenómenos más asombrosos, Stalin sigue disfrutando en gran medida de un enorme apoyo popular en este país medio vacío. Es verdad que han tirado abajo sus estatuas. Han cambiado los nombres de las calles. Pero no ha habido juicios de Nuremberg, como en Alemania. Aquino ha habido un proceso similar ala «desnazificación» ni una especie de Comisión de la Verdad como en Sudáfrica.

¿Y la desclasificación de los archivos? ¿Enfrentarse al pasado? Hablemos con franqueza, damas y caballeros, y digamos lo que todos sabemos: el gobierno ruso actual está asustado y hoy en día es más difícil acceder a los archivos que hace seis o siete años. Todos ustedes lo saben tan bien como yo. Los archivos de Beria: cerrados. Los archivos del Politburó: cerrados. Los archivos de Stalin... los auténticos quiero decir, no este escaparate que nos ofrecen aquí: cerrados.

Veo que mis comentarios no son muy bien recibidos por uno o dos colegas...

De acuerdo, con esta observación les haré llegar a una conclusión: no hay duda de que Stalin, más que Hitler, es la figura más inquietante del siglo XX.

Y lo digo...

Y lo digo no sólo porque Stalin mató más gente que Hitler, ni siquiera porque era un psicópata más grave que Hitler, lo digo porque Stalin, a diferencia de Hitler, aún no ha sido exorcizado. Stalin no era, como Hitler, una excepción, una erupción surgida de la nada. Stalin sigue una tradición histórica de gobernar por medio del terror que ya existía

antes que él, que él refino, y que puede volver a existir otra vez. El suyo, y no el de Hitler, es el espectro que debería preocuparnos.

Porque, por ejemplo, si uno coge un taxi en Munich, no se encuentra con la foto de Hitler en el vehículo. El lugar de nacimiento de Hitler no es un santuario. La tumba de Hitler no está llena de flores frescas cada día. No se pueden comprar cintas de los discursos de Hitler en las calles de Berlín. Los políticos alemanes importantes no suelen alabar a Hitler calificándolo de «gran patriota». El viejo partido de Hitler no obtuvo más del 40 por ciento de los votos en las últimas elecciones...

Sin embargo, todas estas cosas se pueden aplicar a Stalin en la Rusia de hoy, lo que hace las palabras de Yevotushenko en Los herederos de Stalin más significativas que nunca:

*«Por lo tanto le pido a nuestro gobierno
que duplique,
triplique
la guardia
de su tumba.»*

Chiripa Kelso entró escoltado en la comisaría central de la Milicia Metropolitana de Moscú poco antes de las tres de la madrugada. Y ahí lo dejaron, rodeado del resto de escoria nocturna: media docena de putas, un macarra checheno, dos banqueros belgas muy pálidos, un grupo de bailarines transexuales del Turquestán y la habitual comparsa de locos furiosos, vagabundos y adictos mugrientos. Los techos altos y las arañas con la mitad de las bombillas le daban a la reunión un aspecto épico revolucionario.

Kelso se sentó solo en un banco de madera, con la cabeza apoyada contra la pared descascarillada y la vista al frente sin ver nada. Así que... ¿así era? Ay, podíamos pasarnos la mitad de la vida escribiendo sobre ello, sobre millones de personas... sobre el mariscal Tujachevski a quien el NKVD torturó hasta hacerlo papilla; ahí estaba su confesión en los archivos manchada de sangre, y mientras la sosteníamos pensábamos que sabíamos lo que era... pero cuando nos enfrentábamos a la realidad comprendíamos que no habíamos entendido nada, que ni siquiera habíamos empezado a entender lo que era.

Al cabo de un rato, dos milicianos se acercaron al surtidor metálico de agua que tenía al lado y comentaron el caso del bandido uzbeko que aparentemente esa noche había entrado en el guardarropa del Babilonia con una ametralladora.

—¿Hay alguien que se ocupa de mi caso? —interrumpió Kelso—. Se trata de un asesinato.

—¡Ah, un asesinato! —exclamó burlón uno de los hombres.

El otro rió. Arrojaron los vasos de cartón a la papelera y se marcharon.

—¡Esperen! —gritó Kelso.

Al otro lado del pasillo, una anciana con una mano vendada empezó a chillar.

Kelso volvió a sentarse en el banco.

En aquel momento, un tercer agente, un hombre robusto con bigotes a lo Gorki, bajó la escalera cansinamente y se presentó como el inspector Belenki, detective de homicidios. Llevaba un papel mugriento en la mano.

—¿Es usted el testigo de lo del viejo Rapazin?

—Rapava —le corrigió Kelso.

—Sí, eso —dijo Belenki examinando de arriba abajo el papel. Quizá era el mostacho de morsa o sus ojos acuosos, pero parecía profundamente triste.

—Bueno —suspiró—. Será mejor que le tomemos declaración.

Belenki lo llevó por una escalera lujosa al segundo piso, a una habitación de paredes verdes descascarilladas y suelo de parquet brillante y desparejo. Le indicó que se sentara y le puso una pila de formularios delante.

—El anciano tenía unos papeles de Stalin —empezó Kelso mientras encendía un cigarrillo y exhalaba el humo—. Eso tiene que saberlo. Casi seguro que los tenía escondidos en su apartamento. Por eso...

Pero Belenki no lo escuchaba.

—Todo lo que recuerde. —Le puso un bolígrafo azul en la mesa.

—¿Pero ha oído lo que acabo de decir? Los papeles de Stalin...

—Sí, sí. —El ruso seguía sin escuchar—. Después nos ocuparemos de valorar los detalles. Primero tiene que hacer una declaración.

—¿De todo?

—Claro. Quién es usted, cómo conoció al anciano, qué hacía en el apartamento... todo. Escríbalo. Volveré luego.

Cuando se marchó, Kelso se quedó mirando la hoja en blanco durante unos minutos. Escribió mecánicamente su nombre completo, fecha de nacimiento y dirección con una cuidadosa caligrafía cirílica. Estaba como atontado. «Llegué», escribió, y se detuvo. El bolígrafo de plástico le pesaba como un hierro. «Llegué a Moscú el...» Ni recordaba la fecha. ¡Él, que justamente era tan bueno para las fechas! (25 de octubre de 1917, el acorazado de guerra *Aurora* bombardea el palacio de Invierno y empieza la Revolución; 17 de enero de 1927, León Trotski es expulsado del Politburó; 23 de agosto de 1939, se firma el pacto Molotov-Ribbentrop...) Agachó la cabeza sobre el escritorio. «Llegué a Moscú el 26 de

octubre por la mañana procedente de Nueva York, invitado por los Archivos Estatales Rusos para dar una breve conferencia sobre Josiv Stalin...»

Terminó la declaración en menos de una hora. Hizo lo que le habían dicho y no se dejó nada: el simposio, la visita de Rapava, el cuaderno de Stalin, la biblioteca Lenin, Yepishev y la reunión con Mamantov, la casa de la calle Vspolni, la tierra recién cavada, el Robotnik y la hija de Rapava... Llenó siete hojas con su apretada letra, y en la última parte fue aún más deprisa, describió la escena del apartamento, el descubrimiento del cuerpo, su desesperada búsqueda, en el bloque de al lado, de un teléfono que funcionara hasta despertar a una mujer joven con un bebé en brazos. Se sentía bien de volver a escribir, de poner cierto orden racional en el caos del pasado.

Belenki asomó la cabeza por la puerta en el momento en que Kelso ponía la frase final.

—Olvídese de la declaración.

—Ya la he hecho.

—¿No me diga? —Belenki miró la pila de hojas y después a Kelso. Había ruido en el corredor, detrás de él. Frunció el entrecejo y gritó por encima del hombro—: Dile que espere. —Entró en la habitación y cerró la puerta.

A Belenki le había pasado algo, era evidente. Llevaba la guerrera desabrochada y la corbata floja. Tenía manchas de sudor en la camisa caqui. Sin apartar la vista de la cara de Kelso, alargó la mano carnosa y éste le dio la declaración. Se sentó al otro lado de la mesa profiriendo un gruñido y sacó un estuche de plástico del bolsillo del pecho. De allí salieron unas gafas asombrosamente delicadas de montura dorada. Se las calzó en la punta de la nariz y empezó a leer.

La mandíbula cuadrada sobresalía y, de vez en cuando, le echaba una mirada a Kelso, lo estudiaba, y volvía al texto. Mientras se mordisqueaba el pulgar derecho, el enorme bigote le caía sobre los labios estirados.

Cuando dejó la última hoja lanzó un suspiro.

—¿Yes verdad?

—Absolutamente, todo.

—Mierda. —Belenki se quitó las gafas y se frotó los ojos con las manos—. ¿Y ahora qué tengo que hacer?

—Mamantov —dijo Kelso—. Seguro que está implicado. Tuve mucho cuidado en no darle ningún detalle, pero...

Se abrió la puerta, y un hombre menudo y flaco, un Laurel en comparación con un Hardy Belenki, dijo con voz asustada:

—¡Sima! ¡Deprisa! ¡Ya están aquí!

Belenki le echó a Kelso una mirada significativa, juntó las hojas de la declaración y apartó la silla.

—Tendremos que llevarlo un rato a los calabozos. No se asuste.

Kelso, ante la sola mención de los calabozos, sintió un espasmo de pánico.

—Me gustaría hablar con alguien de la embajada.

Belenki se puso de pie, se ajustó el nudo de la corbata, se abrochó los botones de la chaqueta y se la estiró en un vano intento de arreglarla.

—¿Puedo hablar con alguien de la embajada? —repitió Kelso—. Me gustaría conocer mis derechos.

Belenki sacó pecho y se encaminó hacia la puerta.

—Demasiado tarde —dijo.

En los calabozos de la comisaría central de la Milicia Metropolitana de Moscú, a Kelso lo cachearon rudamente y le quitaron el pasaporte, la cartera, el reloj, la estilográfica, el cinturón y los cordones de los zapatos. Vio cómo metían todo en un sobre de cartón, firmó un formulario y le dieron un recibo. Entonces, con las botas en una mano y el resguardo en la otra, siguió a un guardia por un pasillo encalado, bordeado a ambos lados de puertas de acero. El guardia estaba lleno de forúnculos rojos; la nuca, sobre el cuello sucio de la chaqueta marrón, parecía una masa llena de grumos. Los presos de algunas celdas, al oír el ruido de sus pasos, empezaron a golpear y gritar frenéticamente. El no se dio por enterado.

Le tocaba el octavo cubículo a la izquierda. De tres metros por tres. Sin ventanas. Un catre de metal. Sin mantas. En un rincón, un cubo esmaltado con una tabla manchada por tapadera.

Kelso entró despacio en el calabozo, iba en calcetines, y tiró el abrigo y las botas sobre el catre. Detrás, la puerta se cerró de golpe con un chasquido sordo.

Aceptación. Eso que había aprendido en Rusia hacía muchos años era el secreto de la supervivencia. En la frontera, cuando comprobaban tus papeles por vigésima vez. En un control de carretera, cuando te hacían parar no se sabía por qué y te tenían esperando una hora, y media. En el ministerio, cuando uno iba a sellar el visado y no te atendía nadie. Aceptarlo. Esperar. Dejar que el sistema se agotara solo. Quejarse no hacía más que aumentar la propia tensión sanguínea.

Alguien abrió la mirilla de la puerta por un momento y la cerró. Kelso oyó los pasos del guardia alejarse.

Se sentó en la cama, cerró los ojos y de pronto vio como una imagen brillante que hubiera quedado grabada en su retina, el cuerpo blanco y desnudo

girando en la corriente profunda del hueco del ascensor: hombros, talones, manos atadas rebotando suavemente en las paredes.

Se dirigió a la puerta de un salto, la golpeó con las botas y gritó durante un rato, hasta que logró quitarse algo de dentro. Después se volvió y se apoyó contra la superficie de metal, enfrentándose a los límites del calabozo. Se fue agachando poco a poco, hasta quedar en cuclillas con los brazos alrededor de las rodillas.

Tiempo. Eso sí es un bien muy peculiar, muchacho. Medir el tiempo. Lo mejor es hacerlo con un reloj, pero, a falta de éste, un hombre puede usar el flujo y reflujo de la luz y la oscuridad. Sin embargo, si no hay una ventana para seguir ese movimiento, la confianza debe recaer en algún mecanismo interno de la mente. Pero si la mente ha recibido alguna conmoción, el mecanismo se altera y el tiempo se vuelve como el suelo para un borracho: variable.

Por lo tanto, Kelso, en algún momento, se tumbó sobre el camastro y se tapó con el abrigo. Los dientes le castañeteaban.

Las ideas le daban vueltas, inconexas. Pensó en Mamantov, repasó una y otra vez la reunión que habían tenido tratando de recordar si había dicho algo que lo llevara a Rapava. Y pensó en la hija de Rapava y en la forma en que había roto su palabra en la declaración. Ella lo había abandonado. Y ahora él revelaba que ella era una puta. El mundo al revés. Seguro que la Milicia tenía su dirección, y también su nombre. Ya le habrían dado la mala noticia y ella la habría recibido... ¿cómo? Impertérrita, sí, Kelso estaba casi seguro. Pero vengativa.

En sus sueños, él se acercaba para besarla otra vez pero ella lo esquivaba. Bailaba frenéticamente sobre la nieve, en la puerta del bloque de apartamentos, mientras O'Brian desfilaba de un lado a otro como si fuera Hitler. Y madame Mamantov bramaba contra su locura. Y en alguna parte, detrás de una puerta, Papú Rapa-va seguía golpeando para que lo dejaran salir. ¡Aquí, muchacho! ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

Se despertó y vio un ojo azul que lo miraba por la mirilla. La tapa metálica se cerró y la cerradura chasqueó.

Detrás del guardia granujiento había un segundo individuo, rubio, bien vestido... Kelso, al principio, pensó que era el final feliz: «La embajada, han venido a sacarme.» Pero entonces, mientras el guardia dejaba el contenido del sobre encima del camastro, el rubio dijo en ruso:

—Doctor Kelso, póngase las botas, por favor.

Kelso se agachó para ponerse los cordones. El desconocido, notó, llevaba un par de elegantes zapatos occidentales. Se enderezó, se puso el reloj y vio que sólo eran las seis y veinte. Apenas dos horas en el calabozo, pero lo suficiente para toda una vida. Con las botas puestas se sentía más humano. Calzado, un hombre puede enfrentarse al mundo. Recorrieron el pasillo provocando a su paso los mismos golpes y gritos desesperados.

Kelso supuso que volverían a llevarlo arriba para seguir interrogándolo, pero en cambio salieron a un patio trasero donde los esperaba un coche con otros dos hombres sentados delante. El rubio le abrió la puerta trasera... «Por favor», dijo con fría cortesía. Dio la vuelta y entró por la otra puerta. En el interior hacía calor y había un olor fétido, como al final de un largo viaje, que sólo el delicado *aftershave* del rubio suavizaba. Salieron de la comisaría y se internaron en una calle tranquila. Nadie hablaba.

Empezaba a amanecer, apenas una luz tenue pero suficiente para que Kelso reconociera a donde se dirigían. Ya se había dado cuenta de que era un trío de la policía secreta, que significaba el FSB, que significaba la Lubianka. Pero, para su sorpresa, vio que en lugar de ir hacia el oeste, enfilaban al este. Bajaron por la Novi Arbat, pasaron delante de tiendas desiertas y apareció el Ucrania. Así que me llevan al hotel, pensó. Pero se equivocaba. En vez de cruzar el puente, giraron a la derecha y empezaron a seguir el curso del Moscova. El amanecer avanzaba deprisa, como una reacción química; la oscuridad se disolvía al otro lado del río, primero en un gris y después en un azul sucio y metálico. Las columnas de humo y vapor que salían de las chimeneas de las fábricas de la orilla de enfrente, una curtiembre y una cervecería, se volvían de un rosa corrosivo.

Circularon en silencio durante unos minutos más, y de pronto salieron del terraplén y aparcaron en un trozo de terreno abandonado y ganado al río que se internaba en el agua. Un par de aves marinas aletearon y alzaron el vuelo entre graznidos. El rubio fue el primero en bajar, y, tras una breve vacilación, Kelso lo siguió. Se le cruzó por la cabeza que lo había llevado al sitio perfecto para un accidente: un sencillo empujón, un aluvión de noticias, una larga investigación para algún dominical de Londres, montones de sospechas, y después el olvido. Así que puso cara de valiente. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El rubio leía la declaración que Kelso le había dado a la Milicia. Las hojas se agitaban al viento que se levantaba en el río. Algo en él le resultaba familiar.

—Su avión —dijo sin volverse— sale a la una y media de Sheremetevo-2 y usted irá a bordo.

—¿Quién es usted?

—Ahora lo llevaremos al hotel y después cogerá el autobús al aeropuerto con sus colegas.

—¿Por qué hace esto?

—Es posible que intente volver a entrar en la Federación Rusa en un futuro próximo. Estoy seguro de que lo hará, se nota enseguida que es usted un tipo insistente. Pero le advierto que la solicitud de visado será rechazada.

—Esto es un maldito atropello. —Sí, era una estupidez perder los estribos de esa forma, pero estaba demasiado cansado e impresionado para contenerse—. Una maldita desgracia. Cualquiera diría que soy el asesino.

—Pero en realidad lo mató usted. —El ruso se dio la vuelta—. El asesino es usted.

—Es una broma, ¿no? No tenía por qué entregarme, ni llamar a la Milicia. Podía haberme escapado. Y no crea que no lo he pensado...

—Está aquí, son sus propias palabras. —El rubio golpeó la declaración—. Ayer por la tarde fue a ver a Mamantov y le dijo que un «testigo de los viejos tiempos» había ido a verlo con la información sobre los diarios de Stalin. Eso fue una sentencia de muerte.

—No le di ningún nombre —balbuceó Kelso—. Le he dado vueltas mil veces a esa conversación mentalmente...

—A Mamantov no le hacía falta ningún nombre. Ya lo tenía.

—No veo por qué está tan seguro...

—Papú Rapava—dijo el ruso con exagerada paciencia— volvió a ser investigado por el KGB en el ochenta y tres. La investigación fue solicitada por el jefe de la Quinta Dirección: Vladimir Pavlovich Mamantov. ¿Se da cuenta?

Kelso cerró los ojos.

—Mamantov sabía exactamente de quién hablaba usted. No hay ningún otro «testigo de los viejos tiempos». Todos los demás están muertos. Así que quince minutos después de que se marchara de la casa de Mamantov, él también se fue. Tuvo siete, probablemente ocho horas para interrogar a Rapava con la ayuda de sus amigos. Créame, un profesional como Mamantov puede hacerle mucho daño a una persona en ocho horas. ¿Quiere que le dé algunos detalles médicos? ¿No? Entonces vuelva a Nueva York, doctor Kelso, y juegue a hacer historia en el país de otro, porque esto no es Inglaterra ni Estados Unidos, aquí el pasado no está enterrado. Aquí el pasado va con esposas y navajas, si no pregúnteselo a Papu Rapava.

Una ráfaga de viento barrió la superficie del río y levantó olas que agitaron una boya cercana con sus cadenas oxidadas.

—Puedo declarar —dijo Kelso al cabo de un rato—. Para detener a Mamantov necesita mi testimonio.

El ruso sonrió por primera vez.

—¿Conoce bien a Mamantov?

—No, para nada.

—Tiene suerte, porque algunos lo conocemos bien y le aseguro que el camarada V. P. Mamantov tendrá por lo menos seis testigos, todos de graduación superior a coronel, dispuestos a jurar que han pasado toda la noche con él hablando de proyectos de beneficencia a cien kilómetros del apartamento de Papú Rapava. Así que ya ve de qué sirve su testimonio.

Rompió la declaración de Kelso por la mitad, después otra vez por la mitad y siguió así hasta que ya no pudo romperla más. Arrugó los trozos de papel y los tiró al río. El viento los arremolinó, las gaviotas se lanzaron sobre ellos con la esperanza de que fueran comida, antes de alejarse graznando desilusionadas.

—Ya nada es como antes —continuó—. Debería saberlo. La investigación empieza otra vez desde cero esta mañana. Esta declaración nunca existió. La Milicia nunca lo detuvo. El oficial que lo interrogó ha sido ascendido y en este momento está siendo trasladado en un avión militar a Magadan.

—¿Magadan? Magadan está en el extremo oriental de Siberia, a seis mil kilómetros.

—Bueno, ya lo haremos volver —dijo el ruso sin darle mayor importancia— cuando todo esto esté resuelto. Lo que no queremos es que la prensa de Moscú se meta en esto. Eso sería una vergüenza. Le cuento todo esto porque sé que no podemos hacer nada para impedir que usted publique su versión en el extranjero. Pero no habrá ninguna corroboración oficial desde aquí, ¿me explico? Al contrario. Nos reservamos el derecho de hacer pública la información que tenemos sobre sus actividades del día, en la que lo haremos quedar de una forma bastante diferente. Por ejemplo: lo detuvimos por exhibicionismo indecente delante de dos niñas en el zoológico, las hijas de uno de mis hombres. O lo encontramos borracho en el muelle Smolenskaia orinando en el río y tuvimos que encerrarlo por conducta violenta y agresiva.

—Nadie lo creerá —dijo Kelso tratando de invocar el último vestigio de indignación. Pero, naturalmente, sí lo creerían. Podía hacer una lista de todos los que se lo creerían—. ¿Así que así es? —dijo con amargura—. ¿Mamantov queda libre? ¿O quizá intentará usted encontrar los papeles de Stalin para ocultarlos en alguna parte, como hacen con todos los datos «vergonzosos»?

—¡Ah, usted me irrita! —dijo el ruso. Ahora era su turno de perder los estribos—. ¡Y la gente como usted! ¿Qué más quieren de nosotros? Han ganado

pero no es suficiente. No, tiene que refregármelo por la cara... Stalin, Lenin, Beria, estoy harto de oír sus malditos nombres, de que nos hagan sacar nuestros trapos al sol y re-volcarnos en nuestra culpa para sentirse superiores...

—Parece Mamantov —soltó Kelso.

—Desprecio a Mamantov —dijo el ruso—. ¿Me comprende? Por lo mismo que lo desprecio a usted. Queremos acabar con los camaradas Mamantov y los de su calaña... ¿Por qué cree que es todo esto? Pero ahora aparece usted, que se topa con algo grande, algo que ni siquiera se imagina lo...

Se calló. Kelso se dio cuenta de que se había sentido provocado y estaba a punto de decir más de lo que quería. En ese momento recordó dónde lo había visto.

—Ah. Usted estaba allí, ¿no? —dijo—. ¿Cuando fui a verlo? Usted era uno de los que estaban en la puerta del apartamento...

Pero hablaba solo. El ruso se dirigía otra vez al coche.

—Llévalo al Ucrania —le dijo al chófer—, y después ven a buscarme. Necesito un poco de aire.

—¿Quién es usted?

—Lárguese y dé las gracias.

Kelso dudó, pero de pronto se sintió muy cansado para discutir. Subió al asiento trasero, exhausto y derrotado, mientras el motor se ponía en marcha. Se sentía atontado, volvió a cerrar los ojos y vio el cadáver de Rapava balanceándose en la oscuridad. Bum. ¡Bum! Abrió los ojos y allí estaba el rubio golpeando el cristal de la ventanilla. Kelso lo bajó.

—Una última cosa. —Hacía un esfuerzo por ser educado, hasta sonreía—. Estamos trabajando en base a la suposición de que Mamantov tiene ahora ese cuaderno. ¿Pero ha pensado en la otra posibilidad? Recuerde que Papú Rapava aguantó seis meses de interrogatorios en el cincuenta y tres, y después quince años en Kolyma. Suponga que Mamantov y sus amigos no consiguieron hacerlo hablar en una noche. Es una posibilidad y, la frustración, explicaría... la ferocidad de su conducta. En ese caso, si usted fuera Mamantov, ¿a quién iría a interrogar? —Dio una palmada en el techo—. Que duerma bien en Nueva York.

Suvorin observó cómo el coche se perdía de vista dando bandazos sobre los baches. Volvió hacia el río y caminó por el muelle hasta llegar a un pilote grande de metal empotrado en el cemento, al que se amarraban los barcos en la época comunista, antes de que la economía lograra lo que los bombardeos de Hitler nunca habían conseguido: dejar el puerto inactivo. Toda esa actividad lo había

agotado. Limpió la superficie con un pañuelo, se sentó y sacó una fotocopia de la declaración de Kelso. Escribir tanto —quizá unas dos mil palabras—, tan rápido y con tanta claridad después de semejante experiencia... Bueno, demostraba lo que Suvorin ya intuía: que ese Chiripa era un tipo inteligente.

Problemático e insistente, pero inteligente.

Repasó otra vez las hojas con un portaminas dorado, e hizo una lista de todo lo que Netto debía comprobar. Tenían que ir a ver la casa de la calle Vspolni... sí, la casa de Beria; encontrar a esa hija de Rapava. Hacer una lista de todos los peritos calígrafos de Moscú a los que Mamantov podía llevar el cuaderno para que lo autentificaran. Encontrar un par de historiadores acomodaticios y pedirles que trataran de adivinar qué podía contener ese diario. Y... y... Se sentía como si tratara de meter gas con las manos en una bombona.

Cuando Netto y el chófer regresaron seguía escribiendo. Se levantó rígido y se dio cuenta, con disgusto, que el poste había dejado una marca de óxido en su bonito abrigo. Se pasó parte del viaje a Yasenevo sacudiéndolo obsesivamente, tratando de limpiarlo.

12

La habitación de Kelso en el hotel estaba a oscuras y las cortinas de nailon barato, corridas. Las abrió y percibió un olor raro. ¿Polvos de talco? ¿Loción para el afeitado? Alguien había estado allí. ¿El rubio? ¿Eau Sauvage? Levantó el auricular del teléfono. La línea zumbaba. Estaba agotado. Tenía carne de gallina. Un whisky le habría ayudado, pero desde la noche con Ra-pava el minibar estaba vacío; no había nada aparte de refrescos y zumo de naranja. Un baño también le habría servido, pero no había tapón.

Trató de adivinar quién era el rubio. Conocía el tipo: bien afeitado y bien vestido, occidentalizado, desarraigado... demasiado listo para la policía secreta. Había visto a esa clase de personajes en recepciones en la embajada durante más de veinte años, y esquivado sus discretas invitaciones a almorzar o tomar unas copas mientras oía sus bromas cuidadosamente indiscretas sobre la vida en Moscú.

Solían llamarlos directores del KGB. Ahora era el SVR. El nombre había cambiado pero el trabajo no. El rubio era un espía y estaba investigando a Mamantov. Habían puesto a los espías sobre Mamantov, lo que no hablaba mucho en favor del FSB.

Al pensar en Mamantov, Kelso se levantó, cerró con llave y puso la cadena en la puerta. Echó un vistazo por la mirilla y tuvo una perspectiva distorsionada del pasillo vacío.

«Pero en realidad lo mató usted... El asesino es usted.»

Empezó a temblar. Era la conmoción con efecto retrasado. Se sentía sucio, envilecido en cierto modo. El recuerdo de la noche era como si le frotaran la piel con arena.

Entró en el pequeño lavabo de azulejos verdes, se quitó la ropa, puso el agua bien caliente, se metió bajo la ducha y se enjabonó de la cabeza a los pies. La espuma se volvió verdosa con la mugre de Moscú. Se quedó bajo el chorro hirviente y dejó que el agua le golpeara durante diez minutos mientras se frotaba los hombros y el pecho. Salió de la bañera chorreando agua sobre el linóleo desparejo. Encendió un cigarrillo que fue fumando mientras se afeitaba, cambiándolo de una comisura de la boca a la otra, mientras trabajaba con la maquinilla, de pie, sobre un charco de agua. Se secó, se metió en la cama y se tapó hasta la barbilla. Pero no se durmió.

Poco después de las nueve, el teléfono sonó durante un buen rato, se interrumpió y al poco volvió a sonar. Esta vez, sin embargo, quienquiera que fuese colgó enseguida.

Al cabo de unos minutos, alguien llamó despacio a la puerta de la habitación.

Kelso, desnudo, se sentía vulnerable. Esperó diez minutos, se destapó, se vistió y preparó el equipaje. No le llevó mucho tiempo, y se sentó en uno de los sillones que daban a la puerta. Notó que la tapicería del otro sillón estaba ligeramente hundida: la huella dejada por el cuerpo del pobre Papú Rapava.

A las diez y cuarto, con la maleta en una mano y la gabardina en el brazo, Kelso hizo girar la llave, quitó la cadena y comprobó que no había nadie en el pasillo. Bajó al ajetreado vestíbulo por el ascensor.

Entregó la llave en el mostrador de recepción y estaba a punto de dar la vuelta para dirigirse a la entrada principal cuando un hombre gritó: «¡Profesor!»

Era O'Brian, que salía presuroso del puesto de periódicos. Todavía llevaba la ropa de la noche anterior —los vaqueros un poco menos planchados, la

camiseta no tan blanca— y unos periódicos bajo el brazo. No se había afeitado. A la luz del día parecía incluso más grande.

—Buenos días, profesor. ¿Qué hay de nuevo?

Kelso emitió una especie de carraspeo pero se las arregló para sonreír.

—Bueno, me marchó. —Le mostró la maleta, la bolsa y el abrigo.

—Vaya, cuánto lo siento. Deja que te ayude.

—No, gracias, no hace falta.

—Venga, por favor. —El reportero cogió el asa, le apretó los dedos a Kelso y al cabo de un instante se había apoderado de la maleta. Se la cambió de mano para ponerla fuera del alcance de Kelso—. ¿Adonde va el señor? ¿A la calle?

—¿A qué coño estás jugando? —Kelso apretó el paso para seguirlo. La gente que había sentada en el vestíbulo se volvió para mirarlos—. Dame la maleta...

—Menuda noche, ¿no? Qué lugar, qué chicas. —O'Brian sacudió la cabeza y sonrió—. Y encima vas y encuentras ese cadáver y... Debió de ser un choque. Cuidado, profesor, allí vamos.

Entró por la puerta giratoria y Kelso, tras un instante de vacilación, lo siguió. Apareció del otro lado y se encontró con O'Brian que lo miraba serio.

—De acuerdo —le dijo éste—, no hace falta que nos hagamos pasar vergüenza mutuamente. Sé lo que está pasando.

—Ahora quiero la maleta.

—Anoche decidí dar una vuelta por los alrededores del Robotnik. Renunciar a los placeres de la carne.

—La maleta...

—Digamos que tuve un palpito. Vi que te ibas con la chica. Vi que la besabas. Vi que ella se largaba... A propósito, ¿qué pasó? Vi que subías a su coche. Te vi entrar en el bloque de apartamentos. Te vi salir al cabo de diez minutos como si te persiguieran todos los perros del infierno. Y después vi que llegaba la poli. Ay, profesor, eres todo un personaje, un hombre lleno de sorpresas.

—Y tú, un cerdo. —Kelso empezó a ponerse la gabardina, tratando de fingir indiferencia—. ¿Y qué hacías en el Robotnik? No me digas que era una coincidencia.

—Suelo ir al Robotnik —respondió O'Brian—. Prefiero ese tipo de relaciones: sobre una base comercial. ¿Para qué tener una chica gratis si puedes pagar por ella? Ésa es mi filosofía.

—Dios mío. —Kelso extendió la mano—. Dame la maleta.

—De acuerdo, de acuerdo. —O'Brian miró por encima del hombro. El autobús estaba en el sitio de siempre, esperando para llevar a los historiadores al

aeropuerto. Moldenhauer estaba tomando una foto de Saunders con el hotel de fondo. Olga los miraba con cariño—. Si quieres que te diga la verdad, fue Adelman.

Kelso volvió la cabeza despacio.

—¿Adelman?

—Sí, en el simposio de ayer, durante la pausa de la mañana, le pregunté a Adelman dónde estabas y me dijo que tras unos diarios de Stalin.

—¿Adelman te dijo eso?

—Venga ya, ¿no me digas que tienes confianza en Adelman? —se burló O'Brian—. Vosotros, al mínimo asomo de primicia hacéis que los *paparazzi* parezcan colegialas. Adelman me propuso ir a medias. Me dijo que tratara de encontrar los diarios, que viera si había algo interesante y que él los autentificaría. Me contó todo lo que le habías dicho.

—¿Incluido lo del Robotnik?

—Incluido lo del Robotnik.

—Malnacido.

En aquel momento Olga tomaba una foto de Moldenhauer y Saunders. Estaban tímidamente uno al lado del otro, y por primera vez Kelso tuvo la impresión de que eran gays. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ese viaje estaba lleno de sorpresas...

—Vamos, profesor, no te quedes tan asombrado conmigo, y tampoco te asombres tanto de Adelman. Esto sí es una noticia. ¡Una noticia bomba! Y no hace más que mejorar. No sólo encontraste a ese pobre cabrón colgado del hueco del ascensor con la polla en la boca, sino que además le dijiste a la Milicia que el que lo había hecho era nada menos que Vladimir Mamantov. Y no sólo eso... ahora toda la investigación ha quedado en manos del Kremlin. O eso es lo que he oído. ¿De qué te ríes?

—De nada. —Kelso no pudo evitar reírse al pensar en el espía rubio. («Lo que no queremos es que la prensa de Moscú se meta en todo esto...»)—. Hay que decir a tu favor que tienes buenos contactos.

O'Brian no le dio importancia.

—En esta ciudad no hay secretos que no puedan revelarse por una botella de whisky y cincuenta pavos. Y, si quieres que te diga algo, están con un buen cabreo. Hayfilt raciones peores que las de los reactores nucleares. No les gusta que les digan lo que han de hacer.

El chófer del autobús tocó el claxon. Saunders ya estaba arriba. Moldenhauer había sacado el pañuelo para agitarlo como despedida. Kelso veía

las caras de los demás historiadores al otro lado del cristal, como peces en un acuario.

—Ahora será mejor que me des la maleta. Tengo que irme.

—No puedes huir, profesor. —Pero había un tono de derrota en su voz, y esta vez dejó que Kelso cogiera el asa—. Venga, Chiripa, una entrevista breve. ¿Algún comentario? —preguntó siguiéndolo de cerca, como un pordiosero insistente—. Necesito una entrevista para mantener la atención en el tema.

—Sería irresponsable.

—¿Irresponsable? ¡Y una mierda! ¡No hablas porque quieres guardártelo todo para ti! Pues estás chiflado. La maniobra para taparlo no ha funcionado. La noticia correrá como la pólvora... si no es hoy, seguro que mañana.

—Y tú quieres que sea hoy, ¿no? ¿Antes que nadie?

—Es mi trabajo. Bah, profesor, vamos. Deja ya de hacerte el estirado. No somos tan distintos...

Kelso estaba en la puerta del autobús, que se abrió con un zumbido neumático.

—Adiós, señor O'Brian —le saludó burlón e irónico desde el interior.

Pero O'Brian no se daba por vencido y subió al primer escalón.

—Echa un vistazo a lo que pasa aquí. —Metió los periódicos enrollados en el bolsillo del abrigo de Kelso—. Echa un vistazo. Esto es Rusia. Aquí nada dura hasta mañana. Quizá este lugar mañana ya no esté. Tú estás... Ay, joder...

Tuvo que saltar para evitar la puerta que se cerraba. Dio un último golpe desesperado en la carrocería.

—Doctor Kelso —dijo Olga fríamente.

—Olga —respondió Kelso.

Avanzó por el pasillo y cuando llegó a la altura de Adelman se detuvo; éste, que seguramente había visto toda la escena con O'Brian, apartó la mirada. Al otro lado del cristal sucio se veía al reportero caminar fatigado hacia el hotel con las manos en los bolsillos. El pañuelo blanco de Moldenhauer ondeaba al viento en señal de despedida.

El autobús se puso en marcha. Kelso se abrió paso a trompicones hasta su sitio habitual: solo al fondo del vehículo.

Durante cinco minutos no hizo nada más que mirar por la ventanilla. Sabía que tenía que escribir todo eso, preparar otro informe mientras aún estaba claro en su cabeza. Pero todavía no podía. De momento, todos los caminos de su pensamiento parecían desembocar en la misma imagen del hueco del ascensor.

Como una media res en una carnicería...

Se palpó los bolsillos en busca de cigarrillos y sacó los periódicos de O'Brian. Los arrojó sobre el asiento de al lado y trató de ignorarlos. Pero, al cabo de unos minutos, empezó a leer los titulares de atrás para adelante, y después, de mala gana, los cogió.

No eran nada especial, sólo un par de periódicos gratuitos en inglés que repartían en los vestíbulos de los hoteles.

El *Moscow Times*. Noticias locales: el presidente estaba enfermo otra vez, o borracho otra vez, o las dos cosas. Un caníbal en serie en la región de Karemovo era sospechoso de haber matado ochenta personas y habérselas comido. Interfax informaba que cada noche dormían sesenta mil niños en la calles de Moscú. Gorbachov rodaba otro anuncio de televisión para Pizza Hut. Un grupo que se oponía a que retiraran la momia de Lenin de la plaza Roja había puesto una bomba en la estación de metro de Nagornaya.

Noticias internacionales: el FMI amenazaba con retirar los setecientos millones de dólares de ayuda si Moscú no recortaba el déficit presupuestario.

Noticias económicas: los tipos de interés se habían triplicado, la bolsa había bajado a la mitad.

Noticias religiosas: una monja de diecinueve años con diez mil seguidores predecía el fin del mundo para el día de Acción de Gracias. Una estatua de la Virgen María se movía por la región de la Tierra Negra, llorando sangre de verdad. Había un santo varón de TarkoSele que hablaba lenguas y... faquires, pentecostalistas, curanderos, chamanes, milagreros, anacoretas y seguidores del *skoptsy* que se creían reencarnaciones del Señor... Como en la época de Rasputin. Todo el país era un tumulto de augurios sangrientos y falsos profetas.

Kelso cogió el otro periódico, *The eXile*, escrito por jóvenes occidentales como O'Brian que trabajaban en Moscú. Ahí no había religión, pero muchos sucesos:

En la aldea de Kamenka, en Smolenskaya Oblast, donde la granja colectiva local está en quiebra y los funcionarios del Estado no cobran desde hace un año, el gran entretenimiento de verano para los chicos es dar vueltas por la autopista Moscú-Minsk, *esnifando* gasolina que compran en botes de medio litro por un rublo. En agosto, dos serios adictos a la gasolina: Pavel Mikenkov, de once años, y Anton Maliarenko, de trece, se doctoraron en su pasatiempo favorito —torturar gatos— atando a un niño de cinco años llamado Sasha Petrochenkov a un árbol y quemándolo vivo. Maliarenko fue deportado a su Tashkent natal, pero Mikenkov se ha quedado en Kamenka sin recibir ningún

castigo; mandarlo a un reformatorio cuesta quince mil rublos y el pueblo no tiene dinero. A la madre de la víctima, Svetlana Petrochenkova, le han dicho que si ella misma pone el dinero se llevarán al asesino de su hijo, de lo contrario debe convivir con él en el mismo pueblo. Según la policía, Mikenkov bebía vodka con sus padres regularmente desde los cuatro años.

Kelso pasó la página rápidamente y encontró una guía de la vida nocturna de Moscú. Bares gays y de lesbianas: Los Tres Monos, Nación Gay; clubes de *strip-tease*: el Buchenwald (donde el personal llevaba uniformes nazis), Bulgakov, Utopiya. Buscó el Robotnik: «Ningún lugar como el Robotnik ejemplifica los excesos de la nueva Rusia: un interior decadente, música tecno que rompe los oídos, gorilas en la puerta, clientes con ojos morados. Ligar y, de paso, ver cómo le pegan un tiro a alguien.»

Se ajustaba bastante a la realidad, pensó Kelso.

La terminal de salidas en el Sheremetevo-2 estaba llena de gente que trataba de marcharse de Rusia. Las colas parecían paredes celulares bajo el microscopio: surgían de la nada, se enrollaban sobre sí mismas, se rompían, volvían a formarse y se mezclaban con otras colas; colas para la aduana, los billetes, seguridad, control de pasaportes. Se acababa una y había que empezar otra. El vestíbulo era oscuro y cavernoso, y tenía un hedor a carburante de aviación mezclado con el olor ácido de la ansiedad. Adelman, Duberstein, Byrd, Saunders y Kelso, más una pareja de americanos que se habían alojado en el Mir —Pete Maddox de Princeton y Vobster de Chicago—, formaban un grupo al final de la cola más cercana, mientras Olga iba a ver si podía agilizar un poco los trámites.

Al cabo de unos minutos la cola no se había movido. Kelso ni miraba a Adelman que, sentado sobre su maleta, leía una biografía de Chejov con una desproporcionada atención. Saunders suspiraba y se palmeaba los brazos frustrado. Maddox dio una vuelta y volvió diciendo que los de aduanas estaban abriendo cada maleta.

—Joder —se quejó Duberstein—, yo me he comprado un icono. No voy a poder pasarlo.

—¿Dónde lo conseguiste?

—En esa librería grande de Novi Arbat.

—Dáselo a Olga. Ella te lo pasará. ¿Cuánto te ha costado?

—Quinientos dólares.

—¿Quinientos?

Kelso recordó que no tenía ni un céntimo. Había un quiosco de prensa al final de la terminal. Necesitaba más cigarrillos. Si pedía un asiento para fumadores se quitaría a los demás de encima.

—Phil —le dijo a Duberstein—, ¿podrías prestarme diez dólares?

Duberstein se echó a reír.

—¿Qué vas a hacer? ¿Comprar el diario de Stalin?

Saunders lanzó un risita. Velma Byrd se tapó la boca y apartó la mirada.

—¿También se lo has contado a ellos? —Kelso miró a Adelman incrédulo.

—¿Y por qué no? —Adelman se mojó un dedo para dar vuelta la página sin levantar la mirada—. ¿Es un secreto?

—Sabes qué —dijo Duberstein mientras sacaba la cartera—, toma veinte y cómprame también uno para mí.

Esta vez todos rieron abiertamente mientras observaban qué hacía Kelso, que cogió el dinero.

—De acuerdo, Phil —dijo en voz baja—. Hagamos un trato: si resulta que aparece el cuaderno de Stalin antes de fin de año, me quedo con el dinero y estamos parejos. Si no aparece, entonces te devuelvo mil dólares.

Maddox lanzó un silbido.

—Cincuenta contra uno —dijo Duberstein mientras tragaba saliva—. ¿Me ofreces cincuenta contra uno?

—¿Trato hecho?

—Sin duda. —Duberstein volvió a reírse, pero esta vez nervioso. Echó una mirada a los demás—. ¿Habéis oído?

Sí, habían oído. Miraban a Kelso fijamente, y para él ese momento bien valía mil dólares... los valía sólo por la forma en que lo miraban: boquiabiertos, impresionados, asustados. Hasta Adelman se había olvidado momentáneamente de su libro.

—Los veinte dólares más fáciles que he hecho en mi vida —dijo Kelso. Se metió el billete en el bolsillo y levantó la maleta—. Guardadme el sitio, ¿vale?

Cruzó la terminal repleta y se alejó entre la gente y los montones de equipaje. Sentía un placer infantil. Una de esas pocas victorias fugaces que se sentían de vez en cuando. ¿Qué más podía esperar un hombre de esta vida?

Una voz chillona anunció ensordecedoramente por los altavoces la partida de un vuelo de Aeroflot a Delhi.

En el quiosco hizo un repaso rápido para ver si tenían la edición de bolsillo de su libro. No, por supuesto no la tenían. Miró el expositor de revistas. Tenían el *Time* y el *Newsweek* de la semana pasada, y el *Der Spiegel* de ésa. Por lo tanto, compraría el *Der Spiegel*. Le haría bien y seguramente le duraría las once horas del

vuelo. Sacó el billete de veinte de Duberstein y se dirigió a la caja. Por el ventanal de cristal miró hacia fuera y vio el cemento mojado de la explanada, una cola colapsada de taxis, coches y autobuses, edificios grises, carritos abandonados y una chica morena y pálida de pelo muy corto que lo miraba. Kelso apartó la mirada con indiferencia. Arrugó la frente y volvió a mirar.

Dejó la revista otra vez en el expositor y volvió a la ventana. Era ella, sí, sola, en vaqueros y una chaqueta de piel forrada de vellón. Su aliento empañaba ligeramente el cristal. «Espera», le dijo Kelso en silencio moviendo los labios. Ella lo miró con expresión vacía. Kelso le señaló los pies. «Quédate donde estás.»

Para llegar a donde estaba ella, primero tuvo que alejarse y caminar junto a la pared de cristal hasta encontrar la salida. El primer par de puertas estaba cerrado con cadenas. El segundo lo encontró abierto. Salió al frío y la humedad. Ella estaba a unos cincuenta metros de distancia. Volvió la cabeza, miró la terminal llena de gente pero no vio a los otros... Volvió a mirarla a ella, que empezó a cruzar por un paso de cebría sin hacer caso de los coches. Kelso dudó. ¿Qué hacía? Un autobús se interpuso momentáneamente entre ambos y le obligó a tomar una decisión. Levantó la maleta y echó primero a andar y después a trotar tras ella. La chica, manteniendo siempre la misma distancia, lo obligó a seguirla hasta que entraron en un aparcamiento al aire libre, donde Kelso la perdió de vista.

Luz gris, nieve y hielo sucio. El hedor a combustible era mucho más fuerte allí. Filas y filas de utilitarios, algunos de un blanco apagado, otros recubiertos de una capa de barro y suciedad. Kelso siguió andando. El aire vibró. Un viejo jet Tupolev pasó volando tan bajo sobre su cabeza que pudo ver el óxido en las juntas del fuselaje. Agachó instintivamente la cabeza justo en el momento en que un Lada de color arena emergía despacio de la punta de una hilera de coches y se detenía con el motor en marcha.

Ni siquiera en aquel momento la chica le hizo las cosas más fáciles. No se acercó a él, sino que fue él quien tuvo que hacerlo. No le abrió la puerta, dejó que lo hiciera él. No le dirigió la palabra, fue él quien tuvo que romper el silencio. Ni siquiera le dijo cómo se llamaba, por lo menos no en ese momento, aunque él se enteró después. Su nombre era Zinaida. Zinaida Rapava.

Ella sabía lo que había pasado; era evidente por la tensión de su cara. Y Kelso se sintió culpablemente aliviado por eso, al menos no iba a tener que darle la mala noticia. Siempre había sido un cobarde para eso... era una de las razones de que se hubiera casado tres veces. Se sentó en el asiento del pasajero con la maleta sobre las rodillas. La calefacción estaba encendida. El limpia-parabrisas se movía

sobre el cristal sucio. Sabía que tenía que decir algo y rápido. El vuelo de Delta a Nueva York era el único acto del simposio que no tenía intenciones de perderse.

—Dime qué puedo hacer para ayudar.

—¿Quién lo mató?

—Un hombre llamado Vladimir Mamantov. Ex agente del KGB. Conocía a tu padre de los viejos tiempos.

—Los viejos tiempos —repitió amargamente.

Silencio. Los limpiaparabrisas recorrieron el cristal un par de veces.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Los viejos tiempos... siempre, toda mi vida.

Otro Tupolev cruzó ruidosamente el cielo.

—Escucha —dijo Kelso—. Tengo que irme dentro de un minuto. Debo coger un avión a Nueva York. Cuando llegue, voy a escribir todo... ¿me oyes? Y te mandaré una copia. Dime adonde puedo mandártela. Si necesitas algo, te ayudaré.

Le costaba moverse con la maleta en las rodillas. Se desabotonó el abrigo y buscó una pluma con torpeza en el bolsillo interior. Ella no lo escuchaba. Miraba al frente como si hablara casi consigo misma.

—Hacia años que no lo veía. ¿Para qué? Cuando me pediste que te llevara, hacía ocho años que no iba a ese basural. —Se volvió y lo miró por primera vez. No llevaba maquillaje. Parecía más joven, más guapa. Iba con una chaqueta vieja de piel marrón, con la cremallera subida hasta el cuello—. Cuando te dejé, me fui a casa, y después volví otra vez al edificio. Tenía que averiguar qué pasaba. Nunca en mi vida vi tantos polis juntos. Ya te habían llevado a la comisaría. No les dije quién era yo. Primero tenía que pensar y... —Se interrumpió. Parecía confusa, perdida.

—¿Cómo te llamas? ¿Dónde puedo encontrarte? —le preguntó.

—Esta mañana fui al Ucrania. Te llamé. Subí a tu habitación. Cuando me dijeron que ya te habías marchado, vine al aeropuerto y esperé.

—¿No puedes decirme cómo te llamas? —Miró su reloj, desesperado—. Tengo que coger este avión, entiendes.

—No pido favores —dijo ella con dureza—. Nunca pido favores.

—Escucha, no te preocupes. Quiero ayudar. Me siento responsable.

—Entonces ayúdame. Me dijo que me ayudarías.

—¿Quién?

—La cuestión, mister, es que me dejó algo. —Se bajó la cremallera de la chaqueta de piel con un chirrido y sacó una hoja de papel—. ¿Algo que vale mucho? ¿Algo en una caja de herramientas? Aquí dice que me dirías qué es.

13

Salieron del perímetro del aeropuerto por la autopista de San Petersburgo hacia el sur, hacia la ciudad. Un camión grande, con unas ruedas enormes, los adelantó arrojándoles una estela de nieve sucia.

Kelso se había prometido no mirar atrás, pero por supuesto lo hizo: se volvió y vio el edificio de la terminal, como un gran transatlántico gris que desaparecía detrás de una hilera de abedules; sólo se veían unas pocas luces sobre el agua que también acabaron por desaparecer.

Hizo un gesto de dolor y casi le pidió a la chica que lo llevara de vuelta. La miró por el rabillo del ojo. Con esa chaqueta forrada de piel parecía una mujer intrépida, una aviadora en la cabina de una nave maltrecha.

—¿Quién es Sergo? —preguntó él.

—Mi hermano. —Miró por el retrovisor—. Murió.

Kelso volvió a leer la nota escrita con lápiz y letra apresurada sobre un papel arrugado que, según ella, le había pasado por debajo de la puerta de su apartamento. La chica se la había encontrado al volver a su casa, después de dejarlo a él en la puerta del edificio de su padre.

Querida mía:

¿Cómo estás?

No me he portado bien, tienes razón. Todo lo que dijiste era cierto. ¡No creas que no lo sé! Pero ahora tengo la oportunidad de hacer algo bueno. Ayer no me dejaste que te lo dijera, así que escúchame ahora. ¿Recuerdas ese sitio que yo tenía cuando mamá vivía? ¡Todavía existe! Y allí hay una caja de herramientas con un regalo para ti que vale mucho.

¿Me escuchas, Zinaida?

Estoy bien, pero si me llegara a pasar algo... Coge esa caja y escóndela en un lugar seguro. Recuerda que puede ser peligroso, así que ten cuidado. Ya verás por qué lo digo.

Destruye esta nota.

Un beso, pequeña mía,

Papá.

PD: Hay un inglés llamado Kelso. Búscalo en el Ucrania, él sabe la historia.

¡Recuerda a tu padre!

Otro beso, hija mía.

¡Recuerda a Sergo!

—Así que fue a verte. ¿Cuándo? ¿Anteayer?

Ella asintió sin mirarlo, concentrada en la carretera.

—Era la primera vez que lo veía en casi diez años.

—¿No os llevabais bien?

—Vaya, sí que eres listo. —Lanzó una risa breve y sarcástica—. No, nos llevábamos bien.

Kelso no hizo caso de la agresión. Tenía todo el derecho.

—¿Cómo estaba la última vez que lo viste?

—¿A qué te refieres?

—A su estado de ánimo.

—Era el mismo cabrón de siempre. —Frunció el entrecejo al tráfico en contra—. Debió de esperarme toda la noche en la puerta. Volví a casa a eso de la seis de la mañana. Había estado trabajando en la discoteca, ya sabes. En cuanto me vio se puso a gritar. Me vio la ropa y empezó a llamarme puta. —Sacudió la cabeza.

—¿Y qué pasó?

—Me siguió hasta mi casa. Le dije que si me ponía una mano encima, le arrancaba los ojos. «Ya no soy tu pequeña», le dije. Se calmó un poco.

—¿Qué quería?

—Hablar, según él. A mí me impresionó verlo después de tanto tiempo, porque creía que él no sabía dónde encontrarme. En realidad, yo ni siquiera sabía si estaba vivo. Creía que me había alejado de él para siempre. Pero por lo que me dijo, sabía dónde vivía yo desde hacía mucho tiempo. Me contó que a veces venía y me observaba. «Uno no se aleja del pasado así como así», dijo. ¿Por qué fue a verme? —Miró a Kelso por primera vez desde que habían salido del aeropuerto—. ¿Puedes explicármelo?

—¿De qué quería hablar?

—No sé, no lo escuché. No quería que estuviera en mi casa mirando mis cosas. No quería escuchar sus historias. Empezó otra vez con su época en los campos de prisioneros. Le di unos cigarrillos para librarme de él y le dije que se largara. Estaba cansada y tenía que irme a trabajar.

—¿A trabajar?

—Sí, trabajo en un GUM durante el día. Por las tardes estudio derecho, y algunas noches pego un polvo. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Tienes una vida completa.

—No me queda más remedio.

Trató de imaginársela detrás del mostrador del GUM.

—¿Qué vendes?

—¿Qué?

—¿En la tienda? ¿Qué vendes?

—Nada. —Miró de nuevo por el retrovisor—. Trabajo en la centralita.

Cerca de la ciudad, la carretera estaba atascada. Más adelante había habido un accidente. Un Skoda destartado se había empotrado en la parte trasera de un Zhiguli viejo y grande. Por los dos carriles había trozos de cristal y metal desparramados. La Milicia había llegado a la escena. Al parecer, uno de los conductores le había dado un puñetazo al otro: tenía manchas de sangre en la pechera de la camisa. Al pasar junto a los policías, Kelso volvió la cabeza. La carretera se despejó y volvieron a acelerar.

Mientras tanto, trató de recomponer todas las piezas de los últimos dos días de Papu Rapava en la tierra. El martes 27 de octubre va a ver a su hija por primera vez en una década, porque, según dice, quiere hablar. Ésta lo echa y lo despacha con un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas del Robotnik. Por la tarde se presenta nada menos que en el Instituto de Marxismo-Leninismo y escucha la ponencia de Chiripa Kelso sobre Stalin. Después lo sigue hasta el Ucrania y se pasa toda la noche bebiendo con él... y hablando. Habla de verdad. A lo mejor me dijo a mí lo que le habría dicho a su hija si ésta lo hubiera escuchado, pensó.

Se larga del Ucrania al amanecer. Ya es miércoles 28. ¿Qué hace aquella mañana al salir? ¿Va a la casa vacía de la calle Vspolni y desentierra el secreto de su vida? Seguramente. Después lo esconde y le deja una nota a su hija diciéndole dónde encontrarlo («¿Recuerdas ese sitio que yo tenía cuando mamá vivía?») Después, esa misma tarde, los asesinos van a buscarlo. Hay dos posibilidades: que les dijera todo o no. Si no les dijo nada, debió de ser en parte por amor, ¿no? Para garantizar que lo único valioso que poseía en el mundo fuera a parar a su hija y no a ellos.

Dios mío, qué final, pensó Kelso. Qué manera de dejar la vida... y de dejar una herencia.

—Seguramente le importabas —dijo Kelso. Se preguntó si la chica sabía cómo había muerto. Si no lo sabía, él era incapaz de decírselo—. Si fue a buscarte seguramente le importabas mucho.

—No creo. Solía pegarme, y también a mi madre y a mi hermano. —Miraba el tráfico en dirección contraria—. Solía pegarme cuando era pequeña. ¿Qué sabe un niño? —Sacudió la cabeza—. No creo que le importara.

Kelso trató de imaginarse a los cuatro en un apartamento de un dormitorio. ¿Dónde dormirían los padres? ¿En la sala? Y Rapava, tras una década y media en Kolyma: violento, inestable, cerrado. Un espectáculo no muy agradable.

—¿Cuándo murió tu madre?

—¿Paras alguna vez de hacer preguntas, mister?

Salieron de la autopista y entraron en una carretera estrecha que nunca se había acabado. Un único carril serpenteaba como un riachuelo que terminaba abruptamente en una serie de vallas de metal y un barranco de diez metros que daba a un terreno baldío.

—Cuando yo tenía dieciocho años. ¿Te aclara algo?

La fealdad del lugar era colosal. En Rusia podían darse el lujo de algo así... podían darse el lujo de tener esas carreteras vecinales, anchas como autopistas, con baches llenos de agua del tamaño de lagunas. Cada complejo de apartamentos de hormigón, cada planta industrial tenía un descampado entero para contaminar. Kelso se acordó de la noche anterior: la interminable carrera del bloque 9 y el bloque 8 para dar la alarma: no acababa nunca, como un viaje en una pesadilla.

El edificio de Rapava a la luz del día parecía más abandonado que por la noche. Las paredes chamuscadas junto a las ventanas del segundo piso señalaban el lugar donde se había incendiado un apartamento. Había mucha gente en la puerta y Zinaida disminuyó la velocidad para que pudieran echar un vistazo.

O'Brian tenía razón. Era evidente que se había corrido la voz. Un policía solitario bloqueaba la entrada, y mantenía a raya a un montón de cámaras y reporteros que, a su vez, eran objeto de la curiosidad de un semicírculo de apáticos vecinos. Algunos chicos pateaban un balón en un descampado, mientras otros husmeaban alrededor de los bonitos coches occidentales de los medios de comunicación.

—¿Pero quién era él para ellos? —dijo Zinaida de repente—. ¿Quién era él para vosotros? ¡Sois unos buitres!

Hizo una mueca de disgusto y, por tercera vez, Kelso notó que miraba por el retrovisor.

—¿Nos sigue alguien? —preguntó mientras se volvía.

—Quizá, un coche del aeropuerto. Pero ya no está.

—¿Qué clase de coche? —Trató de que la voz sonara tranquila.

—Un BMW, serie Siete.

—Parece que sabes de coches.

—¿Más preguntas? —Le lanzó otra mirada—. Los coches eran la pasión de mi padre. Los coches y el camarada Stalin. Era chófer de un pez gordo de los viejos tiempos, ¿no? Ya verás.

Pisó el acelerador.

No sabe nada, se dijo Kelso. No tiene ni idea de los riesgos. Empezó a pensar lo que haría: ahora echarás un vistazo rápido para ver si esa caja de herramientas está allí (no iba a estar), después le pedirás que te lleve al aeropuerto para ver si puedes salir en el próximo vuelo...

Dos minutos después del edificio de Rapava, Zinaida salió de la carretera principal y se metió por un camino de tierra a través de un desordenado bosquecillo de abedules hasta un terreno dividido en parcelas más pequeñas. Un cerdo gruñía en un corral hecho de puertas viejas de coches unidas con alambre. También había unos pollos escuálidos, unas verduras quemadas por la helada. Los niños habían hecho un muñeco con la nieve del día anterior que, con la llovizna, se había derretido y daba la grotesca impresión de un trozo de grasa blanca sobre el barro.

Delante de esta escena rural se veía una hilera de garajes. Sobre el techo plano y largo estaban los restos de una media docena de pequeños coches: carrocerías oxidadas despojadas de sus ventanas, motores, ruedas, asientos... Zinaida paró el motor y bajaron al terreno embarrado. Un anciano inclinado sobre una pala los miró. Zinaida le devolvió la mirada con las manos en la cadera. Al cabo de un rato, el hombre lanzó un escupitajo y volvió a su trabajo.

La chica llevaba una llave. Kelso miró hacia atrás, al camino desierto. Tenía la manos heladas. Se las metió en el bolsillo del abrigo. Zinaida era la que estaba tranquila. Iba con unas botas altas hasta la rodilla y procuraba no ensuciárselas. Kelso volvió a mirar atrás. Todo aquello no le gustaba: los árboles invasores, los restos de coches, esa mujer desconcertante con su calidoscopio de papeles... telefonista del GUM, futura abogada, puta eventual, y, ahora, hija insensible.

—¿De dónde has sacado la llave?

—Estaba con la nota.

—No comprendo por qué no has venido sola. ¿Para qué me necesitas?

—Porque no sé lo que estoy buscando. ¿Entras o no? —Estaba introduciendo la llave en un candado grande—. A propósito, ¿qué buscamos?

—Un cuaderno.

—¿Qué? —Dejó de trajinar con la llave y lo miró fijamente.

—Un cuaderno negro de hule de Josiv Stalin. —Repitió de nuevo esa frase.

Se estaba convirtiendo en un mantra.

(No estará aquí, se dijo de nuevo. Era como el Santo Grial. Lo importante era la búsqueda, no encontrarlo.)

—¿Un cuaderno de Stalin? ¿Y cuánto vale?

—¿Cuánto? —Trató de aparentar que nunca se le había ocurrido la pregunta—. Pues... es difícil dar una cifra exacta. Hay algunos coleccionistas muy ricos. Depende de lo que tenga escrito. —Abrió las manos—. Medio millón, quizá.

—¿De rublos?

—De dólares.

—¿Dólares? ¡Joder! —Retomó sus esfuerzos para abrir el candado, esta vez con torpeza por la ansiedad.

Al mirarla, Kelso se dio cuenta de su estado de ánimo y supo por qué la había acompañado. Ahí estaba todo... Era mucho más que el dinero. Se trataba de una reivindicación. De reivindicar los veinte años que había pasado helándose el culo en archivos en sótanos húmedos, yendo a conferencias en invierno —primero como oyente y después como ponente—, veinte años de enseñanza y componendas con el profesorado, tratando de escribir libros que no se vendían mucho... todo el tiempo con la esperanza de producir algún día algo que valiera la pena, algo auténtico, grande, definitivo, que explicara por qué las cosas habían sucedido de esa manera.

—Venga —dijo casi apartándola de la puerta—, déjame probar a mí.

Movió la llave en el candado, que al final giró y se abrió con un chasquido, y sacó la cadena de los pasadores.

Una oscuridad fría y espesa. Sin ventanas, ni electricidad, sólo una lámpara antigua de parafina colgada de un clavo al lado de la puerta.

La descolgó y la agitó. Estaba llena. Zinaida dijo que sabía cómo encenderla. Se arrodilló en el suelo de tierra, prendió una cerilla y la acercó a la mecha. Surgió una llama azul y después una amarilla. La levantó mientras Kelso volvía a cerrar la puerta.

El garaje era un cementerio de recambios viejos apilados junto a las paredes. En la pared de enfrente había unos asientos de coche dispuestos a modo de cama, con un saco de dormir y una manta cuidadosamente plegada encima. Una cadena, una polea y un gancho colgaban de una viga del techo. Debajo del

gancho, una plataforma de madera formaba un rectángulo de un metro y medio de ancho por dos de largo.

—Siempre ha tenido este lugar, desde que nací. Cuando las cosas se ponían mal, venía a dormir aquí.

—¿Tan mal se ponían?

—Mucho.

Cogió la lámpara y dio una vuelta iluminando los rincones. A la vista no había nada parecido a una caja de herramientas. En una mesa de trabajo había una bandeja de latón con un cepillo de metal, unas bielas, un cilindro, un carrete de alambre de cobre... ¿qué era todo eso? Kelso lo ignoraba todo sobre cuestiones mecánicas.

—¿Tenía coche?

—No sé. Hacía reparaciones para otros. La gente le daba cosas.

Se detuvo al lado de la improvisada cama. Algo brillaba encima. La llamó.

—Mira eso —le dijo e iluminó la pared.

Stalin los miraba desde un viejo poster. Había un montón de fotos más del secretario general, arrancadas de revistas. Stalin pensativo detrás del escritorio. Stalin con gorro de piel. Stalin estrechándole la mano a un general. Stalin muerto, en la capilla ardiente.

—¿Y ésta? ¿Eres tú?

Era una foto de Zinaida más o menos a los doce años con uniforme de colegiala. Se acercó sorprendida.

—¿Quién lo hubiera dicho? —Rió intranquila—. Yo con Stalin. —Contempló la foto.

—Bueno, vamos a buscar ese cuaderno —dijo apartándose—. Quiero irme de aquí.

Kelso tocó uno de los tablones del suelo con el pie. Estaba suelto el entarimado que descansaba sobre el suelo de tierra. Es aquí, pensó. Tiene que ser aquí.

Pusieron manos a la obra bajo la mirada de Stalin y empezaron a apilar los tablones contra la pared, dejando al descubierto un foso de mecánico. Era hondo. En la oscuridad parecía una tumba. Tenía el suelo manchado de aceite. Los lados estaban apuntalados con maderas viejas, en las que Rapava había hecho hornacinas para las herramientas. Kelso le pasó la lámpara a Zinaida y se secó las palmas con el abrigo. ¿Por qué estaba tan condenadamente nervioso? Se sentó en el borde, con las piernas en el aire, y bajó con cuidado. Se arrodilló en el suelo del foso y palpó hasta que tocó una tela de arpillera.

—Ilumina por aquí —pidió.

Quitó la tela áspera y a continuación palpó algo sólido, envuelto en papel de periódico. Se lo pasó a Zinaida, que dejó la lámpara y lo desenvolvió. Era una pistola. Kelso vio que era diestra con el arma. Sacó el cargador, comprobó si tenía las ocho balas, volvió a meterlo, quitó el seguro, volvió a ponerlo.

—¿Sabes cómo funciona?

—Claro. Es la suya, una Makarov. Cuando éramos pequeños, nos enseñaba a desarmarla, limpiarla, disparar. Siempre la llevaba consigo. Decía que, si se veía obligado, no dudaría en matar.

—Qué bonito recuerdo. —Creyó oír un ruido fuera—. ¿Has oído?

Pero ella meneó la cabeza, ocupada con el arma.

Kelso volvió a arrodillarse.

Allí, metida en un agujero, vio la esquina de una caja de metal oxidada, cubierta de barro seco. Si uno no sabía lo que buscaba, jamás la hubiera notado. Rapava la había escondido bien. Kelso la cogió con ambas manos y empezó a tironear.

Bueno, había algo muy pesado. O la caja en sí o lo que tenía dentro. Las asas estaban oxidadas y trabadas, era difícil levantarla, así que la arrastró hasta el centro del foso y la subió hasta el borde. Tenía la mejilla cerca de la caja y percibió el olor a acero oxidado, como si tuviera sangre en la boca. Zinaida se agachó para ayudarlo. Fue un momento especial, por un instante pareció que la caja exudaba una luz gris azulada. Hubo una ráfaga de aire fresco. Pero en aquel momento se abrió la puerta del garaje y en el vano de la puerta se recortó la silueta de un hombre.

Después, Kelso reconoció que ése había sido el momento decisivo, el instante en que había perdido el control de la situación. Si en ese momento no se dio cuenta fue porque su preocupación principal era evitar que ella le pegara un tiro en el pecho a R. J. O'Brian.

El reportero estaba contra la pared del garaje con las manos en alto. Kelso se dio cuenta de que no acababa de creerse que la chica pudiera dispararle. Pero un arma es un arma. Podía dispararse por accidente y, además, era vieja.

—Profesor, ¿quieres hacerme el favor de decirle que baje esa cosa?

Pero Zinaida volvió a apuntarle al pecho y O'Brian, con un gruñido, levantó más las manos.

Sí, sí, lo sentía, dijo. Los había seguido desde el aeropuerto. No había sido fácil, por el amor de Dios, sólo se limitaba a hacer su trabajo. Lo sentía.

Sus ojos parpadearon en dirección a la caja de herramientas.

— ¿Es ésa?

La reacción de Kelso al ver al norteamericano había sido de alivio: gracias a Dios era O'Brian el que los había seguido desde Sheremetevo y no Mamantov. Pero Zinaida no soltaba la pistola y lo tenía arrinconado contra la pared.

— Cállate —le dijo ella.

— Mira, profesor, he visto a estas mamonas disparar, y créeme que son muy capaces.

— Baja la pistola, Zinaida —le dijo Kelso en ruso. Era la primera vez que usaba su nombre—. Bájala y veamos qué hacemos.

— No me fío de él.

— Yo tampoco, pero qué vamos a hacer. Baja el arma.

— ¿Zinaida? ¿Quién es? ¿La conozco de algo?

— Frecuenta el Robotnik —dijo Kelso entre dientes—. ¿Quieres dejarme manejar a mí este asunto?

— ¿De veras? ¿El Robotnik? —O'Brian se humedeció sus gruesos labios. Con la luz amarillenta su cara ancha y bien alimentada parecía una calabaza de Acción de Gracias—. Claro, era la nena con que estabas anoche. Ya me parecía que la conocía.

— Cállate —volvió a ordenar ella.

O'Brian sonrió.

— Escucha, Zinaida, no tenemos por qué pelearnos. Podemos compartirlo, ¿no? Dividir todo en tres partes. Yo sólo quiero la noticia. Dile, Chiripa, dile que no pienso sacar a relucir su nombre, que no la mezclaré en esto. Me conoce, lo comprenderá. Es una chica de negocios. ¿No es cierto, cariño?

— ¿Qué dice? —le preguntó Zinaida a Kelso. Éste se lo dijo.

— *Niet* —exclamó. Y, mirando a O'Brian, **añadió** en inglés—: ¡Ni hablar!

— Me dais risa —dijo O'Brian—. El historiador y la puta. Muy bien, dile esto, Kelso. Dile que si no quiere hacer ningún trato conmigo, dentro de una o dos horas tendréis a toda la prensa de Moscú detrás de vosotros. Y a la Milicia. Y quizá a los tipos que mataron al viejo. Díselo.

Pero Kelso no tuvo que traducírselo. Ella lo entendió.

Se quedó con el ceño fruncido durante un instante, puso el seguro del arma con un chasquido y bajó la pistola despacio. O'Brian respiró aliviado.

— ¿Pero qué pinta ella en todo esto?

— Es la hija de Papu Rapava.

— Ah —asintió O'Brian. Ahora lo entendía.

La caja de herramientas estaba sobre el suelo de tierra. De momento O'Brian no los dejó que la abrieran. Quería capturar el gran momento, dijo, «para la posteridad y las noticias de la noche», y fue a buscar la cámara.

Cuando salió, Kelso sacó el paquete de cigarrillos semivacío y le ofreció uno a Zinaida. Mientras le daba fuego, ella se inclinó, lo miró fijamente y la llama se reflejó en sus ojos oscuros. Hace menos de doce horas ibas a irte a la cama conmigo por doscientos pavos... ¿Quién diablos eres?, pensó.

— ¿Qué piensas? — preguntó ella.

— Nada. ¿Estás bien?

— No me fío de él — repitió. Echó atrás la cabeza y exhaló el humo hacia el techo—. ¿Qué está haciendo?

— Voy a decirle que se dé prisa.

Fuera, O'Brian estaba sentado en el asiento delantero de un Toyota Land Cruiser cuatro por cuatro, poniendo una batería nueva en la cámara de vídeo. Al ver el Toyota, Kelso sintió un sudor frío de ansiedad.

— ¿No tienes un BMW?

— ¿Un BMW? No soy empresario. ¿Por qué?

El lugar estaba desierto. El viejo que cavaba se había marchado.

— Zinaida pensaba que desde el aeropuerto nos seguía un BMW serie Siete.

— ¿Serie Siete? Eso es un coche de la mafia. — O'Brian salió del Toyota y puso el ojo sobre el visor de la cámara—. Yo no le haría caso a Zinaida. Está loca.

— El cerdo salió de la pocilga y trotó para echarles un vistazo con la esperanza de conseguir un poco de comida—. Cerdito, ven aquí. — O'Brian empezó a filmarlo—. ¿Recuerdas eso de que el perro te mira desde abajo y el gato te mira desde arriba pero el cerdo te mira directamente a los ojos de igual a igual? — Dio media vuelta y enfocó a Kelso—. Sonríe, profesor, voy a hacerte famoso.

Kelso tapó el objetivo con la mano.

— Escucha, O'Brian...

— R.J.

— ¿Y eso qué quiere decir?

— Todo el mundo me llama R. J.

— De acuerdo, R. J., escucha lo que voy a hacer. Dejaré que me filmes pero con tres condiciones.

— ¿Cuáles?

— Una, deja de llamarme «profesor». Dos, deja fuera de todo esto el nombre de ella. Y tres, no se emitirá nada hasta que ese cuaderno, o lo que sea, haya sido legalmente autenticado.

—De acuerdo. —O'Brian guardó la cámara—. Quizá te sorprenda, pero yo también tengo que tener en cuenta mi reputación. Y, por lo que he oído, *doctor*, es bastante mejor que la tuya.

Cerró el Toyota con el mando a distancia, que emitió un pitido. Kelso echó una última mirada alrededor y lo siguió al garaje.

O'Brian hizo que Kelso volviera a colocar la caja en su escondite y la sacara de nuevo. Se lo hizo repetir dos veces, y tomó la escena una vez de frente y la otra *de* lado. Zinaida los miraba de cerca, pero cuidando de mantenerse fuera del alcance del objetivo. Fumaba sin parar y tenía los brazos cruzados sobre el estómago, a la defensiva. Cuando O'Brian se dio por satisfecho, Kelso llevó la caja a la mesa de trabajo y acercó la lámpara. No tenía cerradura, sólo dos cierres de muelle a ambos lados de la tapa. No hacía mucho que los habían limpiado y engrasado. Uno estaba roto. El otro, abierto. —Allí vamos, muchacho.

—Quiero que hagas, que describas todo lo que veas. —Indicó O'Brian—. Explícanos todo.

Kelso observó la caja.

—¿Tienes guantes?

—¿Guantes?

—Si lo que hay dentro es auténtico, tienen que estar las huellas dactilares de Stalin. Y las de Beria. No quiero contaminar las pruebas.

—¿Las huellas de Stalin?

—Claro. ¿No has oído hablar de las huellas de Stalin? Demian Bedni, el poeta bolchevique, se quejó de que no le gustaba prestarle libros a Stalin porque se los devolvía llenos de marcas grasientas de dedos. Osip Mandelstam, un poeta mucho más grande, se enteró de la historia y puso la imagen en un poema sobre Stalin: «Dedos gordos como salchichas.»

—¿Y a Stalin qué le pareció?

—Mandelstam murió en un campo de trabajos forzados.

—Claro. —O'Brian rebuscó en los bolsillos—. Muy bien, guantes. Aquí tienes.

Kelso se los puso. Eran de piel azul, un poco grandes, pero servirían. Flexionó los dedos... un cirujano antes del trasplante, un pianista antes del concierto. La idea le hizo sonreír. Miró a Zinaida. Tenía el rostro tenso. La cara de O'Brian estaba oculta detrás de la cámara.

—Muy bien. Estoy grabando. Ahora te toca a ti.

—De acuerdo. Estoy abriendo la tapa que está... dura, como cabía esperar.

—Kelso hizo una mueca por el esfuerzo. La tapa cedió, apenas lo suficiente para

que metiera los dedos por el resquicio e intentara separar los dos bordes. De pronto se abrió con un crujido de metal oxidado—. Sólo hay un objeto dentro... una especie de bolsa aparentemente de piel, llena de moho.

La cartera estaba llena de hongos de todo tipo, azul claro, verdes, grises, filamentos y manchas blancas con manchas negras. Apestaba a podrido. La sacó de la caja y la giró a la luz. Pasó el pulgar por la superficie. Poco a poco empezó a aparecer el esbozo de una imagen.

—Aquí hay una hoz y un martillo repujados, lo que indica que se trata de una cartera con algún tipo de documentación oficial... En el cierre de la caja hay aceite... Parte del óxido ha sido quitado...

Se imaginó los dedos sin uñas de Rapava palpando el contenido para descubrir qué le había costado una parte tan grande de su vida.

La correa sin ensartar en la hebilla carcomida había dejado un residuo harinoso. Abrió la cartera. El hongo había crecido dentro, alimentándose de la piel húmeda. Mientras sacaba el contenido, Kelso supo que, fuera lo que fuese, era auténtico, que ningún falsificador habría hecho todo eso ni dejado que se estropeará tanto su trabajo. Lo que en una época había sido un conjunto de papeles, se había fusionado, hinchado y estaba cubierto del mismo cáncer de esporas destructivas que el cuero. Las páginas del cuaderno también se habían deformado, pero menos, protegidas por unas tapas de hule negro.

Al abrirlo, se rompió la cubierta.

Primera página: nada.

Segunda: una foto recortada de una revista y pegada en el centro de la hoja. Un grupo de chicas menores de veinte años vestidas de atleta —*shorts* y camisetas— marchando con la vista al frente y un retrato de Stalin. Aparentemente un desfile en la plaza Roja. Pie de foto: «La Unidad 2 del Komsomol de la provincia de Arcángel muestran sus habilidades. Primera fila, de izquierda a derecha: I. Primakova, A. Safanova, D. Merkulova, K. Til, M. Arsenieva.» El joven rostro de A. Safanova estaba señalado con una pequeña cruz roja.

Kelso levantó el cuaderno y sopló para separar la segunda de la tercera hoja. Le sudaban las manos dentro de los guantes. Se sentía absurdamente torpe, como si tratara de enhebrar una aguja con manoplas.

Tercera hoja: escritura a lápiz apenas visible.

—No es la letra de Stalin, estoy seguro... Parece más bien alguien que escribe sobre Stalin. —La acercó a la lámpara—. «Está un poco separado de los demás, de pie en la cabecera de la tumba de Lenin. Levanta la mano para saludar. Sonríe. Pasamos debajo de donde él está. Su mirada se derrama sobre nosotras como un rayo de sol. Me mira a los ojos. Su fuerza me perfora. El mundo a nuestro

alrededor estalla en aplausos.» La siguiente frase está manchada, y, después, dice: «¡Viva el gran Stalin! ¡Viva el gran Stalin! ¡Viva para siempre el gran Stalin!»

14

¡... Viva el gran Stalin!
¡ Viva el gran Stalin!
¡Viva para siempre el gran Stalin!

12.5.51 *¡Nuestra foto sale en Ogoniok! Maria entra corriendo al final de la primera clase y me la enseña. No me gusta mi aspecto y M. me riñe por mi vanidad. (Dice que pienso demasiado en estar guapa; no está bien para una candidata a miembro del Partido. Es normal que ella, que parece un tanque, diga algo así.) Todos los camaradas de la mañana se apresuran a felicitarnos. Por una vez se olvidan de los problemas de siempre. Somos tan felices...*

5.6.51 *Hace un día caluroso y soleado. El Dvina está de color oro. Vuelvo a casa del instituto. Papá ha vuelto mucho más temprano que lo habitual, tiene un aspecto muy serio. Mamá es fuerte, como siempre. Con ellos hay un desconocido, ¡un camarada de los órganos del Comité Central de Moscú! No me da miedo. Sé que no he hecho nada malo. Y el desconocido sonrío. Es un hombre pequeño... me cae bien. A pesar del calor lleva sombrero y abrigo de piel. Se llama, creo, Mejlis. Me explica que tras una exhaustiva investigación, me han seleccionado para una tarea relacionada con la alta dirección del Partido. No puede decir nada más por razones de seguridad. Si acepto, debo viajar a Moscú y quedarme un año, quizá dos. Después quizá regrese a Arcángel y retome mis estudios. Dice que volverá mañana para que le dé mi respuesta, pero se la doy ahora con todo mi corazón: ¡sí! Como tengo diecinueve años, necesita el permiso de mis padres. ¡Por favor, papá, por favor! Papá está de lo más emocionado por la escena. Sale al jardín con el camarada Mejlis y vuelve con una cara muy solemne. Si es mi deseo y el del Partido, no me lo impedirá. Mamá está tan orgullosa.*

¡A Moscú por segunda vez en mi vida!
Sé que la mano de él está detrás de todo esto.
Soy tan feliz, podría morirme ahora mismo...

10.6.51 *Mamá me lleva a la estación. Papá se queda. Beso sus queridas mejillas. Me despido de ella, me despido de la infancia. Los vagones están repletos. El tren se pone en marcha. Hay otras personas que corren por el andén, pero mamá se queda inmóvil y enseguida se pierde de vista. Cruzamos el río. Estoy sola. ¡Pobre Anna! Y éste es el peor momento para viajar. Pero tengo ropa, un poco de comida, un libro o dos y este diario, en el que pondré mis pensamientos... Será mi amigo. Viajamos hacia el sur a través del bosque y la tundra. Un sol crepuscular rojo brilla como un fuego entre los árboles. Isakogorka. Obozerski. Ya he escrito todo lo que me ha pasado hasta ahora y no queda luz para seguir escribiendo.*

11.6.51 *Lunes por la mañana. La ciudad de Vozhega aparece con el amanecer. Los pasajeros se apean para estirar las piernas, pero yo me quedo en mi sitio. Por el pasillo llega olor a humo. Un hombre que se hace el dormido en el asiento de enfrente me mira escribir. Siente curiosidad por mí. ¡Si supiera! Y todavía faltan once horas hasta Moscú. ¿Cómo puede gobernar un hombre solo semejante nación? ¿Cómo podría existir semejante nación sin semejante hombre que la gobierna?*

Kenosha. Jarovsk. Los nombres del mapa se vuelven reales para mí.

Vologda. Danilov. Yaroslavl.

El miedo se apodera de mí. Estoy tan lejos de casa. La última vez éramos veinte, veinte niñas tontas riendo. ¡Ay, papá!

Alexandrov.

Y ahora llegamos a las afueras de Moscú. Una agitada emoción recorre el tren. Los bloques de apartamentos y las fábricas se extienden a lo largo y ancho como la tundra. Una niebla cálida de metal y humo. El sol de junio es mucho más cálido que en mi pueblo. De nuevo estoy tan entusiasmada.

¡4.30! ¡Estación de Yaroslavskaia! ¿Y ahora qué?

MÁS TARDE. El tren se detiene. El hombre de enfrente que me ha estado mirando todo el viaje, se inclina hacia adelante. «¿Anna Mijailovna Safanova?» Me quedo tan sorprendida que no puedo ni responder. ¿Sí? «Bienvenida a Moscú. Acompañeme, por favor.» Va con un abrigo de piel, como el camarada Mejlis. Lleva mi maleta por el andén hasta la entrada a la estación de la plaza Komsomolskaia. Nos espera un coche con chófer. Viajamos durante al menos una hora. No sé adonde vamos. A mí me parece que cruzamos toda la ciudad y volvemos a salir, por una carretera que lleva a un bosque de abedules. Hay una cerca alta y soldados que comprueban nuestros papeles. Seguimos adelante. Otra valla, y después una casa, en medio de un gran jardín.

(¡Sí, mamá, es cierto, es una casa modesta! Sólo dos plantas. ¡Tu buen corazón bolchevique se regocijaría con esta sencillez!)

Me llevan por el costado de la casa hacia el fondo, a un pabellón de servicio conectado con el ala principal por un pasillo largo. En la cocina me está esperando una mujer. Tiene el pelo canoso y es casi una anciana. Y es amable. Me llama «niña». Su nombre es Valechka Istomina. Me ha preparado una comida sencilla: fiambre y pan, arenques en vinagre y kvas.¹ Me observa. (Aquí todo el mundo observa a todo el mundo; es una sensación extraña levantar la vista y encontrarse con un par de ojos que te miran.) De vez en cuando pasan unos guardias y me miran. No hablan mucho, pero parece que todos tienen acento georgiano. « ¿Qué tal Valechka? —pregunta uno—. ¿De qué humor está hoy el jefe?», pero Valechka me señala con la cabeza y lo hace callar.

Yo no soy tan joven ni tan tonta como para hacer preguntas. Al menos por ahora.

«Mañana hablaremos — me dice Valechka—. Ahora descansa.»

Tengo una habitación para mí sola. La chica que estaba antes se ha marchado. Me han dejado dos blusas negras lisas y unas faldas.

1. Bebida rusa de bajo contenido alcohólico hecha de cereales fermentados o pan. (N. de la T.)

Tengo vistas a una punta del jardín, un cenador diminuto, el bosque. Los pájaros cantan en los atardeceres de verano. Parece todo tan tranquilo. Sin embargo, cada pocos minutos un guardia pasa por la ventana.

Me acuesto en mi pequeña cama y trato de dormir con el calor. Pienso en Arcángel en invierno: los faroles de colores que cruzan el río helado, patinar sobre el Dvina, el ruido del hielo que se quiebra por la noche, ir a buscar setas al bosque. Ojalá estuviera en casa. Pero son pensamientos tontos.

Debo dormir.

¿Por qué me vigilaba ese hombre durante el viaje en el tren?

MÁS TARDE. *Ruido de coches en la oscuridad.*

El está en casa.

12.6.51 *¡Hoy es el día! Apenas tengo tiempo de instalarme. Me tiemblan las manos. (¡En ese momento no, pero ahora sí me tiemblan!) A las siete voy a la cocina. Valechka ya está levantada arreglando un montón de vajilla y cristales rotos, comida tirada, todo apilado en medio de un mantel grande. Me explica cómo lo sacan todas las noches de la mesa: ¡dos guardias cogen el mantel por cada punta y se llevan todo fuera! Así que cada mañana nuestra primera tarea es recuperar todo lo que no se ha roto y lavarlo. Mientras trabajamos, Valechka me explica la rutina de la casa. El se levanta bastante tarde y a veces*

le gusta trabajar en el jardín. Después se va al Kremlin y se limpian sus dependencias. Nunca vuelve antes de las nueve o diez de la noche, y se le sirve la cena. A las dos o tres se va a dormir. Esto mismo se repite siete días por semana. Las reglas: si una se acerca a él, hay que hacerlo abiertamente. Le molesta que la gente se le acerque a hurtadillas. Si la puerta está cerrada, hay que golpear fuerte. No hay que quedarse por ahí. No hay que hablarle a menos que él se dirija a ti. Y, si una tiene que decirle algo, siempre hay que mirarlo a los ojos.

Valechka prepara un desayuno sencillo: café, carne y pan y se lo lleva fuera. Luego, me pide que vaya a buscar la bandeja. Antes de ir, me hace atar el cabello y da un vuelta a mi alrededor para examinarme. Estoy bien, dice. Está trabajando en una mesa en el jardín, en el extremo sur de la casa. O al menos ahí estaba. Se mueve sin parar de un lugar a otro. Es su costumbre. Los guardias me dirán dónde encontrarlo.

¿Qué puedo escribir sobre ese momento? Estoy tranquila. Habría estado orgullosos de mí. Recuerdo lo que tengo que hacer. Doy la vuelta al jardín y me acerco a él bien a la vista. Está sentado en un banco, solo, inclinado sobre unos papeles. La bandeja está sobre la mesa, a su lado. Levanta la vista mientras me acerco y vuelve a su trabajo. Pero mientras me alejo, juro que siento su mirada clavada en mi espalda, todo el camino, hasta que me pierdo de vista. Valechka se ríe de lo pálida que me he puesto.

Después de eso no vuelvo a verlo.

Ahora (son más de las diez) se oyen los coches.

14.6.51 Anoche. Tarde. Estoy en la cocina con Valechka cuando Lozgachov (un guardia) entra corriendo, acalorado, y dice que al jefe se le ha acabado el Ararat. Valechka saca una botella, pero en lugar de dársela a Lozgachov, me la da a mí. «Deja que Anna se la lleve.» Quiere ayudarme... ¡qué buena! Así que Lozgachov me lleva por un pasillo hasta la parte principal de la casa. Oigo voces de hombre. Risas. Golpea con fuerza la puerta y se queda a un lado. Entro. En la habitación hace calor, el aire está cargado. Hay siete u ocho hombres alrededor de la mesa; todas caras conocidas. Uno, el camarada Jruschov, creo, está de pie haciendo un brindis. Está congestionado y sudoroso. Se calla. Hay comida por todas partes, como si la hubieran estado tirando. Todos me miran. El camarada Stalin está en la cabecera de la mesa. Dejo la botella de coñac a su lado. Tiene una voz suave y amable. «¿Cómo te llamas, joven camarada?», me pregunta. «Anna Safanova, camarada Stalin.» Me acuerdo de mirarlo a los ojos. Son muy profundos. El hombre que está a su lado dice: «Es de Arcángel, jefe.» Y Jruschov añade: «¡Seguro que Lavrenti sabe de dónde es!» Más risas. «No les hagas caso a estos maleducados —dice el camarada Stalin—. Gracias, Anna Safanova.» Al cerrar la puerta, reanudan la conversación. Valechka me está esperando al final del pasillo. Me pasa el brazo por el hombro y volvemos a la cocina. Estoy temblando. Debe ser de placer.

16.6.51 *El camarada Stalin ha dicho que de ahora en adelante quiere que le lleve el desayuno.*

21.6.51 *Esta mañana está en el jardín como de costumbre ¡Ojalá la gente pudiese verlo aquí! Le gusta oír el canto de los pájaros, podar las plantas. Pero le tiemblan las manos. Mientras dejo la bandeja lo oigo maldecir. Se ha cortado. Cojo la servilleta y me acerco. Al principio me mira con desconfianza y después extiende la mano. Se la envuelvo y la tela se mancha de sangre. «¿Verdad que no le tienes miedo al camarada Stalin, Anna Safanova?» «¿Por qué voy a tenerle miedo al camarada Stalin?» «Los médicos le tienen miedo al camarada Stalin. Cuando vienen a cambiarle una venda al camarada Stalin, les tiemblan tanto las manos que tiene que cambiársela solo. Ay, pero si no les temblaran las manos... ¿Qué significaría entonces? Gracias, Anna Safanova.»*

¡Ay mamá, ay papá, está tan solo! Os daría tanta pena. Es de carne y hueso como todos nosotros. Y de cerca es viejo. Mucho mayor de lo que parece en las fotos. Tiene el bigote gris y la parte de abajo está manchada de amarillo por el humo de la pipa. Casi no le quedan dientes. Y cuando respira el pecho le hace ruido. Temo por él. Por todos nosotros.

30.6.51 *Tres de la madrugada. Lllaman a mi puerta. Valechka está fuera, en camión, con una linterna de bolsillo. El ha salido al jardín apodar ala luz de la luna, ¡y se ha vuelto a cortar! ¡Me llama! Me visto enseguida y la sigo por el pasillo. Hace una noche cálida. Pasamos por el comedor y entramos en sus aposentos. Tiene tres habitaciones y se va cambiando: una noche duerme en una, otra en otra. Nadie sabe nunca en cuál está. Duerme en un sofá debajo de una manta. Valechka nos deja solos. Está sentado en el sofá con la mano estirada. Es sólo un rasguño. Tardo medio minuto en vendársela con mi pañuelo. «La valiente Anna Safanova...»*

Siento que quiere que me quede. Me pregunta por mi casa y mis padres, mi trabajo en el Partido, mis planes para el futuro. Le hablo de mi interés por el derecho. Se ríe. ¡No le caen muy bien los abogados! Quiere saber cómo es la vida en Arcángel en invierno. ¿He visto la luz de la aurora boreal? (¡Por supuesto!) ¿Cuándo llegan las primeras nieves? A finales de septiembre, le digo, y a finales de octubre la ciudad está cubierta de nieve y sólo pueden pasar los trenes. Quiere saberlo todo. ¿Cómo se hiela el Dvina? ¿Cómo es que sólo hay cuatro horas de luz por día? ¿Cómo baja la temperatura a treinta y cinco bajo cero y la gente va al bosque a pescar en el hielo...?

Me escucha con gran atención. «El cantarada Stalin cree que el alma de Rusia yace en el hielo y la soledad septentrional. La época en que el camarada Stalin estuvo en el exilio —antes de la Revolución, en Kureika, en el círculo polar ártico— fue la más feliz de su vida. Allí aprendió a cazar y a pescar. El cerdo de Trotski sostenía que el camarada Stalin sólo

cazaba con trampas. ¡Mentiroso inmundo! El camarada Stalin ponía trampas, sí, pero también líneas en los agujeros en el hielo, y tenía tanto talento para detectar dónde había peces que la gente del lugar creía que poseía poderes sobrenaturales. El camarada Stalin recorrió en un día cuarenta y cinco verstas en esquís y cazó doce pares de perdices con veinticuatro disparos. ¿Trostki podría afirmar lo mismo?»

Ojalá pudiera recordar todo lo que dijo. Quizá mi destino sea registrar sus palabras para la historia. Cuando lo dejo para irme a la cama, ya es de día.

8.7.51 La misma escena que la última vez. Valechka en mi puerta a las tres de la mañana; se ha cortado, quiere que vaya. Pero cuando llego, no veo ninguna herida. Se me ríe en la cara: ¡es una broma!, y me dice que de todas formas le vende la mano. Me acaricia la mejilla, después me pellizca. «¿Has visto, valiente Anna Safanova? ¡Me has convertido en tu prisionero!»

Está en una habitación diferente de la última vez. En la pared hay fotos de niños arrancadas de revistas. Niños que juegan en un bosquecillo de cerezos. Un niño con esquís. Una niña que bebe leche de cabra de un cuerno. Muchas fotos. Nota que las miro y esto le hace hablar con franqueza de sus propios hijos. Un hijo se le ha muerto. El otro es un borracho. La hija se ha casado dos veces; la primera con un judío... ¡jamás le ha permitido entrar en la casa! ¿Qué ha hecho el camarada Stalin para merecer esto? Los demás hombres tienen hijos normales. ¿Era un problema de sangre o de mala educación? ¿Algo malo con las madres? (Eso cree, a juzgar por las familias de ellas que para él han sido una pesadilla constante.) ¿O era imposible que los hijos del camarada Stalin tuvieran un desarrollo normal dada la alta posición del padre en el Estado y el Partido? Éste era un conflicto muy antiguo, más antiguo que la lucha de clases.

Me pregunta si he oído hablar del discurso del camarada Trofim Lisenko de 1948 en la Academia Lenin de Ciencias Agrícolas. Le digo que sí y se siente complacido por mi respuesta.

«¡Pero fue el camarada Stalin quien escribió el discurso. El camarada Stalin sostiene, tras una vida de estudio y esfuerzo, que las características adquiridas se heredan. Aunque, naturalmente, estos descubrimientos hay que ponerlos en boca de otros, del mismo modo que éstos deben convertir los principios en ciencia aplicada.»

«Recuerda las palabras del camarada Stalin a Gorki: "Es tarea del estado proletario producir ingenieros de almas humanas."»

«¿Eres una buena comunista, Anna Safanova?»

Le aseguro que sí.

«¿Quieres demostrarlo? ¿Bailarías para el camarada Stalin?»

Hay un gramófono en un rincón de la habitación. Se dirige hacia allí. Yo...

15

— ¿Y así termina? — preguntó O'Brian con desilusión—. ¿Y ya está?

— Compruébalo tú mismo. — Kelso giró el cuaderno y se lo enseñó a los otros dos—. Las siguientes veinte páginas fueron arrancadas. Mira, aquí se ve claro cómo lo hicieron. Los trozos de papel que quedan cosidos son todos de diferente tamaño.

— ¿Y qué tiene eso de importante?

— Significa que no las arrancaron todas a la vez, sino una por una. Metódicamente. — Kelso retomó su examen—. Hay algunas páginas al final, unas cincuenta, pero no tienen nada escrito. Están dibujadas, garabateadas, mejor dicho, con lápiz rojo. La misma imagen una y otra vez, ¿la ves?

— ¿Qué son? — O'Brian se acercó con la cámara en marcha—. Parecen lobos.

— Son lobos. Cabezas de lobo. Stalin, mientras pensaba, solía dibujar lobos en los márgenes de los documentos oficiales.

— Dios mío. ¿Así que crees que es auténtico?

— Hasta que no esté autenticado legalmente, no puedo afirmarlo de forma oficial. Lo siento.

— Y extraoficialmente, aunque no nos pronunciemos hasta más adelante, ¿qué crees?

— Vaya, que es auténtico — dijo Kelso—. Apostaría cualquier cosa.

O'Brian guardó la cámara.

Se habían marchado del garaje y ya estaban sentados en las oficinas de Moscú de la cadena de noticias vía satélite SNS, que ocupaba el último de los diez pisos de un edificio de oficinas justo al sur del estadio Olímpico. Una partición de cristal dividía el lugar de O'Brian de la oficina central de producción, donde una secretaria miraba con apatía la pantalla de un ordenador. A su lado, un televisor mudo, sintonizado en la SNS, emitía un resumen de los partidos de béisbol de la

noche anterior. Kelso vio por la claraboya una gran antena parabólica apuntando a las hinchadas nubes de Moscú como un plato para hacer una colecta.

—¿Y cuánto nos llevará que examinen esos papeles? —preguntó O'Brian.

—Tres semanas, quizá, un mes —dijo Kelso.

—Ni hablar. No podemos esperar tanto.

—Bueno, piensa un poco. Primero, este material técnicamente pertenece al gobierno ruso. O a los herederos de Stalin. O a alguien, pero en todo caso no es nuestro... de Zinaida, quiero decir.

Zinaida estaba de pie ante la ventana, mirando por una rendija que había abierto en la cortina. Al oír su nombre, echó una mirada en dirección a Kelso. Casi no había abierto la boca durante la última hora, ni cuando estaba en el garaje, ni mucho menos durante el prudente trayecto por Moscú detrás del coche de O'Brian.

—Por lo tanto no es seguro guardarlo aquí —continuó Kelso—. Tenemos que sacarlo del país. Eso es lo primero. Dios sabe quién nos estará persiguiendo ahora. Estoy seguro de que es muy peligroso estar incluso en el mismo sitio que este material. Las pruebas... bueno, se pueden hacer en cualquier parte. Conozco gente en Oxford que puede examinar el papel y la tinta. Y hay expertos en documentos en Alemania, Suiza...

O'Brian no parecía escuchar. Tenía los pies sobre el escritorio, el cuerpo reclinado en el sillón y las manos en la nuca.

—¿Sabes qué tenemos que hacer? —murmuró—. Encontrar a la chica.

Kelso lo miró fijamente.

—¿Encontrar a la chica? ¿De qué hablas? No va a haber ninguna chica. La chica estará muerta.

—¿Por qué estás tan seguro? Tendrá sólo... ¿cuántos? ¿Sesenta y algo?

—Sesenta y seis. Pero no se trata de eso. Seguro que no habrá muerto de vieja. ¿Con quién te crees que se estaba liando? ¿Con el Príncipe Azul? Seguro que después no vivió feliz y comió perdiz.

—Quizá no. Pero tenemos que averiguar qué fue de ella. ¿Qué le pasó a su familia? Interés humano. Eso sí es una buena historia periodística.

La pared detrás de O'Brian estaba tapizada de fotos: O'Brian con Yasser Arafat, O'Brian con Gerry Adams, O'Brian con un chaleco antibalas junto a una fosa común en alguna parte de los Balcanes, O'Brian caminando con cautela por un campo de minas con la princesa de Gales. O'Brian en esmoquin recogiendo un premio... ¿por la simple genialidad de ser O'Brian? Menciones a O'Brian. Reseñas de O'Brian. Una felicitación a O'Brian del director de la cadena SNS por su

«incesante vocación de triunfo». Por primera vez —y demasiado tarde— Kelso empezaba a hacerse una idea de la ambición de ese hombre.

—Escúchame bien —dijo Kelso para que no hubiera lugar a ningún malentendido—. Nada, pero nada de todo esto se hará público hasta que el material esté fuera del país y haya sido legalmente verificado. ¿Me escuchas? Eso ha sido lo convenido.

O'Brian chasqueó los dedos.

—Sí, sí, de acuerdo. Pero mientras tanto deberíamos averiguar qué le pasó a la chica. En todo caso tendremos que hacerlo. Si emitimos lo del diario antes de averiguar qué le pasó a Anna, alguien se nos adelantará y se quedará con la mejor parte de la historia. —Quitó los pies del escritorio y giró con el sillón hasta la estantería que había detrás—. Veamos dónde demonios está Arcángel.

Sucedió con esa especie de lógica inexorable, de modo tal que más tarde, cuando Kelso tuvo tiempo de revisar sus actos, no pudo identificar el instante preciso en que habría podido desviar el curso de los acontecimientos para que tomaran otro rumbo...

—«Arcángel —leyó O'Brian de una guía—. Ciudad portuaria del norte de Rusia. Población: cuatrocientos mil. Situada sobre el río Dvina, a cincuenta kilómetros del mar Blanco. Industrias principales: maderera, astilleros y pesca. Desde finales de octubre a principios de abril, Arcángel está aislada por la nieve.» Mierda. ¿Qué fecha es hoy?

—Veintinueve de octubre.

O'Brian cogió el teléfono y marcó un número. Kelso, desde el sofá, observó tras el cristal a la secretaria levantar en silencio el auricular.

—Cariño, ¿me haces un favor? —dijo O'Brian—. Ponte en contacto con el Centro Meteorológico de Florida y pídeles la última previsión para Arcángel. —Le deletreó el nombre—. Eso es todo. Lo más rápido posible.

Kelso cerró los ojos.

La cuestión era que O'Brian tenía razón. El nudo de la historia era la chica. Y desde Moscú no se podía hacer nada. Si había que empezar en algún lado a seguirle la pista, tenía que ser en su tierra natal, en el norte, donde quizá aún quedaban miembros de su familia o amigos que la recordaran, que recordaran a la chica de diecinueve años, miembro del Komsomol, y la espectacular llamada que había recibido de Moscú en 1951...

—«Arcángel —retomó la lectura O'Brian— fue fundada por Pedro el Grande y bautizada así en honor del arcángel Miguel, el ángel guerrero. Véase el

Apocalipsis, capítulos doce, versículos siete y ocho: "Y fue hecha una grande batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón; y lidiaba el dragón y sus ángeles, y no prevalecieron, ni su lugar fue más hallado en el cielo." En los años treinta...»

—¿Tenemos que escuchar todo esto?

Pero O'Brian levantó el índice.

—«... en los años treinta, Stalin exilió a dos millones de pequeños propietarios rurales ucranianos en la provincia autónoma de Arcángel, una región de bosque y tundra más grande que Francia. Después de la guerra, esta vasta zona se utilizó para probar armas nucleares. El puerto de mar de Arcángel es Severodvinsk, el centro principal del programa ruso de construcción de submarinos nucleares. Hasta la caída del comunismo, Arcángel era una ciudad cerrada, prohibida a todos los visitantes.»

«Consejos de viaje —concluyó O'Brian—. Al llegar a la estación de tren de Arcángel, consulte siempre el contador digital de radiación; si indica quince microrradios o menos por hora, no hay problema.» —Cerró el libro con un alegre chasquido—. Parece un sitio divertido. ¿Qué piensas? ¿Te apuntas?

Estoy atrapado, pensó Kelso. Soy víctima de la inevitabilidad de la historia. El camarada Stalin lo habría aprobado.

—Ya sabes que no tengo dinero...

—Te lo presto.

—Ni ropa de invierno...

—La conseguiremos.

—Ni visado...

—Un detalle.

—¿Un detalle?

—Venga, Chiripa, eres el experto en Stalin. Te necesito.

—Bueno, eso sí me conmueve. Y si digo que no, seguramente irás de todos modos.

O'Brian sonrió. Sonó el teléfono, lo atendió y tomó algunas notas. Al colgar, frunció el entrecejo y Kelso vio esperanzado la posibilidad de una postergación. Pero no.

A las once de ese día Arcángel estaba parcialmente nublado, a cuatro grados bajo cero, con viento suave y nevadas racheadas. Sin embargo, se acercaba una borrasca de Siberia que prometía nieve suficiente para dejar aislada la ciudad al cabo de uno o dos días.

En otras palabras, dijo O'Brian, tenían que darse prisa.

Cogió un atlas y lo abrió sobre el escritorio.

Evidentemente la forma más rápida de llegar a Arcángel era en avión, pero Aeroflot no volaba hasta la mañana siguiente y la aerolínea le exigiría a Kelso el visado, que expiraba a medianoche. Así que esa posibilidad estaba excluida. El tren tardaba más de veinte horas y hasta O'Brian veía los riesgos de ese viaje: atrapados casi todo el día a bordo de un coche cama.

Les quedaba la carretera —concretamente la M 8— que recorría cerca de mil doscientos kilómetros más o menos directamente, según el mapa, desviándose un poco para entrar en la ciudad de Yaroslavl, seguía después por la llanura de los ríos Vaga y Dvina, cruzaba la taiga y la tundra y los grandes bosques vírgenes de Rusia septentrional hasta entrar en Arcángel, donde acababa.

—No es una autopista, ¿sabes? —dijo Kelso—. No hay moteles.

—No importa, amigo. Te prometo que será pan comido. Veamos... nos quedan varias horas de luz en las que dejaremos atrás Moscú. Sabes conducir, ¿no?

—Sí.

—Muy bien, nos turnaremos. Te aseguro que estos viajes siempre parecen peor sobre el papel. Una vez estemos en camino haremos kilómetros por un tubo. —Hizo unos cálculos en un bloc—. Creo que podemos llegar a Arcángel a las nueve o diez de la mañana.

—Qué, ¿conducimos toda la noche?

—Claro. Si tardamos menos, también podemos parar. El asunto es dejar de hablar y ponernos en marcha. Cuanto antes salgamos a la carretera, antes llegaremos. Tenemos que buscar algo donde guardar el cuaderno...

Salió de detrás del escritorio y se acercó a la mesilla donde estaba el diario, junto a la masa de papeles congelada, pero antes de que pudiera tocarlo lo cogió Zinaida.

—Esto —dijo en inglés— mío.

—¿Qué?

—Mío.

—Tiene razón —dijo Kelso—. Su padre se lo dejó a ella.

—De acuerdo, lo cojo prestado.

—*Niet!*

O'Brian recurrió a Kelso.

—¿Está loca? ¿Y si encontramos a Anna Safanova?

—¿Y si no? ¿Qué idea tienes exactamente? ¿La antigua amante de Stalin, canosa y en una mecedora, leyendo en voz alta para el público?

—Escucha, gracioso, la gente estará mucho más dispuesta a hablar con nosotros si llevamos una prueba. Creo que tenemos que llevarnos ese cuaderno. Además, ¿por qué es de ella? No es más suyo que mío. O de cualquier otro.

—Porque ése ha sido el trato, ¿recuerdas?

—¿Trato? A mí me parece que los únicos que tienen un trato aquí sois vosotros dos. Venga, Chiripa —dijo otra vez en tono adulator—, Moscú no es seguro para ella. ¿Dónde va a guardar el cuaderno? ¿Y si Mamantov va a buscarla?

En eso Kelso tenía que darle la razón.

—¿Por qué no viene entonces con nosotros? —Se volvió hacia Zinaida—. Ven con nosotros a Arcángel.

—¿Con él? —preguntó en ruso—. Ni hablar; nos matará a todos.

Kelso empezaba a perder la paciencia.

—Entonces dejemos lo de Arcángel para cuando hayamos fotocopiado el material —le dijo a O'Brian irritado.

—Pero ya has oído el pronóstico del tiempo. Dentro de uno o dos días no podremos entrar. Además, esto es un notición, y las noticias no esperan. —Levantó las manos molesto—. Mierda, no aguanto estar aquí quejándome toda la tarde. Tengo que buscar equipo, provisiones. Debemos ponernos en marcha. Hazla entrar en razón, tío, por el amor de Dios.

—Te lo dije —comentó Zinaida después de que O'Brian saliera de la oficina dando un portazo—. Te dije que no podíamos fiarnos de él.

Kelso se hundió en el sofá. Se frotó la cara con las manos. La cosa empezaba a ponerse peligrosa, pensó. No física —por extraño que pareciera, todavía era algo irreal para él— sino profesionalmente. Lo que percibía en aquel momento era un peligro profesional. Adelman tenía razón: esas grandes estafas solían seguir siempre el mismo esquema. Y parte de él consistía en calibrar las cosas precipitadamente. Se suponía que era un investigador estudioso, ¿y qué había hecho? Leer el cuaderno una vez. ¡Una sola vez! Ni siquiera había hecho las comprobaciones más elementales: cotejar si las fechas del diario coincidían con los movimientos de Stalin del verano de 1951. Podía imaginarse la reacción de sus ex colegas, que seguramente abandonaban el espacio aéreo ruso en aquel instante. Si vieran cómo estaba manejando el asunto...

La idea le molestó más de lo que quería admitir.

Y ahí, sobre la mesa, estaba el otro fajo de papeles, lleno de moho y congelado, que ni siquiera había empezado a mirar.

Se puso los guantes de O'Brian y se inclinó hacia adelante. Pasó el índice por las esporas grises de la hoja de encima. Había algo escrito debajo. Volvió a pasar el dedo y aparecieron las letras NKVD.

—Zinaida —dijo.

Ella estaba sentada detrás del escritorio de O'Brian, hojeando «su» cuaderno. Al oír su nombre levantó la vista.

Kelso le pidió las pinzas para separar la hoja superior como si fuera una capa de piel muerta, que se quedaba pegada en algunas partes, pero que se desprendió lo suficiente para permitirle ver algunas palabras de la hoja de debajo. Era un documento escrito a máquina, parecía un informe de vigilancia fechado el 24 de mayo de 1951, firmado por el comandante I. T. Mejlis del NKVD.

«... resumen de conclusiones del 23 de los corrientes... Anna Mijailovna Safanova, nacida en Arcángel el 27-2-32... Academia Máximo Gorki... reputación (véase hoja adjunta). Salud: buena... difteria, ocho años y tres meses... rubeola, diez años y un mes... No hay antecedentes familiares de enfermedades genéticas. Trabajo del Partido: sobresaliente... Pioneros... Komsomol...»

Kelso separó más capas. A veces salía una sola hoja, otras dos o tres pegadas. Era un trabajo meticuloso. De vez en cuando divisaba ocasionales apariciones de O'Brian a través de la mampara de cristal, que llevaba una maleta hasta la puerta del ascensor, pero él estaba tan absorto que no le prestaba atención. Lo que leía era un informe completo de la vida de una chica de diecinueve años, detallado como sólo la policía podía preparar. Había algo casi pornográfico en él. Constaban todas las enfermedades infantiles, su grupo sanguíneo (O), el estado de su dentadura (excelente), altura y peso, color de pelo (castaño claro), aptitudes físicas («demuestra talento especial para la gimnasia»), capacidad mental («sobresaliente, en el noventa por ciento»), corrección ideológica («la gran comprensión de la teoría marxista»), entrevistas con su médico, con el entrenador, los profesores, el jefe de grupo del Komsomol, compañeros de estudios.

Lo peor que podía decirse de ella era que quizá tenía «un carácter un poco soñador» (camarada Oborin). Y «en todas sus relaciones personales, cierta tendencia a la subjetividad y al sentimentalismo burgués más que a la objetividad» (Elena Satsanova). Contra la crítica de que era «ingenua» expresada por la misma camarada Satsanova, había un comentario escrito con lápiz rojo al margen: «¡Qué bien!», y más adelante: «¿Quién es esa vieja bruja?» Había muchos otros subrayados, signos de exclamación e interrogación, notas al margen: «Ja ja ja», «¿Y qué?», «¡Aceptable!»

Kelso había pasado suficiente tiempo en los archivos para reconocer la mano y el estilo, la letra irregular de Stalin. No había duda.

Al cabo de media hora volvió a poner los papeles en el orden original y se quitó los guantes. Tenía las manos agarrotadas, ásperas y húmedas. De pronto se sintió asqueado consigo mismo.

Zinaida lo miraba.

—¿Qué crees que le pasó a esa chica?

—Nada bueno.

—¿La mandó traer del norte para follársela?

—Es una manera de decirlo.

—Pobre chica.

—Pobre chica —coincidió Kelso.

—¿Y para qué guardaba él ese diario?

—¿Obsesión? ¿Enamoramiento? —Se encogió de hombros—. ¡Quién sabe! Por entonces ya estaba enfermo. Le quedaban veinte meses de vida. Quizá ella describió lo que le pasaba, después se lo pensó mejor y arrancó las páginas. O, lo más probable, él encontró el cuaderno y arrancó esas páginas. No le gustaba que la gente supiera mucho de él.

—Pues te diré una cosa: esa noche él no se la folló.

Kelso rió.

—¿Y cómo lo sabes?

—Es fácil, mira. —Abrió el cuaderno—. Aquí, el 12 de mayo, pone: «el trastorno de cada mes», ¿no? El 10 de junio, en el tren, «es el peor día para viajar». Pues calcúlalo tú mismo, ¿no? Hay exactamente veintiocho días entre las dos fechas. Y veintiocho días entre el 10 de junio y el 8 de julio, que es la última entrada.

Kelso se puso de pie despacio y se acercó al escritorio. Miró por encima del hombro la escritura infantil.

—¿De qué estás hablando?

—Era una chica regular. Una chica del Komsomol muy regular.

Kelso se hizo cargo de la información, se puso los guantes, cogió el cuaderno y lo hojeó entre ambas páginas. Qué locura, ¿no? Era una idea repugnante. Apenas se atrevía a reconocer lo que empezaba a sospechar en el fondo de su mente. ¿Pero por qué otra cosa iba a estar tan interesado Stalin de si había tenido o no rubeola y todas esas enfermedades? ¿O si en la familia había antecedentes de enfermedades genéticas?

—Dime una cosa —preguntó en voz baja—, ¿cuándo habría sido su momento fértil?

—Catorce días más tarde, el 22.

Y de pronto Zinaida sintió el impulso de largarse de allí enseguida.

Apartó la silla del escritorio y miró el cuaderno, alterada.

—Llévate esa maldita cosa —dijo—. Llévatela y quédatala.

No quería volver a tocarla. Ni siquiera quería mirarla.

Era como un objeto maldito.

Unos segundos después estaba con el bolso al hombro abriendo la puerta y dirigiéndose rápidamente hacia el ascensor. Kelso la alcanzó a trompicones. O'Brian salió de una sala de redacción para ver qué pasaba. Llevaba un anorak muy acolchado y unos prismáticos colgados del cuello. Fue tras ellos, pero Kelso le hizo señas de que los dejara.

—Yo me ocupo.

Zinaida estaba en el pasillo, de espaldas a él.

—Escucha, Zinaida —Se abrió la puerta del ascensor y Kelso entró detrás de ella—. Escucha, aquí no estarás segura...

El ascensor se detuvo y entró un hombre de mediana edad, corpulento, con un abrigo negro de piel, que se interpuso entre ambos. Miró primero a la chica, después a Kelso, y, al percibir la tensión del silencio, hizo un amago de sonrisa. Kelso se dio cuenta de lo que pensaba: una riña de enamorados... bueno, así era la vida, lo superarían.

Cuando llegaron a la planta baja, se apartó para dejarlos salir primero, y Zinaida echó a andar taconeando con las botas altas sobre el suelo de mármol. Un guardia de seguridad apretó un botón para abrir la puerta.

—Será mejor que te preocupes por ti mismo —le dijo mientras se subía la cremallera de la chaqueta.

Eran poco más de las cuatro. La gente empezaba a salir del trabajo. En las oficinas de enfrente se veía el brillo verdoso de las pantallas de los monitores. Una mujer se acurrucaba en un portal para hablar por un teléfono móvil. Un motociclista pasó por su lado, despacio.

—Zinaida, escucha. —La cogió del brazo para que no siguiera andando y la llevó hacia una pared. Ella ni levantó la vista—. Tu padre tuvo una muerte terrible, ¿comprendes lo que digo? La gente que lo mató, Mamantov y los suyos, andan tras ese cuaderno. Saben que contiene algo importante... no me preguntes cómo. Si saben que tu padre tenía una hija, y es muy probable porque Mamantov tenía acceso a su expediente, bueno... piensa en ello. Va a ir por ti.

—¿Y lo mataron por eso?

—Lo mataron porque no les dijo dónde estaba. Y no se lo dijo porque quería dejártelo a ti.

—Pero no valía la pena morir por eso. Qué viejo estúpido. —Lo miró fijamente. Por primera vez le vio los ojos húmedos a la luz del día—. Viejo estúpido y testarudo.

—¿Tienes alguien con quien quedarte? ¿Algún familiar?

—Toda mi familia ha muerto.

—¿Algún amigo?

—¿Amigo? Sí, una amiga, ¿recuerdas? —Abrió el bolso y le enseñó la pistola de su padre.

—Al menos déjame tu dirección, tu número de teléfono... —dijo Kelso lo más tranquilamente que pudo.

—¿Para qué? —preguntó Zinaida con desconfianza.

—Porque me siento responsable. —Miró alrededor. Era una locura hablar así, en la calle. Se palpó los bolsillos, sacó una pluma, pero no encontraba ningún papel. Rompió entonces un trozo del paquete de cigarrillos—. Date prisa, escríbela ahí.

Pensó que no lo haría. Zinaida se volvió para marcharse, pero entonces, de repente, garabateó algo en el papel. Vivía cerca del parque Izmailovo, al lado del mercadillo de Moscú.

No se despidió, echó a andar deprisa calle abajo, esquivando a los transeúntes. Kelso se quedó mirándola a ver si se giraba, pero no lo hizo. El sabía que no lo haría, no era la clase de mujer que mira atrás.

SEGUNDA PARTE

ARCÁNGEL

Si temes a los lobos, no entres en el bosque.

STALIN, 1936

16

Antes de salir de Moscú tenían que conseguir combustible, porque, como decía O'Brian, uno nunca sabe qué tipo de meado de caballo intentarán colocarte fuera de la ciudad. Así que pararon en la nueva Nefto Agip de la avenida Mira y O'Brian llenó el depósito del Land Cruiser y cuatro bidones grandes con ciento cincuenta litros de gasolina súper sin plomo. Después revisó el aceite y los neumáticos. Cuando volvieron a la carretera ya estaban en plena hora punta, y se encontraron con el lento aluvión de tráfico.

Tardaron casi una hora entera para llegar al cinturón de ronda, donde, al fin, disminuyó el tráfico y cada vez había menos bloques de apartamentos y chimeneas de fábricas, hasta que de repente vieron que estaban en pleno campo, en medio de una llanura gris verdosa, con torres de alta tensión gigantescas y un cielo vasto e interminable. Hacía más de diez años que Kelso no se aventuraba por la M8 en dirección norte. Las iglesias, que desde la Revolución se utilizaban como depósitos de grano, estaban ahora rodeadas de andamios, en pleno proceso de

restauración. Cerca de Dvoriki, una cúpula dorada acaparaba la escasa luz del crepúsculo y brillaba sobre el horizonte como una hoguera de otoño.

O'Brian estaba en su elemento.

—De nuevo en la carretera —decía de vez en cuando—, lejos de la ciudad. Es fantástico, ¿no? Fantástico.

Conducía a una velocidad regular de cien kilómetros por hora, hablando constantemente, con una mano en el volante y la otra marcando el ritmo de una atronadora música rock.

—¡Fantástico!

La cartera estaba en el asiento trasero, envuelta en plástico. Amontonados detrás, había una serie de materiales variopintos y provisiones: un par de sacos de dormir, ropa interior térmica («¿Has traído, Chiripa? ¡Siempre hay que tener camisetas térmicas!»), dos anoraks impermeables forrados de piel, botas de goma y botas militares, prismáticos normales y de visión nocturna, una pala, una brújula, botellas de agua, tabletas para desinfectar el agua, dos cajas de seis botellines de Budweiser, una caja de tabletas de chocolate Hershey, dos termos llenos de café, latas de conserva, una linterna, una radio a transistores de onda corta, pilas de repuesto, un hervidor de agua de viaje que podía enchufarse en la toma del encendedor... Después de un rato, Kelso perdió la cuenta.

En la parte trasera del Toyota estaban los bidones y las cuatro maletas rígidas con el sello SNS, cuyo contenido O'Brian describió con deleite profesional: una cámara de vídeo digital en miniatura, un teléfono con cobertura del satélite Inmarsat, una máquina editora de vídeo portátil DVC-PRO, y algo que se llamaba Toko Video Store y Forward Unit. Valor total de esos cuatro aparatos: 120.000 dólares.

—¿Has oído hablar alguna vez de viajar ligero? —preguntó Kelso.

—¿Ligero? —sonrió O'Brian—. Es lo más liviano del mundo. Dame esas cuatro maletas y puedo hacer lo mismo para lo que antes hacían falta seis tíos y un camión lleno de material. Si hay alguien aquí con exceso de equipaje, eres tú.

—Venir no fue idea mía.

Pero O'Brian no lo escuchaba. Gracias a esas cuatro cajas, dijo, su territorio era el mundo entero: el hambre en África; el genocidio en Ruanda; la bomba en ese pueblo de Irlanda del norte que, justamente, había filmado en el momento de estallar (había ganado un premio por ese reportaje); las fosas comunes de Bosnia; los misiles de crucero de Bagdad que avanzaban por las calles a la altura de los techos, a la izquierda, a la derecha, otra vez a la derecha y... ¿el palacio presidencial, por favor? Y después, claro, Chechenia. Vaya, el problema de Chechenia.

(Eres un pájaro de mal agüero, pensó Kelso. Das vueltas por el mundo y dondequiera que vayas hay hambre, muerte y destrucción; en épocas más antiguas y crédulas, los habitantes del lugar se habrían juntado nada más verte para echarte a pedradas...)

... el problema de Chechenia, decía O'Brian, era que el follón había acabado justo el día de su llegada, así que se había largado a Moscú por una temporada. Ésa sí se había vuelto una ciudad peligrosa.

—Cualquier día parecerá Sarajevo.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Moscú?

—No mucho. Hasta las elecciones presidenciales. Calculo que serán muy divertidas.

¿Divertidas?

—Y después ¿adonde irás?

—¡Quién sabe! ¿Por qué lo preguntas?

—Para estar seguro de irme muy lejos, eso es todo.

O'Brian rió y pisó el acelerador. El velocímetro subió a ciento quince.

Mantuvieron la misma velocidad mientras caía la noche. O'Brian no paraba de cacarear. (Dios mío, ¿ese hombre nunca se callaba?) En Rostov la carretera bordeaba un gran lago. Barcos amarrados, tapados con una lona para pasar el invierno, alineados a ambos lados de un embarcadero, cerca de unas cabañas de madera con las persianas cerradas. A lo lejos, Kelso vio un velero solitario con una luz en el mástil. Vio cómo se balanceaba al viento, viraba hacia la orilla, y volvió a sentir la misma depresión que lo embargaba cuando empezaba a anochecer.

Sentía los papeles de Stalin detrás de él casi como una presencia física. Como si el secretario general estuviera en el coche con ellos. Estaba preocupado por Zinaida. Le habría gustado tomarse una copa, o, para el caso, fumarse un cigarrillo; pero O'Brian había declarado al Toyota zona libre de humo.

—Se nota que estás muy nervioso —se interrumpió O'Brian a sí mismo.

—¿Y me culpas?

—¿Por qué? ¿Por Mamantov? —El reportero chasqueó los dedos—. A mí no me asusta.

—Pero tú no has visto lo que le hizo al viejo.

—Sí, pero no le haría lo mismo a un yanki y a un inglés. No está tan loco.

—Quizá no, pero se lo haría a Zinaida.

—Yo no me preocuparía por ella. Además, ya no tiene el material, lo tenemos nosotros.

—Qué bueno eres, ¿nunca te lo habían dicho? ¿Y si no la creen?

—Sólo te estoy diciendo que no te preocupes por Mamantov, eso es todo. Lo entrevisté un par de veces y sé que es un colgado. Ese hombre vive en el pasado. Como tú.

—¿Y tú? Supongo que tú no vives en el pasado.

—¿Yo? Para nada. No puedo permitírmelo, por mi trabajo.

—Ahora analicemos todo esto —dijo Kelso. En su mente había abierto el cajón donde guardaba el cuchillo más afilado que tenía—. Así que en todos esos lugares de los que estás alardeando desde hace dos horas, África, Bosnia, Próximo Oriente, Irlanda del Norte... el pasado no es importante. ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Crees que todos viven en el presente? ¿Se despertaron una mañana, te vieron allí con tus cuatro maletitas y decidieron empezar una guerra? ¿Y no pasaba nada hasta que llegaste tú? «Eh, hola, soy R. J. O'Brian y acabo de descubrir estos Balcanes de mierda.»

—Bueno, no hace falta insultar —murmuró O'Brian.

—Pues parece que sí. —Kelso empezaba a entrar en calor—. Verás, ése es el gran mito de nuestra época. El gran mito occidental. Tú, si me disculpas, eres la arrogancia de nuestra época personificada. Si un lugar tiene un McDonald's, MTV y acepta tarjetas de American Express, entonces es igual a cualquier otro, ya no tiene pasado, están en el año cero. Pero no es verdad.

—Te crees mejor que yo, ¿no es así?

—No.

—¿Más listo, entonces?

—No, ni siquiera eso. Escucha. Dices que Moscú es una ciudad que da miedo. Y es verdad. ¿Por qué? Porque en Rusia no hay tradición de propiedad privada. Antes había obreros y campesinos que no tenían nada, y la nobleza era la dueña del país. Después, obreros y campesinos sin nada, y el Partido era el dueño del país. Ahora sigue habiendo obreros y campesinos sin nada y el país pertenece, como siempre, al que tenga los puños más grandes. Si no lo entiendes, entonces no puedes entender Rusia. El presente no tiene sentido a menos que una parte de uno no esté en el pasado. —Kelso se reclinó en el asiento—. Fin de la conferencia.

Y durante una media hora, mientras O'Brian pensaba en todo eso, hubo un silencio bendito.

Llegaron a la gran ciudad de Yaroslavl poco después de las nueve y cruzaron el Volga. Kelso sirvió una taza de café para cada uno. Se le derramó un poco sobre las rodillas cuando cogieron un bache pronunciado. O'Brian lo tomó sin parar de conducir. Comieron un poco de chocolate. Las luces de la ciudad se fueron espaciando poco a poco hasta convertirse en un resplandor ocasional.

—¿Quieres que conduzca? —preguntó Kelso.

O'Brian sacudió la cabeza.

—No; estoy bien. Podemos cambiar a medianoche. ¿Por qué no duermes un rato?

Escucharon por la radio las noticias de las diez. Los comunistas y nacionalistas de la cámara baja, la Duma, estaban usando su mayoría para bloquear las últimas medidas del presidente: se cernía una nueva crisis política. La bolsa de Moscú continuaba su caída. Un informe secreto del Ministerio del Interior que advertía al presidente del peligro de una rebelión armada se había filtrado y había salido publicado en *Aurora*.

De Rapava, Mamantov o los papeles de Stalin no decían nada.

—¿No deberías estar en Moscú cubriendo todas estas noticias?

—¿Qué? «Nueva crisis política en Rusia» —se burló O'Brian—. No me hagas reír. R. J. O'Brian no piensa seguir el pulso de *esa* noticia minuto a minuto.

—¿Y qué te parece «Se descubre la identidad de la misteriosa amante secreta de Stalin»? ?

O'Brian apagó la radio.

Kelso alargó la mano hacia el asiento de detrás y cogió un saco de dormir. Lo abrió, se envolvió en él como si fuera una manta y apretó el botón para reclinar el asiento.

Cerró los ojos pero no lograba dormirse. Imágenes de Stalin invadían poco a poco su mente. Stalin anciano. Stalin tal como Milovan Djilas lo había vislumbrado después de la guerra, inclinado hacia adelante, en su limusina camino a Blizhny, para encender una luz y consultar la hora en un reloj de bolsillo... «Veía exactamente delante de mí la espalda ya encorvada y la nuca huesuda con la piel arrugada debajo del rígido cuello de mariscal» (esa noche Djilas pensó que Stalin estaba senil: se llenaba la boca de comida, perdía el hilo de las historias, contaba chistes de judíos).

Y Stalin, menos de seis meses antes de su muerte, pronunciando ante el Comité Central un último —y divagante— discurso en el que describía cómo se había enfrentado Lenin a la crisis de 1918, sin parar de repetir una y otra vez las mismas palabras: «Se abrió paso en una situación increíblemente difícil, se abrió paso sin miedo, se abrió paso...», mientras los delegados lo miraban atónitos, pasmados.

Y Stalin solo en su habitación, de noche, arrancando fotos de niños de las revistas y pegándolas por las paredes. Y después haciendo que Anna Safanova bailara para él...

Era extraño, pero cada vez que Kelso trataba de imaginarse a Anna Safanova bailando, la cara que se le aparecía era la de Zinaida Rapava.

17

En Moscú, Zinaida Rapava estaba sentada en el coche aparcado en la oscuridad, con su bolso sobre las rodillas y las manos dentro, cogidas a la culata de la pistola Makarov de su padre.

Se había dado cuenta de que aún sabía vaciarla y cargarla sin mirarla; era como montar en bicicleta, una de esas cosas de la infancia que nunca se olvidan. Soltar el muelle de la culata, sacar el cargador, meter las balas (seis, siete, ocho... suaves y frías al tacto), volver a poner el cargador, cerrar el muelle, poner el seguro.

Papá habría estado orgulloso de ella, siempre había sido mejor para esas cosas que Sergo. A Sergo las armas lo ponían nervioso; ironías de la vida, puesto que era él quien tenía que hacer el servicio militar.

Pensar en Sergo la hizo llorar otra vez, pero no estaba dispuesta a entregarse al llanto mucho tiempo. Sacó las manos del bolso y se enjugó irritada los ojos con las mangas de la chaqueta... bueno, ya está bien... y volvió a lo suyo.

Soltar, meter, cerrar, apretar.

Estaba asustada, tan asustada que, esa tarde, cuando se alejó del inglés en la puerta del edificio de oficinas, en realidad hubiera querido darse la vuelta y regresar, pero, si lo hubiera hecho, él se habría dado cuenta de que estaba asustada, con miedo; y su padre le había enseñado que eso era algo que nunca había que demostrar. Otra de las lecciones de su padre.

De modo que fue al coche y empezó a dar vueltas sin pensar en nada, hasta el momento en que se sorprendió dirigiéndose a la plaza Roja. Aparcó en Bols-haya Lubianka y subió hasta la pequeña iglesia del icono de la virgen de Vladimir, donde estaban celebrando misa.

El lugar estaba repleto. Ahora las iglesias siempre estaban llenas, no como antes. La música la envolvió y encendió una vela. Como no era creyente, no sabía

muy bien por qué lo hacía; pero era algo que solía hacer su madre. «¿Y qué ha hecho tu dios por nosotros?», solía decirle su padre con tono despectivo. Pensó en él y en la chica que había escrito el diario, Anna Safanova. Putita tonta, pensó, pobre putita tonta. Y también encendió una vela por ella, para que la ayudara dondequiera que estuviese.

Ojalá tuviera mejores recuerdos, pero no los tenía y no había nada que hacer. Recordaba a su padre casi siempre borracho, agitando los puños. O cansado después del trabajo en la sala de máquinas, hediondo como un perro viejo, demasiado fatigado para levantarse de su butaca e irse a la cama, sentado sobre una hoja del *Pravda* para no mancharse de grasa. O paranoico, saltando en medio de la noche para mirar por la ventana, merodeando por los pasillos... ¿Quién era ese que lo vigilaba? ¿Quién era ese que hablaba de él...? Tirando más hojas de *Pravda* por el suelo y limpiando obsesivamente la Makarov. («¡Los mataré si tengo que hacerlo!»)

Pero a veces, cuando no estaba borracho, agotado ni enloquecido —en esa hora afable, entre la mera embriaguez y la inconsciencia—, hablaba de la vida en Kolyma, de cómo se sobrevivía, del cambio de favores, trueques de restos de tabaco por comida, arreglárselas para conseguir los trabajos más fáciles, aprender a distinguir a un soplón... y después la sentaba en sus rodillas y le cantaba canciones de Kolyma con su bonita voz mingreliana de tenor.

Ése era un recuerdo mejor.

A los cincuenta, para ella, ya era muy viejo. Siempre había sido viejo. Se le había acabado la juventud con la muerte de Stalin. Quizá por eso siempre seguía con lo mismo. Hasta tenía una foto de Stalin en la pared. Sí, esa de Stalin con los bigotes brillantes como babosas negras. Por eso ella nunca podía llevar amigos a casa. No podía mostrarles el estado inmundo en que vivían. Dos habitaciones; y ella dormía en el único dormitorio. Al principio lo compartía con Sergo, y después, cuando él ya era lo bastante mayor para turbarse al mirarla, con su madre. Y la madre que ya era un espectro incluso antes de que el cáncer se apoderara de ella, se volvió transparente hasta desaparecer.

Había muerto en el ochenta y nueve, cuando Zinaida tenía dieciocho. Al cabo de seis meses volvieron al cementerio de Troekurovo para enterrar a Sergo a su lado. Zinaida cerró los ojos y recordó a su padre borracho en el funeral, bajo la lluvia, y a un par de camaradas de Sergo del ejército, y a un joven teniente, un niño, el oficial de mando de Sergo, que habló de la muerte de su hermano por la madre patria que brindaba ayuda fraternal a las fuerzas progresistas de la República Popular de... ¿qué cono importaba? El teniente se largó en cuanto pudo, al cabo de unos diez minutos, y Zinaida esa misma noche sacó sus cosas de aquel

apartamento lleno de fantasmas. Su padre intentó impedirselo y le pegó. Rezumaba vodka por todos los poros, y, mojado como estaba por la lluvia, olía más que nunca a perro viejo. No había vuelto a verlo hasta el martes pasado, cuando se presentó en la puerta de su casa para llamarla puta. Ella lo había echado como a un mendigo, con un par de cajetillas de cigarrillos. Pero ahora que estaba muerto, no volvería a verlo nunca más.

Zinaida agachó la cabeza y movió los labios. Cualquiera que la mirara pensaría que estaba rezando, pero en realidad estaba leyendo la nota y hablando consigo misma.

«No me he portado bien, tienes razón. Todo lo que dijiste era cierto. ¡No creas que no lo sé!»

No, papá, no te portaste bien, y lo sabes.

«Pero ahora tengo la oportunidad de hacer algo bueno.»

¿Bueno? ¿A esto lo llamas bueno? ¿Es una broma? Te mataron por eso y ahora me van a matar a mí.

«¿Recuerdas ese sitio que yo tenía cuando mamá vivía?»

Sí, lo recuerdo.

«¿Y recuerdas lo que te decía siempre? ¿Me escuchas, muchacha? Regla número uno. ¿Cuál es la regla número uno?»

Plegó la nota y echó una mirada alrededor. Ese juego era una estupidez.

«¡Contéstame!»

Agachó la cabeza obediente.

Nunca demuestres que tienes miedo, papá.

«¡Otra vez!»

Nunca demuestres que tienes miedo.

«Regla número dos. ¿Cuál es la regla número dos?»

Sólo tienes un amigo en este mundo.

«¿Y quién es?»

Uno mismo.

«¿Y quién más?»

Éste.

«Enséñamelo.»

Éste, papá, éste.

En la oculta oscuridad de su bolso, sus dedos empezaron a jugar con su rosario, primero con torpeza, pero después cada vez con más destreza...

Soltar, meter, cerrar, apretar...

Salió de la iglesia cuando acabó el servicio y bajó a la plaza Roja. Estaba más tranquila porque ahora sabía qué debía hacer.

El inglés tenía razón. No debía arriesgarse a ir a su casa. No tenía ningún amigo de suficiente confianza como para quedarse en su casa. Y en un hotel tendría que registrarse. Si Mamantov tenía amigos en el FSB...

Sólo le quedaba una opción.

Eran casi las seis y las sombras empezaban a caer y hacerse más profundas en la base del mausoleo de Lenin. Pero enfrente, en los grandes almacenes GUM, las luces eran cada vez más brillantes. Una hilera de faros amarillos que alumbraban un atardecer de octubre.

Hizo las compras deprisa. Primero, un vestido negro de noche de seda natural, con la falda hasta la rodilla. Después, medias negras, guantes negros cortos, un bolso negro, unos zapatos negros de tacón y maquillaje.

Pagó en efectivo y en dólares. Nunca salía a la calle con menos de mil dólares en efectivo. Se negaba a usar tarjetas de crédito; dejaban demasiados rastros. Y tampoco se fiaba de los bancos; la mayoría eran alquimistas ladrones que cogían tus valiosos dólares y los transformaban por arte de magia en rublos: convertían el oro en metal de baja ley.

En el mostrador de cosméticos la reconoció una de las vendedoras: «¡Hola, Zina!», y ella tuvo que largarse a toda prisa.

Volvió a la boutique, se quitó los téjanos y la camisa y se enfundó en el vestido nuevo. Le costó subirse la cremallera, tuvo que pasar el brazo izquierdo por encima de la espalda, y la mano derecha entre los omóplatos para cogerla y cerrarla sin que le pellizcara la piel. Dio un paso atrás para mirarse: mano en la cadera, cabeza ladeada, perfil hacia el espejo.

Bien.

Bueno; bastante bien.

Maquillarse le llevó otros diez minutos. Metió la ropa vieja de abrigo en la bolsa del GUM, se puso la chaqueta de piel y volvió a la plaza Roja, tambaleándose con los tacones altos sobre los adoquines de la calle.

Tuvo cuidado de no mirar el mausoleo de Lenin ni el muro del Kremlin que tenía detrás, donde su padre solía llevarla de pequeña para desfilarse ante la tumba de Stalin. En cambio pasó por la entrada norte de la plaza y se dirigió al Metropol. Necesitaba una copa, pero los guardias del hotel no la dejaron entrar.

—No, querida. Lo siento, pero ni hablar.

Oyó sus risas mientras se alejaba.

—¿Qué? ¿Esta noche empezamos temprano? —le dijo uno de ellos.

Cuando llegó a su coche ya estaba oscuro.

Y allí era donde estaba ahora sentada.

Extraño, pensó al mirar atrás, las muertes de mamá y Sergo, esas dos pequeñas muertes. Extraño. Eran como dos piedras pequeñas al principio de un alud. Porque poco después, todo se derrumbó, el mundo de siempre se desmoronó.

No es que Zinaida notara mucho las cosas políticas. Los primeros años después de dejar a su padre los recordaba confusamente. Vivió en una casa de *okupas* en el distrito de Kranogorsk. Se quedó embarazada dos veces. Abortó las dos. (Y casi no había pasado ni un día sin preguntarse cómo habrían sido esas dos criaturas, que ahora tendrían nueve y siete años, si no hubieran sido más ruidosas que el vacío que habían dejado atrás.)

A pesar de todo, aunque no notara lo de la política, sí se fijaban en el dinero que había empezado a aparecer alrededor de los hoteles elegantes: el Metropol, el Kempinski y el resto. Y el dinero se fijaba en ella, como en todas las chicas de Moscú. Zinaida no era una de las más guapas, pero estaba bastante bien: tenía la suficiente herencia mingreliana, que le daba unos rasgos orientales casi afilados, y lo suficiente de rusa para tener cierta voluptuosidad a pesar de la delgadez.

Y como ninguna chica de Moscú podía ganar en un mes lo que un hombre de negocios occidental podía gastarse en una noche en una botella de vino, no había que ser un genio de la economía, ni uno de esos asesores de empresas caraduras que se tomaban una copa en la barra, para ver que había mercado en ciernes. Por lo tanto, una noche de diciembre de 1992, a los veintiún años de edad, en la suite de hotel de un ingeniero alemán de Ludwigshafen am Rhein, Zinaida Rapava se convirtió en puta, y salió, al cabo de noventa minutos, tambaleándose por el pasillo con ciento veinticinco dólares escondidos en el sostén, más dinero del que había visto en toda su vida.

¿Y puedo decirte algo más, papá, ahora que al fin estamos hablando? No tenía nada de malo. Me sentí bien. Porque ¿qué hacía yo que no hicieran otros diez millones de chicas todas las noches pero sin la sensación de que les pagaran? Aquello era decadencia. Esto era negocio, *kapitalism...* y no tenía nada de malo, ponía en práctica lo que me habías enseñado: que sólo tenía una amiga: yo misma.

Al cabo de un tiempo, el negocio se trasladó de los hoteles a las discotecas; así era más fácil. Pagaban protección a la mafia, se llevaban un porcentaje de las chicas, y la mafia, a cambio, mantenía alejados a los macarras, de modo que todo

quedaba muy bonito y respetable, y todos hacían como que en lugar de un negocio era puro placer.

Esa noche, casi seis años después de ese primer contacto, Zinaida Rapava tenía en su apartamento —que, a propósito, era de propiedad y estaba completamente pagado— cerca de treinta mil dólares en efectivo. Y además tenía planes. Acabaría los estudios de derecho, dejaría el Robotnik y se marcharía de Moscú. Pensaba instalarse en San Petersburgo y convertirse en una auténtica puta legal: una abogada.

Pensaba hacer todo eso hasta que, el martes por la mañana, Papú Rapava había aparecido quién sabe de dónde con ganas de hablar. La había insultado y le había traído de la calle el conocido y pestilente aliento del pasado.

Escuchó las noticias de las diez, puso el motor en marcha y condujo despacio por Bolshaya Lubyanka, se dirigió al noroeste, cruzó Moscú hasta el estadio de los Jóvenes Pioneros, y aparcó en el sitio de siempre, justo al lado del camino de tierra.

Era una noche fría. El viento le ceñía el fino vestido alrededor de las piernas. Caminó hasta la puerta con el bolso bien cogido. Dentro estaría más segura.

En la puerta del Robotnik había bastante gente para ser un jueves por la noche, una buena hilera de borregos occidentales que esperaban para ser esquilados. En otras circunstancias les hubiera pegado un repaso con la mirada más afilada que un par de tijeras de esquilar, pero esa noche no. Tuvo que obligarse a entrar.

Dio la vuelta hasta la puerta trasera, y Alekséi, el barman, la dejó entrar como siempre. Dejó la chaqueta en el guardarropía, dudó con el bolso, pero al final también decidió dárselo a la anciana: la pista de baile del Robotnik no era el sitio más sensato de Moscú para que a una la pillaran con una pistola.

Cuando iba a la discoteca siempre podía fingir que no era ella; era otra de las cosas buenas del lugar, aparte del dinero. («¿Cómo te llamas?», solían preguntarle para establecer cierto contacto humano. «¿Qué nombre prefieres?», les respondía siempre.) Podía dejar su historia en la puerta del Robotnik, y ocultarse detrás de esta otra Zinaida: sexy, dueña de sí, dura... Pero esa noche no. Esa noche, mientras estaba en el lavabo de mujeres retocándose el maquillaje, el truco parecía que no le funcionaba y la cara que le devolvía el espejo era indiscutiblemente la suya: los ojos rasgados y asustados de Zinaida Rapava.

Se sentó durante más de una hora en uno de los cubículos a observar. Necesitaba alguien que quisiera llevársela toda la noche. Alguien decente y respetable, con apartamento propio. ¿Pero cómo podía hacer para ver cómo eran de verdad los hombres? Los jóvenes con aires chulos y mal hablados a veces acababan llorando y enseñando la foto de la novia. Solían ser los banqueros y los abogados con gafas a quienes les gustaba pegar.

Poco después de las once, cuando el lugar estaba repleto, hizo su primer movimiento.

Dio una vuelta a la pista de baile con una botella de agua mineral en la mano. Dios mío, pensó, esa noche había chicas que no parecían ni de quince. Ella podía ser prácticamente su madre.

Se acercaba al fin de esa vida.

Un hombre al que le asomaba el vello oscuro y rizado por el cuello desabotonado de la camisa, se acercó a ella, pero a Zinaida le recordó a O'Brian, lo esquivó a través de una nube de *aftershave*, y optó por un individuo corpulento del sudeste asiático con un traje de Armani.

El hombre se acabó la copa —vodka puro sin hielo, notó ella, demasiado tarde— y la llevó a la pista de baile. Sin esperar ni un segundo la agarró por el trasero, una nalga en cada mano, y empezó a hincarle los dedos, casi levantándola de sus zapatos nuevos. Zinaida le dijo que parara, pero él parecía no enterarse. Ella trató de empujarlo con las manos para separarse, pero sólo sirvió para que la sobara con más fuerza. En ese momento algo en ella cedió, o mejor dicho, se unió: una especie de fusión entre las dos Zinaidas...

«¿Eres una buena bolchevique, Anna Safanova? ¿Quieres demostrarlo? ¿Bailarías para el camarada Stalin?»

De repente le rastrilló la mejilla afeitada con las uñas de la mano derecha, se las hincó tanto que tuvo la certeza de que el hombre sintió cómo le arrancaba filamentos de carne.

La soltó en el acto, gimió y se dobló en dos, mientras sacudía la cabeza y salpicaba sangre como hacen los perros cuando salen del agua. Alguien gritó y la gente se apartó para darle espacio.

¡Ahí tenían lo que habían ido a ver!

Zinaida salió corriendo... subió por la escalera de caracol, pasó por los detectores de metal y penetró en el frío de la noche. Resbaló y se cayó en el hielo con las piernas separadas como una vaca. Estaba segura de que el hombre iba tras ella. Se levantó y se las arregló para llegar al coche.

Complejo de apartamentos Victoria de la Revolución. Bloque 9. Oscuridad. Los polis ya no estaban. El gentío tampoco. Y pronto también desaparecería el complejo. Era una chapuza incluso para el nivel soviético; al cabo de uno o dos meses iban a demolerlo.

Aparcó enfrente, en el lugar en que había dejado al inglés la noche anterior, y miró la áspera superficie cubierta de nieve.

Bloque 9.

El hogar.

Estaba tan cansada...

Cogió el volante con las dos manos y apoyó la frente sobre los brazos. Para entonces ya había acabado con el llanto. De pronto sintió la presencia de su padre y recordó esa estúpida canción que solía cantar.

Kolyma, Kolyma...
¡Qué bonito lugar!
Doce meses de invierno
y verano los demás...

¿Y no había otra estrofa? ¿Algo como que se trabajaba veinticuatro horas al día y el resto se dormía? Siguió el ritmo imaginario de la música golpeándose la cabeza contra los brazos, apoyó la mejilla sobre el volante y, en ese momento, recordó que había dejado el bolso con la pistola en el guardarropía de la discoteca.

Lo recordó porque un coche, un coche grande, se había parado al lado del de ella, muy cerca, y le impedía salir, mientras un hombre la miraba... una mancha blanca distorsionada a través de dos cristales sucios y mojados.

Lo despertó el silencio.

—¿Qué hora es?

—Las doce. —O'Brian bostezó soñoliento—. Es tu turno.

Estaban aparcados a un lado de la carretera desierta. Kelso sólo veía algunas tenues estrellas en el cielo. Después del rumor del viaje, el silencio era casi una presión física en los oídos.

—¿Dónde estamos? —preguntó mientras se incorporaba.

—A unos ciento sesenta kilómetros al norte de Vologda. —O'Brian encendió la luz interior—. Por aquí más o menos.

Se inclinó sobre el mapa y señaló un punto que parecía completamente desierto, un espacio en blanco dividido sólo por la línea roja de la carretera, con unos pocos símbolos que indicaban pantanos a ambos lados. Más al norte, el mapa se volvía verde por los bosques.

—Tengo que mear—dijo O'Brian—. ¿Vienes?

Hacía mucho más frío que en Moscú y el cielo parecía aún más grande. Un conjunto de nubes con los bordes más claros por la luz de la luna se movía despajo hacia el sur y, de tanto en tanto, dejaba a la vista trozos de cielo estrellado. O'Brian tenía una linterna. El potente haz de luz se extendió un par de cientos de metros en la oscuridad y desapareció; no iluminaba nada, sólo una bruma helada que flotaba baja sobre el campo.

—¿Oyes algo? —preguntó O'Brian formando vapor con el aliento.

—No.

—Yo tampoco.

Apagó la linterna y permanecieron allí durante un rato.

—Ay, papi, qué miedo —exclamó O'Brian con vocecilla infantil.

Volvió a encender la linterna y subieron por el arcén hasta el Toyota. Kelso sirvió dos tazas de café mientras O'Brian levantaba la puerta trasera y sacaba un par de bidones. Buscó un embudo y empezó a llenar el depósito.

Kelso, con la taza de café en la mano, se alejó de los vapores de la gasolina para encender un cigarrillo. En el frío y la oscuridad, bajo el inmenso cielo euroasiático, se sintió extrañamente desconectado de la realidad, asustado pero estimulado, con los sentidos agudizados. Oyó a lo lejos un rumor y en la carretera recta apareció un punto amarillo. Observó cómo el resplandor aumentaba de tamaño poco a poco y se dividía en dos focos grandes que por un momento pensó que iban directamente a él. Acto seguido un enorme camión de dieciséis ruedas pasó rugiendo; el conductor se limitó a hacer sonar el claxon. El ruido del motor aún seguía oyéndose a lo lejos mucho después de que hubieran desaparecido en la oscuridad las luces rojas traseras.

—Eh, Chiripa, échame una mano.

Kelso dio una última calada al cigarrillo y lo tiro. Unas chispas naranja rebotaron por la carretera.

O'Brian quería que lo ayudara a bajar uno de sus valiosos aparatos, una caja blanca de policarbonato, de unos sesenta centímetros de largo y cuarenta de ancho, con un par de ruedecillas negras en un extremo. Cuando la sacaron del Toyota, O'Brian la llevó hasta la puerta del pasajero.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kelso.

—¿No me digas que nunca has visto algo así?

O'Brian abrió la tapa de la caja y sacó lo que parecían cuatro bandejas de plástico, del tipo de las que se pliegan en los asientos de los aviones. Las unió, de modo que formaran una superficie plana de aproximadamente un metro de lado, que, a su vez, acopló a un lado de la caja. En el centro del cuadrado atornilló una especie de antena telescópica. Sacó un cable del lado de la caja y lo enchufó a la toma del encendedor del Toyota, volvió, apretó un botón y un montón de lucecitas parpadearon.

—¿Impresionado? —Sacó una brújula del bolsillo de la chaqueta y la alumbró con la linterna—. Ahora dime, ¿dónde diablos está el océano Indico?

—¿Qué?

O'Brian echó una mirada a la M8.

—Por lo que parece, hacia allí, recto. Justo enfrente, hay un satélite en una órbita estacionaria a más de treinta mil kilómetros sobre el océano Índico. Piensa en ello. El mundo es un pañuelo, ¿no te parece? Te juro que casi me cabe en la mano. —Sonrió y se arrodilló al lado de la caja y empezó a hacerla girar hasta que la antena apuntó directamente al sur. El aparato empezó a emitir un pitido—. Allí vamos. Ha encontrado al pájaro. —Apretó un botón y cesó el pitido—. Ahora enchufamos el auricular... así. Marcamos cero cuatro para conectar con la estación terrestre de Eik, Noruega... así. Y ahora marcamos el número. Así de fácil.

O'Brian se puso de pie y le pasó el auricular a Kelso, que acercó el oído. Oyó un teléfono que sonaba en Estados Unidos y la voz de un hombre que atendía:

—Sala de redacción.

Kelso encendió otro cigarrillo y se alejó del Toyota. O'Brian estaba en el asiento delantero con la luz encendida y, a pesar de que tenía las ventanas cerradas, se oía su voz en el frío silencio.

—Sí, sí, estamos en la carretera... A mitad de camino, creo... Sí, está conmigo... No, está bien. —Se abrió la puerta y O'Brian gritó—: Profesor, ¿estás bien?

Kelso levantó las manos.

—Sí —continuó O'Brian—, está bien. —Cerró la puerta y bajó la voz, porque Kelso no pudo oír mucho—. Sí, llegaremos a eso de las nueve... sí, claro... buen material... tiene buena pinta...

Fuera lo que fuese, a Kelso no le gustaba. Volvió al coche y abrió la puerta de golpe.

—Bueno, tengo que colgar, Joe. Adiós. —O'Brian cortó y guiñó un ojo.

—¿Qué les has dicho?

—Nada. —El reportero tenía la expresión de un niño culpable.

—¿Qué quieres decir?

—Venga, Chiripa, tengo que decirles algo, explicarles lo básico...

—¿Lo básico? —exclamó Kelso—. Se suponía que era confidencial...

—Bueno, no van a contárselo a nadie. Vamos, no puedo largarme sin explicarles un poco lo que estoy haciendo.

—Dios mío. —Kelso dio un golpe al Toyota y miró al cielo—. ¿Y qué estoy haciendo yo?

—¿Quieres hacer una llamada? —O'Brian le tendió el teléfono—. ¿A tu mujer? Invita la casa.

—No, no quiero llamar a nadie. Gracias.

—¿A Zinaida? —preguntó O'Brian con picardía—-¿Por qué no la llamas? —Salió del coche y le entregó el teléfono—. Hazlo, se nota que estás preocupado. Es un detalle. Cero, cuatro y después el número. Pero no te pases toda la noche hablando, porque aquí fuera se me pueden congelar las pelotas.

Se alejó agitando los brazos contra el frío y Kelso, tras un instante de duda, se metió la mano en el bolsillo para sacar el trozo de papel con la dirección escrita.

Mientras esperaba, trató de imaginarse el apartamento, pero no pudo, no la conocía lo suficiente. Miró la M8 en dirección sur, a la masa oscura de nubes que se alejaba como si huyera de alguna calamidad, y se imaginó la ruta de su llamada: desde el medio de la nada hasta un satélite sobre el océano índico, de allí a Escandinavia, para cruzar luego buena parte del mundo hasta Moscú. O'Brian tenía razón: uno podía estar en medio del desierto y sentir que el mundo era un pañuelo.

Dejó que el teléfono sonara un buen rato, por un lado esperaba que atendiera para saber que estaba bien, y por el otro deseaba que no lo hiciera, porque su apartamento era el sitio menos seguro.

No atendió y él, al cabo de unos minutos, cortó.

Después le tocó el turno de conducir a Kelso. O'Brian dormía y ni siquiera entonces podía estarse callado. Tenía el saco de dormir calado hasta la barbilla y el asiento reclinado casi en posición horizontal. «Sí», murmuraba, y después otro «sí», esta vez con más énfasis. Gruñía y se revolvía como un pez en tierra. Roncaba. Se rascaba la entrepierna.

Kelso cogía el volante con fuerza.

—¿No puedes callarte, O'Brian? —le dijo al parabrisas—. ¿No podrías, como gran favor a la humanidad en general y a mí en particular, cerrar por una vez esa boca?

No se veía nada más que la franja de asfalto en movimiento iluminada por los faros. De vez en cuando se cruzaba con algún vehículo y las luces largas lo deslumbraban. Al cabo de una hora adelantó al gran camión que los había pasado antes. El conductor hizo sonar el claxon alegremente y Kelso le respondió de la misma manera.

—Sí —dijo O'Brian con el sonido de la bocina—.

Sí...

El traqueteo de los neumáticos era hipnótico y los pensamientos de Kelso vagaban al azar, inconexos. Se preguntó cómo habría sido O'Brian en una guerra de verdad, en una en la que, en lugar de tomar fotos, hubiese tenido que luchar. Y después se preguntó cómo habría sido él mismo. La mayoría de los hombres que conocía se habían hecho la misma pregunta, como si en cierto modo fueran incompletos, o tuvieran un agujero en su vida, por el hecho de no haber tenido que luchar en ninguna guerra.

¿Era posible que la falta de una guerra —por muy maravilloso que fuera y todo eso— hubiera trivializado a la gente? Porque en estos tiempos todo era tan condenadamente superficial. Era la edad de la trivialidad. La política era trivial. Las cosas por las cuales la gente se preocupaba eran triviales: hipotecas, pensiones, los peligros de los fumadores pasivos. ¡Dios mío! Echó una mirada a O'Brian, ¿a esto hemos quedado reducidos, a preocuparnos por los fumadores pasivos, mientras nuestros padres y abuelos tenían que preocuparse de que no los matara un disparo o una bomba?

Y después empezó a sentirse culpable, porque ¿cuál era su postura sobre el asunto? ¿Acaso quería una guerra? ¿O una guerra fría? Era verdad, pensó, echaba de menos la guerra fría. Le alegraba que hubiera acabado, claro, le alegraba que hubiera ganado el bando bueno y todo eso, pero mientras duró, al menos la gente como él sabía dónde estaba, podía señalar algo y decir: de acuerdo, puede que no sepamos en qué creemos, pero no creemos en *eso*.

Lo cierto era que, desde que había acabado la guerra fría, todo le salía mal. Eso sí era un chiste. ¡Mamantov y él, víctimas gemelas del final de la URSS! Los dos lamentándose de la superficialidad del mundo moderno, los dos preocupados por el pasado y los dos tras el misterio del camarada Stalin...

Frunció el entrecejo al recordar algo que había dicho Mamantov.

«Le diré algo: usted está tan obsesionado como yo.»

En aquel momento se había reído. Pero ahora que volvía a pensar en ello, la frase le pareció inesperadamente sagaz... perturbadora, incluso, por la agudeza que encerraba, y se sorprendió recordándola una y otra vez mientras descendía la temperatura y la carretera se desplegaba interminable por la helada oscuridad.

Condujo durante más de cuatro horas, hasta que se le durmieron las piernas y, en un momento dado, se quedó dormido y se despertó de golpe para encontrar el Toyota en el centro de la carretera y las líneas blancas, iluminadas por los faros, pasando por debajo veloces como lanzas.

Al cabo de unos minutos pasó por una especie de área de reposo para camioneros. Frenó de golpe y dio marcha atrás. O'Brian, a su lado, se despertó con dificultad.

— ¿Por qué paramos?

— El depósito está vacío y necesito descansar. — Kelso paró el motor y se masajeó la nuca —. ¿Por qué no nos quedamos un rato aquí?

— No. Tenemos que seguir viaje. Sirve un poco de café mientras yo pongo gasolina.

Repitieron el mismo ritual que antes. O'Brian trajinando en el frío con un par de bidones en la parte trasera del Toyota, mientras Kelso se alejaba para fumar un cigarrillo. El viento, a esa latitud, era bastante más frío. Oyó cómo silbaba entre unos árboles que no se veían y el ruido lejano de un río o un arroyo.

Cuando volvió al coche, O'Brian estaba en el asiento del conductor con la luz encendida, estudiando un mapa mientras se pasaba una afeitadora eléctrica por la barbilla. No era una hora normal para estar despierto, pensó Kelso. No le gustaba, lo asociaba con emergencias, pérdidas, conspiración, huidas... la triste despedida al final de una aventura de una noche.

Ninguno de los dos dijo nada. O'Brian guardó la afeitadora y el mapa en el bolsillo de la puerta del conductor.

El asiento reclinable estaba tibio, igual que el saco de dormir, y Kelso, a pesar de sus angustias, al cabo de cinco minutos se durmió profundamente, sin

soñar. Cuando despertó, unas horas más tarde, era como si hubieran cruzado una barrera y entrado en otro mundo.

19

Poco tiempo antes, cuando Kelso aún estaba al volante, el comandante Feliks Suvorin se inclinaba para darle un beso a su mujer, Serafima.

Ella se limitó a ofrecerle la mejilla, pero después se lo pensó mejor y sacó un brazo tibio y suave de debajo del edredón, le cogió la nuca con la mano y lo atrajo hacia sí. Feliks la besó en la boca. Serafima olía a Chanel que le había traído su padre de la última reunión del G8.

—Esta noche no vendrás —le murmuró.

—Sí.

—No, no vendrás.

—Intentaré no despertarte.

—Despiértame.

—Duerme.

Le pasó un dedo por los labios y apagó la luz de la mesilla. La luz del pasillo le indicó el camino para salir del cuarto. Oyó la respiración de los niños. Eran la una y treinta cinco. Había estado sólo dos horas en casa. ¡Maldición! Se sentó en una silla dorada al lado de la puerta, se puso los zapatos y cogió el abrigo del perchero de madera labrada. La decoración estaba copiada de una revista occidental y costaba mucho más de lo que podía permitirse un comandante del SVR; de hecho, con su sueldo apenas podía comprarse la revista. Se lo había pagado su suegro.

De camino de salida, Suvorin se vio en el espejo de la entrada, con una reproducción de Jackson Pollock de fondo. Las arrugas y las sombras de su rostro cansado parecían mezclarse con las del retrato. Se estaba haciendo demasiado viejo para este juego, pensó. Se acababa el chico de oro.

La noticia de que el vuelo de Delta había despegado sin Kelso a bordo había llegado a Yasenevo poco después de las dos de la tarde. El coronel Arseniev le había expresado con diferentes y pintorescos coloquialismos —y sin duda había dejado constancia, más discretamente, en alguna otra parte— su sorpresa de que Suvorin no hubiera tomado las previsiones para que el historiador fuera escoltado hasta la nave. Suvorin se había tragado la respuesta, que habría sido preguntar ácidamente cómo iba a hacer para localizar a Mamantov, controlar la Milicia, encontrar el cuaderno y cuidar a un académico occidental que tenía sus propias ideas en el Sheremetevo-2, todo con la ayuda de cuatro hombres.

Además, por entonces todo eso era menos urgente que el descubrimiento de que la agencia de noticias Interfax iba a difundir un artículo sobre la muerte de Papú Rapava, citando «fuentes de la Milicia» sin nombre que afirmaban que el anciano había sido asesinado mientras trataba de vender unos papeles secretos de Stalin a un autor occidental. Tres diputados comunistas trataron de sacar el tema en la Duma. La Oficina del Presidente de la Federación se había puesto en contacto con Arseniev exigiendo saber (cita textual de Boris Nikolaevich) «¿qué cono estaba pasando?». Igual que el FSB. Media docena de reporteros acampó en la entrada del bloque de Rapava, otros, bastantes más, rodeaban el cuartel general de la Milicia, mientras la postura oficial de ésta era aguantar e improvisar.

Suvorin, por primera vez, veía las ventajas de las antiguas formas de hacer, cuando una noticia era lo que se le antojaba anunciar a Tass y lo demás era secreto de Estado.

Intentó por última vez hacer de abogado del diablo. ¿No corrían el riesgo de estar dándole demasiada importancia? ¿No estaban haciéndole el juego a Mamantov? ¿Qué podía contener el diario de Stalin que fuera tan importante para el mundo moderno?

Arseniev había sonreído: señal de peligro.

—¿Cuándo naciste, Feliks? —respondió con afabilidad—. ¿En el cincuenta y ocho? ¿Cincuenta y nueve?

—En el sesenta.

—Vaya, en el sesenta. Yo nací en el treinta y siete. Mi abuelo murió fusilado. A dos tíos míos los mandaron a los campos de trabajo y nunca regresaron. Mi padre murió al principio de la guerra porque cometió la estupidez de tratar de detener un tanque alemán con una botella de gasolina en las afueras de Poltava, y todo porque el camarada Stalin decía que si algún soldado se rendía sería considerado traidor. Así que yo no subestimaría al camarada Stalin.

—Lamento...

Pero Arseniev le hizo gestos de que se callara, levantó la voz y enrojeció.

—Si ese cabrón guardaba su cuaderno en la caja fuerte, tenía sus razones, estoy seguro. Si Beria se lo robó, también tenía sus razones. Y si Mamantov está dispuesto a torturar a un anciano hasta la muerte, entonces también tiene sus malditas razones para querer conseguirlo. Así que, por favor, Feliks Stepanovich, encuentra ese cuaderno. Ten la bondad de encontrarlo.

Y Suvorin había hecho todo lo posible. Se puso en contacto con todos los expertos en documentos de Moscú. Pasó discretamente la descripción de Kelso a los puestos de la Milicia de todas las capitales, así como a la policía de tráfico, el GAL Técnicamente, el SVR trabajaba ahora en «estrecho contacto» con la brigada de investigación criminal de la Milicia, lo que significaba que podía disponer de algunos recursos; habían preparado en conjunto una bola para soltarle a los medios. Feliks había hablado con un amigo de su suegro, el dueño de la cadena de periódicos más grande de la federación, para pedirle un poco de reserva. Había mandado a Netto a husmear a la calle Vspolni. Había dispuesto que montaran guardia en la casa de la hija de Rapava, Zinaida, que había desaparecido, y, al ver que a la noche no había vuelto, había mandado a Bunin a darse una vuelta por el Robotnik, la discoteca donde trabajaba.

Y poco después de las once, Suvorin se había marchado a casa.

A la una y veinticinco lo llamaron para decirle que la habían encontrado.

—¿Dónde estaba?

—Sentada en su coche —le dijo Bunin—, en la puerta de la casa de su padre. La seguimos desde el club. Esperamos para ver si iba a encontrarse con alguien, pero como no apareció nadie, la detuvimos allí. Creo que ha tenido una pelea.

—¿Por qué?

—Bueno, ya verá cuando suba y le vea la mano.

Hablaban en voz baja en el vestíbulo del edificio de apartamentos, en el distrito de Zayauze, un insulso barrio interior del este de Moscú. Tenía un apartamento cerca del parque, privatizado a juzgar por lo bien cuidadas que estaban las dependencias comunes, respetable. Suvorin se preguntó qué pensarían los vecinos si supieran que la chica del tercero era una furcia.

—¿Algo más?

—La casa está limpia, y el coche también —dijo Bunin—. Hay una bolsa con ropa en el maletero: vaqueros, una camiseta, botas, bragas. Pero tiene un montón de pasta escondida ahí arriba. Todavía no sabe que la he encontrado.

—¿Cuánta?

—Unos veinte o treinta mil dólares. Bien envueltos en polietileno y metidos en la cisterna del lavabo.

—¿Y ahora dónde están?

—Los tengo yo.

—Démelos.

Bunin dudó un instante y le entregó el dinero: un grueso fajo de billetes de cien. Lo miró enfadado. Habría tardado cuatro o cinco años en ganar esa suma, y Suvorin, mientras se lo metía en el bolsillo, supuso que había dudado en quedarse con un porcentaje —quizá ya lo había hecho.

—¿Cómo es la chica?

—Una zorra, comandante. No va a sacar gran cosa de ella. —Se dio un golpecito en la sien—. Yo diría que está bastante pirada.

—Gracias, teniente, por su valiosa agudeza psicológica. Puede esperar aquí abajo.

Suvorin subió la escalera. En el rellano del segundo piso, una mujer de mediana edad con rulos asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué pasa?

—Nada, señora. Preguntas de rutina. No se preocupe.

Siguió subiendo. Tenía que sacar algo, pensó. Debía hacerlo; era la única pista que tenía. En la puerta del apartamento llamó educadamente, abrió la puerta y entró. Un agente de la Milicia se puso de pie.

—Gracias —dijo Suvorin—. Baje y espere con el teniente.

Esperó hasta que se cerró la puerta antes de examinar a la chica. Llevaba un jersey de lana gris sobre el vestido y estaba sentada en la única silla, con las piernas cruzadas, fumando. En un plato de la mesilla de al lado estaban las colillas de otros cinco cigarrillos. El apartamento tenía un solo ambiente, pero estaba ordenado y bien arreglado, con un gran despliegue de derroche de dinero: un televisor occidental con un decodificador de antena parabólica, un vídeo, un equipo de discos compactos, un armario con vestidos, todos negros. En un rincón había una cocina pequeña. La puerta daba al cuarto de baño. El sofá presumiblemente se convertía en cama. Notó que Bunin tenía razón respecto a la mano. Los dedos que sostenían el cigarrillo tenían sangre coagulada debajo de las uñas. Ella vio que él se fijaba.

—Me caí —dijo mientras descruzaba las piernas y enseñaba un raspón en la rodilla y las medias llenas de carreras—. ¿Vale?

—¿Me permite sentarme? —Como ella no respondió, Suvorin se sentó en el borde del sofá tras apartar un par de juguetes: un soldado y una bailarina—. ¿Tiene hijos? —preguntó.

Silencio.

—Yo tengo dos varones.

Eché un vistazo a la habitación en busca de algún otro punto de contacto, pero era todo de lo más impersonal: ni fotos, ni libros —aparte de manuales de derecho—, ni adornos ni chucherías. Había una hilera de discos compactos, todos occidentales y todos de artistas que jamás había oído. Le recordaba a una de esas casas francas de Yasenevo: un sitio para pasar una noche y largarse.

—¿Es poli? No lo parece.

—No.

—¿Qué es entonces?

—Lamento lo de su padre, Zinaida. Hábleme de él

—No hay nada que decir.

—¿Se llevaba bien con su padre?

Ella apartó la mirada.

—Verá, me preguntaba por qué no apareció cuando descubrieron el cuerpo. Anoche fue usted a su apartamento, ¿no? La Milicia estaba allí. Y después se marchó.

—Estaba muy alterada.

—Por supuesto. —Suvorin le sonrió—. ¿Dónde está Chiripa Kelso?

—¿Quién?

No lo hace mal, pensó, ni parpadea. Pero claro, no sabía que él tenía la declaración de Kelso.

—El hombre al que llevó anoche a la casa de su pare.

—¿Kelso? ¿Así se llama?

—Ay, Zinaida, es usted muy lista, ¿no? ¿Dónde ha estado todo el día?

—Dando vueltas en coche, pensando.

—¿Pensando en el cuaderno de Stalin?

—No sé a qué...

—Ha estado con Kelso, ¿no?

—No.

—¿Dónde está Kelso? ¿Dónde está el cuaderno?

—No sé de qué me había. ¿Qué pretende? Además, usted no es policía... ¿Tiene algún papel que lo identifique?

—Ha pasado el día con Kelso...

—Ahí dice que no tiene derecho a estar en mi casa sin una orden correspondiente —dijo señalando los libros de derecho.

—¿Así que estudias derecho, Zinaida? —Empezaba a irritarlo—. Serás una buena abogada.

Parecía divertida; seguro que se lo habían dicho otras veces. Zuvorin sacó un fajo de dólares, la chica dejó de reírse, y él pensó que iba a desmayarse.

—¿Qué dice el Estatuto de la Federación sobre la prostitución, Zinaida Rapava? —La chica miraba el dinero como una madre miraría a su hijo—. Tú eres la abogada, dímelo. ¿Cuántos hombres hay en este fajo de billetes? ¿Cien? ¿Ciento cincuenta? No, seguro que no son ciento cincuenta... Ya no eres tan joven. Pero las demás sí lo son, ¿no? Y cada día más jóvenes. Sabes una cosa, creo que ya no volverás a ver este dinero.

—Cabrón...

—Piensa en ello —dijo él pasándose los billetes de una mano a la otra—. Cien hombres a cambio de decirme dónde puedo encontrar sólo a uno. Cien contra uno. No es tan mal negocio, ¿verdad?

—Cabrón —repitió, pero esta vez con menos convicción.

—Vamos, Zinaida —se inclinó y bajó la voz coaccionándola—, ¿dónde está Kelso? Es importante.

Por un momento pensó que ella iba a decírselo, pero en ese instante endureció la cara.

—No me importa quién seas —le espetó—, pero prefiero hacer la calle, es más honrado.

—Quizá sea cierto —reconoció Suvorin, y le arrojó el dinero encima.

Los billetes resbalaron sobre la falda de la chica y cayeron al suelo, entre las piernas. Zinaida ni se agachó a recogerlos, se limitó a mirarlos. Y él entonces sintió una gran tristeza, tristeza por él, que había tenido que llegar a eso, a sentarse en la cama de una puta del distrito de Zayauze para intentar sobornarla con su propio dinero. Y triste por ella, porque Bunin tenía razón: estaba chiflada y ahora iba a tener que hacerla hablar.

20

Aunque habían pasado dos horas desde el amanecer, era como si la oscuridad no acabara de irse, como si el día se hubiera dado por vencido incluso antes de empezar. El cielo seguía gris y la cinta larga y recta de asfalto que formaba la carretera menguaba a lo lejos en la oscura humedad. A ambos lados se extendía una tierra baldía, irregular, salpicada de ciénagas color óxido y llanuras espantosamente amarillentas —la tundra subártica— que se convertía a media distancia en un bosque denso y oscuro de pinos y abetos.

Empezó a nevar.

Había mucho tráfico militar en la carretera. Adelantaron una larga columna de vehículos blindados y poco después empezaron a ver rastros de asentamientos humanos: cobertizos, corrales, restos de maquinaria agrícola... hasta una granja colectiva con una hoz y un martillo rotos en la entrada, y un viejo lema: LA PRODUCCIÓN ES VITAL PARA LA VICTORIA DEL SOCIALISMO.

Al cabo de unos kilómetros, la carretera cruzó una vía férrea y, en la oscuridad, aparecieron unas chimeneas que lanzaban hollín al cielo de nieve.

—Debe ser esto —dijo Kelso mientras levantaba la irada del mapa—. Aquí termina la M8, en las afueras e la ciudad, al sur.

—Mierda —exclamó O'Brian.

—¿Qué pasa?

El reportero señaló con la barbilla.

—La carretera está bloqueada; hay un control.

A cien metros, dos policías del GAI, con bastones fosforescentes y pistola, detenían a todos los vehículos que pasaban y comprobaban la documentación de sus ocupantes. O'Brian echó una mirada al retrovisor, pero no podía dar marcha atrás: tenían demasiado tráfico detrás. Unas vallas de cemento en el medio de la carretera hacían imposible efectuar un cambio de sentido y retroceder hacia el sur. Estaban obligados a hacer la cola.

—¿Qué dijiste que era mi visado? ¿Sólo un detalle? —ironizó Kelso.

O'Brian tamborileó en el volante.

—¿Es un control permanente o dirías que es por nosotros?

Kelso echó un vistazo a la garita en que había un policía leyendo el periódico.

—Diría que es permanente.

—Bueno, algo es algo. —O'Brian empezó a rebuscar en la guantera—. Ponte la capucha y súbete el saco de dormir hasta la cara. Hazte el dormido. Les diré que eres mi cámara. —Sacó un fajo de papeles arrugados—. Tú eres Vukov, ¿de acuerdo? Foma Vukov.

—¿Foma Vukov? ¿Y ese nombre de dónde sale?

—Si no quieres volver directamente a Moscú tienes un minuto para hacer lo que te digo.

—¿Y qué edad tiene el tal Foma Vukov?

—Veintitantos. —O'Brian estiró la mano y cogió la cartera de piel de atrás—. ¿Se te ocurre algo mejor? Mete esto debajo de tu asiento.

Kelso vaciló un instante y se puso la cartera detrás de las piernas. Se echó atrás, se subió el saco de dormir y cerró los ojos. Viajar sin visado era un delito; pero viajar sin visado y usar la documentación de otro era un delito muy distinto...

El coche avanzó y se detuvo. Oyó que O'Brian paraba el motor y abría la ventanilla. Una ráfaga de aire fresco entró en el vehículo.

—Salga del coche, por favor —dijo una voz áspera en ruso.

El Toyota se meció mientras O'Brian bajaba.

Kelso empujó suavemente con el talón la cartera de piel y acabó de meterla debajo del asiento.

Hubo una segunda ráfaga de aire mientras abrían la puerta de atrás. Ruido de cajas que se abrían, cierres que saltaban. Pasos. Una conversación en voz baja.

Alguien abrió la puerta de Kelso, y éste oyó el golpeteo de los copos de nieve, la respiración de un hombre. Y después la puerta que se cerraba... que se cerraba despacio, con consideración, como para no despertar al pasajero que dormía. Kelso supo que estaba a salvo.

Oyó que O'Brian volvía a cargar las cajas en la parte trasera, daba la vuelta, se sentaba en el asiento del conductor y arrancaba.

—Es asombroso —dijo— el efecto de unos cientos de dólares en un poli que hace seis meses que no cobra. —Apartó el saco de dormir de la cara de Kelso—. Acaban de tocar diana, profesor. Bienvenido a Arcángel.

Cruzaron el Dvina ruidosamente por un puente de hierro. El río era ancho con manchas amarillas por la tundra. Tenía unas corrientes subterráneas que se movían como músculos debajo de la piel sucia. Un par de barcazas negras de carga, una detrás de otra, se dirigían al norte, hacia el mar Blanco. En la orilla de enfrente, a través de la cortina de nieve y los barrotes del puente, se veían chimeneas de fábricas, grúas, bloques de apartamentos y una torre de televisión con una luz roja parpadeante.

A medida que el paisaje se ampliaba, hasta O'Brian empezó a deprimirse y dijo que era un basural, un agujero, el lugar más asqueroso que había visto en su vida.

Un tren de mercancías traqueteaba por una vía encima de ellos. Al final del puente, giraron a la izquierda, hacia lo que parecía el centro de la ciudad. Las fachadas de los edificios estaban todas picadas, partes de la carretera hundidas. Un viejo tranvía, de color marrón y ocre, avanzaba con un ruido terrible, como si arrastraran una cadena por los adoquines. Los peatones se tambaleaban en la nieve.

O'Brian conducía despacio, sacudiendo la cabeza, y Kelso se preguntó qué esperaba. ¿Un centro de prensa? ¿Un hotel para los medios de comunicación? Salieron a la amplia explanada de una estación de autobuses. En un extremo,

cuatro enormes soldados de bronce del Ejército Rojo miraban, espalda contra espalda, los cuatro puntos cardinales, con sus rifles en alto en señal de triunfo. A sus pies, unos perros callejeros rebuscaban en la basura. Allí cerca había un edificio bajo y largo de cemento blanco y cristal cilindrado, con una inscripción: «Capitanía del Puerto de Arcángel.» Si esa ciudad tenía un centro, probablemente era ése.

—Paremos allí —sugirió Kelso.

Dieron la vuelta a la plaza y aparcaron con el parachoques delantero muy cerca de la barandilla curva de metal, directamente frente al agua. Un perro husky los observó sin interés y empezó a rascarse el cuello vigorosamente con la pata trasera para quitarse las pulgas. A lo lejos, a través de la nieve, apenas se divisaba la forma de un petrolero.

—¿Te das cuenta de que estamos en el extremo del mundo? —dijo Kelso en voz baja con la vista fija en el agua—. ¿Que estamos a sólo ciento cincuenta kilómetros del círculo polar ártico, que no hay nada más que hielo y mar entre nosotros y el polo Norte? ¿Eres consciente? —Se echó a reír.

—¿De que te ríes?

—De nada. —Echó una mirada a O'Brian e intentó parar, aunque sin éxito. Había algo en la espantosa desilusión del reportero que le hacía saltar lágrimas de risa—. Lo siento —farfulló—. De veras...

—Sí, sí, ríete —replicó O'Brian con amargura—. Ésta es mi idea de un perfecto viernes de mierda. Conducir ochocientos kilómetros hasta un basural que se parece a Pittsburgh después de una catástrofe nuclear para encontrar a la maldita novia de Stalin...

Resopló y también se echó a reír.

—¿Sabes lo que no hemos hecho? —logró decir O'Brian.

Kelso tomó aliento y tragó.

—¿Qué?

—No hemos ido a la estación de tren a ver el contador de radiación... ¡Probablemente estamos bien jodidos, llenos de radiactividad!

Estallaron en carcajadas dentro del Toyota. La nieve seguía cayendo y el husky los miró sorprendido, con la cabeza ladeada.

O'Brian cerró el coche y cruzaron deprisa por la nieve la traicionera explanada de cemento hasta el edificio de la autoridad portuaria.

Kelso llevaba la cartera.

Seguían riendo, y al leer el anuncio de las rutas del transbordador —a Murmansk y a las islas Gimientes—, estallaron otra vez.

—¿Las islas Gimientes?

—Venga, tío, basta ya que tenemos trabajo.

El edificio era más grande de lo que parecía por fuera. En la planta baja había tiendas —quioscos pequeños que vendían ropa y artículos de tocador—, un bar y las taquillas de los billetes. En el subsuelo, iluminado por tubos fluorescentes, la mayoría rotos, había un oscuro mercado: puestos de semillas, libros, cintas pirata, zapatos, champú, salchichas, y unos macizos y enormes sujetadores rusos de color beige y negro, milagro de la ingeniería de puentes voladizos.

O'Brian compró un par de mapas, uno de la ciudad y otro de la región, y volvieron a subir a las taquillas donde un hombre con un uniforme grasiento le permitió a Kelso, a cambio de un dólar, echar una ojeada rápida a la guía telefónica de Arcángel. Era un tomo pequeño, de cantos redondeados y tardó menos de treinta segundos en ver que no había ningún Safanov ni Safanovna.

—¿Y ahora qué? —preguntó O'Brian.

—A comer —respondió Kelso.

El bar era una vieja *stolovaya*, una cantina de autoservicio para trabajadores, con el suelo mojado y sucio de nieve derretida. El aire estaba viciado con un fuerte olor a tabaco. En la mesa de al lado, un par de marineros alemanes jugaba a las cartas. Kelso pidió un bol grande de *shchi* —sopa de col con una cucharada de nata en el centro—, pan negro y un par de huevos duros. El efecto de todo eso en el estómago vacío fue inmediato. Empezó a sentirse casi eufórico. Esto va a salir bien, pensó. Allí estaban a salvo, nadie iba a ir a buscarlos. Y, si hacían bien las cosas, podían marcharse al día siguiente.

Echó la mitad de una botellita de coñac al café instantáneo y lo miró. Cono, pensó, ¿por qué no?, y añadió el resto. Encendió un cigarrillo y miró alrededor. La gente allí parecía más abatida que en Moscú. Los observaban por extranjeros, pero bajaban la mirada en cuanto ellos intentaban devolvérsela.

O'Brian apartó su plato.

—He estado pensando en ese instituto o lo que fuera... la Academia Máximo Gorki. Deben de tener los viejos expedientes, ¿no? Y también estaba esa chica que ella conocía... ¿cómo se llamaba? La fea.

—Maria.

—Maria, eso es. Vamos a ver si tienen el libro de fotos de clase de ese año y busquemos a Maria.

¿Libro de fotos?, se dijo Kelso. ¿Qué pensaba O'Brian que era? ¿La reina de la promoción 1950 de la Academia Máximo Gorki? Pero estaba de demasiado buen humor para empezar a discutir.

—Quizá... —comentó diplomáticamente— quizá podríamos probar en el Partido local. ¿Recuerdas que estaba en el Komsomol? Seguramente aún tendrán las viejas fichas.

—De acuerdo. Tú eres el experto. ¿Y cómo encontramos el local?

—Muy fácil. Dame el mapa de la ciudad.

O'Brian sacó el mapa de su bolsillo interior y movió la silla para sentarse al lado de Kelso. Desplegaron el plano.

La mayor parte de Arcángel se apiñaba sobre un amplio cabo, de unos seis kilómetros de ancho, con unas franjas que se extendían por ambas márgenes del Dvina.

Kelso señaló un punto del mapa con el dedo.

—Aquí, aquí están. O estaban —dijo—. En la *ploshchad* Lenina, en el edificio más grande de la plaza. Siempre se ponían ahí los cabrones.

—¿Y crees que nos ayudarán?

—No, voluntariamente no, pero siempre se los puede untar con un poco de lubricante económico... En todo caso vale la pena intentarlo.

En el mapa parecía un paseo de cinco minutos.

—Empieza a gustarte toda esta historia, ¿eh? —dijo O'Brian mientras le daba una palmada afectuosa—. Formamos un buen equipo, ¿sabes? Ya verán. —Plegó el mapa y dejó cinco rublos de propina debajo del plato.

Kelso se acabó el café. El coñac le daba un punto. Después de todo, pensó, O'Brian no era tan mal tipo. Era mejor que Adelman y todo el resto de momias que ahora sin duda se pudrían en Nueva York.

La historia no se había hecho sin correr riesgos; eso, al menos, lo sabía. Por eso quizá uno a veces también tenía que arriesgarse para escribirla, ¿no?

O'Brian tenía razón.

Ya verían.

21

Salieron otra vez a la nieve, pasaron al lado del Toyota y por delante de un hospital cerrado que se veía abajo: Policlínica de Marinos de la Cuenca Norte. El viento llevaba la nieve hacia la costa y soplabla entre las jarcias de acero de los barcos del muelle de madera, y curvaba los árboles achaparrados plantados a lo largo del paseo para proteger los edificios. Los dos hombres tuvieron que esforzarse para mantener el paso.

Un par de barcas se habían hundido, así como la cabaña de la punta del embarcadero. Jóvenes gamberros habían tirado los bancos al río por encima de la barandilla. En las paredes había diferentes graffiti: una estrella de David, gotas de sangre con una esvástica encima, insignias de las SS, del KKK.

Seguro que allí no había ninguna tienda de zapatos italianos.

Echaron a andar tierra adentro.

En todas las ciudades de Rusia todavía había una estatua de Lenin. La imagen del líder que presidía Arcángel tenía unos quince metros de altura y se elevaba sobre un pedestal de granito con rostro decidido, abrigo al viento y unos papeles enrollados en la mano extendida. Parecía como si llamara un taxi. La plaza que aún llevaba su nombre era amplia, estaba cubierta de nieve y desierta; en una esquina, un par de cabras atadas mordisqueaban un arbusto. Delante estaba el museo, la oficina central de correos y un edificio enorme con una hoz y un martillo sujetos en el balcón.

Kelso encabezó la marcha. Cuando ya casi habían llegado, apareció por la esquina un jeep color arena con un buscahuellas en la capota: tropas del Ministerio del Interior, el MVD, que le quitaron la borrachera enseguida. Se dio cuenta de que podían pararlo en cualquier momento y pedirle el visado. Los soldados de semblantes pálidos se los quedaron mirando. Kelso agachó la cabeza y subió la escalera al trote. O'Brian lo siguió de cerca mientras el jeep completaba su circuito de guardia alrededor de la plaza y se perdía de vista.

Los comunistas no habían sido expulsados por completo del edificio; apenas se habían trasladado al fondo. Ahí mantenían una pequeña recepción presidida por una gorda de mediana edad con un crepado de pelo amarillo teñido. A su lado, sobre el alféizar de la ventana, había una hilera de cintas desgredadas que crecían en botes viejos de conserva; frente a ella había un gran cartel en color de Gennadi Ziuganov, el candidato de cara de pastel de las últimas elecciones presidenciales.

La mujer estudió la tarjeta de visita de O'Brian, de un lado y de otro, y después a la luz como si sospechara que fuera falsa. Levantó el teléfono y habló en voz baja.

Fuera, a través del doble cristal, el patio empezaba a llenarse de nieve. Un reloj marcaba la hora. Al lado de la puerta, Kelso vio una pila de ejemplares del último número de *Aurora*, atados con una cuerda, listos para que los distribuyeran. El titular de portada era una frase del informe del ministro del Interior al presidente: LA VIOLENCIA ES INEVITABLE.

Al cabo de unos minutos apareció un hombre de unos sesenta años. Era una figura rara de cabeza demasiado pequeña para un torso robusto y facciones diminutas. Se llamaba Zarev, dijo mientras les tendía una mano manchada de tinta. Profesor Zarev, primer secretario suplente del Comité Regional.

Kelso le preguntó si podían hablar un momento.

Sí, quizá, a lo mejor.

¿Ahora? ¿En privado?

Zarev dudó y se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Los llevó por un largo pasillo hasta su pequeño despacho, una reliquia de la época soviética, con fotos de Brézhnev y Andropov. Kelso calculó que en el transcurso de los años había visitado montones de oficinas como ésa. Suelo de madera, cañerías de agua gruesas, un pesado radiador, un calendario de escritorio, un teléfono grande de baquelita verde, como escapado de una película de ciencia ficción de los años cincuenta, el olor a cera y a aire viciado... cada detalle le resultaba familiar, hasta el Sputnik en miniatura y el reloj de Zimbabue, regalo de alguna delegación marxista de visita. En el estante de atrás había seis ejemplares de las memorias de Mamantov: *Aún creo*.

—Veo que tiene el libro de Vladimir Mamantov. —Era un comentario estúpido, pero Kelso no pudo evitarlo.

Zarev se volvió en el acto como si lo viera por primera vez.

—Sí, el camarada Mamantov vino a Arcángel a hacer campaña para las presidenciales. ¿Por qué? ¿Lo conoce?

—Sí, lo conozco.

Hubo un silencio. Kelso era consciente de cómo lo miraba O'Brian y de que Zarev esperaba que dijera algo más. Con cierta vacilación empezó su ensayado discurso. Antes que nada, dijo, a él y al señor O'Brian les gustaría agradecer al profesor Zarev por haberlos recibido a pesar de que no habían avisado. Estaban en Arcángel sólo por un día, preparando una película sobre la fuerza residual del Partido Comunista. Estaban recorriendo varias ciudades de Rusia. Lamentaba no

haberse puesto antes en contacto para fijar una entrevista como correspondía, pero estaban trabajando muy deprisa...

—¿Y los envía el camarada Mamantov? —interrumpió Zarev—. ¿Los ha enviado aquí?

—En honor a la verdad, diría que si no hubiera sido por Vladimir Mamantov no estaríamos aquí.

Zarev empezó a asentir. Vaya, era un tema excelente y, en Occidente, lo pasaban por alto deliberadamente. ¿Cuánta gente en Occidente sabía que, en las elecciones a la Duma, los comunistas habían sacado el 30 por ciento de los votos, y el 40 por ciento en las presidenciales de 1996? Sí, muy pronto volverían a estar en el poder. Al principio, seguramente tendrían que compartirlo, pero después... ¿quién sabe?

Empezó a animarse.

Tomemos la situación de Arcángel. Había millonarios, claro. ¡Perfecto! Pero también crimen organizado, desempleo, sida, prostitución, drogas. ¿Estaban al tanto de que en Rusia la esperanza de vida y la mortandad infantil estaban al nivel de África? ¡Menudo progreso! ¡Menuda libertad! Zarev había sido profesor de teoría marxista en Arcángel durante veinte años. El puesto, desde luego, había sido eliminado... sí, había enseñado marxismo en un estado marxista, pero ahora, que literalmente estaban derribando todas las estatuas de Marx, empezaba a apreciar la genialidad de la concepción del filósofo: el dinero priva al mundo entero, tanto al mundo humano como a la naturaleza, de su auténtico valor...

—Pregúntale por la chica —susurró O'Brian—. No tenemos tiempo para todas estas gilipolleces. Pregúntale por Anna.

Zarev se había interrumpido a medio discurso y los miraba alternativamente.

—Profesor Zarev —dijo Kelso—, para ilustrar nuestra película tenemos que buscar determinadas historias humanas...

Sí, buena idea. Lo comprendía. El elemento humano. Había muchas historias en Arcángel.

—Sí, estoy seguro. Pero tenemos en mente una en particular. Una chica. Ahora será una mujer de más de sesenta años, más o menos de su edad. Su apellido de soltera era Safanova. Anna Mijailovna Safanova. Había estado en el Komsomol.

Zarev se rascó la punta de la nariz. El nombre, dijo después de pensar, no le sonaba. Seguramente había sido hacía muchos años.

—Casi cincuenta.

¿Cincuenta años? ¡Imposible! ¡Por favor! Él les buscaría otras personas...

— ¿Pero tendrán archivos?

... les presentaría mujeres que habían combatido contra los fascistas en la Gran Guerra Patria, heroínas del trabajo socialista, condecoradas con la Orden de la Estrella Roja. Gente magnífica.

— Pregúntale cuánto quiere — dijo O'Brian que ya no se molestaba en cuchichear. Empezó a sacarse la cartera del bolsillo—. ¿Por mirar en los archivos? ¿Cuánto?

— ¿Le pasa algo a su colega? — preguntó Zarev.

— Mi colega se preguntaba — dijo Kelso con delicadeza — si usted tendría la bondad de hacer cierto trabajo de investigación para nosotros. Estaríamos encantados de pagar... de pagarle al Partido unos honorarios...

No sería fácil, comentó Zarev.

Kelso dijo que estaba seguro.

Durante los últimos años de la Unión Soviética, el 7 por ciento de la población adulta era miembro del Partido Comunista. Si se aplicaba la misma proporción a Arcángel, ¿con qué nos encontrábamos? Quizá con veinte mil miembros sólo en la ciudad, y tal vez el mismo número en la provincia autónoma. Y a ese número había que añadirle los miembros del Komsomol y los demás brazos colaterales del Partido. Por lo tanto, si se incluían todos los miembros activos durante los últimos ocho años, los que murieron o dimitieron, los que fueron fusilados, encarcelados, purgados, exilados... nos encontrábamos con un número muy grande. Un número enorme. Sin embargo...

Lo arreglaron por doscientos dólares. Zarev insistió en extenderles un recibo. Guardó el dinero en una caja metálica destartada, que a su vez metió en un cajón, y Kelso se dio cuenta, quizá con una extraña admiración, que Zarev probablemente tenía intenciones de entregar el dinero al Partido. No se lo guardaría; era un auténtico creyente.

El ruso volvió a llevarlos por el pasillo hasta la recepción. La rubia teñida regaba las plantas en sus botes. *Aurora* seguía proclamando que la violencia era inevitable. La gorda sonrisa de Ziuganov seguía en su sitio. Zarev cogió una llave de un armario metálico y bajaron al sótano. Una puerta grande de hierro a prueba de explosiones, tachonada de cerrojos, pintada de color gris acorazado, se abrió de par en par y dejó a la vista un sótano con estanterías de madera llenas de expedientes.

Zarev se puso unas gafas metálicas y empezó a bajar carpetas cubiertas mientras Kelso miraba alrededor maravillado. No era un depósito, pensó, sino una cata-cumba, una necrópolis. Bustos de Lenin, de Marx y Engels se alineaban en los estantes como clones perfectos. Cajas de fotos de olvidados *aparatchiks* del Partido

y lienzos del más puro realismo socialista que retrataban pechugonas chicas campesinas y héroes de la clase obrera con músculos de granito. Había bolsas de adornos, diplomas, carnets del Partido, folletos, panfletos, libros. Y ahí estaban también las banderas... banderitas rojas para que agitaran los niños y estandartes carmesí para que desfilaran los jóvenes como Anna Safanova.

Era como si de pronto hubieran obligado a una gran religión mundial a vaciar sus templos y ocultar todo bajo tierra, a quitar de la vista sus textos y sus iconos, con la esperanza de tiempos mejores, de un Segundo Advenimiento...

Las listas del Komsomol de 1950 y 1951 no estaban.

—¿Qué?

Kelso se dio la vuelta y se encontró a Zarev con el entrecejo fruncido y un par de carpetas, una en cada mano.

Era muy extraño, decía el ruso. Había que investigarlo más en detalle. Ellos mismos podían verlo —les dio las carpetas para que las examinaran—, ahí estaban las listas de 1949, y allí las de 1952. Pero en ninguno de esos años figuraba ninguna Anna Safanova.

—En el cuarenta y nueve era demasiado joven —dijo Kelso—, aún no tenía la edad.

Y en el cincuenta y dos sólo Dios sabía qué había sido de ella.

—¿Cuándo se llevaron las listas?

—En abril del cincuenta y dos —respondió Zarev—. Aquí hay una nota: «Documentación transferida a los archivos del Comité Central, Moscú.»

—¿Hay alguna firma?

Zarev se la enseñó.

—A. N. Poskrebishev.

—¿Quién es? —preguntó O'Brian

Kelso lo sabía, y, por lo visto, Zarev también.

—El general Poskrebishev —respondió Kelso— era el secretario privado de Stalin.

—Vaya, un misterio —intervino Zarev un poco demasiado rápido mientras volvía a poner los expedientes en su sitio. Incluso cincuenta años más tarde y a pesar de todo lo que había pasado, la firma del secretario de Stalin bastaba para intranquilizar a un hombre entrado en años. Le temblaban las manos. Una carpeta se le resbaló y cayó al suelo. Las hojas se desparramaron—. Déjelo, yo me ocuparé. —Pero Kelso ya estaba de rodillas recogiendo los papeles.

—Creo que podría hacer algo más por nosotros —le dijo.

—No creo que...

—Los padres de Anna Safanova probablemente eran miembros del Partido.

Era imposible, dijo Zarev. No podía enseñarles esos expedientes. Era documentación confidencial.

—Pero podría mirarlos usted...

No, no podía.

Alargó la mano manchada de tinta para que le devolviera las hojas y, de pronto, se acercó O'Brian y le puso otros doscientos dólares en la mano tendida.

—Nos haría un gran favor —dijo Kelso, mientras le hacía señas a O'Brian de que se apartara—, si pudiera mirarlo, sería una gran ayuda para nuestra película.

Pero Zarev no le hacía caso. Miraba fijamente los dos billetes de cien con la cara impresa de Benjamin Franklin, interesada y sagaz, que le devolvía la mirada.

—¿Hay algo que ustedes crean que no pueden comprar con su dinero? —preguntó.

—No queríamos ofenderlo —replicó Kelso lanzándole una mirada asesina a O'Brian.

—Sí —murmuró éste—, no queríamos ofender.

—Compan nuestras industrias, nuestros misiles, tratan de comprar nuestros archivos...

Estrujó los billetes y los lanzó al suelo.

—Guárdense su dinero y váyanse al cuerno.

Se volvió y agachó la cabeza para dejar todas las carpetas en orden. Hubo un silencio que sólo interrumpía el ruido del papel.

«Bien hecho —le dijo Kelso a O'Brian en silencio—. Te felicito.»

Pasó un minuto completo, y luego, inesperadamente, Zarev dijo sin volverse:

—¿Cómo dijo que se llamaban los padres?

—Mijail —respondió Kelso— y... ¿Cómo demonios se llamaba la madre? —Trató de recordar el informe del NKVD—. ¿Vera? ¿Varushka? No, Va vara, eso era. Mijail y Vavara Safanova.

Zarev dudó. Se volvió para mirarlos con una expresión mezcla de dignidad y desprecio.

—Esperen aquí y no toquen nada —dijo.

Desapareció por el sótano y lo oyeron moverse por allí.

—¿Qué pasa? —preguntó O'Brian. —Creo que le interesa —dijo Kelso—. Ha ido a ver si hay algún expediente de los padres de Anna. Y no precisamente gracias a ti. ¿No te dije que me dejaras hablar a mí?

—Bueno, ¿ha funcionado o no? —O'Brian se agachó y recogió los billetes arrugados, los alisó y volvió a guardárselos en la cartera—. Dios mío, qué cementerio. —Levantó una cabeza de Lenin—. *Ave Caesar...* —No recordaba el

resto de la cita—. Ahí va, profesor, un regalo. —Le lanzó el busto a Kelso, que lo cogió y volvió a dejarlo.

—Para —dijo.

Se le había ido el buen humor. Estaba harto de O'Brian, pero no era sólo eso. Había algo más... algo que tenía que ver con la atmósfera de ahí abajo. No sabía definirlo exactamente.

—¿Qué te pasa? —le preguntó con desdén.

—No sé. No hay que burlarse de Dios.

—¿Y tampoco del camarada Lenin? ¿Es eso? Pobre Chiripa. ¿Sabes una cosa? Creo que se te está aflojando un tornillo.

Kelso lo hubiera mandado al cuerno, pero vio que Zarev regresaba con una carpeta en la mano y rostro triunfal.

Aquí tenía a la persona perfecta para la película. Una persona incorruptible que nunca se había dejado comprar. Miró a O'Brian con odio. Una persona que era un ejemplo para todos. Vavara Safanova se había afiliado al Partido Comunista en 1935 y le había sido fiel en las buenas y en las malas. Tenía una lista de menciones de media página otorgadas por el Comité Central de Arcángel. ¡Sí, ahí estaba el espíritu indómito del socialismo que jamás sería conquistado!

Kelso le sonrió.

—¿Cuándo murió?

Ah, eso era lo interesante. No había muerto.

—¿Vavara Safanova? —repitió Kelso. No podía creerlo. Intercambió una mirada con O'Brian—. ¿La madre de Anna Safanova todavía vive?

Todavía vivía el mes pasado, respondió Zarev. ¡Aún vivía a los ochenta y cinco! Estaba escrito ahí. Ellos mismos podían verlo. Hacía sesenta años que era un miembro leal del Partido, y acababa de pagar la cuota.

En Moscú era de mañana.

Suvorin estaba en el asiento trasero del coche con Zinaida Rapava. El hombre de contacto de la Milicia iba en el asiento delantero, al lado del chófer. Las

puertas estaban cerradas; el Volga, atascado en un mar de tráfico lento en la carretera que se dirigía a Litkarino.

El hombre de la Milicia se quejaba. Tendrían que haber cogido otro tipo de coche; para abrirse paso en ese colapso hacían falta luces y efectos sonoros.

¿Quién te crees que eres?, pensó Suvorin. ¿El presidente?

Zinaida tenía ojeras y los ojos hinchados por falta de sueño. Llevaba una gabardina sobre el vestido e iba con las rodillas vueltas hacia la puerta, para que quedara el máximo de espacio entre ella y Suvorin. Este se preguntaba si la chica sabía a dónde iban; tenía sus dudas. Zinaida parecía haberse retirado a un recóndito lugar dentro de sí misma y apenas enterarse de lo que sucedía.

¿Dónde estaba Kelso? ¿Qué había en el cuaderno? Las mismas dos preguntas sin cesar, primero en su casa, después en la oficina del SVR en el centro de Moscú, el lugar donde los periodistas occidentales de visita eran recibidos por un funcionario de relaciones públicas, sonriente y americanizado. («¡Vean, caballeros, lo democráticos que somos! Ahora bien, ¿en qué podemos servirles?») Nada de café ni cigarrillos para ella, una vez que se fumó el último que le quedaba. Escriba una declaración, Zinaida, después la rompemos y escribimos otra, y otra, mientras en el reloj se hacían las nueve, que era la hora en que Suvorin podía jugar su as.

Era terca como su padre.

En los viejos tiempos, en la Lubianka, le habrían aplicado un sistema llamado la «cinta transportadora». Tres investigadores que hacían turnos rotativos de ocho horas se pasaban al sospechoso sin parar ni un minuto. Al cabo de treinta y seis horas sin dormir, la mayoría de la gente firmaba lo que fuera e incriminaba a cualquiera. Pero Suvorin no tenía respaldo ni treinta y seis horas. Bostezó. Sentía los ojos llenos de arenilla. Supuso que estaba tan cansado como ella.

Sonó el teléfono móvil.

—Sí. —Era Neto—. Buenos días, Vissari. ¿Qué novedades hay?

Varias, dijo Neto. Primero: la casa de la calle Vspolni. Había averiguado que pertenecía a una empresa llamada Moskprop, que la había puesto en alquiler por quince mil dólares al mes. Sin éxito hasta el momento.

—No me extraña; a ese precio...

Segundo: parecía como si últimamente hubieran desenterrado algo del jardín. En un lugar la tierra estaba removida hasta una profundidad de un metro y medio. Los exámenes revelaban la presencia de óxido ferroso en la tierra. Algo se había oxidado allí durante años.

—¿Algo más?

—No. Ninguna novedad sobre Mamantov. Se ha evaporado. Y el coronel está nervioso. Me ha preguntado por usted.

—¿Le ha dicho dónde estaba?

—No, comandante.

—Muy bien. —Suvorin colgó. Zinaida lo miraba—. ¿Sabe lo que creo? —le dijo—. Que su padre desenterró la caja de herramientas poco antes de morir, y que después se la dio a usted. Y después usted se la dio a Kelso.

Era sólo una teoría, pero creyó ver cierto parpadeo en los ojos de la chica antes de que apartara la mirada.

—Sabe —continuó—, al final llegaremos a eso, y si es necesario llegaremos sin su ayuda. Tardaremos un poco más, eso es todo. —Se apoyó en el respaldo.

El cuaderno estaría dondequiera que estuviese Kelso. Y dondequiera que estuviese el cuaderno, allí también estaría Vladimir Mamantov... si todavía no estaba, llegaría muy pronto. Así que la respuesta a una de las preguntas —¿dónde estaba Kelso?— daría la solución a los tres problemas.

Le echó una mirada a Zinaida. Tenía los ojos cerrados.

Suvorin estaba seguro de que ella lo sabía.

Era tan exasperantemente sencillo.

Se preguntó si Kelso se imaginaba lo cerca de él que estaría Mamantov en aquel momento y el peligro que corría. Claro que no. Era un occidental; seguro que se creía inmune.

El viaje se hacía interminable.

—Es aquí—dijo el hombre de la Milicia señalando con un índice grueso—. Allí arriba, a la derecha.

Con la lluvia, parecía un lugar sombrío, un depósito de ladrillo rojo oscuro, con pequeñas ventanas detrás de las rejas de hierro. No había ninguna placa en la deprimente entrada.

—Demos una vuelta por detrás —indicó Suvorin— a ver si podemos aparcar allí.

Giraron a la derecha, y otra vez a la derecha y entraron por unas puertas de madera a un patio asfaltado que brillaba por la lluvia. En un rincón había una vieja ambulancia verde con las ventanillas pintadas junto a una furgoneta negra. Había planchas de cinc ondulado, apiladas junto a bolsas de plástico blancas cerradas con cinta adhesiva, que rezaban MATERIAL SANITARIO DE DESECHO en letras rojas. Algunas estaban volcadas y abiertas, o mejor dicho, los perros las habían desgarrado. Sábanas empapadas y llenas de sangre absorbían la lluvia.

La chica estaba sentada. Miraba alrededor y empezaba a imaginarse dónde estaba. El policía de delante levantó su pesada osamenta del asiento delantero y dio la vuelta para abrirle la puerta. Zinaida no se movió. Tuvo que ser Suvorin el que la cogió del brazo y la obligó con suavidad a salir del coche.

—Han tenido que ampliar el lugar. Y también hay otro depósito en Elektrostal. En fin, es lo que tenemos, una ola de crímenes. Ni los muertos pueden estar tranquilos últimamente. Bueno, Zinaida, es una formalidad. Hay que hacerlo. Además, me han dicho que muchas veces ayuda. Siempre es bueno mirar nuestros terrores a la cara.

Se soltó el brazo y se arrebujó en la gabardina. Suvorin se dio cuenta de que estaba más nervioso que ella. Nunca había visto un cadáver. Increíble, un jefe de la Primera Comandancia del KGB que nunca había visto un cadáver. Aquel caso estaba resultando de lo más educativo.

Se abrieron paso entre los residuos, pasaron por delante de un montacargas y entraron por la parte trasera del depósito: el policía delante, después Zinaida y por último Suvorin. El local, originariamente, había sido una planta frigorífica de pescado traído del mar Negro. Y, a pesar del olor a productos químicos, aún quedaba cierto hedor a salmuera.

El policía conocía el procedimiento. Asomó la cabeza en una oficina de cristal y le hizo una broma al que estaba dentro; después apareció otro hombre con bata blanca, que abrió una pesada cortina de tiras de goma negra y entraron en un largo corredor lo suficientemente ancho para dejar pasar una carretilla elevadora, con puertas de cámaras frigoríficas a ambos lados.

En Estados Unidos —Suvorin lo había visto en un vídeo de un programa de policías y ladrones que le gustaba a Serafima— los parientes podían ver a sus seres queridos por un monitor, cómodamente separados de la realidad física de la muerte. En Rusia, semejante delicadeza no acompañaba al difunto. Pero, para ser justos con las autoridades, había que decir que habían hecho lo mejor posible teniendo en cuenta la limitación de recursos. Desde la sala de reconocimiento —si se entraba por la puerta principal— no se veían las neveras. Además, había un par de jarrones con flores de plástico sobre una mesa, a ambos lados de una cruz de metal. La camilla estaba justo delante y la figura de un cuerpo se veía claramente debajo de la sábana blanca. Qué pequeño, pensó Suvorin. Esperaba un hombre más corpulento.

Se aseguró de estar al lado de Zinaida. El policía se quedó junto a su amigo, el técnico del depósito. Suvorin le hizo un gesto, y éste retiró la sábana.

La cara manchada de Papú Rapava, con el pelo ralo y canoso peinado hacia atrás con raya al medio, miraba el techo descascarillado a través de unos párpados ennegrecidos.

El policía recitó la fórmula con voz monótona:

—¿La testigo reconoce a Papú Gerasimovich Rapava?

Zinaida, con la mano sobre la boca, asintió con la cabeza.

—Hable, por favor.

—Sí, es él. —Apenas la oían—. Sí, es él —repitió más alto.

Miró a Suvorin desafiante.

El técnico empezó a taparse otra vez la cara.

—Espere —dijo Suvorin. Dio un tirón a la sábana por la punta que tenía más cerca. El nailon se deslizó por el cuerpo y cayó al suelo.

La habitación se sumió en un profundo silencio y después estalló el grito de la chica.

—¿Y ahora reconoces a Papú Gerasimovich Rapa-va? Echa un vistazo, Zinaida. —El no se atrevió a mirar, por suerte casi no lo había visto; tenía la mirada clavada en ella—. Mira lo que le han hecho. Es lo que te van a hacer a ti y a tu amigo Kelso, si os pillan.

El técnico gritaba algo. Zinaida, chillando, retrocedió a un rincón de la habitación y se cubrió la cara con las manos. Suvorin fue tras ella. Era su momento, su gran oportunidad, tenía que aprovecharla.

—Ahora dime dónde está. Lo siento, pero tienes que decírmelo. Dime dónde está. Dímelo.

Zinaida empezó a pegarle, pero el hombre de la Milicia la cogió por la gabardina y la arrojó hacia atrás.

—Eh, eh. Basta ya.

Le dio la vuelta, la empujó y la puso de rodillas. Suvorin se arrodilló a su lado, se acercó y le cogió la cara entre las manos.

—Lo siento —le dijo. Parecía como si la cara de Zinaida fuera a disolverse bajo sus dedos. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y el rímel le corría por las mejillas. La boca también era una mancha negra—. Lo siento. Cálmate.

Se quedó inmóvil. Suvorin pensó que se había desmayado, pero seguía con los ojos abiertos.

En ese momento se dio cuenta de que no se lo diría. Era digna hija de su padre.

Al cabo de medio minuto, la soltó y se quedó en cuclillas con la cabeza gacha y la respiración agitada. Detrás, oyó que sacaban la camilla.

—Está loco, loco como una puta cabra —dijo el técnico, incrédulo.

Suvorin levantó la mano en señal de confirmación. Estaba cansado. La puerta se cerró con fuerza. Apoyó las manos en las frías piedras del suelo. Se dio cuenta de que odiaba ese caso, no sólo porque era condenadamente imposible y de lo más arriesgado, sino porque le demostraba cuánto odiaba su propio país: odiaba a todos esos veteranos que daban vueltas los domingos por la mañana con retratos de Marx y Lenin, y a los fanáticos como Mamantov que no se rendían, que no comprendían nada, que no veían que el mundo había cambiado.

El peso muerto del pasado se interponía en su camino como una estatua caída.

Le costó un gran esfuerzo apoyarse sobre las lisas baldosas y ponerse de pie.

—Vamos —le dijo a la chica y le ofreció la mano.

—Arcángel —dijo ella.

—¿Qué? —La miraba desde arriba, y ella, agachada, también lo miraba. Tenía una tranquilidad aterradora. Suvorin se acercó y preguntó—: ¿Qué es eso?

—Arcángel.

Se recogió los faldones del abrigo y volvió a sentarse en el suelo. Estaban uno al lado del otro con la espalda apoyada contra la pared, como un par de supervivientes después de un accidente.

Ella miraba al frente y hablaba con un extraño tono monocorde. El tenía el bloc abierto y tomaba notas de-prisa, llenando una página tras otra. Porque a lo mejor Zinaida paraba, pensó, dejaba de hablar tan repentinamente como había empezado...

Se habían ido a Arcángel, decía, en coche. Los dos se habían ido al norte, él y ese reportero de la televisión.

Muy bien, Zinaida, tómate tu tiempo. ¿Cuándo?

Ayer por la tarde.

¿Exactamente a qué hora?

A eso de las cuatro. Cinco. No se acordaba. ¿Era importante?

¿Qué reportero?

O'Brian. Un norteamericano. Salía por televisión. Ella no se fiaba de él.

¿Y el cuaderno?

Ellos se lo habían llevado. Era de ella, pero no lo quería. No pensaba ni tocarlo. Sobre todo después de que supo de qué se trataba. Era una maldición. Todos los que lo tocaban morían asesinados.

Se detuvo y miró el sitio donde había estado el cuerpo de su padre. Se tapó los ojos.

Suvorin esperó. ¿Por qué Arcángel?, le preguntó después.

Porque la chica era de allí.

¿La chica? Suvorin dejó de escribir. ¿De qué hablaba? ¿Qué chica?

—Escucha —le dijo unos minutos después, cuando ya había guardado el bloc—, no te pasará nada. Me ocuparé personalmente, ¿de acuerdo? Te lo garantiza el gobierno ruso.

(¿De qué hablaba? El jodido gobierno ruso no podía garantizar nada, ni siquiera que su presidente no se bajara los pantalones en una recepción diplomática y tratara de hacer fuego con uno de sus pedos...)

—Mira, voy a hacer lo siguiente. Este es el número de mi despacho; es una línea directa. Le diré a uno de mis hombres que te lleve a tu casa, ¿de acuerdo? Así puedes dormir. Y me ocuparé de que haya un guardia en el rellano y otro en la calle. De ese modo nadie podrá hacerte daño. ¿De acuerdo?

Siguió haciendo promesas que no podía cumplir. Debería meterme en política, pensó, tengo un talento natural.

—Nos aseguraremos de que a Kelso no le pase nada. Y vamos a encontrar al agente, al hombre que le hizo esto a tu padre y voy a encerrarlo. ¿Me escuchas, Zinaida?

Suvorin se había vuelto a poner de pie y miraba subrepticamente el reloj.

—Tengo que poner todo esto en marcha. Debo irme. ¿De acuerdo? Voy a llamar al teniente Bunin (¿te acuerdas de Bunin, de anoche?) y le diré que te lleve a casa.

Mientras se dirigía a la puerta, se volvió y la miró.

—A propósito, me llamo Suvorin. Feliks Suvorin.

El policía de la Milicia y el técnico del depósito de cadáveres lo esperaban en el corredor.

—Déjenla sola —dijo—. Se pondrá bien.

Lo miraban de una forma rara. ¿Era desprecio, se preguntó, o precavido respeto? No sabía muy bien cuál de las dos cosas se merecía, pero no tenía tiempo de decidirlo. Les dio la espalda y marcó el número de Arseniev en Yasenevo.

—¿Sergo? Tengo que hablar con el coronel... Sí, es urgente. Necesito que me consiga un transporte... Sí... ¿Está listo...? Necesito que me consiga un avión.

23

Según el expediente del Partido, Vavara Safanova hacía más de sesenta años que vivía en la misma dirección, un sitio en la parte antigua de Arcángel, a unos diez minutos en coche del muelle, en un barrio de casas de madera. Casas de madera a las que se llegaba por escaleras de madera desde aceras de madera, madera antigua con la pátina gris del tiempo, que debió haber bajado por el Dvina de los bosques del norte mucho antes de la Revolución. Si uno podía cerrar los ojos a los bloques de hormigón que se elevaban al fondo, era un espectáculo pintoresco para un clima tan gélido. Al lado de algunas casas había pilas de leña y las volutas de humo ascendían por las chimeneas entre la nieve.

Las calles eran anchas y estaban vacías, con abedules plateados a ambos lados que parecían silenciosos centinelas. La superficie cubierta de nieve era engañosamente lisa, pero las calles no lo eran. El Toyota traqueteaba por baches que llegaban a la rodilla, saltaba y resbalaba, hasta que Kelso sugirió que siguieran la búsqueda a pie.

El se quedó tiritando sobre los tablones de la acera, mientras O'Brian rebuscaba en la parte trasera del vehículo. Al otro lado de la calle había varios vagones de mercancías. De pronto, en uno de ellos se abrió una puerta de fabricación casera y salió una mujer joven seguida de dos niños pequeños tan abrigados que parecían casi esféricos. Echó a andar por el campo nevado y los chiquillos se rezagaron para mirar a Kelso con solemne curiosidad, hasta que la madre se volvió y les lanzó un grito.

O'Brian cerró el coche. Llevaba una de sus cajas de aluminio. Kelso seguía con la cartera de piel.

—¿Has visto? —preguntó Kelso—. Hay gente viviendo en esos vagones de mercancías. ¿Lo has visto?

O'Brian gruñó y se puso la capucha.

Avanzaron laboriosamente por un costado de la calle, pasaron delante de una hilera de casas destartaladas y remendadas, cada una con su propio ángulo de inclinación sobre el terreno. Cada verano, con el deshielo, la tierra debía moverse, pensó Kelso, y con ella las casas. Habría que clavar tablones recién cortados sobre las grietas nuevas, por lo que algunas paredes tenían capas de reparaciones que debían remontarse a la época de los zares. Daba la impresión de que el tiempo se hubiera congelado. No resultaba difícil imaginarse a Anna Safanova, hacía cincuenta años, caminando por allí con un par de patines para el hielo al hombro.

Tardaron otros diez minutos en encontrar la calle de la anciana; en realidad apenas un callejón que daba a la calle principal, detrás de un conjunto de abedules, que llevaba al fondo de la casa. En el huerto había algunos animales de corral: pollos, un cerdo, un par de cabras y, dominando todo el conjunto, fantasmagórico en medio de la nieve, un polígono de bloques de hormigón de catorce pisos, con unas pocas luces amarillas en los pisos inferiores.

O'Brian sacó la cámara de vídeo y empezó a filmar. Kelso lo miraba molesto.

—¿No deberíamos ir a verla antes? ¿No habría que pedirle permiso?

—Sí, ve a hablar con ella.

Kelso miró el cielo. Los copos de nieve parecían cada vez más grandes... blandos y suaves como las manos de un bebé. Tenía un nudo en el estómago del tamaño de un puño. Cruzó el patio, pasó en medio del hedor tibio de las cabras y empezó a subir la escalinata de madera destartalada que llevaba a la galería trasera. En el tercer escalón se detuvo. La puerta estaba entreabierta y por el resquicio vio una anciana encorvada, apoyada con las dos manos en un bastón, que lo observaba.

—¿Vavara Safanova? —preguntó.

La mujer se quedó callada, y al cabo de un rato murmuró:

—¿Quién la busca ?

Kelso lo tomó como una invitación para seguir subiendo la escalera. No era un hombre muy alto, pero cuando llegó al destartalado porche parecía un gigante a su lado. Se dio cuenta de que la mujer sufría osteoporosis. Tenía los hombros a la altura de las orejas, lo que le daba aspecto vigilante.

Se bajó la capucha y, por segunda vez en la mañana, empezó a repetir su mentira ensayada: estaban en la ciudad haciendo una película sobre los comunistas; buscaban personas con recuerdos interesantes, en el Partido de la

ciudad les habían dado su nombre y dirección... Mientras estudiaba a la mujer, trataba de conciliar esa figura encorvada con la matriarca descrita brevemente en el diario de la chica.

«Mamá es fuerte como siempre... Mamá me lleva a la estación... Beso sus queridas mejillas...»

La mujer había abierto la puerta para verlo mejor, lo que permitió que Kelso también pudiera observarla. Aparte del chal, llevaba ropa masculina —ropa vieja, quizá de su difunto marido—, calcetines gruesos de hombre y botas. El rostro aún era bello. Seguramente había sido guapísima; la prueba estaba a la vista, en la línea de esos pómulos y en la mandíbula, en la mirada aguda de un ojo azul verdoso —el otro estaba velado por una catarata—. No resultaba muy difícil imaginársela como una joven comunista de los años treinta, pionera de la construcción de una sociedad nueva, una heroína socialista que despertaba el cariño de Shaw o Wells. Apostaba cualquier cosa a que habría adorado a Stalin.

«¡Sí, mamá, es cierto, es una casa modesta! Sólo dos plantas. ¡Tu buen corazón bolchevique se regocijaría con esta sencillez!»

—... si fuera posible —concluyó— le agradeceríamos mucho que nos dedicara unos minutos de su precioso tiempo.

Movía nervioso la cartera de piel de una mano a otra. Era consciente de la nieve que le caía sobre la espalda, del agua que le chorreaba por la nuca y de O'Brian, al pie de la escalera, que los filmaba.

Dios mío, échanos, pensó de repente. Mándanos al cuerno con todas nuestras mentiras; yo lo haría si estuviera en tu lugar. Tienes que saber por qué estamos aquí.

Pero se limitó a darse la vuelta y regresar despacio a la habitación, dejando la puerta abierta de par en par.

Kelso entró primero, y después O'Brian, que tuvo que agacharse para pasar por la puerta. Estaba oscuro. La única ventana estaba cubierta por una gruesa capa de hielo.

Si querían té, les dijo mientras se dejaba caer pesadamente en una silla de madera, tendrían que preparárselo ellos.

—¿Té? —le dijo Kelso a O'Brian en voz baja—. Nos está ofreciendo hacer un té. A mí me apetece, ¿y a ti?

—Sí, lo hago yo.

La anciana lanzó una retahíla de instrucciones bruscas. La voz que surgía de ese cuerpo menudo era inesperadamente grave y masculina.

—Coja el agua de ese cubo... no, esa jarra no, la otra, la negra... use el cazo, eso es... no, no... —golpeó el suelo con el bastón— no tanto. Ahora póngalo en el fogón. De paso añada un poco más de leña al fuego. —Otros dos golpes de bastón al suelo.

¿Leña? ¿Fuego?

O'Brian recurrió desesperado a Kelso en busca de traducción.

—Quiere que echés un poco de leña al fuego.

—El té en ese pote. No, no. Sí, en ése, allí.

Kelso no acababa de acostumbrarse a todo aquello: a la ciudad, a ella, a ese lugar, a la velocidad con que todo parecía suceder. Era como un sueño. Pensó que debía empezar a tomar algunas notas, por lo que sacó el bloc amarillo y empezó a hacer un inventario discreto de la habitación. Un cuadrado grande de linóleo gris; sobre el linóleo: una mesa, una silla y una cama cubierta con una colcha de lana. Sobre la mesa: unas gafas, un montón de frascos de medicinas y un ejemplar de la edición del norte de *Pravda* abierto por la tercera página. En las paredes: nada, salvo una vela roja en un rincón que subrayaba la oscuridad e iluminaba débilmente un aparador con una foto de V. I. Lenin en un marco de madera. Al lado colgaban dos medallas al Trabajo Socialista y un certificado que conmemoraba el quincuagésimo aniversario de afiliación al Partido en 1984; para el sexagésimo seguramente ya no podrían permitirse ese derroche. El esqueleto del comunismo y el de Vavara Safanova se habían desmoronado al mismo tiempo.

Los dos hombres se sentaron con torpeza en la cama mientras tomaban el té. Tenía un aroma peculiar, a hierbas, que no era desagradable, una especie de fondo de frambuesa, sabor a bosque. Al parecer, no le llamaba la atención que dos extranjeros llegaran al patio de su casa con una cámara de vídeo japonesa para hacer, según decían, una película sobre la historia del Partido Comunista de Arcángel. Era como si los hubiera estado esperando. Kelso supuso que ya nada le sorprendía. Tenía la resignada indiferencia de la gente muy mayor. Edificios e imperios se levantaban y caían. Nevaba. Dejaba de nevar. La gente iba y venía. Un día la muerte iría a buscarla, y tampoco se asombraría —ni le importaría— siempre y cuando se moviera por los sitios adecuados: «No, por ahí no. Sí, por allí...»

Sí, claro que se acordaba del pasado, dijo echándose atrás. Nadie en Arcángel se acordaba del pasado mejor que ella. Se acordaba de todo.

Se acordaba de los rojos que tomaron las calles en

1917 y de su tío que la levantaba en el aire, la besaba y le decía que el zar se había marchado y pronto llegaría el paraíso. Recordaba a su padre y su tío que huyeron al bosque para esconderse cuando llegaron los ingleses en 1918 a parar la Revolución... un gran acorazado gris había amarrado en el Dvina y los soldaditos ingleses, unos alfeñiques de nada, desembarcaron a montones como moscas. Imitó el ruido de cañones. Y después recordó que una mañana el barco ya no estaba en el puerto. Esa tarde regresó su tío... pero su padre no. A su padre lo habían cogido los blancos y nunca más volvió.

Se acordaba de todas esas cosas.

¿Y de los *kulaks*?

Sí, se acordaba de los *kulaks*. Ella tenía diecisiete años. Llegaron a millares a la estación de tren, con ese extraño uniforme nacional. Ucrucianos (nunca había visto tanta gente) cubiertos de llagas y con sus petates... Los encerraron en las iglesias y se prohibió a la gente del pueblo acercarse a ellos. Tampoco es que quisieran. Los *kulaks* transmitían infecciones. Todos lo sabían.

¿Tenían heridas contagiosas?

No, ellos eran contagiosos. Sus almas eran contagiosas. Llevaban las llagas de la contrarrevolución. Sanguijuelas, vampiros... así los llamaba Lenin.

¿Y qué pasó con ellos?

Lo mismo que con el acorazado inglés. Cuando nos fuimos a dormir estaban allí, y a la mañana siguiente habían desaparecido. Después de eso se cerraron todas las iglesias. Pero ahora estaban otra vez abiertas, lo había visto con sus propios ojos. Habían vuelto los *kulaks*. Estaban por todas partes. Era una tragedia.

Y también se acordaba de la Gran Guerra Patria... los barcos aliados estaban anclados en la desembocadura del río, y en los muelles se trabajaba noche y día bajo la heroica dirección del Partido, y los aviones fascistas lanzaban bombas sobre la parte antigua de la ciudad, que, como era de madera, se incendiaba... Se quemó una gran parte. Fue la época más dura... su marido luchaba en el frente, ella trabajaba como auxiliar de enfermería en la Policlínica de Marinos, no había comida ni mucho combustible, los apagones, las bombas y una hija que criar sola...

Todo esto tardó más tiempo en decirse de lo que indicaría un informe escrito. La anciana golpeó muchas veces el bastón y se fue por las ramas, hubo muchas repeticiones y digresiones. Kelso era consciente de que O'Brian tamborileaba los dedos a su lado, de la nieve que caía y de los ruidos amortiguados que llegaban de fuera. Pero la dejó hablar. Incluso pateó dos veces a O'Brian en el tobillo para advertirle que tuviera paciencia. Quería que ella llegara a la cuestión a su propio ritmo.

Kelso era un experto en la materia. Después de todo, así era como había empezado todo el asunto.

Tomó un trago de su té frío.

¿Así que tenía una hija, camarada Safanova? Qué interesante. Háblenos de ella.

Vavara empujó su bastón contra el linóleo e hizo una mueca.

Eso no tenía ninguna importancia en la historia del Partido Regional de Arcángel.

— ¿Pero era importante para usted?

Claro, naturalmente. Ella era la madre de la niña. ¿Pero qué era una hija en comparación con las fuerzas de la historia? Era una cuestión de *subjetividad y objetividad*. De quién y para quién. Y de muchos otros lemas del Partido que ya no recordaba pero que ella sabía que eran verdad y que le habían servido de gran consuelo en su momento.

Se reclinó en la silla.

Kelso sacó la cartera.

— Debo decirle que sé en parte lo que le sucedió a su hija —comenzó—. Hemos encontrado un cuaderno, un diario que escribía Anna. Se llamaba Anna, ¿no? Me pregunto... si tiene interés en verlo.

Los ojos de la mujer siguieron con cautela el movimiento de las manos de Kelso que había empezado a desabrochar las correas.

Los dedos de la anciana tenían manchas de vejez, como el cuaderno, pero no le temblaron mientras abrió la tapa. Cuando vio la foto de Anna, la tocó con vacilación y se llevó los nudillos a la boca. Fue subiendo el cuaderno despacio hasta ponerlo a la altura de la cara.

— Tengo que filmar esto —murmuró O'Brian.

— No te atrevas a moverte —le dijo Kelso entre dientes.

No se veía la cara de la mujer, pero se oía su respiración agitada. Kelso volvió a tener la extraña sensación de que los estaba esperando... desde hacía años, quizá.

— ¿Dónde han conseguido esto? —preguntó al cabo de un rato.

— Lo desenterraron de un jardín de Moscú. Estaba con otros papeles de Stalin.

Cuando bajó el cuaderno tenía los ojos secos. Lo cerró y se lo devolvió.

— No, léalo —le dijo Kelso—. Por favor, es suyo.

Pero ella meneó la cabeza. No quería.

— ¿Pero es su letra?

— Sí, es la letra de ella. Lléveselo.

Le tendió el cuaderno y no se calmó hasta que él volvió a ponerlo en la cartera. Después se echó hacia atrás, se volvió a la derecha tapándose el ojo bueno con una mano, y empezó a golpear el suelo con el bastón.

Anna, dijo al cabo de un rato.

Anna, sí.

¿Por dónde empezar?

A decir verdad, ella ya estaba embarazada de Anna cuando se casó. Pero en esos tiempos a la gente no le importaba mucho esas cosas... El Partido había eliminado los curas, gracias a Dios.

Ella tenía dieciocho años. Mijail Safanov era cinco años mayor, obrero metalúrgico de los astilleros y miembro del comité de fábrica del Partido.

Un hombre guapo. La hija se parecía a él. Ay, sí, Anna era muy guapa. Esa había sido su tragedia.

—¿Tragedia?

Y muy inteligente. Y al crecer se convirtió en una buena joven comunista. Iba a seguir a sus padres y afiliarse al Partido. Había estado en los Pioneros y después en el Komsomol. Con el uniforme parecía salida de un cartel. Tan bien le quedaba que la eligieron para desfilarse en la plaza Roja con la delegación del Komsomol de Arcángel. ¡Un gran honor, ser elegida para desfilarse debajo de la mirada del *Vozhd* en persona el Primero de Mayo de 1951!

Después del desfile, apareció la foto de Anna en *Ogonyok* y empezaron las investigaciones. Ése fue el principio y a partir de entonces nada volvió a ser igual.

A la semana siguiente llegaron unos camaradas del Comité Central de Moscú y empezaron a hacer preguntas sobre ella. Y sobre los Safanov.

Cuando corrió la voz, los vecinos empezaron a evitarlos. Después de todo, aunque el maldito Trotski por fin estaba muerto, quizá aún quedaban sus espías y saboteadores. ¿Y si los Safanov eran provocadores y desviacionistas?

Pero nada podía estar más lejos de la verdad.

Una tarde, Mijail volvió temprano de los astilleros en compañía de un camarada de Moscú (el camarada Mejlis, nunca se olvidaría de su nombre). Fue ese camarada el que le dio la buena noticia: los Safanov habían sido minuciosamente investigados y habían resultado leales comunistas. Podían enorgullecerse de su hija porque había sido elegida para un trabajo especial en Moscú: tareas de asistencia al líder. Servicio doméstico, pero el trabajo, no obstante, requería inteligencia y discreción y, más adelante, la chica podría retomar sus estudios con un brillante expediente.

Anna... bueno, cuando Anna se enteró no había quien la parara. Y Vavara también estaba de acuerdo. El único que se oponía era Mijail. Le dolía decirlo,

pero le había pasado algo durante la guerra. Nunca había hablado de ello, salvo una vez, cuando Anna hablaba llena de admiración de la genialidad del camarada Stalin. Mijail le dijo que había visto morir a muchos camaradas en el frente. ¿Podía explicarle ella por qué habían muerto tantos millones si el camarada Stalin era tan genial?

Vavara, ante semejante estupidez, lo había hecho levantar de esa misma mesa —la tocó con la mano— y salir al patio. No. No era el mismo hombre que antes de la guerra. Ni siquiera fue a la estación a despedir a su hija.

Se sumió en el silencio.

—¿Y jamás volvió a verla? —le preguntó Kelso en voz baja.

Sí, claro, dijo Vavara sorprendida por la pregunta. Claro que volvieron a verla.

Hizo un gesto con la mano imitando un vientre.

La vieron cuando volvió a casa para tener el niño.

Silencio.

O'Brian tosió y se inclinó con la cabeza gacha. Tenía las manos entrelazadas con fuerza, los codos sobre las rodillas.

—¿Acaba de decir lo que creo?

Kelso no le hizo caso. Con gran esfuerzo, se las arregló para mantener una voz neutra.

—¿Y eso cuándo fue?

Vavara pensó durante un momento mientras golpeteaba el bastón sobre la bota.

En la primavera de 1952, dijo al cabo. Sí, llegó en tren en marzo de 1952, a principios del deshielo. No les habían avisado de nada. Apareció sin ninguna explicación. No es que hiciera falta que explicara nada. Sólo había que mirarla: estaba de siete meses.

—¿Y el padre? ¿Dijo ella...?

No.

Y sacudió la cabeza.

Pero tú te imaginabas quién era, ¿no?, pensó Kelso.

No, no dijo quién era el padre ni qué había pasado en Moscú; al cabo de un tiempo ellos también dejaron de preguntar. La chica que había vuelto era muy silenciosa, no como la Anna de ellos; se pasaba las horas sentada mientras esperaba salir de cuentas. No quería ver a sus amigas ni ir a la calle. La verdad es que tenía miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

De dar a luz, claro. ¿Y cómo no? ¡Los hombres no sabían nada de la vida!, decía y aún le afloraba su temperamento de siempre... Claro que estaba asustada. Cualquiera con un par de ojos y dos dedos de frente tendría miedo. Y ese niño tampoco le hacía las cosas fáciles, un pequeño demonio que le chupaba toda la energía. Menudas patadas daba. Solían sentarse en esa misma habitación por la noche y veían cómo se le movía la barriga.

Mejlis venía de vez en cuando a vigilarla. Casi todas las semanas había un coche al final de la calle con un par de hombres dentro.

No, no preguntaron quién era el padre.

A principios de abril empezó a sangrar. La llevaron a la clínica. Y ésa fue la última vez que la vio. Tuvo una hemorragia en la sala de partos. El doctor les contó todo después. No hubo nada que hacer. Murió en la mesa de operaciones a los dos días. Tenía veinte años.

—¿Y la criatura?

La criatura sobrevivió. Un varón.

El camarada Mejlis se ocupó de todo.

Era lo menos que podía hacer, les dijo. Se sentía responsable.

Mandó buscar un médico, nada menos que un catedrático, el mejor del país, venido especialmente de Moscú, y dispuso todo para la adopción. Los Safanov se habrían ocupado de criar al niño con mucho gusto; pidieron hacerlo, lo suplicaron, pero Mejlis tenía un papel firmado por Anna en el que decía que si le sucedía algo a ella, quería que el niño fuera adoptado. Nombraba a unos parientes del padre, una familia llamada Chizhikov.

—¿Chizhikov? —dijo Kelso—. ¿Está segura del apellido?

Sí, segura.

Ellos ni llegaron a ver al niño. No los dejaron entrar en el hospital.

Claro, Vavara Safanova se mostró dispuesta a aceptar todo esto porque creía en la disciplina del Partido. Y seguía creyendo. Y seguiría creyendo hasta el día de su muerte. El Partido era su dios, y, como dios, a veces sus caminos eran inescrutables.

Pero Mijail Safanov ya no aceptaba la doctrina de la infalibilidad. Se puso a buscar a esos Chizhikov, al margen de lo que dijera Mejlis. Todavía tenía bastantes amigos en el Partido regional que le ayudarían a hacerlo. Y así fue como se enteró de que los Chizhikov no eran un elegante matrimonio de Moscú, que era lo que él suponía, sino unos nórdicos como ellos, que se habían ido a vivir a un pueblo en el bosque, en las afueras de Arcángel. Las habladurías del pueblo decían que Chizhikov no era el nombre verdadero de la pareja, y que eran agentes del NKVD.

En aquel momento, como ya había llegado el invierno, Mijail no podía hacer nada. Y entonces, una mañana de principios de primavera, mientras él seguía esperando día tras día los primeros indicios del deshielo, oyeron una música solemne por la radio y la noticia de la muerte del camarada Stalin.

Ella había llorado, y él también. ¿Le sorprendía? Ay, gimieron abrazados. Lloraron como nunca habían llorado, ni siquiera por Anna. Todo Arcángel estaba de duelo. Aún recordaba el día del funeral. El largo silencio interrumpido por la salva de treinta cañonazos. El eco de los disparos había bajado por el Dvina como una lejana tormenta en el bosque.

Dos meses más tarde, en mayo, cuando el hielo se había derretido, Mijail cargó una mochila y partió en busca de su nieto.

Vavara sabía que no se podía esperar nada bueno de eso.

Pasó un día, dos, tres... Era un hombre sano y fuerte, tenía sólo cuarenta y cinco años.

Al quinto día, unos pescadores encontraron su cuerpo a unas treinta verstas río arriba, flotando en las aguas amarillentas de deshielo que bajaban del bosque, cerca de Novodvinsk.

Kelso desplegó el mapa de O'Brian y lo apoyó sobre la mesa. La anciana se puso las gafas y siguió de arriba abajo la línea azul del Dvina mirando muy de cerca con el ojo bueno.

Aquí, dijo al cabo, y señaló con el dedo. Ahí habían encontrado el cuerpo de su marido. ¡Un lugar muy agreste! Había lobos en el bosque, y linceos y osos. En algunas partes, el bosque llegaba a ser tan denso que era imposible que un hombre avanzara por allí. En otros, había pantanos que podían chuparlo a uno en un minuto. De vez en cuando se veían huesos desteñidos de viejos asentamientos de *kulaks*. Casi todos los *kulaks* habían muerto, por supuesto. No había mucho que sacar de semejante lugar para poder vivir.

Mijail conocía el bosque como la palma de su mano. Desde pequeño había vagado por la taiga.

Según la Milicia, había muerto de un ataque al corazón. Eso fue lo que dijeron. Quizá, mientras trataba de llenar la cantimplora, se había caído a las aguas heladas y se le había parado el corazón.

Ella lo había enterrado en el cementerio de Kuznecheskoie, al lado de Anna.

—¿Y cómo se llamaba el pueblo donde su marido dijo que vivían los Chizhikov? —preguntó Kelso, consciente de que O'Brian estaba detrás de ellos, filmando la escena con la maldita cámara en miniatura.

¡Vaya! ¡Pero qué locura! ¿Cómo iba a acordarse ella de algo así? ¡Había pasado tanto tiempo... casi cincuenta años!

Volvió a acercar la cara al mapa.

Por aquí cerca —apoyó un dedo movedizo en algún punto al norte del río—, más o menos por aquí, un lugar demasiado pequeño para que figure en el mapa, demasiado pequeño incluso para tener nombre.

¿Y ella nunca había tratado de encontrarlo?

Oh, no. Miró a Kelso horrorizada. No se podía esperar nada bueno de eso. Ni entonces ni ahora.

24

El enorme automóvil frenó y, con un viraje brusco, salió de la autopista sur de Moscú en dirección a la base militar aérea de Zhukovsky. Faltaba poco para mediodía. Feliks Suvorin, con el semblante grave, viajaba agarrado a la correa del asiento trasero. Más allá del puesto de control esperaba un jeep con las luces encendidas. Ellos lo siguieron alrededor del edificio de la terminal y a través de una alambrada, hacia la pista de estacionamiento.

Un pequeño aparato gris, tal como habían pedido —seis plazas, a hélice— repostaba junto a un camión cisterna. Detrás de la avioneta se veía una fila de helicópteros del ejército, color verde oscuro, con las hélices bajas, y aparcada junto a ellos una espectacular limusina ZiL.

Vaya, vaya, pensó Suvorin. Algunas cosas todavía funcionan.

Guardó sus notas en el maletín y en medio del viento y la lluvia se dirigió a la limusina, donde el chófer de Arseniev ya le abría la puerta trasera.

— ¿Qué? — dijo Arseniev desde el cálido interior.

— Pues... — dijo Suvorin, deslizándose en el asiento a su lado— no es lo que pensábamos. Y gracias por conseguir la avioneta.

— Espera en el otro coche — le dijo Arseniev a su chófer.

— Sí, coronel.

— ¿Qué no es lo que pensabais? — preguntó Arseniev cuando la puerta estuvo cerrada—. Por cierto, buenos días.

— Buenos días, Yuri Semonovich. El cuaderno. Todos creyeron siempre que era de Stalin, y en realidad era el diario de una criada de Stalin, Anna Mijailovna Safanova. Él mismo se la había traído de Arcángel para que trabajara en su casa; eso fue en el verano de 1951, un año y medio antes de que muriera.

Arseniev le guiñó un ojo.

— ¿Y eso es todo? ¿Eso fue lo que Beria robó?

— Exacto. Eso y al parecer también algunos documentos sobre la mujer.

Arseniev miró a Suvorin y luego se echó a reír, aliviado.

— ¡Cono! ¿Me estás diciendo que el muy cabrón se tiraba a la criadita? ¿A eso se dedicaba?

— Por lo visto.

— Es para morir de risa. ¡Fenomenal! — Arseniev dio un puñetazo en el asiento—. ¡Oh, ojalá pueda estar ahí! ¡Ojalá le vea la cara a Mamantov cuando descubra que el testamento de su gran Stalin no es más que el relato de una sirvienta que se dejaba follar por el poderoso *Vozkdl* — exclamó, y le echó una mirada a Suvorin. Tenía las regordetas mejillas rojas de alborozo, los ojos brillantes como dos diamantes—. Pero ¿qué pasa, Feliks? No me digas que no le ves el lado gracioso — dejó de reír—. ¿Qué ocurre? Estás seguro de que lo que dices es verdad, ¿no?

— Segurísimo, coronel, sí. Siempre según la mujer que detuvimos anoche, Zinaida Rapava. Leyó el cuaderno ayer por la tarde; su padre lo dejó escondido para que lo leyera. No creo que sea capaz de inventarse esa historia. Es algo que desafía la imaginación.

— De acuerdo, de acuerdo. Pero ámate, ¿eh? ¿Y dónde está el cuaderno ahora?

— Bueno, ésa es la primera complicación. — Suvorin hablaba con vacilación. Le daba pena aguarle la fiesta al viejo—. Era por eso que tenía que hablar con usted. Parece que la chica se lo enseñó a ese historiador, Kelso; y, según dijo, ahora es él quien lo tiene encima.

— ¿Encima?

—Sí, se lo ha llevado a Arcángel. Está tratando de encontrar a la mujer que lo escribió, Anna Safanova.

Arseniev se toqueteó nervioso el ancho cuello.

—¿Cuándo se fue?

—Ayer por la tarde a eso de las cuatro o las cinco. La mujer no lo recuerda con exactitud.

—¿Cómo?

—En coche.

—¿En coche? Perfecto. Cuando tú aterrices él sólo te llevará unas horas de ventaja. Esa rata ya ha caído en la trampa.

—Por desgracia, no va solo. Lo acompaña un periodista. Un tal O'Brian. ¿Lo conoce? Es corresponsal de una emisora de televisión vía satélite.

—Ah. —Arseniev se mordió el labio inferior y volvió a masajearse el cuello. Al cabo de un rato dijo—: Pero, aun así, las posibilidades de que esa mujer todavía viva son escasas. Y si vive... bueno, tampoco es un desastre. Que escriban sus libros y que hagan sus jodidos reportajes. No creo que Stalin haya legado a su criada un mensaje para las futuras generaciones. ¿Tú sí?

—Bueno, eso es lo que me preocupa.

—¿A su criada? ¡Vamos, Feliks! Después de todo, Stalin era georgiano, y muy ducho en esas lides. Para él las mujeres sólo servían para tres cosas. Cocinar, limpiar y tener hijos. Él... —Arseniev se detuvo—. No...

—Es absurdo —dijo Suvorin, levantando la mano—. Lo sé. He venido todo el camino repitiéndome que es una locura. Pero, sí, estaba loco. Y era georgiano. Piense en eso. ¿Por qué iba a tomarse tantas molestias en que examinaran a una muchacha? Según parece, Stalin tenía su historia clínica. Y quería que la revisaran para comprobar si tenía anomalías congénitas. Además, ¿para qué guardaba su diario en la caja fuerte? Y también hay más cosas, verá...

—¿Más todavía? —dijo Arseniev, que ya no daba puñetazos en el asiento, sino que se aferraba a él para sostenerse.

—Según Zinaida, en el diario de la muchacha hay referencias a Trofim Lisenko. Ya sabe: «la posibilidad de heredar características adquiridas» y todos esos disparates. Parece que también habla de lo inútiles que le salieron sus hijos, y dice que «el alma de Rusia está en el norte».

—Basta, Feliks. Es demasiado.

—Y luego está Mamantov. Nunca entendí por qué Mamantov corrió un riesgo tan disparatado para asesinar a Rapava, y de esa manera. ¿Por qué? Eso era lo que trataba de decirle ayer: ¿qué podía haber escrito Stalin que pudiera causar

impacto en Rusia casi cincuenta años más tarde? Pero a lo mejor Mamantov sabía que... había oído algún rumor años atrás, de alguno de los veteranos de la Lubianka, que Stalin tal vez había dejado deliberadamente un heredero...

—¿Un heredero?

—Bueno, eso lo explicaría todo, ¿no cree? Se habría arriesgado por eso. Enfrentémonos a la verdad, Yuri, Mamantov es lo bastante enfermo para... ah, no lo sé. —Intentó pensar algo absurdo—. Para presentar al hijo de Stalin como candidato a la presidencia o algo así. Tiene medio billón de rublos...

—Espera un momento —dijo Arseniev—. Déjame pensarlo. —El coronel miró la hilera de helicópteros al otro lado del aeródromo. Suvorin vio que un músculo le temblaba en su carnosa mandíbula—. ¿Y todavía seguimos sin saber dónde está Mamantov?

—Podría estar en cualquier parte.

—¿En Arcángel?

—Es una posibilidad. Si Zinaida Rapava tuvo la inteligencia de encontrar a Kelso en el aeropuerto, ¿por qué no Mamantov? Es posible que les haya seguido los pasos durante las últimas veinticuatro horas. Ellos no son profesionales; él sí. Estoy preocupado, Yuri. Ni lo sospecharían hasta que Mamantov diera el golpe.

Arseniev gruñó.

—¿Tienes un teléfono?

—Claro. —Suvorin sacó un teléfono móvil.

—¿Es seguro?

—Se supone que sí.

—Llama a mi despacho, hazme el favor.

Suvorin comenzó a marcar el número. Arseniev dijo:

—¿Dónde está esa chica, la Rapava?

—Mandé a Bunin que la acompañara a su casa. Le he puesto vigilancia. No se encuentra muy bien.

—Supongo que habrás visto esto. —Arseniev sacó un ejemplar del último número de *Aurora* del bolsillo del asiento. Suvorin leyó el titular—: LA VIOLENCIA ES INEVITABLE.

—Lo oí por la radio.

—Bueno, ya puedes imaginarte lo bien que ha caído...

—Tenga —dijo Suvorin y le pasó el teléfono—. Está llamando.

—¿Sergo? —dijo Arseniev—. Soy yo. Escucha, ¿puedes ponerme con el despacho del presidente...? Eso es. Utiliza el segundo número. —Cubrió el auricular con la mano—. Será mejor que te vayas. No, espera. Dime qué necesitas.

Suvorin abrió las manos. No sabía por dónde comenzar.

—Podría arreglarme con la Milicia, o con alguien de Arcángel que busque a todos los Safanov y Safanova para que el trabajo esté hecho cuando yo llegue. Sería algo para empezar. Necesito un par de hombres que vayan a buscarme al aeropuerto. Un medio de transporte. Y un lugar para alojarme, claro.

—Dalo por hecho. Ve con cuidado, Feliks. Espero... —Pero Suvorin nunca supo qué esperaba el coronel, porque de repente Arseniev levantó un dedo en señal de advertencia—. Sí... Sí, estoy preparado. —Respiró y lo despidió con una sonrisa forzada; si hubiera podido ponerse de pie y hacerle el saludo militar, pensó Suvorin, lo habría hecho—. Y que tengas un buen día, Boris Nikolaievich...

Suvorin bajó en silencio del coche.

El camión cisterna ya se había separado de la avioneta y estaban enrollando la manguera. En los charcos, debajo de las alas, se dibujaba un arco iris de petróleo. De cerca, el abollado y oxidado Tupolev parecía aún más viejo de lo que había pensado. Tenía cuarenta años como mínimo. De hecho, era más viejo que él. ¡Santo Dios, qué cacharro!

Un par de miembros del personal de tierra lo miraban indiferentes.

—¿Dónde está el piloto?

Uno de los hombres le señaló la avioneta con la cabeza. Suvorin subió la escalinata y entró en el fuselaje. Dentro hacía frío y olía como un viejo autobús que llevara años enteros parado. La puerta de la cabina estaba abierta. Pudo ver al piloto, que jugueteaba con los botones. Agachó la cabeza, entró y lo saludó con unas palmadas en el hombro. El piloto tenía la cara hinchada, y unos ojos arenosos e inexpresivos, inyectados en sangre, típicos de un bebedor empedernido. Fantástico, pensó Suvorin. Se dieron la mano.

—¿Qué tiempo hace en Arcángel?

El piloto rió. Suvorin podía oler el alcohol: no sólo era el aliento, el tipo sudaba vodka.

—Me arriesgaré... si usted quiere.

—¿No debería tener un copiloto o un asistente?

—Pues no.

—Fantástico. Estupendo.

Suvorin se sentó. Un motor tosió y arrancó con una humareda negra, a continuación el otro hizo lo mismo. Observó que la limusina de Arseniev ya había partido. El Tupolev giró y carreteó por la pista desierta, hacia la pista de despegue. Volvieron a girar, el gemido de las hélices se hizo menos intenso, y luego empezó a aumentar cada vez más. El viento azotaba la lluvia, como si fuera ropa tendida, sábanas horizontales sobre el cemento. Vio los delgados troncos de los abedules en el perímetro del aeropuerto, uno junto al otro formando una empalizada blanca.

Cerró los ojos —era una tontería tener miedo a volar, pero así era: siempre lo había tenido— y despegaron, la presión lo empujó hacia atrás en el asiento, luego sintió una sacudida y estuvieron en el aire.

Abrió los ojos. La avioneta ya se elevaba más allá del borde del aeródromo y se ladeaba para cruzar la ciudad. Los objetos parecían precipitarse en su campo visual, pero sólo para ir reduciendo su tamaño y desaparecer: faros amarillos reflejados en las calles mojadas, terrados grises y las parcelas verde oscuro pobladas de árboles. ¡Cuántos árboles! Siempre le había sorprendido. Pensó en toda la gente que conocía allí abajo... Serafima en casa, en el apartamento que no se podían permitir, y los niños en la escuela y Arseniev temblando después de llamar al presidente, y pensó también en Zinaida Rapava y en su silencio cuando se despidió de ella en el depósito de cadáveres...

Rozaron el borde inferior de una nube baja y, a través de las capas de gas cada vez más densas, tuvo todavía una, dos, tres últimas vistas de Moscú, antes de que la ciudad desapareciera bajo las nubes.

25

R. J. O'Brian esperaba en la esquina, al final del callejón que llevaba al patio de Vavara Safanova. La maleta de metal en el suelo, apretada entre las piernas, la cabeza inclinada sobre el mapa.

— ¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en llegar? ¿Un par de horas?

Kelso se volvió y miró la pequeña casa de madera. La anciana seguía en la puerta, apoyada en su bastón, mirándolos. Vavara Safanova alzó la mano para despedirse y la puerta se cerró lentamente.

— ¿En llegar adonde? —preguntó Kelso.

— A ese lugar, Chizhikov —dijo O'Brian—. ¿Cuánto crees que tardaremos?

— ¿Con este tiempo? —Kelso levantó la vista y miró el cielo nublado—. ¿Ahora quieres ir a buscarlo?

—Sólo hay un camino. Compruébalo tú mismo. Ella dijo que era un pueblo, ¿no? Si es así, estará sobre la carretera. —O'Brian apartó unos copos de nieve que habían caído sobre el mapa y se lo pasó a Kelso—. Yo diría que dos horas.

—No hay carretera —dijo Kelso—. Es una línea de puntos. Eso indica un sendero, una pista forestal.

El sendero se adentraba hacia el este por el bosque, paralelo al Dvina unos 75 kilómetros, y luego enfilaba hacia el norte para terminar en ninguna parte; simplemente se detenía en medio de la taiga, unos trescientos kilómetros más adelante.

—¿Por qué no miras un poco dónde estamos? —prosiguió Kelso—. Ni siquiera se han molestado en terminar las calles en la ciudad. ¿Cómo crees que estarán los caminos en el interior?

Kelso le devolvió el mapa y empezó a caminar en dirección al Toyota. O'Brian lo siguió.

—Tenemos un todoterreno, Chiripa, y cadenas para la nieve.

—¿Y si tenemos una avería?

—Tenemos comida. Y combustible para hacer fuego, y un bosque entero para ir a buscar leña. Si tenemos sed, podemos bebemos la nieve. Y también tenemos el teléfono móvil —dijo O'Brian, y le dio una palmada en el hombro—. Te propongo algo y tú dime qué te parece: si tienes miedo, puedes llamar a tu mamá.

—Mi mamá está muerta.

—Entonces a Zinaida. Puedes llamar a Zinaida.

—Dime una cosa, O'Brian, ¿te la follaste? ¿Por curiosidad?

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Sólo quiero saber por qué Zinaida no confía en ti. Quiero saber si tiene razón. ¿Es sexo o es algo personal?

—Aja... ¿De eso se trata? —dijo O'Brian con una sonrisita de suficiencia—. Vamos, Chiripa, ya conoces las reglas. Un caballero nunca habla.

Kelso se cerró un poco más el chaquetón y apuró el paso.

—No es una cuestión de miedo.

—¿En serio?

Ya estaban cerca del coche. Kelso se detuvo y se volvió para enfrentarlo.

—De acuerdo, lo admito. Tengo miedo. ¿Y sabes qué es lo que más me asusta? Pues que tú no tengas miedo. Eso sí me asusta.

—Tonterías. Por un poco de nieve...

—A la mierda la nieve. No es la nieve lo que me preocupa. —Kelso miró las precarias casas, un paisaje ' marrón, blanco y gris. Y mudo, como una vieja

película—. Pero tú no lo entiendes, ¿verdad? No, no lo comprendes. Tú no tienes historia, ése es tu problema. Es como el nombre Chizhikov. ¿Qué significa para ti?

—Nada. Es sólo un nombre.

—No; es algo más. Chizhikov era uno de los alias de Stalin antes de la revolución. Stalin tuvo un pasaporte a nombre de P. A. Chizhikov en 1911.

(«¿Está nervioso, doctor Kelso? ¿Siente la fuerza del camarada Stalin, incluso desde la tumba?» Y, en efecto, la sentía. La sentía como si una mano saliera de la nieve y le tocara el hombro.)

O'Brian permaneció callado unos segundos, pero luego cogió con un gesto de desdén la maleta de metal.

—Bueno, quédate aquí si quieres, en íntima *comuni3n* con la Historia. Yo voy a ir a buscarla —dijo ' O'Brian, y empezó a cruzar la calle, pero se dio la vuelta y añadió—: Bueno, ¿vienes o no? El tren a Moscú sale a las ocho y diez. O puedes venir conmigo. Escoge.

Kelso vaciló. Miró otra vez el cielo. La nevada que se anunciaba no se parecía a ninguna de las que había visto, ni en Inglaterra ni en Estados Unidos. Era como si algo se desintegrara allí arriba, algo que se deshiciera en copos y cayera sobre ellos para aplastarlos.

¿Escoger?, pensó. ¿Un hombre sin visado, sin dinero, sin trabajo, sin libro? Un hombre que había llegado hasta allí... ¿entre qué podía elegir exactamente?

Despacio, a regañadientes, echó a andar hacia el coche.

Dieron la vuelta por una carretera secundaria para salir de la ciudad y se dirigieron hacia el norte, donde al menos no tendrían que sortear ningún puesto de control de los GAI.

Ya debía de ser la una del mediodía.

La carretera discurría paralela a unas vías cubiertas de maleza en las que dormían antiguos vagones de carga, y, al principio, no era demasiado mala. Hasta podía haber sido romántica, con la compañía adecuada.

Adelantaron un carro pintado de alegres colores y tirado por un poni, la cabeza del animal cortando el viento, y pronto vieron más casas de madera, también de colores alegres —azul, verde, rojo— que destacaban con aire pintoresco contra las marismas, detrás de los embarcaderos de madera. La nieve impedía distinguir dónde terminaba tierra firme y dónde empezaba el agua. Barcas, coches, cabañas, gallineros y cabras atadas, todo mezclado. Hasta la enorme fábrica de pulpa de madera, al otro lado del Dvina, en el cabo meridional, tenía una especie de belleza épica con sus grúas y chimeneas recortadas contra el cielo de cemento.

Pero entonces, de sopetón, las casas desaparecieron y también el río. Al mismo tiempo, la dura superficie bajo las ruedas cedió, y comenzaron a traquetear por un sendero lleno de surcos. Pronto estuvieron rodeados de abedules y pinos, y en menos de quince minutos era como si estuvieran a miles de kilómetros de Arcángel. La carretera avanzaba sinuosamente por el espeso bosque. De vez en cuando, los árboles eran altos y esbeltos, pero por momentos el bosque raleaba y entraban en una desolada selva de tocones negros, un campo de batalla después de un tremendo bombardeo. O, y esto era lo más desconcertante, cuando menos se lo esperaban, se sorprendían en medio de una pequeña plantación de altas antenas de radio.

Puestos de escucha, dijo O'Brian, para espiar a la OTAN.

Se puso a cantar una canción que hablaba de campos nevados.

Kelso lo soportó un par de versos.

— ¿De veras necesitas cantar?

O'Brian se calló.

— Amargado hijo de puta — dijo entre dientes.

La nieve seguía cayendo. De vez en cuando, algún disparo quebraba el silencio y resonaba en la distancia — cazadores en los bosques —, y unos pájaros asustados cruzaban chillando el sendero.

Pasaron varios pueblos, cada uno de ellos más pequeño y más ruinoso que el anterior — en uno había un cuartel con pintadas en las paredes y una antena parabólica: un pedazo de Arcángel en medio de la nada —. No se veía a nadie, excepto a un par de niños boquiabiertos y andrajosos, y una anciana vestida de negro de pies a cabeza, parada junto a la carretera, que les hizo señas de que se detuvieran. Al ver que O'Brian no frenaba, la mujer alzó el puño y los maldijo.

— Bruja — dijo O'Brian, mirándola por el espejo retrovisor —. ¿Qué cono le pasa? Por cierto, ¿dónde están los hombres? ¿Borrachos? — bromeó.

— Probablemente.

— ¿Todos los hombres?

— La mayoría, diría yo. Vodka casero. **¿Qué otra** cosa se puede hacer en este pueblo perdido?

— Dios mío, qué país.

Al cabo de un rato, O'Brian se puso a cantar otra vez, pero en voz baja y con menos confianza que antes...

— *Caminamos por el país de las maravillas en invierno...*

Pasaron dos horas.

Un par de veces el río apareció fugazmente ante ellos y les brindó, como dijo O'Brian, una vista y media; la tierra pantanosa, la ancha y lenta masa de agua, y mucho más allá, la masa de árboles, oscura y plana, que se alzaba otra vez para desaparecer entre las rachas de nieve. Era un paisaje primigenio; Kelso se imaginaba que en cualquier momento se les aparecería un dinosaurio.

Por el mapa era difícil saber exactamente dónde estaban. No se veían poblados ni mojones, por lo que Kelso sugirió que se detuvieran en el próximo pueblo para intentar volver a orientarse.

—Como quieras.

Pero aún faltaba mucho para el pueblo siguiente —en realidad, nunca llegaron— y Kelso observó que la nieve del camino estaba virgen: por ahí hacía horas que no pasaba ningún vehículo. Tuvieron el primer golpe de viento, además de un bache cubierto de nieve, y el Toyota resbaló en el hielo hasta que los neumáticos mordieron algo sólido. El coche avanzó dando bandazos, y O'Brian consiguió enderezar el rumbo de un volantazo.

—¡Joder! ¡Ahora empieza la diversión! —dijo riendo, pero Kelso se dio cuenta de que también el reportero empezaba a sentirse inquieto. O'Brian redujo la marcha, encendió las luces y se echó hacia adelante en el asiento para ver mejor a través de los remolinos de nieve—. Tenemos poca gasolina. Diría que nos queda para unos quince minutos.

—¿Y qué hacemos?

—Pues... o volvemos a Arcángel o seguimos e intentamos encontrar un lugar donde pernoctar.

—¿Dónde? ¿Un Holiday Inn, por ejemplo?

—Profesor, profesor...

—Escucha, si intentamos pasar la noche aquí líos quedaremos todo el invierno.

—Bah, venga, hombre, van a enviar una quitanieves, ¿no? Claro que sí, en algún momento.

—¿En algún momento? —repitió Kelso sacudiendo la cabeza.

Habrían tenido otra discusión si en ese preciso instante, al tomar una curva, no hubieran visto por encima de los árboles nevados una columna de humo.

O'Brian se quedó en la puerta del Toyota, apoyado en el techo, mirando por los prismáticos. Al parecer ahí había una especie de poblado, dijo, a unos ochocientos metros de la carretera y entrando por un escarpado sendero.

—Vayamos a echar un vistazo.

El paso entre los árboles parecía un túnel, apenas había espacio suficiente para un vehículo, y O'Brian decidió conducir despacio. Las ramas arañaban las puertas, golpeaban en el parabrisas, el camino empeoraba a cada paso. Se sacudieron con fuerza —a izquierda y derecha— y de repente el Toyota cayó hacia adelante y Kelso fue a dar contra el parabrisas; sólo lo salvó el cinturón de seguridad. El motor aceleró inútilmente y luego se caló.

O'Brian dio marcha atrás y apretó con cuidado el acelerador. Las ruedas traseras gimieron en la nieve. Lo intentó otra vez, con más fuerza. Un aullido como de animal atrapado.

—Kelso, baja a echar un vistazo, ¿quieres?

O'Brian no podía evitar que un dejo de pánico se le filtrara en la voz.

Kelso tuvo que empujar con fuerza incluso para abrir la puerta. Saltó, y al instante se encontró hundido en la nieve hasta las rodillas. El Toyota estaba enterrado hasta el eje.

En medio del silencio se oían los copos de nieve que golpeteaban en los árboles. Tenía las rodillas mojadas y frías. Rodeó el coche torpemente, con las piernas arqueadas, salvando el profundo pozo hasta llegar a la puerta del conductor. Tuvo que quitar la nieve con las manos enguantadas antes de poder abrirla. El Toyota estaba inclinado hacia adelante, en un ángulo de unos veinte grados. O'Brian consiguió bajar con dificultad.

—¿Con qué chocamos? —preguntó, y se acercó a la parte delantera del coche—. ¡Mierda! Es como si alguien hubiera cavado una trampa para tanques. Ven a ver.

En efecto, parecía que alguien hubiera cavado una trinchera en el sendero. Unos pasos más adelante la nieve volvía a ser más sólida.

—A lo mejor estaban tendiendo un cable o algo así —dijo Kelso.

Pero ¿un cable para qué? Con las manos ahuecadas haciendo visera, miró a través de la nieve que caía hacia el montón de cabañas de madera conectadas a los cables de electricidad o algo así. Observó también que el humo había desaparecido.

—Alguien ha apagado ese fuego.

—Vamos a necesitar que nos remolquen.

O'Brian le dio una patada a la puerta del Toyota.

—¡Menuda basura!

Se apoyó contra el coche para sostenerse y lo rodeó hasta llegar a la parte trasera, abrió el maletero y sacó dos pares de botas, uno de goma verde, el otro de piel, de caña alta, de las que usan en el ejército. Le lanzó las de goma a Kelso.

—Póntelas —dijo—. Vamos a parlamentar con los nativos.

Cinco minutos después, con las capuchas puestas, el coche cerrado y cada uno de ellos con un par de prismáticos al cuello, se pusieron en marcha.

El poblado llevaba al menos un par de años abandonado. El puñado de chozas de madera había sido saqueado. Basura desparramada por la nieve: láminas onduladas de chapas de cinc para tejados, planchas de madera podrida, una red de pesca hecha jirones, botellas, latas, una barca de remo agujereada y, lo más extraño, una hilera de butacas de cine. Un invernadero con armazón de madera y ventanas de polietileno se había derrumbado por un lado.

Kelso metió la cabeza en una de las casas abandonadas. No tenía techo, y hacía un frío glacial. Además, olía a excremento de animal.

Kelso miró hacia el borde del claro.

—¿Qué es eso que se ve ahí?

Los dos alzaron los prismáticos hacia lo que parecía una fila de cruces de madera, semiocultas por los árboles: cruces rusas, con tres pares de brazos, cortos en la parte superior, más largos en el centro, y sesgados hacia abajo, de izquierda a derecha, en la parte inferior.

—Oh, es maravilloso —dijo Kelso, tratando de reír—. Un cementerio. Es perfecto.

—Vamos a ver —dijo O'Brian.

Echó a andar ansioso, a paso largo y resuelto. Kelso, menos decidido, lo siguió como pudo. Los veinte años de cigarrillos y whisky parecían hacer una manifestación de protesta en su corazón y sus pulmones. El esfuerzo de avanzar por la nieve lo hacía sudar. Le dolía el costado.

Era un cementerio en toda regla, protegido por los árboles. Al acercarse, vieron seis tumbas —¿o eran ocho?— dispuestas de dos en dos, con una pequeña valla de madera en torno a cada pareja. Las cruces eran de fabricación casera, pero bien hechas, y tenían placas de esmalte blanco con los nombres y pequeñas fotografías cubiertas con un cristal, a la manera tradicional rusa. «A. I. Sumbatov— rezaba la primera—, 22.1.20-9.8.81.» En la foto se veía a un hombre de mediana edad vestido de uniforme. A su lado estaba enterrada «P. J. Sumbatova, 6.12.26-14.11.92.» Ella también de uniforme; una mujer de cara gruesa, peinada con severa raya al medio. Junto a ellos estaban los Yezhov, y junto a los Yezhov, los Golub. Todos más o menos de la misma edad. Todos de uniforme. T. Y. Golub había sido el primero en morir, en 1961. Era imposible verle la cara en la fotografía; había sido borrada con rasguños.

—Este debe de ser el lugar —dijo O'Brian en voz baja—. Sin duda. Es aquí. ¿Quiénes son todos éstos, Chiripa? ¿Del ejército?

—No. —Kelso meneó la cabeza—. El uniforme es del NKVD, creo. Y aquí, mira esto.

Era un último par de tumbas, las que estaban más lejos del claro, ligeramente apartadas de las demás. Habían sido los últimos supervivientes. «B.D. Chizhikov —comandante por las insignias—, 19.2.19-9.3.96.» Y a su lado «M.G. Chizhikova, 16.4.24-16.3.96.» Había vivido exactamente una semana más que su marido. También su cara estaba borrada.

Se quedaron allí un rato, como si fueran los deudos: callados, la cabeza gacha.

—¿Y después de éstos no quedó ninguno? —susurró O'Brian.

—A lo mejor uno.

—No creo. Este lugar está vacío desde hace tiempo. Mierda —dijo de repente, y dio una patada a la nieve—. ¿Te creerías que después de todo lo hemos perdido?

Los árboles eran gruesos, resultaba imposible ver más allá de treinta metros.

—Será mejor que haga unas tomas mientras haya luz. Espérame aquí que voy al coche.

—Sí, fantástico —dijo Kelso—. Muchas gracias.

—¿Qué pasa, Chiripa? ¿Tienes miedo?

—¿Y a ti qué te parece?

—¡Buuuu! —dijo O'Brian, levantando los brazos y moviendo los dedos por encima de la cabeza.

—Si pretendes hacerme alguna broma, O'Brian, te advierto que te mataré.

—Ja, ja, ja —rió O'Brian, que ya se dirigía hacia el sendero—. Ja, ja, ja.

Y desapareció detrás de los árboles. Kelso oyó su estúpida risa unos segundos más, y luego, silencio.

Dios mío, qué espectáculo, sólo había que mirar esas tumbas y esas fechas: eran una historia en sí mismas. Regresó junto a la primera tumba, se quitó los guantes y sacó su cuaderno. Luego se apoyó en una rodilla y comenzó a copiar los detalles de las cruces. Una tropa entera de guardaespaldas despachados al bosque, hacía más de cuarenta años antes, para proteger a un niño solitario, y todos habían resistido en sus puestos, por lealtad, por inercia o por miedo, hasta que fueron muriendo uno tras otro. Eran como esos soldados japoneses que permanecían escondidos en la jungla, sin enterarse de que la guerra había terminado.

Kelso comenzó a preguntarse hasta dónde habría llegado Mijail Safanov en la primavera de 1953, pero abandonó ese pensamiento. No soportaba el análisis, todavía no, y mucho menos en ese lugar.

Le resultaba difícil sostener el lápiz entre los dedos congelados, y más difícil aún escribir con los copos de nieve que cubrían la página. No obstante, siguió hasta llegar a las últimas cruces.

«B. D. Chizhikov —escribió—. Tipo de aspecto duro, cara brutal. Piel oscura. ¿Georgiano? Murió a los 77...»

Se preguntó cómo habrían sido los camaradas Golub y Chizhikova, y quién les habría borrado las caras, y por qué. Había algo infinitamente siniestro en esas siluetas sin rasgos. «¿Los habrán purgado?», escribió.

Pero ¿dónde diablos se había metido O'Brian?

Le dolía la espalda. Tenía las rodillas mojadas. Se puso de pie y tuvo otra idea. Quitó la nieve de la página y chupó la punta del lápiz.

«Todas las tumbas están bien conservadas —escribió—. Parece que alguien ha quitado los hierbajos. Si este lugar está abandonado, como los edificios, ¿no deberían estar cubiertas de maleza?»

—¿O'Brian? —llamó—. ¿R. J.?

La nieve ahogó sus gritos.

Guardó el cuaderno y se alejó a toda prisa del cementerio, mientras se ponía otra vez los guantes. El viento soplaba en los edificios abandonados y levantaba la nieve por todas partes como si fuera la punta de una cortina. Atravesó el terreno siguiendo las grandes huellas de O'Brian hasta que llegó al comienzo de la pista. Las huellas llevaban directamente hacia el Toyota. Alzó los prismáticos y enfocó. El coche averiado llenaba su campo visual, tan silencioso que parecía irreal. No se veía a nadie cerca del Toyota.

Qué extraño.

Se dio la vuelta muy despacio, giró en redondo, siempre inspeccionando el terreno con los prismáticos. Bosque, paredes derruidas y escombros, bosque, tumbas, bosque, camino, Toyota, otra vez bosque.

Bajó los prismáticos, con ceño, y echó a caminar hacia el coche, siguiendo siempre las huellas de O'Brian. Tardó un par de minutos. Nadie más había andado por la nieve; era evidente: había dos pares de huellas en dirección al claro del bosque, y un par que regresaban al coche. Se acercó al Toyota y, al apurar el paso pisando en las huellas del hombre más alto, pudo rehacer exactamente los movimientos de O'Brian: así, así... *y así...*

Kelso se detuvo con los brazos abiertos, bamboleándose. El americano había hecho ese camino, hasta la parte trasera del Toyota, había sacado el estuche de metal de la cámara —pudo ver que no estaba en el maletero— y luego parecía como si algo lo hubiera distraído, porque, en lugar de regresar al asentamiento,

sus huellas giraban y se apartaban del vehículo, en ángulo recto, y se internaban en el bosque.

Pronunció el nombre de O'Brian. Y luego, en un espasmo de pánico, ahuecó las manos y lo gritó lo más fuerte que pudo.

Otra vez se repitió el mismo efecto amortiguador, como si los árboles se tragarán sus palabras.

Pisó la maleza con cuidado.

Ay, él siempre había odiado los bosques. Detestaba incluso los bosques de los alrededores de Oxford, con sus poéticos rayos de sol polvoriento, su vegetación cubierta de musgo y el modo como las cosas volaban de repente hacia uno o se alejaban con un crujido. ¡Y las ramas que golpeaban en la cara! Ah, sí, que le dieran un gran espacio abierto, una colina, un acantilado... que le dieran el mar centelleante. Pero un bosque no.

—¿R. J.? —Qué nombre más ridículo, pensó, pero de todas manera llamó aún más alto—. ¡R. J.!

Allí no había huellas a la vista. El terreno era desigual. Podía oler una apestosa ciénaga en alguna parte, fétida como el aliento de un perro, y además estaba oscuro. Tendría que andarse con cuidado, pensó, dar la espalda siempre a la carretera, porque si se alejaba demasiado se perdería y tal vez terminara cada vez más lejos del coche, hasta que no pudiera hacer otra cosa que tumbarse en la oscuridad y morir congelado.

A su izquierda oyó un fuerte chasquido, y luego una sucesión de ruidos más débiles, como ecos. Al principio le pareció que alguien corría, pero luego se dio cuenta de que sólo era nieve que caía de las copas de algunos árboles.

Ahuecó las manos.

—¡R.J.!

Oyó un sonido humano. ¿Un gemido, tal vez? ¿Un sollozo?

Trató de localizar su procedencia. Volvió a oírlo. Más cerca, detrás de él ahora. Se metió por una abertura entre un par de árboles y llegó a un pequeño claro. Allí estaba la maleta de la cámara de O'Brian abierta en el suelo, y, un poco más allá, el propio O'Brian, cabeza abajo, columpiándose suavemente, las puntas de los dedos acariciando apenas la superficie de la nieve, colgado de la pierna izquierda por una cuerda grasienta.

La soga estaba atada en la punta de un alto abedul joven, doblado casi en dos por el peso de O'Brian. El reportero, semiconsciente, gemía.

Kelso se arrodilló junto a su cabeza. Al verlo, O'Brian empezó a luchar por recobrarse, pero sin energía. Parecía incapaz de articular una frase completa.

—Tranquilo —dijo Kelso, tratando de aparentar tranquilidad—. No te preocupes, te bajaré.

Bajarlo. Kelso se quitó los guantes. Bajarlo. Sí, pero ¿con qué? Tenía una navaja para afilar lápices, pero estaba en el coche. Se palpó los bolsillos y encontró el mechero. Lo encendió y le enseñó la llama a O'Brian.

—Te bajaré. Mira, te sacaré de ahí.

Se puso de pie y alzó la mano para coger a O'Brian por el tobillo de la bota. Un lazo de la soga, más delgado que el resto, se había clavado en el cuero. Kelso tuvo que usar todo su peso para bajarlo lo suficiente y poder aplicar la llama a la tensa cuerda justo por encima de la suela. Los hombros de O'Brian tocaron la nieve.

—*Sooví*—decía—. *Sooví*.

La cuerda estaba húmeda. La llama pareció tardar un siglo en hacer efecto. Kelso tuvo que hacer una pausa y sacudir el mechero; la llama estaba empezando a ponerse azul, amenazaba con extinguirse antes de que ardieran las primeras hebras. Pero después se rompieron rápidamente a causa de la tensión. La última se partió con un ruido seco y el árbol salió lanzado hacia atrás como un látigo. Kelso trató de sostener las piernas de O'Brian con su mano libre, pero no lo consiguió, y el reportero cayó pesadamente sobre la nieve.

O'Brian se esforzó por sentarse, pero sólo logró apoyarse en los codos; enseguida volvió a desplomarse hacia atrás. Seguía farfullando algo ininteligible. Kelso volvió a arrodillarse a su lado.

—Tranquilo, te pondrás bien. Te sacaré de aquí.

—*Sooví*.

—¿So... oví?

—Lo vi, yo lo vi.

—¿A quién? ¿A quién viste?

—Ay, mierda, mierda.

—¿Puedes doblar la pierna? ¿Está rota? —Kelso se arrastró de rodillas por la nieve y se puso a deshacer con las uñas el nudo incrustado en la bota de O'Brian.

—Chiripa —dijo O'Brian, levantando el brazo y flexionando desesperadamente los dedos—. Ayúdame a levantarme.

Kelso le cogió la mano y tiró hasta que O'Brian estuvo bien sentado. Luego rodeó con el brazo el ancho pecho del reportero y se las arregló para levantarlo. O'Brian apoyó todo su peso en Kelso y en la pierna derecha.

—¿Puedes andar?

—No lo sé. Creo que sí —dijo y dio unos pasos cojeando—. Dame un minuto.

Se quedó donde estaba, de espaldas a Kelso, mirando los árboles. Cuando ya parecía respirar normalmente, Kelso repitió:

—¿A quién viste?

—Lo vi —dijo O'Brian dándose la vuelta, con el miedo y la desesperación en los ojos, mirando hacia el bosque que se extendía detrás de la cabeza de Kelso—. Vi al hombre. Lo vi, me espiaba desde esos malditos árboles, al lado del coche. Mierda. A punto estuvo de caerme encima.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué hombre?

—Di un paso hacia él (las manos en alto, tranquilo, seamos amigos, el hombre blanco viene en son de paz), y ¡zas!, desapareció. Quiero decir, se esfumó. Ya no volví a verlo de cerca. Pero lo oí, y en un momento lo vi, fugazmente, se movía rápido por el bosque, hacia la derecha, era como una silueta recortada, ancha como el capitán de un equipo de fútbol, no muy alto. Pero veloz. Tan veloz que no te lo creerías. Se movía como un mono. Después, lo único que recuerdo es que el mundo quedó patas arriba. Me llevó, Chiripa, ¿me entiendes? Me llevó derecho a su jodida trampa. Es muy probable que aún ande por ahí, vigilándonos.

O'Brian empezaba a recuperar sus fuerzas, acelerado por el miedo.

Anduvo cojeando unos pasos más. Cuando quería apoyar bien la pierna izquierda, se estremecía de dolor. Pero podía moverla, y eso ya era algo. No estaba rota.

—Tenemos que irnos. Tenemos que salir de aquí —dijo, y se inclinó torpemente para cerrar la maleta de la cámara.

Kelso no necesitaba que se lo dijera dos veces. Pero tendrían que andarse con mucho cuidado, dijo. Tenían que pensar. Por error ya habían caído en dos trampas —la primera en el camino y la segunda allí— y quién sabe cuántas más habría. No era fácil verlas con toda esa nieve.

—Tal vez —dijo Kelso—, si tratamos de seguir mis huellas...

Pero sus huellas ya comenzaban a desdibujarse bajo la lluvia, débil aunque incesante.

—¿Quién es ese hombre, profesor? —susurró O'Brian de camino al bosque—. Quiero decir, ¿qué es? ¿De qué tiene tanto miedo?

Es el hijo de su padre, pensó Kelso, eso es. Un psicópata paranoico de cuarenta y cinco años, si es posible que exista algo así.

—Coño —dijo O'Brian—, ¿qué fue eso?

Kelso se detuvo.

Era otra avalancha de nieve que caía desde lo alto de los árboles. Pero duraba demasiado. Un crujido fuerte y sostenido, en algún lugar delante de ellos.

—Es él —dijo O'Brian—. Ha vuelto a moverse. Está intentando cortarnos el paso. —El ruido cesó bruscamente y los dos se quedaron inmóviles, escuchando—. ¿Y ahora qué está haciendo?

—Vigilándonos, supongo.

Kelso intentó nuevamente forzar la vista para ver en la oscuridad, pero en vano. La espesa maleza, los grandes trozos de sombra, interrumpidos por torrentes de nieve, le impedían fijar la vista en nada, y el lugar no se parecía a nada que hubiera visto antes. Y ahora estaba sudando en serio, pese al frío. La piel le escocía.

Fue entonces cuando se oyeron los aullidos, un alarido ensordecedor, inhumano. Kelso tardó unos segundos en darse cuenta de que era la alarma del coche.

Luego oyeron dos disparos en rápida sucesión, y, tras una pausa, un tercero.

Después, silencio.

Kelso nunca supo muy bien cuánto tiempo se quedaron allí petrificados. Sólo recordaba la sensación de terror: el pensamiento y el cuerpo paralizados al comprender que no podían hacer nada. *El* —quienquiera que fuese— sabía dónde se encontraban. Había disparado al coche. Había llenado el bosque de trampas. Podía ir por ellos cuando se le antojara o dejarlos donde estaban. No había ninguna posibilidad de rescate del mundo exterior. *El* era el amo absoluto. Invisible. Ubicuo. Omnipotente. *Loco*.

Un par de minutos después se arriesgaron a hablar en voz baja. El teléfono, dijo O'Brian. ¿Y si ha destrozado el Inmarsat? Su única esperanza estaba en el maletero del Toyota.

A lo mejor no sabía lo que era un teléfono móvil, dijo Kelso. Quizá si se quedaban ahí hasta que oscureciera y después iban a buscarlo...

De repente O'Brian lo cogió con fuerza por el codo.

Una cara los miraba a través de los árboles.

Al principio Kelso no la vio, pues estaba inmóvil de una manera tan antinatural, tan perfecta, que su mente tardó un momento en registrarlo, en separar la silueta del rostro de las formas del bosque, ensamblarla y aceptar que el resultado era humano.

Unos ojos oscuros e impenetrables que no parpadeaban. Cejas negras y arqueadas. Pelo negro hirsuto que le colgaba por la frente curtida. Barba.

También una capucha hecha de alguna clase de piel marrón.

La aparición tosió. Gruñó.

—Cama... radas —dijo con dificultad, arrastrando la palabra, con voz áspera, como una cinta puesta a marcha lenta.

Kelso sintió que se le ponían los pelos de punta.

—Ay, mierda —dijo O'Brian—, mierdamierda-mierda...

Otro ataque de tos y mucha flema. Un escupitajo amarillo lanzado a la maleza.

—Camaradas, soy un tipo duro, no puedo negarlo. Y llevo mucho tiempo sin compañía humana. Pero ¿qué vamos a hacerle? ¿Queréis que os mate de un tiro? ¿Sí?

El desconocido salió de entre los árboles y se plantó frente a ellos con rapidez, limpiamente, casi sin tocar ninguna rama. Llevaba un viejo abrigo del ejército, remendado, recortado por encima de las rodillas, sujeto a la cintura con un cordel, y botas de caballería en las que había embutido los bajos de sus anchos pantalones. Tenía manos enormes: en una llevaba un viejo fusil; en la otra, la cartera con el cuaderno y los papeles de Anna Safanova.

Kelso sintió que O'Brian le apretaba el brazo con fuerza.

—¿Es éste el libro del que se habla? ¿Sí? ¡Los documentos lo demuestran! — El hombre se inclinó hacia ellos, moviendo la cabeza de un lado a otro, estudiándolos detenidamente—. Sois vosotros, ¿eh? ¿De verdad sois vosotros?

Se acercó un poco más, sin dejar de mirarlos con sus ojos oscuros; Kelso olió el pestazo a sudor seco que despedía.

—¿O acaso sois *chivatos*?

Dio un paso atrás y alzó el fusil en un santiamén; apuntaba desde la cintura, el dedo en el gatillo.

—Sí, somos nosotros —se apresuró a responder Kelso.

El hombre arqueó una ceja con gesto de sorpresa.

- ¿Imperialistas?
- Soy un camarada inglés. El camarada es norteamericano.
- ¡Vaya, vaya! ¡Inglaterra y Estados Unidos! ¡Y Engels era judío! —exclamó y rió mostrando los dientes ennegrecidos; luego escupió y dijo—: ¿Y todavía no habéis pedido ninguna prueba? ¿Por qué?
- Te creemos.
- Te creemos. —Rió otra vez—. ¡Imperialistas! Siempre bonitas palabras. Palabras bonitas y después te matan por un copec. ¡Por un copec! Si de verdad fuerais vosotros, me pediríais una prueba.
- Queremos una.
- Yo tengo una prueba —dijo desafiante, mirando primero a Kelso y luego a O'Brian antes de bajar el arma; luego se dio la vuelta y avanzó rápidamente en dirección al bosque.
- ¿Y ahora? —susurró O'Brian.
- Sólo Dios lo sabe.
- ¿Podemos quitarle el arma? Somos dos contra uno.
- Kelso lo miró boquiabierto.
- Ni te atrevas a pensarlo.
- Pero, muchacho... ¡Qué rápido es! Y encima está como una regadera —dijo O'Brian con una risita nerviosa—. Míralo. ¿Qué está haciendo?
- Pero no hacía nada, se limitaba a esperar en la entrada del bosque.

No parecía que pudieran hacer mucho más aparte de seguirlo, cosa que no era fácil dada la velocidad con que se movía, lo accidentado del terreno y la pierna herida de O'Brian. Kelso llevaba el estuche de la cámara. Un par de veces creyeron perderlo de vista, pero nunca demasiado tiempo. El hombre seguramente se paraba para permitirles que lo alcanzaran.

Al cabo de unos minutos volvieron a salir al sendero, si bien un poco más arriba, más o menos a mitad de camino entre el Toyota abandonado y el poblado vacío.

El hombre no se detuvo. Los llevó directamente por el sendero nevado hacia los árboles del otro lado del bosque.

Qué mal aspecto tenía todo eso, pensó Kelso, cuando salieron de la luz grisácea y volvieron a sumirse en las sombras. Subrepticamente, sin aminorar la marcha, metió la mano en el bolsillo y arrancó una página de su libreta amarilla, hizo un bollo y lo dejó caer detrás de él. Fue haciendo lo mismo cada cincuenta

metros; la liebre y los sabuesos: un viejo juego infantil, con la diferencia de que ahora él era liebre y sabueso a la vez.

O'Brian, jadeando detrás de él, dijo en voz baja:

—Buen trabajo, Chiripa.

Salieron a un pequeño claro con una cabaña de madera en el centro. El hombre había construido la cabaña —y, por lo que se veía, no hacía mucho— tras saquear el antiguo campamento en busca de materiales. Kelso nunca averiguó por qué lo había hecho. Tal vez el otro lugar estuviera poblado de fantasmas, o a lo mejor quería un sitio aún más aislado y más fácil de defender. En el silencio, Kelso creyó oír el sonido de agua que corría y supuso que debían de encontrarse cerca del río.

La cabaña había sido levantada con la madera gris de la zona, tenía un ventanuco y una puerta adecuada a la altura de su morador. Estaba a un metro del suelo, separada por cuatro escalones de madera. Al pie de la escalinata, el hombre recogió una rama y la clavó hondo en la nieve. Una lluvia de polvo blanco se elevó cuando algo saltó haciendo un ruido seco y sordo. El hombre apartó la rama. En la punta, una enorme trampa para animales, cerrada, los dientes de metal oxidado mordiendo la madera.

La dejó a un lado con cuidado, subió los escalones hasta la puerta, abrió el candado y entró. Después de un breve intercambio de miradas con O'Brian, Kelso lo siguió; tuvo que agachar la cabeza para pasar por la puerta; tras atravesar el umbral, se encontró en una habitación pequeña. Estaba oscuro, hacía frío y olía a locura —Kelso olió la locura del solitario, penetrante y rancia como el olor de un cuerpo sin lavar—. Se llevó la mano a la boca. Oyó que O'Brian, a sus espaldas, contenía la respiración.

El anfitrión había encendido una lámpara de aceite. Los cráneos blanqueados de un oso y un lobo sonreían brillantes desde la sombra. Dejó el cuaderno en la mesa, junto a un plato de pescado de carne oscura y muchas espinas a medio comer, puso un pote de agua en el hornillo y se inclinó para reavivar el fuego de una vieja estufa de hierro, siempre con el fusil a mano.

Kelso lo imaginó una hora antes: oyendo el lejano ruido del coche en el sendero, dejando la comida sin terminar, cogiendo el arma y dirigiéndose al bosque, el fuego apagado, la trampa a punto...

No había cama en la habitación, sólo un delgado colchón agujereado, con el relleno fuera, enrollado y atado con un cordel. Junto al colchón, un antiguo transistor de fabricación soviética del tamaño de una caja de embalaje, y, al lado de la radio, un gramófono con una deslucida bocina dorada.

El ruso abrió la cartera y sacó el cuaderno. Lo abrió por la página con la foto de las gimnastas de la plaza Roja y se la enseñó. ¿La veis? Kelso y O'Brian asintieron. El ruso dejó el cuaderno sobre la mesa. Luego tiró de una correa grasienta que llevaba al cuello y siguió tirando hasta que de uno de los profundos y malolientes pliegues de su ropa sacó un trocito de plástico. Se lo entregó a Kelso. El plástico estaba caliente por el contacto con su cuerpo: la misma foto, pero plegada, de manera tal que sólo se veía la cara de Anna Safanova.

—O sea que sois vosotros... —dijo—. Yo soy la persona que andáis buscando. Y ahora, la prueba.

Dio un beso al relicario de fabricación casera y volvió a guardarlo entre sus ropas. Luego, del cinturón del abrigo sacó un cuchillo corto de hoja ancha con empuñadura de cuero. Lo volvió para enseñarles el filo de la hoja. Les sonrió. De una patada corrió hacia atrás " el trozo de alfombra bajo sus pies, se arrodilló y con el 4 cuchillo abrió una tosca trampilla.

Metió la mano y sacó una maleta grande y gastada.

El ruso la abrió con la devoción de un sacerdote y con actitud reverente colocó cada objeto en la mesa de madera como si fuera un altar.

Los textos sagrados primero: trece volúmenes de las obras y pensamientos completos de Stalin, los *Sochineniya*, publicados en Moscú después de la guerra. Les enseñó las portadas de cada libro, primero a Kelso y luego a O'Brian. Todos llevaban la misma dedicatoria, «Al futuro. J. V. Stalin», y todos habían sido leídos y releídos cientos de veces. En algunos volúmenes los lomos estaban partidos o colgando; las páginas hinchadas por señaladores y puntas dobladas.

Luego sacó el uniforme; cada prenda estaba envuelta en un papel de seda amarillento. Una guerrera gris, planchada, con charreteras rojas. Unos pantalones negros, también planchados. Un abrigo. Unas botas de cuero negro, brillantes como antracita pulida. Una gorra de mariscal. Una estrella dorada en un estuche de cuero púrpura grabado en relieve con la hoz y el martillo, que Kelso reconoció como la Orden de Héroe de la Unión Soviética.

Luego le tocó el turno a los recuerdos. Una foto (en marco de madera, con cristal) de Stalin detrás de un escritorio, firmada, como los libros: «Al futuro. J. V. Stalin.» Una pipa Dunhill. Un sobre con un mechón de hirsuto pelo gris. Y, por último, una pila de discos, viejos discos de 78 revoluciones, gruesos como platos, cada uno todavía en su funda de papel original: *Madre, los campos están secos, Te estoy esperando, Ruiseñor de la taiga*, «Discurso de J. V. Stalin dirigido al Primer Congreso Soviético de Trabajadores de las Granjas Colectivas, pronunciado el 19 de febrero de 1933», «Informe de J. V. Stalin al XVIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, 10 de marzo de 1939...»

Kelso no podía moverse ni hablar. Fue O'Brian quien dio el primer paso. Le echó una mirada al ruso, se tocó el pecho, hizo un gesto ante la mesa y recibió como respuesta una señal de aprobación. Vacilante, estiró la mano para coger la fotografía. Kelso podía leerle el pensamiento: el parecido era verdaderamente asombroso. No exacto, por supuesto —no hay hombre que se parezca exactamente a su padre—, pero había algo, sin duda, aun con la barba y el pelo alborotado del más joven. Algo en la manera de bizquear, en la estructura ósea, tal vez, o en el juego de la expresión: una especie de agilidad lenta y pesada, una sombra genética que superaba la habilidad de cualquier actor.

El ruso volvió a sonreírle a O'Brian. Cogió el cuchillo y señaló la fotografía; después hizo el gesto de afeitarse a cuchillazos la barba. ¿Sí?

Durante un momento Kelso no supo qué quería decir, pero O'Brian lo supo al instante.

Sí. Asintió con fuerza. Oh, sí, por favor.

De inmediato el ruso se quitó un mechón de su barba renegrida y, con placer infantil, lo levantó para inspeccionarlo. Repitió el gesto una y otra vez; había algo espeluznante en la manera como lo hacía, en la manipulación casual del cuchillo afilado como una navaja —primero la mejilla derecha, luego la izquierda, después la garganta—, en esa despreocupada mutilación. No hay nada, pensó Kelso con un relámpago de certeza, no hay acto de violencia del que este hombre no sea capaz. El ruso se pasó la mano por detrás de la cabeza y se hizo una gruesa cola de caballo que rebanó lo más cerca posible de la raíz. Luego atravesó la cabaña con un par de zancadas, abrió la portezuela de la estufa de hierro y arrojó la masa de pelo al fuego de leña, donde ardió un instante antes de desintegrarse en polvo y humo.

—Santo Dios —susurró Kelso, mientras observaba incrédulo cómo O'Brian empezaba a abrir el estuche de la cámara—. No, no hagas eso, no irás en serio a...

—Claro que sí.

—¿Pero no ves que está loco?

—Igual que la mitad de la gente que hacemos salir por televisión.

O'Brian colocó una nueva cinta en la cámara y sonrió cuando oyó el clic que indicaba que estaba listo para filmar.

—Empieza el espectáculo.

Detrás de él, el ruso tenía la cabeza inclinada sobre el cuenco de agua que humeaba sobre la estufa. Se había quitado la ropa y quedado apenas con un mugriento chaleco amarillo, y se había enjabonado la cara. A Kelso, el ruido áspero del filo del cuchillo sobre esa barba crecida le ponía carne de gallina.

—Míralo —murmuró Kelso—. Es muy probable que ni siquiera sepa qué es la televisión. —Mejor para mí.

—Dios mío —dijo Kelso y cerró los ojos.

El ruso se volvió hacia ellos mientras se secaba las manos en la camisa. Tenía la cara llena de manchas, salpicada de puntitos de sangre, pero se había dejado el bigote, grueso, aceitoso y negro como ala de cuervo, y la transformación era asombrosa. Ahí estaba el Stalin de los años veinte: Stalin en la flor de la vida, una fuerza animal. ¿Qué era lo que había predicho Lenin? «Este georgiano nos servirá un estofado picante.»

Metió el pelo que le quedaba bajo la gorra de mariscal. Se puso la guerrera. Un poco ancha la pechera, tal vez, pero por lo demás perfecta. Se la abotonó y empezó a pavonearse de un lado a otro, dio un par de vueltas haciendo girar la mano derecha recatadamente en una onda majestuosa.

Cogió un volumen de las *Obras completas*, lo abrió al azar, echó un vistazo a la página y se lo pasó a Kelso.

Luego sonrió, levantó un dedo, tosió tapándose la boca con la mano, se aclaró la garganta y empezó a hablar. Y era bueno hablando. Kelso se dio cuenta enseguida, no solamente porque el ruso se sabía el texto al dedillo, era más que eso. Debió de haberse estudiado las grabaciones hora tras hora y año tras año desde que era niño. Recitó su papel, podría decirse, con el tono familiar, monótono, feroz, con el ritmo brutal de un ensalmo. Y la misma cruel expresión de sarcasmo, el mismo humor negro, la fuerza, *el odio*.

—Esta pandilla de espías, asesinos y provocadores de Trotski y Bujarin —comenzó despacio—, que se doblegan ante los países extranjeros, poseídos por un instinto servil que los lleva a prosternarse ante cualquier gerifalte extranjero, dispuestos siempre a prestarles sus servicios de espías... —prosiguió, alzando poco a poco la voz—. Esta gentuza que no ha comprendido que el ciudadano soviético más humilde, por el mero hecho de ser libre de las cadenas del capital, destaca claramente sobre cualquier gerifalte extranjero con el cuello uncido al yugo de la esclavitud capitalista —ahora ya casi a gritos—, que necesita a esta desgraciada banda de esclavos venales... ¿Qué valor pueden tener para el pueblo? ¿A quién, me pregunto, pueden desmoralizar?

Hizo una pausa y miró alrededor, desafiante, desafiando a Kelso, que lo escuchaba con el libro abierto, a O'Brian, con el ojo en el visor de la cámara, desafiando a la mesa, a la estufa, a los cráneos colgados en la pared, a cualquiera que se atreviera a replicarle.

Se enderezó y adelantó el mentón.

—En 1937, Tujachevsky, Yakir, Uborevich y otros enemigos fueron condenados a muerte. Tras su ejecución se celebraron las elecciones al Soviet Supremo de la URSS, en las que el 98,6 por ciento de los votos fueron para el poder soviético.

»A comienzos de 1938, Rosengoltz, Rykov, Bujarin y otros enemigos fueron condenados a muerte. Tras su ejecución se celebraron las elecciones a los Soviets Supremos de las repúblicas de la Unión, en las que el 99,4 por ciento de los votos fueron para el poder de los soviets. ¿Dónde están los síntomas de desmoralización, me pregunto yo?

El ruso se llevó el puño cerrado al corazón.

—¡Ése fue el ignominioso final de los que se oponían a la línea de nuestro partido, de los que terminaron sus días como enemigos del pueblo!

—«Ovación atronadora —leyó Kelso—. Todos los delegados se ponen de pie y vitorean al orador. Se oyen gritos de "¡Viva el camarada Stalin!", "¡Arriba el camarada Stalin!", "¡Viva el Comité Central de nuestro Partido!"»

El ruso se balanceaba ante el ritmo de la multitud muda. Podía oír los rugidos, el suelo que resonaba bajo miles de pies, los vítores. Asintió tímidamente. Sonrió. Aplaudió agradecido. El tumulto imaginario hizo retumbar la estrecha cabaña y se propagó hacia fuera, a través del claro nevado hasta los árboles silenciosos del bosque.

El avión de Feliks Suvorin atravesó un cúmulo de nubes bajas y viró a estribor siguiendo la línea de la costa del mar Blanco.

Una mancha color ladrillo apareció en el páramo nevado y, a medida que se agrandaba, Suvorin comenzó a distinguir objetos. Grúas abandonadas, dársenas para submarinos desiertas, cobertizos para materiales de construcción... Severodvinsk, seguro... el gran basurero atómico de Brézhnev, que se extiende a lo largo de la costa desde Arcángel, donde en los años setenta construyeron los

submarinos que supuestamente iban a obligar a los imperialistas a arrodillarse ante el poder soviético.

Siguió mirando la mancha mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Algunos intermediarios de la mafia habían estado husmeando por ahí hacía más o menos un año con la intención de comprar una ojiva nuclear para los iraquíes. Recordaba el caso. ¡Chechenos en la taiga! ¡Increíble! Sin embargo, tarde o temprano lo conseguirán, pensó. Había demasiado armamento sobrante, demasiada poca vigilancia y demasiado dinero detrás de ese armamento. La ley de la oferta y la demanda se aparearía con la ley del término medio y tarde o temprano conseguirían algo.

Las alas temblaron. Se oyó un chirrido de cables. Prosiguieron el descenso dando bandazos en medio del temporal de nieve. Severodvinsk se alejó. Podía ver discos grises de agua congelada, unas marismas llanas y desiertas, árboles y más árboles cubiertos de nieve que desaparecían para siempre. ¿Qué, quién podía vivir ahí abajo? Nada, probablemente. Nadie. Estaban en los confines de la tierra.

El viejo avión siguió dando vueltas pesadamente otros diez minutos a apenas cincuenta metros del techo del bosque, y luego, un poco más adelante, Suvorin vio una hilera de luces en la nieve.

Era un campo de aviación militar enclavado entre los árboles, con una máquina quitanieves aparcada en el borde de la pista. Aunque acababan de despejar el corredor, ya empezaba a formarse una delgada capa blanca. El piloto se aproximó en vuelo raso para echar un vistazo y después ascendió un poco más, forzando el motor, y giró para la aproximación final. En ese momento Suvorin tuvo una fugaz vista de Arcángel al bies, bloques de apartamentos lejanos y borrosos y chimeneas sucias; pocos minutos después aterrizaron, y el avión se salió de la pista un par de veces antes de frenar, al tiempo que las turbinas levantaban pequeñas tormentas de nieve.

Cuando el piloto paró el motor se produjo un silencio como Suvorin nunca había experimentado antes. En Moscú siempre se oía algo, incluso en la supuesta calma de la noche, el ruido del tráfico, tal vez, una pelea en casa de los vecinos. Pero aquí no. Aquí el silencio era absoluto, y él no lo soportaba. Habló para llenar el silencio.

—Buen trabajo —le dijo al piloto—. Lo conseguimos.

—Sea usted bienvenido. Por cierto, tengo un mensaje de Moscú para usted. Antes de marcharse tiene que llamar al coronel. ¿Le ve algún sentido?

—¿Antes de que me marche?

—Eso es.

¿Antes de que me marche adonde?

No había espacio suficiente para estar de pie. Suvorin tuvo que agacharse. Aparcados junto a un enorme hangar vio una hilera de biplanos con camuflaje ártico.

La puerta trasera del avión se abrió de golpe. La temperatura bajó inmediatamente unos cinco grados. Copos de nieve barrieron el fuselaje. Suvorin cogió su maletín y saltó a la pista de cemento. Un técnico con gorra de piel le indicó que se dirigiera al hangar. La pesada puerta corredera estaba entreabierta. En la sombra, junto a un par de jeeps y al resguardo de la nieve, esperaba un comité de recepción: tres hombres en uniforme del MVD con rifles de asalto AK-47, un tipo de la Milicia y, el miembro más extraño de todos, una anciana con pesada vestimenta masculina, encorvada como un buitre y apoyada en un bastón.

Algo había ocurrido, Suvorin lo supo en cuanto entró en el hangar, y fuera lo que fuese no podía ser nada bueno. Lo supo cuando le tendió la mano al militar del Ministerio del Interior de mayor rango —un joven de gesto hosco y cuello de toro, el comandante Kretov— y, a modo de respuesta, recibió un saludo hecho con suficiente flojera como para dar a entender un insulto. En cuanto a los dos hombres de Kretov, ni siquiera se molestaron en tomar nota de su llegada. Estaban demasiado ocupados descargando un pequeño arsenal de la parte trasera de un jeep: cargadores de repuesto para sus AK-47, pistolas, bengalas y una enorme ametralladora RP46 con botes de municiones y patas de metal.

—Bueno, ¿qué estamos esperando aquí, comandante? —preguntó Suvorin, haciendo un esfuerzo por ser simpático—. ¿Una pequeña guerra?

—Podemos hablar de eso por el camino.

—Preferiría que lo hiciéramos ahora. Kretov vaciló. Se veía a las claras que habría preferido mandar a Suvorin al diablo, pero los dos tenían el mismo rango y, además, aún no había podido calar a ese soldado de paisano con sus caras ropas occidentales.

—De acuerdo, pero rápido. —Irritado, chasqueó los dedos en dirección al desgarbado joven de la Milicia—. Explíqueme lo que ha pasado.

—¿Y usted es...? —preguntó Suvorin.

—Teniente Korf, comandante —dijo el agente de la Milicia, poniéndose firmes.

—Lo escucho, Korf.

El teniente, nervioso, le pasó el parte con rapidez.

Poco después del mediodía, la Milicia de Arcángel fue notificada por el cuartel central de Moscú de que se sospechaba que dos extranjeros se encontraban

en las proximidades de la ciudad, probablemente con el fin de tomar contacto con una persona o personas llamadas Safanov o Safanova. Él mismo se había hecho cargo de la investigación. Sólo se había localizado a un ciudadano de ese nombre: la testigo Vavara Safanova, dijo señalando a la anciana, que había sido recogida en su domicilio hora y media después de recibir el télex de Moscú. La señora Safanova había confirmado que dos extranjeros habían ido a verla y que se habían marchado apenas dos horas antes.

Suvorin sonrió amablemente a Vavara Safanova.

— ¿Y qué pudo usted decirles, camarada Safanova?

La anciana fijó la vista en el suelo.

— Les dijo que su hija había muerto —interrumpió Kretov, impaciente—. Que murió de parto, hace cuarenta y cinco años, en el momento de tener un niño, un varón. Y ahora, ¿podemos irnos? Ya le he sonsacado todo esto.

Un niño, pensó Suvorin. No podía ser de otra manera. Una niña no habría tenido ninguna importancia. Pero un varón. Un heredero...

— ¿Y ese niño vive?

— Aislado en el bosque, ha dicho. Como un lobo.

Suvorin dio la espalda a la anciana callada y se dirigió al comandante.

— ¿Y se supone que Kelso y O'Brian se han internado en el bosque para encontrar a ese «lobo»?

— Están a unas tres horas de aquí. —Kretov tenía un mapa a gran escala abierto sobre el capó del jeep más cercano—. Éste es el camino —dijo—. No hay manera de salir como no sea por el mismo camino en que llegaron, y la nieve los retendrá. No se preocupe, los tendremos cuando caiga la noche.

— ¿Y cómo los alcanzaremos? ¿Podemos usar un helicóptero?

Kretov le guiñó el ojo a uno de sus hombres. — Me temo que el comandante de Moscú no ha estudiado nuestro terreno como es debido. En la taiga no hay muchos helipuertos.

Suvorin se esforzó por no perder la calma.

— ¿Y entonces cómo los alcanzaremos?

— Con máquinas quitanieves —dijo Kretov, como si fuera obvio—. En la cabina caben cuatro. O tres, si usted prefiere no mojarse esos zapatos tan elegantes.

Otra vez, y con esfuerzo, Suvorin tuvo que controlarse.

— ¿Cuál es el plan, entonces? ¿Les abrimos un camino para que vuelvan a la ciudad detrás de nosotros? ¿Es eso lo que vamos a hacer?

— Si es necesario.

—Si es necesario —repitió Suvorin, despacio. Ahora empezaba a entender. Miró los fríos ojos grises del comandante Kretov, luego a los dos hombres del MVD que ya habían terminado de descargar el jeep—. Y, dígame, ¿ahora de qué se ocupan? ¿Escuadrones de la muerte? ¿Están montando una pequeña Sudamérica por aquí?

Kretov empezó a doblar el mapa.

—Tenemos que ponernos en marcha ahora mismo.

—Tengo que hablar con Moscú.

—Ya hemos hablado con Moscú.

—Yo tengo que hablar con Moscú, comandante, y si intenta irse sin mí, le aseguro que se pasará los próximos años construyendo helipuertos.

—No lo creo.

—Si se trata de una prueba de fuerza entre el SVR y el MVD, sepa usted una cosa: el SVR ganará siempre. —Suvorin se volvió y se inclinó ante Vavara Safanova—. Gracias por su ayuda. —Y luego, dirigiéndose a Korf, que contemplaba la escena con los ojos abiertos como platos, añadió—: Acompañe a la camarada Safanova a su casa, por favor. Ha hecho usted un buen trabajo.

—Les avisé —dijo la anciana de repente—. Les dije que no se podía esperar nada bueno de eso.

—Tal vez tenga razón —dijo Suvorin—. De acuerdo, teniente, váyase. ¿Y bien? —le dijo a Kretov—. ¿Dónde diablos está el teléfono?

O'Brian había insistido en filmar otros treinta minutos. Por medio de gestos había convencido al ruso para que empacara sus reliquias y las volviera a sacar de la maleta, a la vez que sostenía cada objeto ante la cámara y explicaba qué era. («Su libro», «su foto», «su pelo», cada uno de ellos debidamente besado y colocado en el altar.) Después O'Brian le mostró cómo quería que se sentara a la mesa a leer el diario de Anna Safanova mientras fumaba en pipa. («Recuerda las históricas palabras que el camarada Stalin dijo a Gorki: "La tarea del estado proletario es producir ingenieros de almas..."»)

—Estupendo —dijo O'Brian dando vueltas con la cámara alrededor del ruso—. Fantástico. ¿No te parece fantástico, Chiripa?

—No —dijo Kelso—, es un maldito circo.

—Hazle un par de preguntas, profesor.

—No pienso hacerlo.

—Venga, sólo un par de preguntitas. Pregúntale qué opina de la nueva Rusia.

—No.

—Dos preguntas y nos largamos. Te lo prometo.

Kelso vaciló. El ruso lo miraba y se acariciaba el bigote con la caña de la pipa. Tenía los dientes amarillentos y partidos, y las puntas del bigote empapadas en saliva.

—Mi colega quiere saber —dijo Kelso— si ha oído hablar de los grandes cambios que se han registrado en Rusia y qué opina de ellos.

Por un momento el ruso no dijo nada. Luego se volvió hacia O'Brian y miró directamente al objetivo.

—Una característica de la historia de la vieja Rusia son los continuos golpes que recibía. Atacaban a Rusia porque era rentable y podía hacerse impunemente. Así es la ley de los explotadores, cebarse en los atrasados y los débiles. Es la ley de la jungla del capitalismo. Se piensa que el atrasado, el débil, no vale nada, y por lo tanto se merece una buena tunda y la esclavitud.

Se reclinó en la silla, con los ojos semicerrados, y dio unas caladas a la pipa. O'Brian estaba de pie detrás de Kelso, cámara en mano, y Kelso sentía la presión de su mano en el hombro, instándolo a que siguiera haciendo preguntas.

—No comprendo —dijo Kelso—. ¿Qué está diciendo? ¿Que la nueva Rusia está siendo atacada, sumida en la esclavitud? Seguramente la mayoría diría lo contrario: que por más dura que sea la vida ahora, al menos disfrutan de libertad.

Una lenta sonrisa, directamente a la cámara. El ruso se quitó la pipa de los labios, se inclinó y con la pipa le dio unos golpecitos en el pecho.

—Eso está muy bien, sí, pero por desgracia la libertad sola no basta ni mucho menos. Si escasea el pan, si no hay mantequilla ni aceite, si no hay materia prima textil, y si las condiciones de vivienda son malas, la libertad no nos llevará muy lejos. Es muy difícil, camaradas, vivir únicamente de libertad.

—¿Qué está diciendo? —susurró O'Brian—. ¿Tiene algún sentido?

—Sí, algo de sentido tiene, pero es muy raro.

O'Brian convenció a Kelso de que le hiciera un par de preguntas más, y cada una de ellas obtuvo respuestas parecidas y rebuscadas, y luego, cuando Kelso se negó a seguir traduciendo, O'Brian insistió en hacer la toma final en el exterior de la cabaña.

Kelso los observó un minuto por el sucio ventanuco. O'Brian hizo una marca en la nieve y caminó hacia la cabaña, regresó y señaló la línea tratando de que el ruso entendiera lo que quería que hiciera. Es como si nos hubiera estado esperando, pensó Kelso. «Sois vosotros —había dicho—. Sois de verdad vosotros...»

«Éste es el libro del que se habla...»

Se notaba que había recibido educación, mejor dicho, que había sido *adoctrinado*, una palabra tal vez más acertada. Sabía leer. Le habían inculcado la idea de que tenía un destino determinado: la seguridad mesiánica de que un día u otro unos extranjeros aparecerían por el bosque con un libro, y que, quienesquiera que fuesen, incluso un par de imperialistas, serían ellos...

Aparentemente el ruso estaba de muy buen humor, pues se llevó el dedo índice a los ojos y lo movió ante la cámara, sonriendo. Luego se agachó e hizo una bola de nieve que arrojó en broma a la espalda de O'Brian.

Homo sovieticus, pensó Kelso.

Intentó recordar algo, un pasaje de la biografía de Volkogonov en el que se citaba a Sverdlov, que había sido deportado a Siberia con Stalin en 1914. Stalin no se juntaba con otros bolcheviques, eso era lo que había sorprendido a Sverdlov. Ahí estaba: desconocido, a punto de cumplir los cuarenta, sin haber trabajado un solo día de su vida, sin cualificación alguna, sin profesión, simplemente vivía solo y solo se iba a cazar o a pescar, «daba la impresión de que estaba esperando que algo ocurriera».

Cazando. Pescando. Esperando.

Kelso se apartó de la ventana y volvió a guardar el cuaderno en la cartera. Miró otra vez por la ventana, luego se acercó a la mesa y comenzó a hojear las *Obras completas* de Stalin.

Tardó un par de minutos en encontrar el pasaje que buscaba: un par de páginas con las puntas dobladas en diferentes volúmenes, los dos pasajes bien subrayados con lápiz negro. Y era lo que creía: la primera respuesta del ruso había sido una cita textual de un discurso de Stalin en el Congreso de Dirigentes de Industrias Socialistas, celebrado el 4 de febrero de 1931, mientras que la segunda estaba extraída de una arenga a tres mil estajanovistas el 17 de noviembre de 1935.

El hijo repetía las palabras del padre.

Oyó el ruido de las botas de Stalin en los escalones de madera y volvió a dejar los libros en su sitio.

Suvorin siguió a uno de los hombres del MVD fuera del hangar y atravesó la pista en dirección a un bloque de un solo piso junto a la torre de control. El vendaval le atravesó el abrigo. La nieve se le filtraba por los zapatos. Llegó a la oficina prácticamente congelado. Un joven cabo levantó la vista cuando entraron, sin demostrar ningún interés por la visita. Suvorin empezaba a estar harto de esa misión, de esa ciudad provinciana, del maldito Arcángel. Cerró de un portazo.

—¡Salude, hombre, cuando entra un oficial!

El cabo se puso de pie de un brinco, con una brusquedad tal que tiró la silla al suelo.

—Deme línea para hablar con Moscú. Ahora mismo. Y espere fuera. Los dos, esperen fuera.

Suvorin no comenzó a marcar hasta que salieron. Levantó la silla, la enderezó y se desplomó. El cabo estaba leyendo una revista pornográfica alemana. Un pie enfundado en una media de seda asomaba por debajo de una pila de diarios de vuelo. Oyó que el teléfono sonaba débilmente en Moscú. Había una interferencia fuerte en la línea.

—¿Sergo? Soy Suvorin. Pásame con el jefe.

Al cabo de un momento respondió Arseniev.

—Feliks, escucha —dijo con voz tensa—. He estado tratando de hablar contigo. ¿Has oído la noticia?

—Sí, la he oído.

—¡Increíble! ¿Has hablado con los otros? Tienes que actuar sin perder un segundo.

—Sí, he hablado con ellos, y permítame que le pregunte una cosa, coronel, ¿qué es esto? —Suvorin tuvo que taparse el otro oído con un dedo y gritar en el auricular—. ¿Qué está pasando? He aterrizado en el quinto pino y por una ventana estoy viendo a tres asesinos que están cargando una máquina quitanieves con armamento suficiente para abatir a un batallón de la OTAN...

—Feliks —dijo Arseniev—, esto escapa a nuestro control.

—¿Y entonces? ¿Qué es esto? ¿Se supone que ahora tenemos que acatar órdenes del MVD ?

—No son el MVD —dijo Arseniev en voz baja—. Son fuerzas especiales vestidas con uniformes del MVD.

—¿Spetsnaz? —Suvorin se llevó la mano a la cabeza. *Spetsnaz*. Comandos. Brigada Alfa. Asesinos—. ¿Quién decidió soltarlos?

Como si no lo supiera.

—Adivina —respondió Arseniev.

—¿Y su excelencia estaba tan borracho como de costumbre? ¿O fue en un raro interludio de sobriedad?

—¡Cuidado con lo que dices, comandante! —exclamó Arseniev irritado.

El pesado motor diesel de la máquina quitanieves arrancó. Al acelerar, vibraron los cristales dobles de la ventana, ahogando por un instante la voz de Arseniev. Unos grandes faros amarillos iluminaron la nieve y comenzaron a moverse pesadamente por la pista, en dirección al edificio en que se encontraba Suvorin.

— ¿Cuáles son las órdenes exactamente?

— Procede como mejor te parezca, y emplea toda la fuerza necesaria.

— ¿Toda la fuerza necesaria para conseguir qué?

— Lo que estimes más conveniente.

— ¿O sea?

— Eres tú el que debe decidir. Cuento contigo, comandante. Te estoy concediendo autonomía absoluta...

Ya, pero él era un hombre astuto, ¿no? El más astuto. Un auténtico sobreviviente. Suvorin perdió la compostura.

— ¿Y a cuántos tenemos que matar, coronel? ¿Un hombre? ¿Dos? ¿Tres?

Arseniev estaba indignado, profundamente alterado. Si la cinta de esa conversación se reproducía alguna vez —lo cual ocurriría al día siguiente—, su expresión sería lo suficientemente obvia para que todos la comprendieran.

— ¡Nadie ha dicho nada de matar, comandante! ¿Lo ha dicho alguien? ¿He hablado yo de matar?

— No, usted no —dijo Suvorin con una vena de sarcasmo y crueldad que desconocía—. Es evidente que todo lo que ocurra será exclusiva responsabilidad mía. Mis superiores no han tenido nada que ver en esto. Y tampoco, estoy seguro, el modélico comandante Kretov.

Arseniev empezó a decir algo pero su voz le llegaba ahogada por el rugido del motor que aceleraba otra vez. La máquina quitanieves ya estaba casi junto a la ventana. La pala subía y bajaba como una guillotina. Suvorin vio a Kretov en el asiento del conductor, que se pasaba el dedo índice por la garganta. Sonó el claxon. Suvorin le hizo señas indignado y le dio la espalda.

— Repita, por favor, coronel.

Pero la comunicación se había cortado, y todas sus tentativas por intentar restablecerla fracasaron. Y ése fue el sonido que más tarde Suvorin nunca consiguió quitarse de los oídos, mientras viajaba apretujado en el asiento plegable de la máquina quitanieves que avanzaba dando tumbos por el bosque: el intenso frío e implacable zumbido de la línea telefónica, de un número imposible de obtener.

La nieve había amainado y hacía mucho más frío, tres o cuatro grados bajo cero. Kelso se cubrió con la capucha y se puso en marcha lo más rápido que pudo en dirección al borde del claro. Frente a él, entre los árboles, la hilera de bollos de papel amarillo florecía cada cincuenta metros como flores de invierno en la maleza nevada.

Salir de la cabaña no había sido fácil. Cuando le dijo al ruso que tenían que volver al coche —«Sólo a recoger parte del equipo, camarada», había añadido rápidamente—, el otro le echó una mirada tan suspicaz que casi le había dado pavor. Sin embargo, de alguna manera le sostuvo la mirada y finalmente, tras una última ojeada de reconocimiento, el ruso asintió con la cabeza. E incluso entonces O'Brian se había demorado —«Mira, no nos iría mal otra toma desde aquí arriba»— hasta que Kelso lo cogió con fuerza por el codo y se lo llevó hacia la puerta. El ruso los observó partir, sin dejar de fumar en pipa.

Kelso oyó que O'Brian respiraba con dificultad, pero, aunque iba tambaleándose detrás de él, no se detuvo a esperarlo hasta que perdieron de vista la cabaña.

—¿Tienes el cuaderno? —preguntó O'Brian.

—Aquí dentro —dijo Kelso, y se dio unos golpecitos en la pechera de la chaqueta.

—Buen trabajo, muchacho —dijo O'Brian, y ejecutó una breve danza de la victoria en la nieve, arrastrando los pies—. ¡Mierda, esto sí ha sido una aventura! Una aventura de los mil diablos.

—Exactamente —repitió Kelso, si bien lo único que quería era largarse. Reanudó la marcha, con más urgencia ahora; le dolían las piernas del esfuerzo que suponía avanzar por la nieve.

Salieron al sendero y ahí estaba el Toyota, esperándolos, a unos cien metros, envuelto en una capa húmeda y blanca de más de dos centímetros, más gruesa en la parte trasera, desde donde soplaba el viento, y cuando se acercaron un poco más, vieron que la superficie empezaba a cubrirse de una capa de hielo. El Toyota aún seguía inclinado, las ruedas traseras casi despejadas de nieve; les llevó un buen rato identificar todos los daños. El ruso había disparado tres veces. El primer disparo había hecho saltar la cerradura de la puerta trasera. El segundo había traspasado la puerta del conductor. La tercera bala había atravesado el capó y tocado el motor, probablemente el ruso había querido desactivar la alarma.

—Maldito loco cabrón —dijo O'Brian mirando los agujeros—. Este Toyota cuesta cuarenta mil dólares.

Apretujado detrás del volante, puso la llave de contacto y la hizo girar. Nada. Ni un mísero clic.

—No me extraña que no le importara que volviésemos al coche —dijo Kelso—. Sabía que no iríamos a ninguna parte.

O'Brian volvió a parecer preocupado. Con dificultad bajó del asiento delantero y se hundió casi hasta la rodilla en la nieve. Rodeó el coche, levantó la puerta trasera y soltó un suspiro de alivio; su aliento bailoteó en el aire helado.

—Bueno, parece que no ha inutilizado el Inmarsat, gracias a Dios. Eso ya es bastante —dijo, y miró alrededor con ceño.

—¿Qué pasa? —dijo Kelso.

—Árboles —masculló O'Brian.

—¿Árboles?

—Sí. El satélite no está directamente encima de nuestras cabezas, ¿recuerdas? Está sobre el ecuador. Y aquí estamos en el norte, casi en el polo. Eso significa que hay que poner el plato de la antena en un ángulo muy bajo para enviar una señal. Los árboles, si están muy cerca, se interponen en el camino. —Se volvió hacia Kelso, y éste podría haberlo matado, podría haberlo estrangulado sólo por esa sonrisa de borrego en su estúpida carota de guaperas—. Vamos a necesitar un espacio, profesor. Lo siento.

¿Un espacio?

Exactamente. Un espacio. Tendrían que volver al claro del bosque.

O'Brian insistió en que se llevaran el resto del equipo. Lo cual, después de todo, era lo que Kelso le había dicho al ruso que iban a hacer. No querían que sospechara nada, ¿verdad? Además, por nada del mundo O'Brian iba a dejar un equipo electrónico por valor de más de cien mil dólares en un Toyota acribillado en medio de la taiga. No pensaba perderlo de vista.

Y a duras penas volvieron por el sendero, O'Brian al frente con el Inmarsat y el más pesado de los maletines, con la batería del Toyota envuelta en una hoja de plástico embutida debajo del brazo. Kelso tenía la maleta de la cámara y el ordenador portátil, y hacía todo lo que podía por seguirle el paso, aunque el camino era muy duro. Le dolían los brazos. La nieve se lo tragaba. Pronto O'Brian se internó en el bosque y lo perdió de vista, mientras él tenía que pararse a cada rato a pasar la jodida maleta de una mano a la otra. Sudaba y maldecía. En el camino tropezó con una raíz oculta entre la maleza y cayó de rodillas.

Cuando llegaron al claro, O'Brian ya había conectado la antena del satélite a la batería y trataba de orientarla en la dirección correcta. La trayectoria de la antena apuntaba directamente a las copas nevadas de unos abetos enormes, a unos cincuenta metros del claro, y O'Brian, encorvado encima de ella, movía la mandíbula ansioso, con la brújula en una mano mientras apretaba unos botones con la otra. Había parado de nevar casi por completo, y el aire glacial se había teñido de un azul muy tenue. Detrás de él, recortada contra las sombras de los árboles, se veía la cabaña gris de madera en absoluto silencio, y en apariencia desierta, a no ser por el hilo de humo que salía de la estrecha chimenea.

Kelso dejó caer las cajas y se inclinó, con las manos en la rodillas, para recuperar el aliento.

—¿Captas algo? —dijo.

—Nada de nada.

Kelso gruñó.

«Un maldito circo...»

—Si ese aparato no funciona —dijo—, nos quedaremos aquí para siempre, lo sabes, ¿no? Estaremos aquí hasta abril sin nada que hacer como no sea escuchar fragmentos de las *Obras completas* de Stalin.

Era una perspectiva tan poco halagüeña que no pudo más que reírse y, por segunda vez en ese mismo día, O'Brian rió con él.

—Vaya —dijo—, las cosas que tiene que llegar a hacer uno para alcanzar la gloria.

Pero no rió mucho tiempo, y el aparato siguió silencioso.

Y fue en medio de ese silencio, unos treinta segundos más tarde, cuando Kelso creyó oír otra vez el débil murmullo de agua que corría.

Levantó la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó O'Brian.

—El río. —Cerró los ojos y levantó la vista hacia el cielo, haciendo un esfuerzo por escuchar—. El río, creo...

Era difícil distinguirlo del ruido del viento en los árboles, pero era más sostenido que este último, y más profundo, y parecía venir de algún lugar del otro lado de la cabaña.

—Vamos a ver —dijo O'Brian, y, tras quitar las pinzas de las terminales de la batería, se puso a enrollar el cable a toda velocidad—. Si lo piensas, es lógico. Seguramente él se traslada por el río. En barca.

Kelso se echó al hombro las dos maletas y O'Brian le gritó:

—¡Cuidado, Chiripa!

—¿Qué pasa?

—Las trampas. ¿O te has olvidado? Tiene el bosque entero sembrado de trampas.

Kelso se quedó inmóvil; miró el suelo, inseguro, y recordó la ráfaga de nieve, el ruido seco de las fauces de metal. Pero era inútil preocuparse por eso, pensó, y también imposible evitar pasar directamente delante de la puerta de la cabaña. Esperó que O'Brian terminara de guardar el Inmarsat, y echaron a andar los dos juntos, pisando con cautela. Ahora Kelso notaba la presencia del ruso por todas partes: en la ventana de su miserable cabaña, en el hueco debajo de la cabaña, detrás de la pila de leña amontonada contra la pared trasera, en el tonel de agua fría y cubierta de musgo y en la oscuridad de los árboles cercanos. Se imaginaba el rifle colgado a la espalda, con plena conciencia de la suavidad de su propia piel, vulnerable como la de un niño pequeño.

Llegaron al extremo del claro y bordearon el perímetro del bosque. Maleza espesa, troncos caídos y podridos. Extraños bultos blancos fungoides como caras derretidas. Y, de vez en cuando, se oían ruidos a lo lejos, cuando el viento cambiaba y provocaba aludes de nieve. Apenas se veía a un palmo de las narices. No lograban encontrar un sendero. Lo único que podían hacer era hundirse entre los árboles.

O'Brian pasó primero y le tocó la peor parte, con las dos pesadas maletas a cuestas y la enorme batería del Toyota, que lo obligaba a ladear su voluminoso cuerpo para pasar despacio por los estrechos huecos, a veces a la izquierda, a veces a la derecha, por momentos teniendo que agacharse abruptamente, sin una mano libre para protegerse la cara de las ramas bajas. Kelso intentó seguir sus huellas y, tras media docena de pasos, se dio cuenta de que el bosque se iba cerrando detrás de ellos como un macizo portal de hierro.

Siguieron avanzando a trompicones por la oscuridad unos minutos. Kelso quiso detenerse y pasar el ordenador a la otra mano, pero no se atrevió a perder de vista la espalda de O'Brian y pronto se olvidó de todo, excepto del dolor en el hombro derecho y los pulmones. Hilos de sudor y nieve fundida se le metían en los ojos, veía todo borroso y estaba tratando de levantar el brazo para secarse la frente con la manga mojada, cuando O'Brian soltó un grito y se tambaleó. De repente —fue como atravesar un muro— los árboles se abrieron y volvieron a salir a la luz para encontrarse en la cresta de una orilla empinada que bajaba a sus pies hasta una planicie de agua gris amarillenta de más de trescientos metros de anchura.

Era una vista imponente —una auténtica obra maestra de la naturaleza—; se parecía a encontrar una catedral en medio de la jungla. Y durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Luego O'Brian dejó sus maletas y la batería y sacó la brújula. Se la enseñó a Kelso. Estaban en la orilla norte del Dvina, de cara casi exactamente al sur.

Diez metros por debajo de ellos, y a unos cien metros a la izquierda, fuera del agua y cubierta con una lona verde oscuro, había una pequeña barca. Parecía como si la hubieran sacado del agua para el invierno, lo cual era lógico, pensó Kelso, porque el hielo ya empezaba a cubrir el río, una plataforma de diez o quince metros de ancho, tal vez, que parecía ensancharse mientras él la miraba.

En la orilla opuesta se veía la misma franja blanca, y luego recomenzaba la línea oscura de árboles. Kelso levantó los prismáticos e inspeccionó la orilla lejana para ver si estaba habitada, pero no vio nada, sólo una extensión intimidante y sombría. Un páramo.

Bajó los prismáticos.

—¿A quién vas a llamar?

—A Estados Unidos. Les pediré que llamen a la oficina de Moscú.

O'Brian ya había abierto la caja del Inmarsat y estaba colocando la antena de plástico. Se había quitado los guantes. En ese frío polar sus manos se veían toscas.

—¿A qué hora anochece?

Kelso miró su reloj.

—Ya son casi las cinco —dijo—. Puede que dentro de una hora.

—De acuerdo, asumámoslo, incluso si la batería funciona y logro hablar con Estados Unidos y ellos consiguen que nos envíen un grupo de rescate, tendremos que pasar la noche aquí. A menos que tomemos alguna medida de emergencia.

—¿Por ejemplo?

—Hacernos con esa barca.

—¿Robarías la barca?

—La pediría prestada, no lo dudes. —En cuclillas, desenvolvió la batería, evitando mirar a Kelso—. Venga, hombre, no me mires así. ¿Qué daño hacemos? No va a necesitarla hasta la primavera, y menos si la temperatura sigue bajando de esta manera. Este río estará totalmente helado en uno o dos días. Además, fue él quien nos estropeó el coche, ¿no? Usaremos su barca. Es justo.

—¿Y tú sabes llevar una barca?

—Pues claro, sé manejar una cámara y puedo transmitir fotos por el aire. Soy Superman. Sí, sé navegar. Venga, vamos.

—¿Y qué pasa con el ruso? ¿Crees que va a quedarse de brazos cruzados? ¿Que va a venir a despedirnos con un pañuelo? —Kelso se volvió y miró el camino por el que habían llegado—. A lo mejor nos está espiando.

—De acuerdo. Será mejor que vayas y lo entretengas mientras yo lo preparo todo.

—Ay, gracias —dijo Kelso—. De verdad, muchas gracias.

—Bueno, por lo menos he tenido una idea. ¿Cuál es la tuya?

Tiene razón, tuvo que reconocer Kelso, y tras vacilar un instante enfocó los prismáticos hacia la barca.

Entonces, así era cómo sobrevivía el ruso, cómo hacía sus ocasionales incursiones en el mundo exterior. Así era cómo adquiriría el queroseno para la lámpara, el tabaco para la pipa, la munición para las armas, las pilas ~A para el transistor. ¿Y qué usaba como dinero? ¿Trocaba lo que pescaba o cazaba? ¿O se había montado el campamento en los años cincuenta con algún tipo de tesoro — oro del NKVD— que venían estirando desde entonces?

La barca estaba escondida en una pequeña depresión, protegida por una pantalla baja de árboles: invisible a cualquiera que pasara por el río. Descansaba apoyada en la quilla, asentada en troncos a babor y estribor; una barca de aspecto macizo, resistente, no muy grande, con lugar para cuatro personas como máximo. En la popa, un bulto indicaba la presencia de un motor fuera borda, y, si era así, y si O'Brian conseguía hacerla arrancar, llegarían a Arcángel en un par de horas, o en menos probablemente, dada la rapidez de la corriente a través del cauce que iba estrechándose poco a poco.

Kelso pensó en las cruces de los cementerios, en las fechas y los rostros borrados por el tiempo.

No daba la impresión de que mucha gente se hubiera marchado de ese lugar.

Valía la pena intentarlo.

—De acuerdo —dijo de mala gana—. Hagámoslo.

—¡Bravo! Este es mi muchacho.

Volvió a internarse en el bosque y dejó a O'Brian apuntando la antena hacia el otro lado del río. No se había alejado demasiado cuando a sus espaldas oyó la dichosa y aguda nota del Inmarsat al conectar con el satélite.

La máquina quitanieves avanzaba rápido ahora, a cuarenta kilómetros por hora; bajaba por el sendero arrojando una gran ola blanca de espuma congelada que se estrellaba contra los árboles a ambos lados del camino. x KretoV conducía. Sus

hombres viajaban apretujados I junto a él, empuñando los fusiles. Suvorin iba agarrado, a los amarraderos de metal del asiento plegable en la í parte trasera de la cabina, con el tambor del RP46 clavado en el muslo, mareado por las sacudidas y los humos del motor. Maravillado por las complejas situaciones que habían llenado su vida en tan corto tiempo, cavilaba sobre la sabiduría del viejo proverbio ruso: «Nacemos en un campo abierto y morimos en una selva oscura.»

Tenía tiempo de sobra para cavilaciones porque ninguno de los otros tres hombres le había dirigido una palabra desde que salieron del aeródromo. Se pasaban goma de mascar y cigarrillos TU-144, y, como hablaban en voz baja, el ruido del motor no le dejaba oír lo que decían. Un trío íntimo, pensó, a todas luces una amistad con cierta historia. ¿Dónde habrán estado últimamente? Grozny, tal vez, ¿llevando la paz de Moscú a los rebeldes chechenos? («Todos los terroristas armados murieron en el lugar...») En ese caso, para ellos esta misión debía de ser como unas vacaciones. Un picnic en el bosque. ¿Y de quién recibían órdenes? «Adivine...»

La broma de Arseniev.

Hacía calor en la cabina. El único limpiaparabrisas se llevaba la nieve con un compás soporífero.

Trató de apartar la pierna de la ametralladora.

Serafima había estado meses encima de él queriendo convencerlo de que dejara el servicio e hiciera un poco de dinero. Su padre conocía a un hombre de un consorcio energético privatizado, y bien, mi querido Feliks, digamos que... ¿cómo podríamos decirlo?, que me deben unos cuantos *favores*. ¿De cuánto se trata, papá? ¿Diez veces su salario oficial y una décima parte del trabajo? Al diablo con Yasenevo. Tal vez ya iba siendo hora...

Una ronca voz masculina comenzó a gruñir por la radio. Suvorin se inclinó pero no pudo entender con claridad qué decía. Sonaba a coordenadas. Kretov sostenía el micrófono en una mano, conducía con la otra, inclinando el cuello para estudiar el mapa abierto sobre las rodillas del hombre que viajaba a su lado, observando la ruta.

—Claro, claro. No hay problema —dijo, y cortó.

—¿Qué era eso? —preguntó Suvorin.

—Ah —dijo Kretov con sorpresa fingida—, ¿sigue usted ahí? ¿Lo has entendido, Aleksei? —le dijo al hombre del mapa, y luego, dirigiéndose a Suvorin, añadió—: El puesto de escucha de Onega. Acaban de interceptar una transmisión vía satélite.

—Veinte kilómetros, comandante. A la derecha del río.

—¿Lo ve? —dijo Kretov sonriéndole por el espejo—. ¿Qué le había dicho? Estaremos en casa al anochecer.

29

Kelso salió del bosque y se dirigió a la cabaña. La superficie de la nieve se había convertido en una delgada costra de hielo y el viento, que había arreciado levemente, enviaba pequeños tornados de polvo blanco del otro lado del claro. De la chimenea de hierro salía una delgada espiral de humo marrón que se enganchaba en la brisa.

«Si uno se acerca a él, hay que hacerlo abiertamente —era el consejo de Valechka, la criada—. Le molesta que la gente se le acerque a hurtadillas. Si la puerta está cerrada, hay que golpear fuerte...»

Kelso hizo lo posible para que las botas de caucho retumbaran en la nieve, y aporreó la puerta con su puño enguantado. No contestó nadie.

¿Y ahora?

Volvió a golpear. Esperó, luego recorrió el pestillo y abrió la puerta, e inmediatamente el olor, ahora familiar —frío, cerrado, *animal*, con un dejo rancio de tabaco de pipa—, lo abrumó.

No había nadie en la cabaña. No se veía el rifle. Al parecer el ruso había estado trabajando en su mesa: papeles desparramados, un par de lápices pequeños y gruesos.

Kelso se quedó en el umbral, echando un vistazo a los papeles, tratando de tomar una decisión. Miró por encima del hombro. Lo más probable era que el ruso estuviera en la orilla del río, espiando a O'Brian. Ésa era su única ventaja táctica, pensó: el hecho de ser dos contra uno hacía que el ruso no pudiera espiarlos a la vez. Vacilante, se acercó a la mesa.

Sólo tenía intención de husmear un minuto —y probablemente eso fue todo lo que hizo—, el tiempo suficiente para pasar los dedos por esos papeles.

Un par de pasaportes rojos, de tapa dura, de quince centímetros por diez, marcados PASAPORTE y NORGE, expedidos en Bergen en 1968 —una pareja joven, de

idéntico aspecto: pelo largo, rubios, algo hippiescos, la chica muy bonita aunque algo lánguida; entrados en la URSS por Leningrado en junio de 1969...

Documentos de identidad —de los antiguos—, de la Unión Soviética, tres hombres diferentes: el primero, un tipo joven con orejas grandes y gafas, estudiante por el aspecto; el segundo, un hombre mayor, de unos sesenta años, curtido por los años, de aire independiente, marino tal vez; el tercero, ojos saltones, descuidado, gitano o vagabundo; en el lugar de los nombres, un borrón...

Y, por último, una pila de hojas que, al abrirlas en abanico, resultaron seis juegos de documentos de cinco o seis páginas cada uno, grapados y escritos a lápiz o tinta en varias letras diferentes —una clara y legible, la otra vacilante, la última un garabato furioso y desesperado— pero siempre, en la parte superior de la primera página, en claras mayúsculas cirílicas, la misma palabra: «Confesión.»

Kelso sintió que una corriente de aire helado se colaba por la puerta y le erizaba el vello de la nuca.

Con cuidado volvió a colocar las hojas en su lugar y retrocedió, con las manos ligeramente alzadas como para defenderse. Al llegar al umbral, se volvió y bajó tambaleando los escalones. Se sentó en los tablones gastados y cuando levantó los prismáticos e inspeccionó el borde del claro, se dio cuenta de que estaba temblando.

Se quedó allí un par de minutos, tratando de recuperar la calma. Se le ocurrió que lo que debía hacer —la cosa tranquila, racional, sensata, el no precipitarse a conclusiones histéricas, lo que un erudito serio haría— era volver y tomar nota de los nombres para comprobarlos más tarde.

Por eso, después de convencerse a sí mismo por enésima vez de que no había nadie entre los árboles, se puso de pie y volvió a agacharse para entrar por la puerta baja. Lo primero que vio fue el fusil apoyado en la pared, y después, al ruso, sentado a la mesa, callado, mirándolo.

Según su secretario, «poseía un altísimo talento para el silencio, y en este sentido era único en un país; en el que todo el mundo habla por los codos».

No se había quitado el uniforme, y seguía con abrigo y gorra. La estrella de oro de Héroe de la Unión Soviética en la solapa brillaba a la luz mortecina de la lámpara de queroseno.

¿Cómo lo había hecho?

Kelso comenzó a farfullar en medio del silencio.

—Camarada... usted... estoy asustado... vine a buscarle... quería... —dijo, toqueteando nervioso la cremallera de la chaqueta, y le enseñó la cartera—. Quería devolverle los papeles de su madre, Anna Mijailovna Safanova...

El tiempo se hacía interminable. Pasó medio minuto, un minuto entero, y luego el ruso dijo en voz baja:

—Muy bien, camarada. —Y apuntó algo en el papel que tenía delante. Le señaló la mesa y Kelso dio un paso al frente y dejó la cartera, como una ofrenda destinada a apaciguar a un dios inestable y vengativo.

Otro silencio interminable.

—Capitalismo —dijo el ruso al final, bajando el lápiz roto y cogiendo la pipa— equivale a robo. Y el imperialismo es la forma más desarrollada de capitalismo. De ello se desprende que el imperialista es el mayor ladrón de toda la humanidad. ¡Querer robar los papeles de un hombre! ¡Oh, qué fácil! ¡Sacarle hasta el último kopek del bolsillo! ¡O robarle la barca! ¿Qué me dice de eso, camarada?

Le hizo un guiño a Kelso y siguió mirándolo mientras encendía una cerilla.

—Cierre la puerta, por favor, camarada.

Empezaba a oscurecer.

Si pasamos la noche aquí, pensó Kelso, no nos iremos nunca.

¿Dónde demonios estaba O'Brian?

—Bueno —dijo el ruso—, y ésta es la cuestión decisiva, camarada: ¿cómo nos protegemos de estos capitalistas, de estos imperialistas, de estos ladrones? Y digamos que la respuesta a esta pregunta 'decisiva debe ser igualmente decisiva. —Apagó la cerilla sacudiendo la mano y se inclinó hacia adelante—. Sólo nos protegemos de estos capitalistas, de estos imperialistas y de estos asquerosos ladrones de toda la humanidad recurriendo a la más feroz vigilancia. Mire usted, por ejemplo, esta pareja de noruegos, con sus sonrisas de serpiente, arrastrándose sobre sus vientres de gusanos por la maleza y pidiendo que les «indique el camino». ¡Por favor! ¡Haciendo excursionismo! ¡Por favor!

Agitó los pasaportes abiertos ante la cara de Kelso, que tuvo oportunidad de ver por segunda vez los rostros de los dos jóvenes, el muchacho con la cinta con dibujos psicodélicos en la cabeza...

—¿Somos tan imbéciles, me pregunto, somos tan primitivos y retrasados que no vamos a reconocer a los espías y ladrones capitalistas e imperialistas cuando pasan a nuestro lado arrastrándose como gusanos? ¡No, camarada, no somos ni primitivos ni atrasados! A esa gente le damos una dura lección sobre las realidades socialistas. Aquí, ante mis ojos, tengo sus confesiones; al principio quisieron negarse a confesar, pero terminaron admitiéndolo todo... Y no necesitamos decir nada más de ellos. Son lo que Lenin predijo que serían: polvo en el estercolero de la historia. ¡Ni tampoco tenemos nada que decir de éste! —exclamó mientras cogía uno de los seis juegos de documentos, el del hombre de más edad—. ¡Ni de éste! ¡Ni de este otro! —Las caras de las víctimas

relampaguearon fugazmente ante los ojos de Kelso—. ¡Esa es nuestra respuesta decisiva a la cuestión definitiva planteada por todos los capitalistas, imperialistas y apestosos ladrones!

Se reclinó en la silla con los brazos cruzados y una sonrisa forzada.

El fusil estaba casi al alcance de Kelso, pero él no se movió. Podría no estar cargado. Y aun si lo estaba, no habría sabido dispararlo. Y aun si disparaba sabía que nunca podía herir al ruso: era una fuerza sobrenatural. Tan pronto estaba delante de uno como detrás; en un momento estaba en el bosque y al otro aquí, sentado a su mesa, estudiando minuciosamente su colección de confesiones, tomando una nota de vez en cuando.

—Sin embargo —dijo el ruso al cabo de un rato—, muchísimo peor es el cáncer de la desviación hacia la derecha. —Volvió a encender la pipa y aspiró ruidosamente—. Y en esto Golub fue el primero.

—Golub fue el primero —repitió Kelso, atontado.

Recordaba la hilera de cruces: T. Y. Golub, con la cara borrada, muerto en noviembre de 1961.

La esencia del éxito estalinista era en realidad muy sencilla, pensó, construida en torno a un razonamiento que podía reducirse a esta breve frase: *la gente le tiene miedo a la muerte*.

—Golub fue el primero en sucumbir a las clásicas tendencias conciliatorias del desviacionismo de derecha. Por supuesto, yo no era más que un niño en esa época, pero sus lloriqueos aún resuenan en mis oídos: «Oh, camaradas, en los pueblos dicen que los restos del camarada Stalin han desaparecido del legítimo lugar que se merecen junto a Lenin! Oh, camaradas, ¿qué vamos a hacer? ¡Es un desastre, camaradas! ¡Vendrán y nos matarán a todos! ¡Es hora de rendirse!»

»¿Ha visto alguna vez a los pescadores —prosiguió el ruso— cuando se avecina una tormenta sobre un gran río? Yo los he visto muchas veces. Cuando llega una tormenta, uno de los grupos de pescadores reúne todas sus fuerzas, alientan a sus compañeros y con audacia los mandan a hacer frente a la tormenta: "¡Arriba ese ánimo, muchachos, agarraos fuerte al timón, cortar las olas, la atravesaremos!" Pero hay otra clase de pescadores, los que, al advertir que se acerca una tormenta se vienen abajo y se ponen a gimotear y a desmoralizar sus propias filas. "¡Qué desgracia, se avecina una tormenta! Echaos, muchachos, en el fondo de la barca. Cerrad los ojos, esperemos que de alguna manera lleguemos a la orilla!"

El ruso escupió en el suelo.

—Chizhikov se lo llevó a la parte oscura del bosque esa misma noche, y por la mañana había una cruz, ése A fue el fin de Golub, eso puso fin a los balidos de

los desviacionistas. Y hasta la bruja de su viuda se tapó la boca con un calcetín. Y durante unos años más, el trabajo constante continuó, guiado por nuestros cuatro lemas: la lucha contra el derrotismo y la complacencia, la lucha por la autosuficiencia, la autocrítica constructiva como cimiento de nuestro partido, y por último el lema que dice que del fuego sale el acero. Y después empezó el sabotaje.

—Ah —dijo Kelso—. El sabotaje, claro.

—Comenzó con el envenenamiento de los esturiones. Eso fue poco después del juicio a los espías extranjeros. A finales del verano. Salimos una mañana y nos los encontramos allí... las barrigas blancas flotando en el río. Y un sinfín de veces descubrimos que habían quitado la comida de las trampas y sin embargo no había ningún animal atrapado. Los champiñones se habían secado, apenas un *pood*¹ para todo el año, y eso nunca había pasado antes. Hasta las bayas del sendero de dos versts desaparecieron antes de que pudiéramos cogerlas. Comenté la crisis confidencialmente con el camarada Chizhikov; yo ya era mayor, ya me entiende, y capaz de echar una mano, y su análisis fue idéntico al mío: que se trataba de un clásico brote de provocación trotskista. Y cuando descubrieron a Yezhov con una linterna en la calle, después del toque de queda, el caso estuvo resuelto. Y esto — señaló cogiendo una gruesa pila de garabatos ilegibles con la que dio un golpe en la mesa—, esto es su confesión. Mire, aquí, de su puño y letra, lo cuenta todo,

1. Unidad de peso rusa equivalente a 11,38 kg. (*N. de la T.*)

cómo recibía las señales con linternas de algunos de sus socios chivatos con los que había tomado contacto mientras pescaba.

—¿Y Yezhov...?

—Su viuda se ahorcó. Tenían un hijo —dijo, y apartó la vista—. No sé qué fue de él. Ahora están todos muertos, por supuesto. Chizhikov también.

Más silencio. Kelso se sentía como Scheherezade: mientras pudiera seguir hablando, tenía una oportunidad. La muerte esperaba agazapada en el silencio.

—El camarada Chizhikov —dijo—. Debió de ser... —a punto estuvo de decir «un monstruo»— un hombre extraordinario, ¿no?

—Un trabajador de vanguardia —dijo el ruso—, un estajanovista, un soldado y un cazador, un experto rojo y un teórico del más alto calibre. —Hablaba con los ojos casi cerrados, con un hilillo de voz—. Oh, sí, y cómo me pegaba, camarada. Me pegaba y me pegaba hasta que yo lloraba sangre. Eran las instrucciones que los órganos más altos le

habían dado cuando lo hicieron responsable de mi educación: «¡De vez en cuando tienes que darle unos buenos palos!» Todo lo que soy se lo debo a él.

—¿Cuándo murió el camarada Chizhikov?

—Hace dos inviernos. Entonces ya estaba medio ciego y un poco gaga. Cayó en una de sus propias trampas. La herida se puso negra. La pierna se le puso negra y olía a carne agusanada. Deliraba. Se volvió loco. Al final nos pidió que le dejáramos pasar una noche fuera, en la nieve. Murió como un perro.

—¿Y su mujer? ¿Murió poco después?

—Al cabo de una semana.

—Debió de haber sido una madre para usted...

—Lo fue, pero ya era vieja. No podía trabajar. Fue algo muy duro, pero... fue por su propio bien.

«Nunca amó a ningún ser humano —había dicho Iremashvili, un compañero de escuela—. Era incapaz de sentir piedad por un hombre o por un animal, y nunca lo vi llorar...»

«Fue algo muy duro... Por su propio bien...»

Abrió un ojo amarillo.

—Tiene usted aspecto sospechoso, camarada. Se le nota.

Kelso tenía la garganta seca. Miró su reloj.

—Me estaba preguntando qué se habrá hecho de mi colega...

Ya había pasado más de media hora desde que había dejado a O'Brian junto al río.

—¿El yanqui? Acepte este consejo, camarada: desconfíe de ese hombre. Ya verá por qué se lo digo.

Parpadeó otra vez, se llevó un dedo a los labios y se puso de pie. Y luego atravesó la cabaña con una agilidad y una velocidad fuera de lo común —con auténtica gracia: uno, dos, tres pasos, y sin embargo las suelas de los zapatos apenas parecieron rozar las tablas—. Cuando abrió la puerta de par en par, ahí estaba O'Brian.

Y más tarde Kelso se preguntaría qué podría haber pasado después. ¿Lo habrían tomado todo por una broma genial? («¡Con este frío debe de tener las orejas como dos tablones, camarada!») ¿O habría sido O'Brian el siguiente intruso en el estado estalinista en miniatura al que se le pedía que firmara una confesión?

Pero era imposible decir qué podría haber ocurrido, porque lo que en realidad ocurrió fue que de improviso el ruso cogió con brusquedad a O'Brian y lo hizo entrar en la cabaña a empujones. Después, se quedó solo en la puerta abierta, la cabeza ladeada, las aletas de la nariz dilatadas, olisqueando el aire, escuchando.

Suvorin ni siquiera vio el humo. Fue el comandante Kretov el que lo divisó.

Kretov frenó y señaló la columna de humo, puso la máquina quitanieves en primera y así avanzaron a paso de tortuga unos doscientos metros hasta la entrada al sendero. A mitad de camino se veía nítidamente el contorno blanco del techo del Toyota, recortado contra las sombras de los árboles. Cuando Kretov paró el motor, por unos momentos Suvorin volvió a oír aquel silencio de otro mundo.

—Comandante, ¿qué órdenes le han dado exactamente?

Kretov estaba abriendo la puerta.

—Las órdenes que tengo apelan al viejo y sencillo sentido común ruso. Volver a meter el corcho en la botella en el punto más estrecho —respondió, y haciendo gala de una gran agilidad saltó de la máquina, se plantó en la nieve y se volvió para coger su AK-47. Puso un cargador de repuesto en la chaqueta y comprobó la pistola.

—¿Y éste es el punto más estrecho?

—Usted mejor se queda aquí calentándose el trasero, ¿no le parece? No nos llevará mucho tiempo.

—No participaré en nada ilegal —dijo Suvorin. Unas palabras que sonaron absurdamente remilgadas y oficiales, incluso a sus propios oídos. Kretov, que ya comenzaba a alejarse con sus hombres, no se dio por enterado—. ¡Al menos no les hagan daño a los occidentales! —les gritó Suvorin cuando se marcharon.

Se quedó sentado unos segundos más, mirando las espaldas de los soldados cuando se abrieron en abanico a lo ancho del sendero. Luego, con un juramento, abatió el asiento delantero y salió de la máquina por la puerta abierta. La cabina estaba más alta de lo que esperaba. Al saltar sintió que algo lo tiraba con fuerza hacia atrás al tiempo que oía el ruido de un desgarrón. Era el forro de su abrigo, que se había enganchado en un trozo de metal. Volvió a maldecir y se desenganchó.

Era difícil seguirles el paso a los otros tres hombres. Estaban en perfecta forma física y él no. Tenían botas de montaña y él zapatos con suela de cuero. No le resultaba fácil mantener el equilibrio en la nieve, y nunca, los habría alcanzado si no se hubieran detenido a inspeccionar algo que encontraron tirado en el suelo, a un lado del sendero.

Kretov alisó el bollo de papel amarillo y lo giró de un lado y del otro. Estaba en blanco. Volvió a hacer un bollo y lo tiró. Después se colocó en el oído derecho un pequeño auricular en miniatura, color rosado, parecido a un audífono. Del bolsillo sacó un pasamontañas y se lo puso. Los otros dos hombres hicieron lo mismo. Kretov hizo un gesto brusco con su mano enguantada, señalando el

bosque, y volvieron a ponerse en marcha: el comandante al frente con su fusil de asalto delante, volviéndose mientras caminaba, agachándose para un lado y para el otro, listo para barrer los árboles a balazos; luego, un soldado y después el otro, los dos en la misma actitud vigilante y cautelosa, dos caras como dos calaveras dentro de los pasamontañas, y en último lugar Suvorin, con ropa de civil, tambaleando, resbalando y, desde todo punto de vista, ridículo.

El ruso cerró la puerta con calma y cogió su fusil. De debajo de la mesa sacó una caja de madera y se llenó los bolsillos de balas. Con la misma tranquilidad desenrolló la alfombra, levantó la puerta trampa y desapareció de un salto, como habría hecho un gato.

—Estamos por la paz y defendemos la causa de la paz —dijo—. Pero no nos dan miedo las amenazas y estamos preparados para responder, golpe por golpe, a los que instigan la guerra. Los que intenten atacarnos recibirán un rechazo aplastante que les enseñará a no meter las narices en nuestro jardín soviético. Vuelva a poner la alfombra en su lugar, camarada.

Desapareció y cerró la puerta detrás de él.

O'Brian miró las tablas del suelo y luego a Kelso.

—¿Pero qué coño...?

—¿Y tú, dónde diablos has estado? —dijo Kelso, y cogió la cartera y volvió a metérsela en la chaqueta—. No te preocupes por él. Salgamos de aquí cuanto antes.

Pero antes de que ninguno de los dos pudiera moverse, una calavera apareció en la ventana de la cabaña, dos ojos redondos y una raja en el lugar de la boca. Una bota dio una patada a la madera. La puerta se partió en dos.

Los hicieron ponerse contra la pared, los empujaron contra la tosca pared revestida de madera y Kelso sintió el frío del metal que se le hincaba en la base del cuello; A O'Brian, un poco lento de reflejos, le golpearon la frente contra la pared, sólo para enseñarle buenos modales y, de paso, un poco de ruso.

Les ataron las muñecas a la espalda con una cuerda de plástico.

—¿Dónde está el otro? —dijo un hombre con voz áspera, y levantó la culata del fusil.

—¡Debajo de las tablas! —gritó O'Brian—. Díselo, Chiripa, diles que está bajo las malditas tablas.

—Está debajo de las tablas —dijo en ruso una voz bien educada que Kelso creyó reconocer.

Unas pesadas botas hicieron retumbar el suelo de madera. Al volver la cabeza, Kelso vio a uno de los enmascarados que caminaba hacia el fondo de la cabaña; de pronto, el hombre apuntó al suelo y empezó a disparar con aire despreocupado. El ensordecedor ruido de los disparos en ese espacio tan reducido lo hizo encogerse, y, cuando volvió a mirar, vio al mismo hombre que caminaba hacia atrás y rociaba el suelo con limpias hileras de balas con el arma en la mano como un martillo neumático. Las astillas saltaban y rebotaban, y Kelso sintió que algo le golpeaba la cabeza, justo debajo de la oreja. Miró hacia el otro lado y apoyó la mejilla contra la pared. El ruido cesó, oyó que alguien ponía un nuevo cargador en el fusil y que recomenzaban los disparos, hasta que nuevamente cesaron. Algo cayó al suelo. Olía a cordita. Un humo acre le hizo cerrar los ojos y cuando volvió a abrirlos vio al espía rubio de Moscú. El espía sacudía la cabeza en señal de disgusto.

De una patada, el hombre que había disparado apartó la alfombra hecha jirones y levantó la trampilla. Con una linterna alumbró el espacio abierto entre nubes de humo y luego desapareció por el agujero. Lo oyeron moverse bajo sus pies. Treinta segundos después reapareció en la puerta de la cabaña y se quitó la máscara.

—Hay un túnel. Se ha ido —dijo.

Sacó una pistola y se la dio al hombre rubio.

—Vigílelos.

Luego le hizo una seña a los otros dos y se marcharon por el sendero cubierto de nieve.

Suvorin se sentía mojado. Miró hacia abajo y vio que estaba pisando un charco de nieve fundida. Tenía los pantalones empapados, los bajos del abrigo también. Un pedazo del raído forro de seda se arrastraba por el suelo. Y los

zapatos... los zapatos llenos de agua y cubiertos de arañazos, definitivamente arruinados.

Uno de los dos hombres atados —el reportero, se llamaba O'Brian, ¿no?— quiso darse la vuelta y decir algo.

—¡Cállese! —le gritó Suvorin furioso, y tras quitar el seguro lo amenazó con la pistola—. ¡Calladito y de cara a la pared!

Se sentó a la mesa y se pasó la manga húmeda por la cara.

Totalmente arruinados...

Observó que Stalin lo miraba con ceño. Cogió la fotografía enmarcada con la mano libre y la inclinó hacia la luz. Estaba firmada. ¿Y qué eran todas esas otras cosas? Pasaportes, documentos de identidad, una pipa, viejos discos de gramófono, un sobre con un mechón de pelo... Como si alguien hubiera querido realizar un truco de magia. Esparció el mechón en la palma de la mano y lo frotó con el pulgar y el índice. Hebras secas, grises y ásperas como un puñado de cerdas. Las dejó caer y se limpió las manos en el abrigo. Luego dejó la pistola en la mesa y se frotó los ojos.

—¿Por qué no se sientan? —dijo con voz cansada.

Fuera, en el bosque, se oyó una atropellada ráfaga de disparos.

—¿Sabe una cosa? —le dijo con tristeza a Kelso—. Usted debería haber tomado ese avión, en serio.

—¿Qué ocurrirá ahora? —dijo el inglés. Se notaba que les resultaba difícil estar correctamente sentados. Estaban de rodillas, junto a la pared. La estufa se había apagado. Empezaba a hacer mucho frío. Suvorin había sacado uno de los discos de su funda de papel y lo había puesto en el antiguo gramófono.

—Es una sorpresa —dijo.

—Soy un miembro acreditado de la prensa extranjera... —comenzó O'Brian.

El estruendo de un fusil obtuvo como respuesta un estrépito aún más fuerte.

—El embajador americano... —dijo O'Brian.

Suvorin hizo girar la manivela del gramófono —cualquier cosa con tal de no oír el ruido que llegaba de fuera— y puso la aguja en el disco. A través de una granizada de crujidos, una orquesta de lata empezó a tocar una melodía titubeante.

Más disparos. A lo lejos, entre los árboles, se oía gritar a alguien. Dos disparos seguidos. Los gritos cesaron y O'Brian se echó a lloriquear:

—¡Nos van a matar a nosotros también! ¡A nosotros también! —Trató de quitarse las ligaduras de plástico y levantarse, pero Suvorin lo empujó suavemente con el zapato mojado.

—Al menos —dijo en inglés— tratemos de comportarnos como personas civilizadas.

No es esto lo que había soñado para mí mismo, quiso decirles, asegurarles que ir a la maloliente casucha de un loco y perseguirlo como quien da caza a un animal, no formaba parte de sus sueños. Sinceramente, creo que veríais que soy un tipo simpático, si las circunstancias fueran otras, claro.

Hizo un esfuerzo para seguir el compás de la música, dirigiendo la orquesta con el índice, pero no pudo encontrar el ritmo, esa música parecía no tener sentido.

—Más le habría valido traer un ejército entero —dijo el inglés— porque ahí fuera son tres contra uno, nada más, y no tienen ninguna posibilidad.

—Tonterías —dijo Suvorin con aire patriótico—. Son hombres de nuestras fuerzas especiales. Lo reducirán. Y sí, si es necesario enviarán un ejército, no lo dude.

—¿Por qué?

—Porque trabajo para hombres asustados, doctor Kelso, y algunos de ellos tienen edad suficiente para haber sido tocados por el camarada Stalin. —Miró el gramófono con ceño. Parecían perros aullando—. ¿Sabe cómo llamaba Lenin al zarevich cuando los bolcheviques estaban decidiendo el destino de la familia imperial? Lo llamaba «el estandarte viviente». «Y sólo hay una manera de actuar con un estandarte viviente», dijo Lenin.

Kelso meneó la cabeza.

—No comprende a ese hombre. Créame, tendría que verlo, es un loco asesino. Probablemente habrá matado media docena de personas durante los últimos treinta años. No es el símbolo de nadie. Es un chiflado.

—¿Recuerda que todos dijeron que Zhirinovsky estaba loco? Su política exterior con los Estados bálticos consistía en enterrar la basura nuclear a lo largo de la frontera lituana y mandarla a Vilna todas las noches por medio de ventiladores gigantes. Y, sin embargo, obtuvo el veintitrés por ciento de los votos en las elecciones del noventa y tres.

Suvorin no podía soportar esa música bestial, de otro mundo, ni un solo segundo más, y quitó la aguja.

Oyeron un disparo aislado.

Suvorin contuvo el aliento a la espera de una salva de réplica.

—Tal vez —dijo sin convicción, tras un silencio— debería ir pensando en llamar a ese ejército...

—Hay trampas —dijo Kelso.

—¿Qué?

Suvorin estaba en el umbral, tanteando el terreno. Anochecía. Se dio la vuelta y miró la cabaña. Habían enroscado un poco de cuerda en las muñecas de los hombres, y los había enganchado a la estufa fría.

—Ha puesto trampas. Mire bien dónde pisa.

—Gracias —dijo Suvorin, plantando el pie en el escalón de arriba—. Volveré.

Su plan —y era una palabra acertada, pensó, una palabra no sin cierto retintín: su *plan*— era volver a la máquina quitanieves a pedir refuerzos por radio. Se dirigió hacia la entrada del claro, su único punto de referencia. A partir de allí podía seguir unas huellas muy claras, aunque estaba oscureciendo; debía de estar a mitad de camino del árido sendero cuando se oyó la explosión, y un segundo más tarde el estruendo de un alud de nieve que marcaba el paso de la onda explosiva a través del bosque. Cascadas de cristal cayeron de las ramas más altas y rebotaron en el espacio dejando minúsculas nubes de partículas suspendidas en el aire como bocanadas de aliento.

Se volvió, la pistola cogida con ambas manos, apuntando en vano en la dirección del estallido.

Presa del pánico, echó a correr —una figura cómica, una marioneta— tratando de levantar las rodillas al máximo para evitar la nieve que se lo tragaba y se le pegaba a las piernas. Respiraba y sollozaba a la vez.

Estaba tan resuelto a seguir andando, tan concentrado en la idea de escapar de ahí a cualquier precio, que casi pasa por encima del primer cadáver.

Era un soldado. Había caído en una trampa —una trampa enorme: para osos, tal vez— que se había disparado con tanta fuerza que las mandíbulas se le habían clavado en el hueso por encima de la rodilla. Un reguero de sangre manchaba la nieve, sangre de la pierna destrozada y sangre de una importante herida en la cabeza, abierta en la parte posterior del pasamontañas como una segunda boca.

El cuerpo del otro soldado yacía pocos pasos más adelante. A diferencia del primero, estaba tumbado de espaldas, los brazos abiertos, las piernas formando un perfecto número cuatro. Un charco de sangre en el pecho.

Suvorin bajó la pistola, se quitó los guantes y les tomó el pulso —aunque sabía que era inútil— separando las distintas capas de ropa para sentir sus muñecas calientes y muertas.

¿Cómo había podido tenderles una emboscada a los dos?

Miró alrededor.

Probablemente así: había colocado la trampa en el sendero, enterrada en la nieve, y los había atraído hacia ella; de alguna manera, el hombre que iba a la cabeza no cayó, pero sí el que iba a la cola —fue él quien gritó—, y el primero había regresado a ayudarlo sólo para descubrir que la presa que perseguían estaba detrás de ellos; en eso consistió su astucia, en cogerlos desprevenidos. Y entonces el primero recibió el disparo en el pecho, y luego el segundo había sido eliminado a placer, ejecutado, podría decirse, con una bala descerrajada a quemarropa en el occipucio.

Y después les había quitado los AK-47.

¿Qué clase de criatura era capaz de algo así?

Suvorin se arrodilló junto al primer soldado y le quitó el pasamontañas. Luego, le quitó el auricular y se lo llevó al oído. Creyó oír algo. Un sonido frenético. Encontró el pequeño micrófono en el interior del puño de la mano izquierda del muerto.

—¿Kretov? —dijo en voz baja—. ¿Kretov? —Pero la única voz que oyó fue la suya.

Después volvieron a oírse más disparos.

El fuego se parecía a un amanecer rojo entre los árboles, y cuando Suvorin salió al sendero sintió el calor de la máquina quitanieves en llamas, incluso a unos cien metros de distancia. El depósito de combustible debió de explotar y el infierno había hecho que se fundiera toda la nieve que lo rodeaba. El vehículo ardía en medio de sus propios muelles chamuscados.

El tiroteo proseguía de manera esporádica, pero no era Kretov el que respondía a los disparos. Eran cajas de munición que explotaban en la cabina del quitanieves. Kretov estaba sentado, doblado en dos en el centro del camino, junto a la RP46, muerto como sus cámaras-das. Al parecer le habían disparado mientras trataba de montar la ametralladora. Consiguió subirla al soporte de dos patas pero no tuvo tiempo de abrir el bote de municiones.

Suvorin se acercó a él, le tocó el brazo, y el comandante perdió el equilibrio y cayó, los ojos grises bien abiertos y una expresión de asombro en su ancha cara rosada. Suvorin no pudo ver ni una sola herida, al menos al principio. ¿Acaso el heroico comandante de la Spetsnaz había muerto de miedo?

Otra sonora explosión llegó de la dirección del fuego y lo hizo alzar la vista; entonces vio que el camarada Stalin estaba observándolo, vestido con su uniforme y su gorra de generalísimo.

El secretario general lo miraba desde el sendero, un poco más arriba, de pie ante el fuego, la mano izquierda en la cadera, y en la derecha un fusil apoyado con aire informal en el hombro. Proyectaba una sombra demasiado larga para su torso achaparrado, una sombra que bailaba y parpadeaba sobre la nieve arremolinada.

Suvorin pensó que se atragantaría con su propio corazón. Se miraron. Luego Stalin se puso en marcha hacia él. Marcha, ésa era la palabra para describir su manera de andar: rápido, pero sin prisa, balanceando los brazos por encima de su fornido pecho.

Suvorin rebuscó la pistola en su bolsillo y se dio cuenta de que la había dejado en los árboles, junto a los dos primeros cadáveres.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha: el estandarte viviente avanzaba dando patadas en la nieve...

Suvorin no se atrevió a mirarlo un segundo más. Sabía que si lo hacía nunca se movería.

—¿Por qué esa mirada tan furtiva, camarada? —dijo la figura en marcha—. ¿Por qué no puede mirar al camarada Stalin directamente a los ojos?

Suvorin hizo oscilar el cañón de la RP46 —su memoria retrocedió veinte años, a los días del servicio militar obligatorio, estremecido de frío en algún campo de tiro perdido en las afueras de Vitebsk—. «Amartillar la ametralladora tirando de la manivela hacia atrás. Tirar la base de la mira trasera hacia atrás y levantar la tapa. Colocar el cinturón con el lado abierto hacia arriba, sobre el disco alimentador, de manera que la primera bala haga contacto con el tope del cartucho, y cerrar la tapa. Apretar el gatillo y la ametralladora se disparará...»

Cerró los ojos y apretó el gatillo y la ametralladora se puso a brincar en sus manos: dos docenas de balas agujerearon un abedul a una distancia de veinte metros.

Cuando tuvo el coraje necesario para mirar otra vez el sendero, el camarada Stalin había desaparecido.

Si a Suvorin la memoria no le fallaba, el cinturón de munición de la RP46 contenía 250 balas que la máquina dispararía a un ritmo de seiscientos por minuto. Por lo tanto, y dado que ya había usado algunas, probablemente le quedaban menos de treinta segundos para cubrir los 360 grados de sendero y bosque, con la noche casi encima y la temperatura descendiendo a un nivel que seguramente lo mataría en un par de horas.

Tenía que salir del claro, de eso no cabía duda. No podía seguir así, dando vueltas a gatas como una cabra atada en una cacería del tigre, tratando de ver algo en la oscuridad que cubría los árboles.

Creyó recordar algunas cabañas de madera abandonadas en la otra punta del camino. Podrían servirle de refugio provisional. Tenía que apoyar la espalda contra una pared en alguna parte, necesitaba tiempo para *pensar*.

Un lobo aulló en el bosque.

Separó la ametralladora del afuste y cargó el largo cañón al hombro, el pesado cinturón de municiones en el brazo; tenía las rodillas casi dobladas de tanto peso, los pies cada vez más hundidos en la nieve.

El inconfundible aullido sonó otra vez. No es un lobo, pensó. Es un hombre, el grito exultante de un hombre: un grito de sangre.

Comenzó a remontar el sendero —lo que quería[^] era alejarse cuanto antes de la máquina quitanieves en llamas—, y sintió que alguien caminaba paralelo a él entre los árboles; manteniendo una cómoda distancia, su perseguidor reía al ver sus torpes esfuerzos por escapar. Estaba jugando con él. Le permitiría llegar hasta unos pasos antes de su destino, pero nada más. Después lo mataría a tiros.

Salió de la parte más estrecha del sendero y se metió en el poblado abandonado, en busca de la construcción de madera más próxima. Faltaban las ventanas y la puerta, medio techo se había venido abajo, y apestaba. Dejó la ametralladora en el suelo y se arrastró para esconderse en un rincón, luego se volvió y arrastró la ametralladora detrás de él. Se arrinconó contra la pared, puso el dedo en el gatillo y apuntó el cañón hacia la puerta.

Kelso oyó la gran explosión, los disparos, un largo silencio, y luego el breve estrépito de un arma mucho más grande. Para entonces él y O'Brian ya se habían puesto de pie e intentaban frenéticamente encontrar alguna manera de cortar la soga que los tenía atados a la chimenea de la estufa. Cada ruido que llegaba del bosque los impulsaba a un esfuerzo más desesperado. El delgado plástico se les hincaba en las muñecas y tenían los dedos pegajosos de sangre.

También el ruso estaba cubierto de sangre cuando apareció en el umbral. Kelso lo vio acercarse y desenfundar el cuchillo, manchas de sangre en la cara, en la frente y las mejillas, como un cazador empapado de la sangre de su presa.

—Camaradas —dijo—, el éxito nos ha mareado. Tres ya han muerto . Sólo uno sigue con vida. ¿ Hay más ?

—Vendrán más.

—¿Cuántos más?

—Cincuenta —dijo Kelso—. Cien. —Le dio un tirón a la soga—. Camarada, tenemos que irnos de aquí o nos matarán a todos. Ni usted podrá contra tantos hombres. Van a enviar un ejército.

Según el reloj de Suvorin, ya habían pasado unos quince minutos.

La temperatura descendía a medida que se iba la luz. Empezó a tiritar de frío, un temblor constante y violento.

—Vamos —susurró—. Ven de una vez y termina el trabajo.

Pero no vino nadie.

La capacidad del camarada Stalin para aparecerse siempre con alguna sorpresa era verdaderamente infinita.

Lo siguiente que Suvorin oyó fue un chasquido distante seguido de un zumbido.

Chasquido, zumbido. Chasquido, zumbido.

¿Y ahora? ¿Qué estaba haciendo?

Al principio no le fue fácil moverse. La escarcha le había sellado las articulaciones y endurecido las ropas mojadas. Con todo, se puso de pie justo a tiempo para oír el misterioso chasquido-zumbido en el momento en que se convertía en una tos y luego, coincidiendo con el arranque de una máquina, un rugido.

No, una máquina exactamente no, sino un motor, ;un motor fuera borda...

«Veinte kilómetros, comandante. Está justo sobre). el río...»

Bueno, la RP46 no se hizo más ligera, ni la nieve, menos pesada, y ahora tenía que enfrentarse a la creciente oscuridad, pero lo intentó. Hizo un esfuerzo valeroso.

—Cabrón, cabrón, cabrón —fue canturreando mientras corría, siguiendo el ritmo del fuera borda que lo condujo a través de los cincuenta metros de árboles que separaban al poblado pesquero abandonado del río.

Atravesó dificultosamente la última barrera de maleza y fue a dar en la parte más alta de una orilla que bajaba empinada hacia el borde del agua. Avanzó tambaleándose por la cresta, río arriba. Vio desparramadas en la nieve unas piezas pertenecientes a un equipo electrónico. Había un trecho de hielo gris y después el agua negra que corría con fuerza, una auténtica inmensidad que no le permitía ver los árboles de la orilla opuesta. Y la pequeña barca ya se dirigía hacia el centro, giraba dejando una gran estela de espuma blanca en la oscuridad. Sólo pudo ver tres figuras agazapadas. Una parecía estar haciendo un esfuerzo por ponerse de pie, pero otra la empujaba.

Suvorin se dejó caer de rodillas y apoyó la ametralladora en el suelo; no le costó trabajo cerrar la tapa sobre el cinturón de municiones, que enseguida se atascó. Cuando consiguió desatascarlo y estuvo listo para disparar, la barca había pasado el recodo del río, y después ya no volvió a verla, sólo pudo oír el ruido del motor.

Bajó la ametralladora e inclinó la cabeza.

Junto a él, como una sonda espacial aterrizada en algún planeta hostil, la antena de una parabólica apuntaba a través del Dvina al horizonte que se desvanecía. Un par de cables conectaban la antena a la batería de un coche. Otro estaba conectado a una pequeña caja gris con la etiqueta «Terminal móvil de transmisión de vídeo y audio». Mientras lo observaba, una fila de diez ceros rojos titiló fugazmente en una pantalla digital, perdió intensidad y se apagó.

Tenía una abrumadora sensación de vacío, allí, en cuclillas, como si una fuerza maligna hubiera emergido de ese lugar y escapado para siempre, como un cometa atravesando la oscuridad.

Durante lo que le pareció medio minuto oyó el motor de la barca, y después ese zumbido también se desvaneció. Se quedó solo, rodeado del más absoluto silencio.

31

La silueta que Suvorin había visto queriendo ponerse de pie en la barca era O'Brian («Mi equipo —gritaba—, las cintas») y la silueta que lo había empujado era Kelso («Olvida el maldito equipo, olvida las cintas»). Durante un momento la barca se balanceó peligrosamente, y el ruso los maldijo a los dos; luego O'Brian gimió, se sentó y se llevó las manos a la cabeza.

Kelso no podía distinguir a nadie en la orilla mientras se alejaban de ella con un ruido infernal. Lo único que vio fue el cielo, que latía rojo por encima de los oscuros pinos donde algo ardía con violencia, y después, al cabo de unos instantes, un recodo del río borró incluso eso y lo único de lo que tuvo consciencia fue de la velocidad, del rugido del motor y de la corriente que los llevaba río abajo a través del bosque.

Ahora pensaba con claridad; todo lo demás en su vida era irrelevante, todo se estrechaba hasta confluír en ese único punto: sobrevivir. Y le pareció que lo único que importaba era poner la máxima distancia posible entre ellos y ese lugar. No sabía cuántos hombres seguían con vida detrás de ellos, pero lo mejor que podían

esperar era que la partida de rescate no se pusiera en marcha hasta el amanecer. El peor escenario: que el hombre rubio hubiera pedido ayuda por radio y que en Arcángel todo estuviera cerrado y no hubiera nadie.

En la barca no tenían ni agua ni comida; sólo un par de remos, un bichero, la maleta, el rifle del ruso y un pequeño bidón que olía como si perdiera combustible barato. Tenía que acercarse bien al reloj a los ojos si quería ver la hora. Eran poco más de las seis y media. Se inclinó y le dijo a O'Brian:

— ¿A qué hora dijiste que salía de Arcángel el tren para Moscú?

O'Brian, desesperado como estaba, tuvo fuerza suficiente para levantar la cabeza y decir:

— A las ocho y diez.

Kelso se dio la vuelta y gritó por encima del motor y el viento:

— Camarada, ¿podemos ir a Arcángel? El ruso no le contestó. Kelso dio unos golpecitos a su reloj.

— ¿Podemos llegar al centro de Arcángel en una hora?

El ruso parecía no oírlo. Tenía la mano en la barra del timón y miraba fijo al frente. Con el cuello alzado y la gorra bien calada, era imposible adivinar su expresión. Kelso intentó gritar otra vez, pero se dio por vencido. Era una nueva clase de horror, pensó, ver que probablemente le debían la vida —que ahora era su aliado— y que su futuro estaba a merced de su mente insondable.

Se dirigían hacia el noroeste y el frío los azuzaba desde todos lados —un viento siberiano a sus espaldas, el agua helada bajo los pies, el aire que les daba en plena cara—. O'Brian se volvió monosilábico, inconsolable. Había una luz encendida en la proa, y Kelso se descubrió concentrado en la estela amarilla y en el agua turbia y viscosa cuando empezó a solidificarse.

Al cabo de media hora empezó otra vez a nevar, unos copos enormes y luminosos atravesaron la oscuridad como ceniza caída del cielo. De vez en cuando algo chocaba con el casco, y Kelso divisó trozos de hielo a la deriva. Era como si el invierno se aferrara a ellos, resuelto a no dejarlos escapar, y Kelso se preguntó si el miedo era la razón del silencio del ruso. Los asesinos pueden tener miedo, como cualquiera, y tal vez más que cualquiera. Stalin vivió la mitad de su vida sumido en un estado de terror: le daban miedo los aviones, visitar el frente, no comía carne a menos que alguien la probara antes para ver si estaba envenenada, cambiaba continuamente de guardias, de itinerario, de cama; cuando se ha asesinado a tantos, se sabe mejor que nadie cuán fácil y sorpresivamente puede llegar la muerte. Y aquí, para ellos, podía llegar en cualquier momento, pensó Kelso.

Podían tropezar con una barrera de hielo y el agua detrás de ellos podía congelarse, con lo cual quedarían atrapados; la corteza de hielo podía ser demasiado delgada para cruzarla a gatas, y morirían allí, cubiertos, por pura decencia, con una mortaja de nieve.

Se preguntó qué pensaría la gente. ¿Qué diría Margaret cuando se enterara de que el cadáver de su ex marido había aparecido en un bosque a casi mil quinientos kilómetros de Moscú? ¿Y sus hijos? Le importaba lo que pensarán: no iba a echar de menos muchas cosas, pero echaría de menos a sus hijos. Tal vez debería dejarles una nota de despedida redactada a toda prisa, unas palabras heroicas como las que escribió el capitán Scott en la Antártida: «Estas improvisadas notas y nuestros cuerpos muertos deberán contar la historia...»

Pensó que a lo mejor morir le daba menos miedo que el que siempre había pensado, cosa que lo sorprendió, pues tenía poco valor físico y ninguna fe religiosa. Pero un hombre tendría que ser un bicho raro —¿verdad?— para pasarse una vida entera estudiando historia in adquirir al menos cierta perspectiva sobre su propia moral. Tal vez por eso había dedicado tantos años a escribir sobre la muerte. Nunca lo había considerado desde ese ángulo.

Intentó imaginar su necrológica: «Nunca logró realizar su temprana promesa... nunca publicó la importante obra de erudición de la cual una vez se lo consideró capaz... es posible que nunca se aclaren las extrañas circunstancias de su muerte prematura...» Los artículos en su memoria serían todos iguales y él conocía a todos y cada uno de sus mezquinos y oportunistas autores.

El ruso aceleró a fondo y Kelso lo oyó mascullar entre dientes.

Pasó otra media hora.

Kelso tenía los ojos cerrados y fue O'Brian el primero que vio las luces. Le dio un codazo y las señaló, y, tras un par de segundos, él también las vio: altas torres de señalización sobre chimeneas y grúas de la gran fábrica de pulpa de madera que se alzaba en el cabo, en las afueras de la ciudad. Pronto empezaron a aparecer más luces en la oscuridad que se extendía a ambas orillas del río, y, más adelante, el cielo de la noche se volvió levemente más pálido. ¿Llegarían, después de todo lo sucedido?

Kelso tenía la cara congelada y le resultaba difícil hablar.

—¿Tienes el plano de Arcángel? —preguntó.

O'Brian, rígido, se volvió. Parecía una estatua blanca de mármol que recuperase la vida y, cuando se movió, trocitos de nieve solidificada se partieron y cayeron de su chaqueta al fondo de la barca. Sacó el plano de la ciudad del bolsillo

interior y Kelso se inclinó sobre el delgado listón que servía de asiento; cayó sobre las manos y las rodillas y se arrastró con torpeza hacia la proa. Acercó el plano a la luz. Al entrar en la ciudad, el Dvina se ensanchaba; un par de islas lo dividían en tres canales. Tenían que seguir el canal del norte.

Eran las ocho menos cuarto.

Kelso regresó a la popa y consiguió gritar:

—¡Camarada! —Con la mano señaló a estribor.

El ruso no dio señales de haber comprendido, pero, un minuto más tarde, cuando la oscura masa de la isla emergió de la nieve, enfiló hacia el norte y poco después Kelso divisó una boya oxidada y, más allá, una línea de luces en el cielo.

Ahuecó las manos y gritó al oído de O'Brian:

—El puente —dijo. O'Brian se quitó la capucha y lo miró con los ojos entrecerrados—. El puente —repitió Kelso—. El mismo por el que pasamos esta mañana.

Muy pronto pasaron por debajo del puente: un puente doble, mitad vía ferroviaria, mitad carretera, una pesada obra de hierro con estalactitas de hielo, un fuerte olor a aguas residuales y sustancias químicas, y arriba de todo el estruendo del tráfico. Cuando volvió a mirar, vio las luces del tráfico que se movían lentamente por la nieve.

La forma familiar de la comandancia del puerto apareció delante de ellos a estribor; había unas barcas amarradas al muelle. Chocaron contra una invisible y gruesa capa de hielo y Kelso y O'Brian salieron despedidos hacia adelante. El motor se detuvo. El ruso volvió a arrancar y dio marcha atrás hasta encontrar un canal que un barco más grande debió de abrir un poco antes esa misma noche. Aún había hielo, pero era más delgado, y se abrió mientras la proa se hundía en él. Kelso se volvió y miró al ruso. Estaba de pie ahora, mirando atentamente el oscuro corredor, la mano siempre en la barra del timón, llevándolos a puerto. Borearon el muelle y el ruso dio marcha atrás otra vez, a la vez que reducía la velocidad hasta detenerse. Paró el motor y saltó con agilidad al muelle de madera, con un trozo de cuerda en la mano.

O'Brian fue el primero en saltar a tierra; Kelso lo siguió. Dieron unas patadas en el suelo y se sacudieron la nieve, tratando de infundir nueva vida a sus extremidades dormidas. O'Brian empezó a decir algo sobre un hotel, y sobre la conveniencia o no de llamar a la oficina, pero Kelso lo cortó en seco.

—Nada de hoteles, ¿me oyes? Nada de oficina. Y olvídate del reportaje. Nos largamos de aquí.

Faltaban trece minutos para que saliera el tren.

—¿Y el ruso?

O'Brian señaló al ruso con la cabeza: muy tranquilo, con la maleta en la mano, el camarada los observaba. Parecía extrañamente desamparado, vulnerable incluso, ahora que estaba fuera de su territorio. Obviamente, esperaba que lo llevaran con ellos.

—Por Dios bendito —murmuró Kelso. Tenía el plano abierto. No sabía qué hacer—. Vámonos y ya pensaremos algo por el camino. —Echó a caminar por el muelle hacia la orilla. O'Brian se apresuró a seguirlo.

—¿Todavía tienes el cuaderno?

Kelso se dio unos golpecitos en la pechera de la chaqueta.

—¿Crees que lleva un revólver? —dijo O'Brian, mirando hacia atrás—. Mierda, nos sigue.

El ruso los seguía a unos doce pasos, cauteloso y asustado como un perro perdido. Al parecer, se había olvidado el fusil en la barca. ¿Con qué va armado, entonces?, se preguntó Kelso. ¿El cuchillo? Estiró lo más que pudo su pierna rígida.

—Pero no podemos dejarlo así tirado...

—Sí, sí, claro que podemos —dijo Kelso, que en ese momento se dio cuenta de que O'Brian no sabía lo que le había ocurrido a la pareja de noruegos ni a ninguno de los otros—. Te lo explicaré más tarde. Sólo te pido que me creas, no lo necesitamos para nada cerca de nosotros, ni aquí ni en ninguna parte.

Ya casi habían salido del embarcadero y estaban llegando al gran aparcamiento para autobuses delante del edificio de la comandancia del puerto, una inhóspita extensión de nieve, unas cuantas tristes lámparas de sodio color naranja que iluminaban los copos que se arremolinaban, y ni un alma a la vista. La estación estaba a un kilómetro y medio de allí, como mínimo, y nunca llegarían a tiempo, no a pie. Kelso miró en derredor. Un Lada de los de siempre, cuadrado y color arena, salpicado de barro y de basura del camino, apareció lentamente por la calle que tenían a su derecha, y Kelso corrió hacia él, agitando las manos.

En las provincias rusas, todo coche es un taxi en potencia; la mayoría de los conductores están dispuestos a alquilarse sin pensárselo dos veces, y éste no era una excepción. El conductor del Lada viró bruscamente hacia ellos levantando un remolino de nieve sucia y, mientras giraba, bajó la ventanilla. Parecía un hombre bastante respetable, bien abrigado para protegerse del frío, un maestro de escuela, tal vez, un oficinista. Unos ojos débiles parpadeaban bajo unas gafas de montura gruesa.

—¿Van al auditorio?

—Necesitamos un favor, ciudadano, llévenos a la estación —dijo Kelso—. Diez dólares americanos si llegamos a tiempo para el tren a Moscú—. Abrió la puerta del pasajero sin esperar la respuesta y echó el asiento hacia adelante; de un empujón metió a O'Brian en la parte de atrás, y de repente vio que ésa era su oportunidad, porque el ruso, cogido por sorpresa, se había quedado algo rezagado y avanzaba con dificultad por la nieve con la maleta.

—¡Camarada! —gritó.

Kelso no vaciló. Echó el asiento hacia atrás y subió al coche cerrando de un portazo.

—¿No quiere...? —comenzó el conductor, mirando por el espejo retrovisor.

—No —dijo Kelso—. Adelante.

El Lada se alejó derrapando y Kelso se volvió para mirar. El ruso había dejado la maleta en el suelo y los observaba con aire perplejo, una figura perdida en el amplio paisaje de la ciudad desconocida. Su silueta se fue haciendo cada vez más pequeña y desapareció en la noche y la nieve.

—Lo siento, pero me da pena el muy cabrón —dijo O'Brian, pero Kelso lo único que sentía era alivio.

—La gratitud —dijo, citando a Stalin— es una enfermedad de los perros.

La estación de ferrocarril de Arcángel estaba situada en el lado norte de una gran plaza, enfrente de una hilera de bloques de apartamentos y de abedules sacudidos por el viento. O'Brian le arrojó un billete de diez dólares al conductor del Lada, y él y Kelso se precipitaron a la oscura terminal. Siete taquillas de madera y con visillos en las ventanas, cinco de ellas cerradas; una larga cola delante de las dos taquillas abiertas; un crío que berreaba. Estudiantes, mochileros, soldados, gente de todas las edades y razas, familias enteras con su equipaje de fabricación casera —grandes cajas de cartón atadas con cordel—, niños corriendo por todas partes, patinando y resbalando en la nieve sucia y derretida.

O'Brian se abrió camino a codazos hasta el extremo de la cola más próxima, repartiendo dólares, haciéndose el occidental:

—Lo siento, señora. Disculpe, permiso, lo siento, tengo que coger este tren...

A Kelso le pareció que una fortuna cambiaba de manos: trescientos, cuatrocientos dólares, murmullos de la gente, y un minuto después O'Brian regresaba agitando dos billetes. Juntos subieron a la carrera la escalera que llevaba al andén.

Si los iban a detener, ése era el lugar. Al menos una docena de hombres de la Milicia, todos con sus gorras echadas hacia atrás como soldados del Ejército

Imperial de la Gran Guerra. Observaron cómo Kelso y O'Brian atravesaban la estación, pero su gesto no era otra cosa que la franca mirada de asombro que todos los extranjeros recibían en esa parte de Rusia. No hicieron ademán de detenerlos.

Tampoco habían lanzado la alerta. Quienquiera que dirija este espectáculo, pensó Kelso cuando volvieron a salir al aire libre, debe de estar convencido de que ya estamos muertos...

Empezaban a cerrar las puertas del interminable tren, de unos cuatrocientos metros de largo. Unas débiles lámparas amarillas, la nieve que caía, parejas de enamorados despidiéndose con un abrazo, oficiales del ejército que iban y venían con sus maletines baratos; Kelso sintió que habían retrocedido setenta años en el tiempo, que se hallaban dentro de un *tableau vivant* de los días de la Revolución. Si hasta la gigantesca locomotora tenía aún la hoz y el martillo soldados en un costado. Encontraron el coche que les correspondía —tres vagones antes de llegar a la máquina— y Kelso sostuvo la puerta abierta mientras O'Brian corría por el andén hacia una de las *babushkas* que vendía comida para el viaje. La mujer tenía en la mejilla una verruga del tamaño de una avellana. O'Brian todavía estaba llenándose los bolsillos cuando sonó el silbato.

El tren se alejó con una lentitud tal que al principio no fue sencillo saber si de verdad se movía. La gente acompañaba su partida a lo largo del andén y agitaban pañuelos. Otros se daban la mano por las ventanillas abiertas. Kelso tuvo una repentina imagen de Anna Safanova en esa estación, casi cincuenta años antes —«Beso las queridas mejillas de mamá, le digo adiós, digo adiós a la infancia»— y toda la tristeza y piedad de la escena lo embargaron por primera vez. La gente que aún quedaba en el andén empezó a correr. Kelso estiró la mano para ayudar a subir a O'Brian. El tren dio una sacudida. La estación se perdió de vista.

Recorrieron como pudieron el estrecho pasillo alfombrado de azul hasta que encontraron su compartimento: uno entre ocho, en la mitad del coche. O'Brian abrió la puerta corredera de madera y entraron.

No estaba tan mal. Un millón de rublos per capita fue lo que tuvieron que pagar por dos polvorientos bancos color púrpura, uno frente al otro, una sábana de nailon blanca, una colchoneta y una almohada plegadas en cada banco; muchos paneles de imitación madera, lámparas individuales con pantalla verde, una pequeña mesa plegable, intimidad. Por la ventana se veían los postes del puente de hierro, pero una vez cruzaron el río les fue imposible ver a través de la ventisca otra cosa que su propia imagen devolviéndoles la mirada: demacrados, empapados, sin afeitar. O'Brian corrió las cortinas amarillas, abrió la mesa y dispuso la comida —una hogaza de pan algo sucia, pescado seco, una salchicha, bolsitas de té— mientras Kelso iba a buscar agua caliente.

Un samovar ennegrecido por el tiempo estaba en el otro extremo del pasillo, frente al cubículo de *hprovodnik*, la revisora responsable de ese coche: una mujer corpulenta con uniforme azul grisáceo, y sería como el guardián de un campamento. *Laprovodnik* había colocado estratégicamente un pequeño espejo para controlar a todo el mundo sin moverse de su silla. Kelso vio cómo lo miraba cuando se detuvo a estudiar el horario enganchado a la pared. Los esperaba un viaje de más de veinte horas y trece paradas, sin contar Moscú, adonde llegarían poco después de las cuatro de la tarde.

Veinte horas.

¿Qué posibilidades tenían de resistir tanto tiempo? Trató de calcularlas. A más tardar a media mañana, en Moscú sabrían que la operación en el bosque había fracasado. En consecuencia, se verían obligados a detener y registrar el único tren que salía de Arcángel. Tal vez lo más prudente era que O'Brian y él bajaran en una de las paradas anteriores —Sokol, tal vez, adonde llegarían a las siete de la mañana, o, mejor todavía, en Vologda, una ciudad grande—. Bajarse del tren en Vologda, ir a un hotel, llamar a la embajada de Estados Unidos...

Oyó a sus espaldas abrirse una puerta corredera; un ejecutivo vestido de traje azul muy elegante salió de su compartimiento y se dirigió al lavabo. Su aspecto cuidado hizo que Kelso tomara conciencia de su extraña pinta —pesada chaqueta impermeable, botas de goma— y siguió andando por el pasillo. Lo mejor era ocultarse todo lo posible. Le pidió un par de tazas de plástico a la adusta revisora, las llenó de agua caliente y, tambaleándose, regresó a las literas.

Se sentaron uno frente al otro, masticando a conciencia el pan seco y la comida algo pasada.

Kelso dijo que creía que les convenía dejar el tren antes de llegar a Moscú.

—¿Por qué?

—Porque no creo que debamos arriesgarnos a que nos pillen. No antes de que la gente sepa dónde estamos.

El americano dio un mordisco al pan y consideró la situación.

—O sea, piensas que en el bosque nos habrían matado...

—Exactamente eso es lo que pienso.

Al parecer O'Brian había olvidado el pánico de apenas una hora antes. Comenzó a discutir, pero Kelso lo cortó con impaciencia.

—Piénsalo sólo un minuto. Piensa en lo fácil que podría haber sido. Lo único que los rusos habrían tenido que decir es que un maníaco nos había tomado como rehenes en los bosques y que enviaron fuerzas especiales para rescatarnos. Podrían haber hecho que pareciera que el loco nos había matado.

—Pero nadie les habría creído...

—Por supuesto que sí. Es un psicópata.

—¿Qué?

—Un psicópata. Por eso no quise que viniera con nosotros. La mitad de la gente en ese cementerio... fue él quien los mató. Y además, hay otros.

—¿Otros? —repitió O'Brian, que había dejado de comer.

—Cinco, como mínimo. Una joven pareja noruega y otros tres pobres cabrones. Rusos que por casualidad se equivocaron de camino. Encontré los documentos mientras tú estabas en el río. A todos les había hecho confesar que eran espías, y después los mató. Créeme, es un tipo peligroso. Sólo le pido a Dios no volver a verlo nunca más. Y tú deberías hacer lo mismo.

O'Brian tenía dificultades para tragar. Unos trocitos de pescado se le habían enganchado en los dientes.

—¿Qué crees que va a ocurrirle? —preguntó en voz baja.

—Tarde o temprano lo atraparán, me imagino. Sitarán Arcángel hasta que lo encuentren. Y, si quieres que te sea sincero, no los critico. ¿Puedes imaginarte lo que Mamantov y los suyos harían si le echaran el guante a un tipo que se parece a Stalin, que habla como Stalin y que tiene un aval escrito que le permite afirmar que es el hijo de Stalin? ¿No crees que se divertirían un buen rato?

O'Brian se había echado hacia atrás en su asiento, con los ojos cerrados y cara de preocupación, y Kelso, al mirarlo, sintió una súbita punzada de inquietud. Con todo lo que había ocurrido, se había olvidado de Mamantov. Dejó de mirar a O'Brian y se concentró en la rejilla del portaequipajes donde la cartera seguía aún envuelta dentro de su chaqueta.

Trató de pensar, pero no podía. Tenía la mente bloqueada. Llevaba tres días sin dormir bien; la primera noche la había pasado en vela con Rapava, la segunda había terminado en las celdas de los sótanos de la jefatura de la Milicia de Moscú, y la tercera había estado en la carretera, viajando hacia Arcángel. Estaba dolorido

y exhausto. Lo único que se sentía capaz de hacer era quitarse las botas y ponerse a preparar la litera.

—Estoy agotado —dijo—. Ya pensaremos algo por la mañana.

O'Brian no contestó.

Kelso corrió el pestillo. Una ridícula precaución.

Debieron de pasar otros veinte minutos antes de que O'Brian se decidiera a moverse. Para entonces Kelso ya se había echado de cara a la pared y navegaba entre el sueño y la vigilia. Lo escuchó quitarse las botas, suspirar y tumbarse en la litera. O'Brian apagó la lámpara individual y el compartimiento quedó a oscuras; la única luz era la que proyectaba el tubo de neón azul que zumbaba encima de la puerta.

El largo tren se balanceaba lentamente en dirección al sur, a través de la tundra nevada, y Kelso, aunque no muy bien, consiguió dormir. Pasaban las horas y los ruidos del viaje se mezclaban en sus sueños agitados —los apremiantes murmullos que llegaban de los compartimientos vecinos, el roce de las pantuflas de alguna *babushka* que pasaba por el pasillo, el sonido distante y metálico de una voz de mujer que no paró de hablar en toda la noche—. Nyandoma, Konosha, Yertsevo, Vozhega, Jarovsk. Gente que bajaba y subía del tren. Las crudas lámparas de arco voltaico de los andenes filtrándose por las delgadas cortinas. Y O'Brian, inquieto por momentos, dando vueltas y vueltas en su camastro.

No oyó cuándo abrieron la puerta. Lo único que supo fue que algo crujió durante una fracción de segundo dentro del compartimiento, y que luego una dura almohadilla de carne le aplastó la boca. Abrió los ojos justo cuando la punta de un cuchillo comenzaba a clavársele en la garganta, en el punto en que la sotabarba se encuentra con la tráquea. Luchó para sentarse, pero la mano volvió a aplastarlo. Tenía los brazos trabados debajo de la sábana retorcida. No podía ver a nadie, pero oyó una voz que le susurraba al oído, tan cerca que pudo sentir el aliento del hombre:

—Un camarada que abandona a un camarada es un perro cobarde, y todos los perros cobardes se merecen una muerte de perro, *camarada*...

El cuchillo penetró más hondo.

Kelso despertó sobresaltado, con un grito en la garganta, los ojos abiertos como platos, la delgada sábana hecha un bollo entre sus manos sudorosas. Aparte de O'Brian, en el compartimiento no había nadie; la oscuridad azulada se veía teñida

de un tenue gris. Pasó un momento sin moverse. Oyó la pesada respiración de O'Brian y, cuando finalmente se dio la vuelta, pudo verlo: la cabeza ladeada, la boca abierta, un brazo colgando que casi tocaba el suelo, el otro doblado sobre la frente.

El pánico tardó un par de minutos más en remitir. Estiró la mano por encima del hombro y levantó una esquina de la cortina para ver la hora. Creía que todavía era plena noche, pero, para su sorpresa, pasaban ya un par de minutos de las siete. Había dormido la mayor parte de las nueve horas de viaje.

Apoyado en un codo, levantó un poco más la cortina y vio de golpe que la cabeza de Stalin flotaba por el aire hacia él, en el pálido amanecer, junto a las vías del tren. La cabeza se acercó a la altura de la ventana y pasó a toda velocidad.

Kelso se quedó junto a la ventana, pero no vio a nadie más, sólo la tierra cubierta de maleza más allá de las vías y el débil resplandor de las líneas del tendido eléctrico entre las torres de alta tensión, que parecían bajar en picado y volver a elevarse una y otra vez mientras el tren seguía avanzando pesadamente. Allí no nevaba, pero en el cielo comenzaba a dejarse entrever un vacío frío y blanco.

Habrá sido alguien con una foto, pensó. Una foto de Stalin.

Soltó la cortina y apoyó los pies en el suelo. Despacio, para no despertar a O'Brian. Después se calzó las botas de goma y con cuidado abrió la puerta que daba al pasillo desierto. Ni un alma. Corrió el pestillo al salir y empezó a caminar hacia la cola del tren.

Atravesó un vagón vacío, idéntico al que acababa de dejar, contemplando el paisaje. En los siguientes vagones la gente viajaba mucho más apretujada: dos hileras de literas en compartimientos abiertos a un lado del pasillo, y del otro, una sola hilera longitudinal. Sesenta personas por coche. Maletas y bolsos por todas partes. Algunos pasajeros sentados, bostezando, con los ojos hinchados. Otros todavía roncando, inmunes al traqueteo del vagón. Gente que hacía cola ante un lavabo maloliente. Una madre cambiándole los pañales a su hijo (Kelso olió al pasar el acre hedor a caca de bebé.) Los fumadores apiñados junto a las ventanas abiertas en la otra punta del coche. El agradable frío del aire que se colaba en el vagón.

Atravesó cuatro vagones y estaba a punto de entrar en el quinto —había decidido que éste sería el último, pues había llegado a la conclusión de que se estaba preocupando inútilmente, de que debió de haber soñado y que no había nadie— cuando vio otra fotografía. O, mejor dicho, eran dos fotografías que venían hacia él: una de Stalin, otra de Lenin. Las llevaba en alto una pareja de ancianos, el hombre cubierto de medallas. El tren aminoraba la marcha y se acercaba a una estación, y Kelso pudo verlos de cerca cuando pasaron a su lado: la

tez curtida y arrugada, casi morena, los rostros exhaustos. Y unos segundos después los vio volverse, de repente mucho más jóvenes, vio que sonreían y saludaban con la mano a alguien que acababan de ver en el vagón donde Kelso estaba a punto de entrar.

El tiempo parecía ir más despacio, como el tren. Una cuadrilla de peones vestidos con anoraks acolchados, apoyados en sus piquetas y palas, los saludaron levantando sus puños enguantados. El vagón se oscureció al entrar en el andén. Se oía música, muy débil, por encima del ruido metálico de los frenos: el viejo himno nacional soviético...

¡Partido de Lenin!

¡Partido de Stalin!

... y una pequeña banda con uniforme azul claro pasó por la ventana.

El tren se detuvo con un suspiro de frenos neumáticos y Kelso vio el cartel: VOLOGDA. Gente alborozada y vitoreando en el andén. Gente que corría. Abrió la puerta del vagón, y allí, frente a él, estaba el ruso, aún vestido con el uniforme de su padre, dormido, sentado a menos de doce pasos de Kelso, la maleta en el portaequipajes, encima de la cabeza, un espacio vacío a su alrededor, y los pasajeros que no se animaban a acercarse, respetuosos.

El ruso empezaba a despertarse. Movi6 la cabeza, parpade6 y abri6 los ojos. Advirti6 que lo observaban y, con recelo, se desperez6. Alguien empez6 a aplaudir, y los dem6s lo imitaron. Los aplausos se extendieron al exterior, donde, en el and6n, la gente se haba agolpado a mirar por la ventana. El ruso mir6 alrededor y el temor en su mirada cedi6 paso al desconcierto. Un hombre movi6 la cabeza d6ndole 6nimos; sonre6a, aplaud6a, y 6l respondi6 al saludo con id6ntico gesto, como si poco a poco comenzara a entender un ritual extraño, y luego se puso a aplaudir suavemente, lo cual sirvi6 para aumentar la adulaci6n. Asinti6 con modestia y Kelso imagin6 que deb6a de haberse pasado treinta a6os so6ando con ese momento. «Realmente, camaradas —parec6a decir su expresi6n—, s6lo soy uno de vosotros (un hombre sencillo, de modales toscos), pero si venerarme os produce alg6n tipo de placer...»

No era consciente de que Kelso lo miraba —el historiador era s6lo una cara m6s en la multitud—, y al cabo de unos segundos 6ste se dio la vuelta y comenz6 a abrirse camino a trav6s del genti6 que pretend6a entrar en el vag6n a empujones.

Estaba totalmente confundido.

El ruso debió de subir al tren en Arcángel, un minuto después que ellos más o menos; eso era concebible, si había imitado lo que ellos habían hecho y parado un coche. Eso él podía entenderlo.

¿Pero esto?

Tropezó con una mujer que avanzaba por el pasillo, luchando con un par de bolsas de plástico, una bandera roja y una cámara anticuada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Kelso.

—¿No se ha enterado? ¡El hijo de Stalin viaja en este tren! ¡Es un milagro!

La mujer no podía dejar de sonreír. Tenía unos cuantos dientes de metal.

—Pero ¿cómo lo sabe?

—Lo han pasado por televisión —dijo, como si eso zanjara la cuestión—. ¡Toda la noche! Y cuando desperté, su foto seguía allí, en la pantalla, y decían que lo habían visto en el tren de Moscú.

Alguien la empujó por detrás y la mujer fue a dar contra Kelso. Su cara quedó muy cerca de la de ella. Trató de separarse pero la mujer se aferraba a él, y lo miraba fijamente a los ojos.

—Pero usted... —dijo—, ¡usted lo sabe todo! ¡Fue usted el que salió por la televisión a decir que era cierto! —exclamó la mujer y le rodeó el cuello con sus robustos brazos, golpeándole la espalda con las bolsas—. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Es un milagro!

Kelso vio una enceguecedora luz blanca que se movía por el andén detrás de la cabeza de la mujer. Un foco. Cámaras de televisión. Grandes micrófonos grises. Técnicos que caminaban de espaldas, tropezando unos con otros. Y en medio del tumulto, avanzando a grandes pasos hacia su destino, hablando con absoluta seguridad en sí mismo, rodeado de una falange de guardaespaldas vestidos con chaquetas negras, estaba Vladimir Mamantov.

Kelso tardó varios minutos en avanzar a codazos a través del gentío. Cuando abrió la puerta de su compartimiento, O'Brian estaba mirando por la ventana. El reportero se volvió rápidamente, las manos levantadas con las palmas hacia fuera: a la defensiva, culpable, contrito.

—Vaya, no me imaginaba que pudiera pasar una cosa así, Chiripa, te lo juro...

—¿Qué has hecho?

—Nada...

—Dime qué has hecho.

O'Brian se estremeció y murmuró:

—Les mandé el reportaje.

—¿Qué dices?

—Envié el reportaje —dijo con un tono más desafiante—. Ayer, desde la orilla del río, mientras tú hablabas con él en la cabaña. Reduje las películas a tres minutos cuarenta, le añadí un comentario, las digitalicé y las envié por satélite. Estuve a punto de decírtelo anoche, pero no quería que te alteraras...

—¿Alterarme?

—Vamos, Chiripa, creía que lo más probable era que el reportaje nunca llegara. La batería podría haber fallado o algo por el estilo. Que el equipo estuviera estropeado por los disparos...

Kelso se esforzaba por seguir el ritmo de los acontecimientos: el ruso en el tren, la agitación, Mamantov. En ese momento se percató de que aún no habían salido de Vologda.

—Esas películas... ¿a qué hora las habrán visto aquí?

—Puede que a las nueve de anoche.

—¿Y con qué frecuencia las habrán pasado? ¿A menudo? ¿Cada hora?

—Supongo que sí.

—¿Durante once horas? ¿Y en otras cadenas también? ¿Las habrán vendido a las redes rusas?

—Se las habrán *dado* a los rusos. Es una buena propaganda, ¿no crees? La CNN probablemente las cogió. Sky. BBC World... —No podía evitar mostrarse satisfecho.

—¿Y también usaste la entrevista conmigo, la entrevista en la que hablo del cuaderno?

O'Brian volvió a levantar las manos, a la defensiva.

—Venga, de eso no sé nada. Quiero decir, vale, también la tenían, seguro. La monté y la envié desde Moscú antes de marcharnos.

—Eres un irresponsable hijo de puta —dijo Kelso lentamente—. ¿Sabes que Mamantov está en el tren?

—Sí. Acabo de verlo —dijo, y echó una mirada nerviosa a la ventanilla—. Me pregunto qué estará haciendo por aquí.

Hubo algo en la manera en que dijo esta última frase —un ligero tono de falsedad; la pretensión de tomarse el asunto a la ligera— que hizo que Kelso se quedara paralizado. Después de una larga pausa, Kelso le preguntó:

—¿Te contrató Mamantov para esto?

O'Brian vaciló y Kelso tomó conciencia de perder ligeramente el equilibrio, como un boxeador a punto de caer por última vez, o un borracho.

—Pero por Dios, O'Brian, tú montaste...

—No, no es cierto. De acuerdo, admito que Mamantov me llamó una vez; ya te dije que nos encontramos un par de veces. Pero todo este asunto: buscar el

cuaderno, venir aquí, no, eso fue todo asunto nuestro, te lo juro. Asunto tuyo y mío. No tenía idea de lo que íbamos a encontrar.

Kelso cerró los ojos. Era una pesadilla.

—¿Cuándo te llamó?

—Al comienzo de todo. Sólo me dio una pista. No mencionó a Stalin ni nada de los demás.

—¿Al comienzo de todo?

—La noche antes del simposio. Dijo: «Vaya al Instituto de Marxismo-Leninismo con la cámara, señor O'Brian», ya sabes cómo habla. «Busque al señor Kelso, pregúntele si quiere hacer alguna declaración.» Eso fue todo lo que dijo. De todos modos, sus consejos siempre son buenos, por eso fui. Cono —dijo, riendo—, ¿por qué otra cosa crees que fui? ¿Para filmar a un grupo de historiadores que hablaban sobre los archivos? ¡Hazme el favor!

—Irresponsable, taimado y cabrón...

Kelso avanzó un paso y O'Brian retrocedió. Pero Kelso no le hizo caso. Tenía una idea mejor. Bajó la chaqueta del portaequipajes.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó O'Brian.

—Lo que habría hecho al principio, si hubiera sabido la verdad. Voy a destrozarse este maldito cuaderno.

Kelso sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta.

—Pero así vas a arruinarlo todo —protestó O'Brian—. Sin cuaderno, sin pruebas, no hay reportaje. Pareceremos dos gilipollas.

—Perfecto.

—Creo que no dejaré que lo hagas...

Fue la sorpresa del golpe tanto como la fuerza del mismo lo que lo derribó. El compartimiento quedó patas arriba y él tumbado de espaldas.

—No me obligues a golpearte otra vez —le rogó O'Brian, inclinándose sobre él—. Por favor, Chiripa. Me caes demasiado bien para hacerlo.

Le tendió la mano, pero Kelso se apartó. No podía recobrar el aliento. Tenía la cara hundida en el polvo. Bajo las manos podía sentir las pesadas vibraciones de la locomotora. Se llevó los dedos a la boca y se tocó el labio. Sangraba ligeramente. Sabía a sal. La locomotora se puso en marcha otra vez, como si el maquinista se hubiera cansado de esperar, pero el tren siguió sin moverse.

33

En Moscú, el coronel Yuri Arseniev, haciendo torpes malabarismos con modernas tecnologías, tenía un auricular metido entre el hombro y la oreja y un mando a distancia de televisión en sus manos rechonchas. Apuntó con el mando a la gran pantalla de televisión que tenía en una esquina del despacho e intentó desesperadamente subir el volumen tocando primero el botón del brillo y luego el del contraste antes de poder, al fin, oír lo que decía Mamantov.

«...he volado hasta aquí, desde Moscú, en cuanto oí la noticia. Por lo tanto, estoy a bordo de este tren para ofrecer mi protección, y la protección del movimiento *Aurora*, a esta figura histórica. Desafiamos al gran usurpador fascista que hoy ocupa el Kremlin a que intente impedirnos llegar juntos a la que una vez fue, y volverá a ser, sede del poder soviético...»

Las últimas doce horas ya habían ofrecido una sucesión de sorpresas desagradables al jefe de la Dirección de RT, pero ésta era la peor. Primero, a las ocho de la noche anterior se había producido la ansiosa llamada informando que el cuartel general de la Spetsnaz había perdido la comunicación con Suvorin y su unidad en el bosque. Luego, una hora más tarde, la primera cadena empezó a transmitir las películas del lunático, radiante en su choza («Así es la ley de los explotadores, cebarse en los atrasados y los débiles. Es la ley de la jungla del capitalismo...»). Las noticias de que lo habían visto en el tren nocturno Arcángel-Moscú llegaron a Yasenevo justo antes del amanecer, y en Vologda se formaron grupos improvisados de unidades de la Milicia y del MVD para detener el tren. ¡Y ahora esto!

Bueno, una cosa era atrapar a un hombre al amparo , de la oscuridad en algún mísero apeadero como Konosha o Yertsevo. Pero tomar por asalto un tren a plena ' luz del día, ante todos los medios de comunicación, en una ciudad de la importancia de Vologda y con V. P. Mamantov y sus matones *de Aurora* dispuestos a montar una bronca... eso era algo completamente distinto. ;

Arseniev había llamado al Kremlin.

Por lo tanto, lo que estaba oyendo era el discurso lento y pesado de Mamantov, por segunda vez: una vez por televisión en su propio despacho, y luego una segunda vez, pocos minutos después, al teléfono, filtrado por el sonido de la dificultosa respiración de un hombre enfermo. Al fondo, al otro lado de la línea, alguien gritaba; había ruidos de fondo, pánico y conmoción. Oyó el tintineo de cristales y el gorgoteo de un líquido que se vertía.

Oh, por favor, no, pensó. Que no sea vodka. Por favor. No precisamente él. No a esta hora de la mañana...

En la pantalla, Mamantov se había dado la vuelta para subir al tren. Saludaba a las cámaras. La orquesta tocaba. La gente aplaudía.

Arseniev podía sentir las sacudidas de su corazón, cómo se le cerraban los bronquios. Meter aire en sus pulmones era como chupar barro por una pajita.

Aspiró un par de veces de su inhalador.

—No —gruñó la voz familiar al oído de Arseniev, y la línea quedó muerta.

—No —dijo jadeando Arseniev rápidamente, señalando a Vissari Netto.

—No —dijo Netto, sentado en el sofá, también con un auricular en la mano, conectado por un circuito militar de seguridad al comandante del MVD en Vologda—. Repito: no hagan nada. Detenga a sus hombres. Deje que el tren arranque.

—Decisión correcta —dijo Arseniev, y colgó—. Podrían haberse producido incidentes. No habría quedado bien.

«Quedar bien» era lo único que importaba en ese momento.

Arseniev permaneció un rato sin decir nada, mientras contemplaba, con malestar creciente, esta bifurcación final en el camino de su vida. Una ruta, así le parecía, lo llevaba a la jubilación, una buena pensión y una dacha; la otra, al despido casi seguro, una investigación oficial por tentativas ilegales de asesinato y, con toda seguridad, la cárcel.

—Abandone toda la operación —dijo.

La pluma de Netto comenzó a deslizarse por su bloc de notas. En lo profundo de las carnosas cuencas, hundidos como un par de bayas en un buñuelo, los pequeños ojos de Arseniev parpadearon en señal de alarma.

—¡No! ¡No escriba nada! Límitese a actuar. Quiten la vigilancia del apartamento de Mamantov. Quítenle la protección a la chica. Aborten toda la operación.

—¿Y Arcángel, coronel? Todavía tenemos un avión a la espera del comandante Suvorin.

Arseniev se acarició su grueso cuello. En su mente infinitamente fértil comenzaba a tomar forma la posibilidad de una reunión informativa para los medios de comunicación extranjeros: «Noticias de disparos en el bosque de

Arcángel... incidente lamentable... un oficial bribón quiso hacer las cosas por su cuenta... desobedeciendo estrictas órdenes... trágico final... sinceras disculpas...»

Pobre Feliks, pensó Arseniev.

—Ordene que regrese a Moscú..

Era como si el tren hubiera estado detenido demasiado tiempo, de modo que cuando finalmente soltaron los frenos, saltó hacia adelante y enseguida se detuvo bruscamente, y O'Brian, como el badajo de una campana, fue a dar primero contra la parte delantera y luego contra la parte trasera del compartimiento. La cartera se le escurrió entre las manos.

Muy lentamente, chirriando y quejándose, y con la misma velocidad infinitesimal con que salieron de Arcángel, la locomotora comenzó a sacarlos de Vologda.

Kelso seguía en el suelo.

«Sin cuaderno, sin pruebas, no hay reportaje.»

Se arrojó al suelo para coger la cartera, la levantó con una mano, llevó los dedos de la otra al picaporte, y, estaba tratando de ponerse de pie, cuando sintió que O'Brian lo agarraba por las piernas y lo arrastraba hacia atrás. El picaporte giró, la puerta se abrió y Kelso salió al pasillo alfombrado dando frenéticas patadas con los talones en la cabeza de O'Brian. Sintió el agradable contacto de la suela de goma de sus botas contra el cuerpo del reportero. Luego un grito de dolor. La bota se le salió y la dejó atrás, como un lagarto que pierde la punta de la cola. Se alejó cojeando por el pasillo, con un pie al aire enfundado en un calcetín.

En el estrecho corredor se había producido un atasco de ansiosos pasajeros —«¿Han oído? ¿Será cierto?»— y resultaba imposible avanzar deprisa. O'Brian lo seguía y hasta se oían sus gritos. Al final del vagón, Kelso vio que la ventana de la puerta estaba abierta y consideró la posibilidad de arrojar la cartera a las vías. Pero el tren aún no había dejado Vologda, iba a muy poca velocidad, y el cuaderno aterrizaría intacto, pensó, y sin duda lo encontrarían...

—¡Chiripa!

Entró en el siguiente vagón y se dio cuenta demasiado tarde de que regresaba a la cabeza del tren, lo cual era un error, pues significaba Mamantov y sus matones, y en realidad por ahí ya venía uno de los hombres de Mamantov, a toda prisa por el pasillo en dirección a él, abriéndose camino a codazos y empujones.

Kelso cogió el picaporte que tenía más cerca. Estaba cerrado con llave. Pero el segundo picaporte giró y casi cayó de bruces en un compartimiento vacío. Cerró

la puerta al entrar. Dentro estaba oscuro, las cortinas bajas, las literas sin hacer, un olor acre a sudor masculino; quien fuera que lo había ocupado debió de bajarse en Vologda. El hombre de *Aurora* golpeaba la puerta, le gritaba que abriera. El picaporte se movía con furia. Kelso abrió la cartera y sacó el famoso cuaderno. Tenía el mechero en la mano cuando la cerradura cedió.

Las persianas del apartamento de Zinaida Rapava estaban bajadas. Las luces estaban apagadas. La pantalla de televisión parpadeaba en el rincón de la pequeña vivienda como un frío fuego azul.

Un policía de paisano había montado guardia en el rellano toda la noche — nada menos que Bunin, y luego otro hombre—, y un coche de la Milicia seguía aparcado ostentosamente frente a la entrada del edificio. Fue Bunin el que le había dicho que tuviera las persianas bajas y que no saliera. A Zinaida no le gustaba Bunin, y sin embargo no podía decirse que ella no le gustara a él. Cuando le preguntó cuánto tiempo tendría que seguir así, Bunin se había encogido de hombros. ¿Era una prisionera, entonces? Bunin volvió a encogerse de hombros.

Se había pasado la mayor parte de las últimas veinte horas echada en la cama en posición fetal, escuchando a los vecinos que volvían del trabajo y luego a algunos que salían. Más tarde, los oyó prepararse la cama. Y, tumbada en la oscuridad, había descubierto que mientras algo le mantenía ocupada la vista podía evitar ver a su padre, podía tener a raya la imagen de la figura rota; por eso se había pasado la noche mirando la televisión. Hasta que en un momento, al pasar de un concurso a una película americana en blanco y negro, había dado por casualidad con las películas del bosque.

«La libertad sola no basta ni mucho menos... Es muy difícil, camaradas, vivir únicamente de libertad...»

Había mirado hipnotizada cómo, durante el transcurso de la noche, la historia se extendía como una mancha por las distintas cadenas, hasta poder recitarla de memoria. Vio el garaje de su padre, y el cuaderno, y a Kelso que pasaba las páginas («es auténtico, apostarí cualquier cosa a que es auténtico»). Vio a la anciana que indicaba un lugar en un mapa. Vio al desconocido atravesar el claro del bosque y mirar a la cámara mientras hablaba, mientras soltaba un discurso que resumaba odio y que no lograba recordar por qué le sonaba tanto, hasta que se acordó que su padre a veces ponía un disco con ese discurso cuando ella era una niña.

(«Tendrías que escuchar esto, niña... a lo mejor aprendes algo.»)

Daba miedo ese hombre, cómico y siniestro —como Zhirinovsky, o Hitler—, y cuando informaron que lo habían visto en el tren de Moscú, de camino al sur, Zinaida se sintió casi como si viniera a buscarla a ella. Podía imaginárselo cruzar los vestíbulos de los grandes hoteles, las botas resonando sobre el mármol, el abrigo ondeando detrás de él mientras rompía los escaparates de las tiendas elegantes, arrojaba a los extranjeros a la acera y seguía buscándola. Podía verlo en el Robotnik, tirando al suelo la barra, llamando putas a las muchachas y gritándoles que se cubrieran. Borraría todos los signos occidentales, haría añicos los tubos de neón, vaciaría las calles, cerraría el aeropuerto...

Sabía que deberían haber quemado ese cuaderno.

Fue más tarde, cuando estaba en el dormitorio, desnuda de cintura para arriba, echándose agua fría en los ojos enrojecidos por el insomnio, cuando oyó por televisión el nombre de Mamantov. Y lo primero que pensó fue, ingenuamente, que lo habían detenido. Después de todo, eso había prometido Suvorin, ¿no?

«Vamos a encontrar al hombre que le hizo algo tan terrible a su padre, y voy a hacerlo encerrar.»

Zinaida cogió una toalla y volvió a sentarse frente a la pantalla; se secó la cara y lo miró bien: oh, sí, sabía que era él, no le cabía duda, de él podía esperarse una cosa así. Parecía un hijo de puta despiadado e imperturbable, con esas gafas con montura de alambre y esos labios delgados y duros, el sombrero y el abrigo estilo soviético. Parecía capaz de todo. Estaba diciendo algo acerca del «usurpador fascista del Kremlin» y Zinaida tardó un minuto en darse cuenta de que en realidad no lo estaban arrestando. Al contrario: lo trataban con respeto. Avanzaba hacia el tren. Iba a subir. Nadie iba a detenerlo. Hasta pudo ver a un par de hombres de la Milicia que lo vigilaban. Al posarse en el escalón del tren, se volvió y saludó con la mano. Las luces parpadearon. Enseñó su reluciente sonrisa de verdugo y desapareció.

Zinaida se quedó mirando la pantalla.

Rebuscó en los bolsillos de su chaqueta hasta que encontró el número de teléfono que le había dado Suvorin.

Llamó. No contestó nadie.

Colgó con calma, se envolvió con la toalla y abrió la puerta.

No había nadie en el rellano.

Volvió a entrar en el apartamento y recorrió la persiana.

Ni señales de coches de la policía. Sólo el habitual tráfico de la mañana de sábado que empezaba a dirigirse al mercado de Izmaylovo.

Después, varios testigos afirmaron haberla oído llorar, incluso por encima del ajetreo de la calle.

Kelso estaba aturdido por una calma humillante. Lo obligaron a sentarse en la banqueta, le quitaron la cartera y los papeles, cerraron la puerta, y el joven de cazadora negra se sentó frente a él y estiró una pierna por el estrecho pasillo para impedir que su prisionero se moviera.

Se abrió la cremallera de la cazadora lo suficiente para que Kelso viera la sobaquera, y entonces Kelso lo reconoció: era el guardaespaldas personal de Mamantov, del apartamento de Moscú. Un tipo corpulento y con cara de niño, con el párpado izquierdo colgante y el labio inferior fofo; algo en la manera en como apoyaba la bota contra el muslo izquierdo de Kelso, apretujándolo contra la ventana, sugería que hacer daño a los demás era para él el auténtico placer de la vida: que necesitaba la violencia igual que un nadador necesita el agua.

Kelso recordó el cuerpo retorcido de Papu Rapava y empezó a sudar.

— Eres Viktor, ¿verdad?

No le contestó.

— ¿Cuánto tiempo se supone que debo de quedarme aquí, Viktor?

Tampoco le contestó esta vez, y tras un par de tentativas exigiendo que lo liberara, Kelso desistió. Oía el ruido de las botas en el pasillo, y tenía la impresión de que estaban vigilando todo el tren.

Pasaron varias horas sin que ocurriera nada.

A las diez y veinte el tren hizo la parada prevista en Danilov, y en la estación aprovecharon para subir al tren más partidarios de Mamantov.

Kelso preguntó si, por lo menos, podía ir al lavabo.

El guardaespaldas no contestó.

Más tarde, fuera de la ciudad de Yaroslavl, pasaron por una fábrica abandonada con una oxidada Orden de Lenin fijada a la fachada sin ventanas. En el techo se veía la silueta de una fila de jóvenes, los brazos alzados con el saludo fascista.

Viktor miró a Kelso y sonrió, y Kelso apartó la vista.

En Moscú, el apartamento de Zinaida Rapava estaba vacío.

Los Klim, que vivían en el apartamento de abajo, más tarde juraron que la habían oído salir poco después de las once. Pero el viejo Amosov, que estaba en la calle arreglando el coche, justo enfrente del bloque de apartamentos, insistió en

que era más tarde: más hacia el mediodía, creía él. Zinaida pasó por su lado sin pronunciar palabra, lo cual no era raro en ella —andaba con la cabeza gacha y llevaba gafas de sol, cazadora de cuero, téjanos y botas—. Se dirigía hacia la estación de metro de Semyonovskaya.

No tenía el coche, que seguía aparcado delante del edificio de su padre.

Nadie volvió a verla hasta casi una hora más tarde, a la una, cuando apareció en la parte de atrás de Robotnik. Una mujer de la limpieza, Vera Yanukova, la reconoció y la dejó entrar, y Zinaida fue al guardarropa y retiró una bolsa de cuero (enseñó el ticket; no había error). La mujer le abrió la entrada principal para que saliera, pero Zinaida prefirió marcharse por donde había venido, evitando así los detectores de metales que se ponían automáticamente en marcha cuando se abría la puerta.

De acuerdo con la mujer de la limpieza, estaba nerviosa cuando llegó, pero una vez tuvo la bolsa en su poder parecía de buen humor, tranquila y dueña de sí misma.

34

¿Se quedó dormido Kelso? Más tarde él mismo se preguntó si era posible, pues no tenía ningún recuerdo real de esa larga tarde hasta que oyó pasos en el pasillo y el sonido de alguien que llamaba despacio a la puerta. Y para entonces ya estaban en la periferia norte de Moscú, bañada por la baja luz de octubre que ya caía sobre las interminables hileras de hierro y hormigón de la ciudad.

Viktor bajó despreocupadamente el pie del banco, se levantó y se subió los pantalones. Después quitó la navaja del mecanismo de la cerradura y entreabrió la puerta unos centímetros, y luego por completo. El guardaespaldas se puso rígido, en posición de firmes, y de repente Vladimir Mamantov atravesó el umbral y entró en el compartimiento, trayendo consigo el mismo extraño olor a alcanfor y ácido fénico que Kelso recordaba de su apartamento. Y el mismo puñado de cerdas oscuras en el hoyuelo del mentón.

Era todo sonrisas falsas y disculpas: que cuánto lamentaba que a Kelso le hubieran causado molestias, y qué pena no haber podido encontrarse antes

durante el viaje, pero había tenido que atender asuntos más apremiantes. Estaba seguro de que Kelso lo entendía.

Tenía el abrigo desabrochado, la cara lustrosa por el sudor. Mamantov arrojó el sombrero al banco de enfrente de Kelso y se sentó junto a él. Cogió la cartera, sacó los documentos y le hizo señas a Viktor de que se sentara al lado de Kelso; después, llamó al segundo guardaespaldas, que se había quedado en el pasillo, para que cerrara la puerta y no dejara entrar a nadie.

Éste no era el Mamantov que Kelso había conocido siete años antes al salir de la cárcel. Este tampoco era el Mamantov que había visto unos días antes esa misma semana. Éste era Mamantov en su mejor momento otra vez. Mamantov rejuvenecido. Mamantov *redux*.

Kelso lo miró mientras los gruesos dedos de Mamantov hojeaban el cuaderno y los informes del NKVD.

—Bien —dijo con brusquedad—, excelente. Todo está aquí, creo. Dígame, ¿en serio pensaba destruir todo esto?

—Sí.

—¿Todo?

—Sí.

Miró a Kelso asombrado y sacudió la cabeza.

—Y sin embargo usted anda siempre quejándose y diciendo que hay que desclasificar todos los documentos históricos y estudiarlos.

—A pesar de todo lo habría destruido. Para frenarlo a usted.

Kelso sintió la creciente presión del codo de Viktor en sus costillas; sabía que el joven estaba deseando una ocasión para hacerle daño.

—¡Ah! ¿Entonces hay que dar vía libre a la historia sólo cuando se adecúa a los intereses personales de los que dirigen los archivos? —Mamantov volvió a sonreír—. ¿Ha quedado alguna vez más al descubierto el mito de la «objetividad» de Occidente? Ya veo que tendré que volver a guardarme estos documentos para que estén a buen recaudo.

—¿Volver a guardárselos? —dijo Kelso, que no pudo evitar un tono de incredulidad en su voz—. ¿Me está diciendo que ya los tenía antes?

Mamantov ladeó la cabeza con elegancia.

En efecto.

Mamantov había vuelto a poner los papeles en la cartera y abrochó las correas. Sin embargo, por alguna razón aún no podía marcharse. Después de todo, había esperado mucho tiempo este momento. Quería que Kelso supiera. Habían pasado

quince años desde que Yepishev le hablara por primera vez de este «cuaderno de hule negro», y nunca había perdido la fe en que algún día lo encontraría. Y luego, como un milagro, en las horas más oscuras de la causa, ¿quién apareció en las listas de miembros de *Aurora* sino el mismísimo Papú Rapa-va, cuyo nombre había aflorado con tanta frecuencia en los archivos del KGB? Mamantov lo había mandado llamar. Y después, por fin, vacilante y de mala gana al principio, pero finalmente por lealtad a su nuevo jefe, Rapava le había contado lo ocurrido la noche del ataque de apoplejía de Stalin.

Mamantov había sido el primero en oír esa historia.

Eso había tenido lugar un año antes.

Había tardado nueve meses enteros en entrar en el jardín de la mansión de Beria, en la calle Vspolni. ¿Y sabe lo que había tenido que hacer? ¿No? Había tenido que montar una promotora inmobiliaria —Moskprop— y comprar el maldito lugar a sus propietarios, el antiguo KGB, aunque la verdad es que no había sido demasiado difícil, porque Mamantov tenía muchos amigos en la Lubianka, amigos que, por una comisión, vendían sin problemas bienes públicos por una fracción de su auténtico valor. Algunos lo llamaban corrupción, o incluso robo. Pero él prefería la palabra occidental: privatización.

En virtud de las condiciones de su contrato de arrendamiento, los tunecinos habían sido echados en agosto, y Rapava había llevado a Mamantov hasta el lugar exacto del jardín. Alguien había retirado la caja de herramientas. Mamantov había leído el cuaderno y volado a Arcángel, siguiendo exactamente la misma ruta que Kelso y O'Brian hacia el corazón del bosque. Y había visto la posibilidad en el primer momento. Pero él también tenía el don —el genio, lo llamaría él, pero dejaba que eso lo juzgaran los otros—, el ingenio, digamos, de reconocer lo que Kelso había demostrado con tanta autoridad: que la historia, al final, es una cuestión subjetiva y no objetiva.

—Supongamos que yo hubiera regresado a Moscú con nuestro común amigo, que hubiera convocado una rueda de prensa y anunciado que era el hijo de Stalin. ¿Qué habría pasado? Yo se lo diré. Nada, no me habrían hecho caso. Se habrían reído de mí. Y acusado de falsificación. ¿Y por qué? —Señaló a Kelso con el dedo índice—. Porque los medios de comunicación están en manos de fuerzas cosmopolitas que odian a Vladimir Mamantov y a todo lo que representa. Oh, pero si el doctor Kelso, el niño mimado de los cosmopolitas... sí, si Kelso le dice al mundo entero: «Mirad, os traigo al hijo de Stalin», eso es otra cosa, naturalmente.

Por eso habían convencido al hijo de que esperase unas semanas más, hasta que otros desconocidos aparecieran con el cuaderno.

(Y eso explicaba muchas cosas, pensó Kelso: la extraña sensación experimentada en Arcángel, la sensación de que, de alguna manera, lo habían estado esperando: el funcionario comunista, Vavara Safanova, el propio hijo de Stalin: «¿Sois vosotros, eh? ¿De verdad sois vosotros? Y yo soy el que andáis buscando...»)

— ¿Y por qué yo? — preguntó.

— Porque me acordé de usted. Recordé cómo se ganó mi confianza para entrevistarme cuando yo acababa de salir de Lofortovo después del golpe. Recordé su jodida arrogancia, su confianza en que usted y los suyos habían ganado y que yo estaba acabado. Esa mierda que escribió sobre mí... ¿Qué fue lo que dijo Stalin? «Elegir la víctima, preparar minuciosamente los planes, consumir una venganza implacable y después irse a dormir... No hay nada más dulce en el mundo.» Dulce. Eso es. Nada más dulce en el mundo.

Zinaida Rapava llegó a la estación Yaroslavl de Moscú unos minutos después de las cuatro. (Las autoridades nunca pudieron comprobar fehacientemente qué hizo en las tres horas desde que salió de Robotnik, aunque testigos sin confirmar hablan de una mujer que responde a su descripción en el cementerio de Troekurovo, donde estaban enterrados su madre y su hermano.)

En todo caso, a las cuatro y cinco se acercó a un empleado de la red de ferrocarriles rusos. Más tarde, el hombre no supo decir por qué ella se le quedó grabada en la memoria cuando había tanta gente dando vueltas por ahí ese día: tal vez por las gafas de sol que llevaba pese a la oscuridad perpetua que reinaba bajo las arcadas de la estación.

Como el resto, quería saber a qué andén llegaba el tren procedente de Arcángel.

Ya se estaba formando una aglomeración de gente, y los representantes de *Aurora* hacían lo posible por mantener el orden. Habían acordonado una pasarela y montado un entarimado para las cámaras. Repartían banderas: el águila zarista, la hoz y el martillo, el emblema de *Aurora*. Zinaida cogió una pequeña bandera roja, y tal vez era eso, o tal vez la cazadora de cuero, lo que la hacía parecer una típica activista de *Aurora*, pero, fuera lo que fuese, se aseguró una excelente posición, junto a la cuerda, y nadie la molestó.

Se la vio ocasionalmente en algunas de las cintas de vídeo filmadas esa tarde antes de la llegada del tren: fría, solitaria, esperando.

El tren pasaba lentamente por las estaciones suburbanas. Compradores curiosos, típicos personajes de la tarde del sábado, miraban para ver por qué tanto alboroto. Un hombre levantó en brazos a un niño para que saludara, pero Mamantov estaba demasiado concentrado en la conversación como para darse cuenta.

Estaba contando cómo había atraído a Kelso a Rusia, y eso, dijo, era el toque del que más orgulloso estaba: era una treta digna del mismo Josiv Vissarionovich.

Había arreglado que una compañía que tenía en Suiza, una tapadera —una empresa familiar respetable: llevaba siglos explotando a los trabajadores—, se pusiera en contacto con el Rosarjiv y le ofreciera patrocinar un simposio sobre la apertura de los archivos soviéticos.

Mamantov se golpeó la rodilla con regocijo.

Al principio, el Rosarjiv no quería invitar a Kelso; ¡imagínese!, pensaron que ya no tenía «el nivel suficiente en la comunidad académica», pero Mamantov, a través de los patrocinadores, había insistido, y tres meses después, qué duda cabía, ahí estaba el doctor Kelso, de vuelta en la ciudad, en su habitación de hotel, todos los gastos pagados, revolcándose en nuestro pasado como un cerdo en la mierda, sintiéndose superior a nosotros, diciéndonos que nos sintiéramos culpables cuando la única razón por la que estaba ahí era para revivir el pasado.

¿Y Papú Rapava?, preguntó Kelso. ¿Qué había pensado él del plan?

Por primera vez, el rostro de Mamantov se ensombreció.

Rapava había dicho que el plan le gustaba. Eso era lo que había dicho. ¿Para escupir en la sopa de los capitalistas y mirar después cómo se la tomaban? ¡Oh, sí, por favor, camarada coronel! ¡El plan le encantaba! Se suponía que iba a soltarle su historia a Kelso esa noche, luego llevarlo directamente a la vieja casona de Beria donde desenterrarían juntos la caja de herramientas. Mamantov le había pasado el dato a O'Brian, que le prometió aparecer con sus cámaras en el Instituto de Marxismo-Leninismo a la mañana siguiente. El simposio sería la perfecta rampa de lanzamiento. ¡Qué reportaje! Se desencadenaría un frenesí de transmisiones. Mamantov lo había calculado todo.

Pero después, nada. Kelso había llamado al día siguiente por la tarde y fue entonces cuando Mamantov se enteró de que Rapava había fracasado en el cumplimiento de su misión: que le había contado la historia, pero que después había escapado.

—¿Por qué? —preguntó Mamantov con ceño—. ¿Le habló usted de dinero?

Kelso asintió.

—Le ofrecí una parte de las ganancias.

Una mueca de desprecio asomó en el rostro de Mamantov.

—Que usted intentara enriquecerse, me lo esperaba; ésa fue otra de las razones por la que lo seleccioné. Pero ¿él...? —dijo, y sacudió la cabeza en señal de disgusto, antes de añadir en voz baja—: Los seres humanos tarde o temprano te defraudan.

—Quizá él habrá pensado lo mismo de usted —repuso Kelso—. Visto lo que le hizo.

Mamantov miró a Viktor y en ese instante algo pasó entre el hombre mayor y el más joven —una mirada casi de intimidación sexual—, y Kelso supo que se habían cargado a Papu Rapava entre los dos. Debió de haber más gente implicada, pero esos dos eran el núcleo: el oficial y el aprendiz.

Sintió que empezaba a sudar otra vez.

—Pero él nunca le dijo dónde lo había escondido, ¿verdad?

Mamantov frunció el entrecejo, como si quisiera recordar algo.

—No —respondió en voz baja—. No. Era duro de pelar, eso se lo concedo. No es que importe. Los seguimos a usted y a la muchacha la mañana siguiente, les vimos recoger el material. Al final, la muerte de Rapava no cambió nada. Ahora lo tengo todo en mi poder.

Silencio.

El tren había aminorado la marcha y avanzaba lentamente. Más allá de los techos planos, Kelso vio la torre de la televisión.

—El tiempo apremia —dijo Mamantov de repente—, y el mundo está esperando.

Cogió la cartera y el sombrero.

—He estado pensando en usted —le dijo a Kelso al ponerse de pie, mientras comenzaba a abotonarse el abrigo—. Pero la verdad es que no consigo creer que pueda perjudicarnos. Usted puede retirar su autenticación de los documentos, por supuesto, pero eso ahora no importa mucho, salvo que quiera hacer el ridículo. Son auténticos: un grupo de expertos independientes lo constatará dentro de un día o dos. Es cierto que usted puede también presentar algunas acusaciones en relación con la muerte de Papú Rapava, pero no hay ninguna prueba. —Mamantov se inclinó para mirarse en el pequeño espejo que había encima de la cabeza de Kelso, y se enderezó el ala del sombrero para estar listo cuando aparecieran las cámaras—. No. Creo que lo mejor que puedo hacer es dejarlo que observe lo que ocurre a continuación.

—A continuación no va a ocurrir nada —dijo Kelso—. No olvide que he hablado con esa criatura suya... En cuanto abra la boca, la gente se echará a reír a carcajadas.

—¿Quiere apostar? —Mamantov le tendió la mano—. ¿No? Es usted prudente. Lenin dijo: «Lo más importante de cualquier esfuerzo es participar en la lucha, y aprender de ese modo qué hay que hacer a continuación.» Y eso vamos a hacer ahora. Por primera vez en casi quince años, vamos a estar en condiciones de empezar una lucha. Y qué lucha, Viktor.

El joven se puso de pie de mala gana, echándole antes una mirada final y nostálgica a Kelso.

El pasillo estaba atiborrado de gente vestida con cazadoras de cuero negro.

—Fue por amor —dijo Kelso cuando Mamantov se iba.

—¿Qué? —preguntó éste y se volvió para mirarlo.

—Rapava. Ese fue el motivo por el que no me llevó adonde estaban los documentos. Usted dijo que lo hizo por dinero, pero no creo que quisiera el dinero para él. Lo quería para su hija. Para resarcirla de todo. Fue por amor.

—¿Amor? —repitió Mamantov incrédulo. Saboreó la palabra en su boca como si no le resultara familiar: tal vez el nombre de una siniestra nueva arma, o una conspiración mundial capitalista-sionista recién descubierta—. ¿Amor?

Pero era inútil, no podía entenderlo; sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

La puerta se cerró y Kelso se desplomó en su asiento. Un par de minutos más tarde oyó un ruido parecido a un viento en el bosque y se acercó a la ventana. Más adelante, en una extensión de la vía, vio una masa de color que, a medida que entraban en el andén, fue haciéndose más nítida: caras, pancartas, banderas, un podio, una alfombra roja, cámaras, gente que esperaba detrás de las cuerdas, Zinaida...

Ella lo divisó en el mismo instante y durante unos breves segundos sus miradas se fundieron. Zinaida vio que empezaba a ponerse de pie, que decía algo, que le hacía señas, pero luego alguien se lo llevó y lo perdió de vista. La monótona procesión de vagones verdes, salpicados de barro tras el largo viaje, pasó traqueteando lentamente y pronto se detuvo con una sacudida; la multitud, que llevaba media hora festejando alborozada, calló de repente.

Jóvenes con cazadoras de cuero saltaron de inmediato del tren delante de ella. Zinaida vio la sombra de la gorra de un guardia que se movía detrás de una ventana.

Sacó el revólver del bolso y lo escondió dentro de su cazadora; podía sentir la fría seguridad del metal en la palma de la mano. Se le había formado un nudo en el estómago que no era miedo, sino una tensión que ansiaba ser liberada.

En su mente lo vio con toda claridad, cada cicatriz de su cuerpo era una marca de su amor por ella.

«¿Quién es tu único amigo, mi niña?»

Algo se movió en la puerta del vagón. Los dos hombres descendían juntos.

«Tú, papá.»

Estaban juntos en el escalón más alto, saludando, tan cerca de ella que casi podía tocarlos. La gente los vitoreaba. La multitud se apiñaba a sus espaldas. No podía fallar.

«¿Y quién más?»

Sacó el revólver y apuntó.

«Tú, papá. Tú...»